Rafael Gómez Pérez

BREVE HISTORIA DE LA CULTURA EUROPEA

RIALP

BREVE HISTORIA
DE LA CULTURA EUROPEA

RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

BREVE HISTORIA DE LA CULTURA EUROPEA

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2005 *by* RAFAEL GÓMEZ PÉREZ
© 2005 de la presente edición *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid

Cubierta: Plato con la escena *El rapto de Europa*.
Cerámica del Castillo Durante.
Museo Medieval y Moderno de Arezzo (Italia).
© Foto Scala.

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-Nocomercial-Compartir igual)

Fotocomposición: Gráficas Anzos, S. L.
ISBN: 84-321-3558-5
Depósito legal: M. 37.359-2005

Impreso en España Printed in Spain

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Para Santi, Rocío, Carmen,
Mercedes, Mauro,
Emilio y Cecilia María,
niños del siglo XXI.

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN 13

Primera parte: DE GRECIA AL CRISTIANISMO 15

Los orígenes: Grecia y Roma 15
Europa romana y cristiana: los primeros siglos 17

Segunda parte: LA COMPLEJIDAD DE LA EDAD MEDIA 19

Despegue y crecimiento de los nuevos reinos (siglos VI-VIII) . 19
Renacimiento carolingio (siglos VIII-IX) 24
Feudalismo y prosperidad (siglos X-XI) 26
Renacimiento medieval (siglos XII-XIII) 29
Cambio de escenario (siglos XIV-XV) 31
Noticias de otros pueblos de Europa 34
Estética medieval 36

Tercera parte: LA EUROPA DE LAS NACIONES 55

Siglo XVI: español 56
Los enfrentamientos y las guerras 56
Religión y oportunismo 60
Progresos espirituales 62
Abriendo el Nuevo Mundo 64
Conquistas científicas y técnicas 56
Estética renacentista 67

Siglo XII: francés 79
La guerra de los Treinta Años 80
Otros hechos políticos 82
La vida de la Iglesia 84
La revolución científica 86
Estética barroca 89

Siglo XVIII: inglés 100
Panorama político general 100
Roma: intransigencia y conciliación 102
La Ilustración como ideología 105
La ciencia en el XVIII 107
Estética del XVIII 109

El siglo XIX: 1789-1815. De la Revolución Francesa a la derrota de Napoleón 114
Raíces de la Revolución 115
Teorías y crueldad 116
Revolución y religión 117
Pío VII y Napoleón 120

1815-1871: Época de revoluciones 122
Conservadurismo y revoluciones 122
El mapa político 123
La Revolución Industrial 125
Un siglo ideológico 127
Políticos, revolución y religión 128
Pueblo y religión 132

1871 a 1914: La belle époque 134
Estética del XIX 137

El siglo XX: 1918-1945, de una guerra a otra 157
Estética de entreguerras 159

1945-1989: El umbral del presente 168
Los movimientos políticos 169
El proceso de unidad de Europa 170

Años de prosperidad 171
Culturas y sensibilidades 172
Estéticas plurales 181

Cuarta parte: LAS RAZONES DEL ESPÍRITU 189

El mapa político 189
A la búsqueda del alma perdida 191

Quinta parte»: HACIA EL FUTURO 213

Las posibilidades políticas 213
Promoción de la justicia social 215
El trabajo de la inteligencia 216
El ámbito de la piedad 217
La función de las organizaciones 219
Iniciativas personales 221

Epílogo: EL AIRE DE ESTE TIEMPO 225

INTRODUCCIÓN

La actual fase de construcción de una cierta unidad de Europa, cuando sea vista con la suficiente perspectiva, aparecerá como un momento más de una larga y tormentosa historia. Pero si algo destaca actualmente por encima de todo es que la prosperidad económica y los avances sociales y políticos coexisten con una progresiva anemia espiritual.

No siempre ha sido así. Es más: casi nunca ha sido así. Lo que ocurre es que la crisis espiritual recorre los dos últimos siglos y puede dar la impresión de que estamos ante una situación irreversible. Pero nunca nada está definitivamente clausurado. No es inútil, por eso, recorrer, aunque sea de forma breve, la historia de la cultura europea, porque muchas potencialidades siguen latentes.

Sin caer en el narcisismo, no se puede negar que Europa ha sido durante muchos siglos tierra de los principales sabios, de grandes artistas, de inventivos científicos, de santos. Una tierra donde la creatividad y la imaginación han fecundado todos los aspectos de la cultura. Esta fuerza le ha venido a Europa de la vitalidad de su espíritu.

Este libro recorre la historia para, después, seguir adelante. El pasado para conocer mejor el presente, que es el tejido del futuro.

PRIMERA PARTE
DE GRECIA AL CRISTIANISMO

Los orígenes: Grecia y Roma

La realidad llamada *Europa* es compleja. Nunca han estado claros los límites geográficos de Europa, como continente, porque en realidad es una inmensa península de Asia. Netos son los confines por el sur, el Mediterráneo; por el oeste, el Atlántico, y por el norte, las fronteras del frío. Pero en el este, ¿dónde termina? ¿Qué es Rusia? ¿Se puede llamar Europa a Turquía?

La identidad de Europa es cultural. Los griegos ven a los persas como asiáticos, como otros. Y se ven ellos mismos como *distintos*. La primera vez que se menciona a Europa es en la *Teogonía*, de Hesíodo, en el siglo VII a.C., y es una de las numerosas hijas que el Océano engendró en Tetis: «una sagrada estirpe de hijas que por la tierra se encargan de la crianza de los hombres, en compañía del soberano Apolo y de los Ríos». Una tradición posterior habla de *Europa* —en griego, «de ancha frente»—, hija del rey de Tiro. (No se empieza muy bien: *Europa no era europea*). Zeus, convertido en un toro blanco, sedujo a Europa; era tan pacífico el animal que ella se le subió al lomo. Zeus la llevó a Creta; allí Europa parió a Minos, que sería rey de esa isla y, después, con su hermano Radamante, juez en los infiernos.

Ya Herodoto, en el siglo V a.C., no estaba de acuerdo con que el nombre de la tierra derivara de una figura fenicia. En

Homero no se encuentra nunca el término de *Europa*. La primera vez que se menciona como lugar es en los *Himnos homéricos*, que no son de Homero, sino anónimos del siglo VII a.C. Como lugar designa una zona por encima de la Grecia más clásica, sin comprender la península del Peloponeso, ni las islas. En tiempos de Herodoto, siglo V a.C., se pensaba que el mundo se componía de tres grandes espacios: Europa, Asia y Libia, es decir, África. Europa estaba limitada por el Mediterráneo y por el Atántico, porque más allá de «las columnas de Hércules» —el estrecho de Gibraltar— no se aventuraron ni fenicios, ni griegos, aunque algunas fuentes hablan de que naves egipcias navegaron por toda la costa africana. Hacia el este los límites fueron cambiantes: primero el río Rioni, que desemboca en el Mar Negro, y después el Don. Por el Norte, los límites estaban en las cordilleras de Tracia, los Alpes y los Pirineos. La mayor parte de la actual Rusia era desconocida y considerada tierra fabulosa.

El conocimiento geográfico de Europa no avanza hasta bien avanzado el poderío de Roma, con los topógrafos de Julio César y después de Octavio Augusto. En el periodo de su mayor extensión, el imperio romano comprendía, en Europa, las penínsulas itálica e ibérica, las actuales Francia, Bélgica y Suiza, Austria, sur de Alemania, una gran parte del territorio de los Balcanes, más Rumanía, Grecia, Bulgaria, las costas sur y oeste del Mar Negro y la península de Anatolia. La frontera norte estaba en Britania. En el resto del Mediterráneo, Siria, Palestina, y el norte de las actuales Egipto, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos. Quedaban fuera de las más avanzadas pautas culturales los países bálticos, los escandinavos, gran parte de la actual Alemania, Polonia y Rusia.

Culturalmente, Europa se empieza a hacer en Grecia, donde adquiere algunos de sus rasgos más peculiares: curiosidad científica, sentido de la belleza, búsqueda de las últimas causas, reflexión ética. Roma conserva y difunde la cultura griega, añadiéndole su sello propio: el sentido de la organización. El nervio de la cultura romano-europea fue el derecho,

la gran creación de Roma, de la que aún somos herederos. Roma fue unión y comunicación: por el derecho y por las calzadas. Por mucho que países nórdicos de Europa intenten a veces minusvalorar esa herencia romana, sencillamente no es comparable la cultura que había en el Norte con la que se fragua, desde el VIII a.C. hasta el V d.C. en el ámbito del Mediterráneo. Cuando hacía diez siglos que habían escrito Virgilio, Horacio, Cicerón, Tito Livio, Ovidio o Plauto, aún no hay obras literarias en el Norte de Europa. En muchos aspectos, el mundo no alcanza el nivel cultural práctico de la Roma de los mejores tiempos —detalles como calefacción central, centenares de teatros repartidos por todo el mundo conocido, ágil comunicación, florituras de cosméticos femeninos— hasta el siglo XIX.

Roma es el trasfondo de cualquier Europa. Es natural que los primeros tratados de lo que sería la Unión Europea, así como la Constitución Europea se firmasen en Roma. Atenas está en el principio, pero Roma es el testimonio continuo de una civilización que aglutinó todo el mundo conocido. De su lengua salieron las lenguas romances, que todavía se cuentan por decenas; una de ellas, el español, es la tercera lengua del mundo en número de hablantes, y la única, de entre las más difundidas, en la que la lengua hablada y la escrita es entendida sin dificultad alguna por todos los hablantes.

Europa romana y cristiana: los primeros siglos

El cristianismo acepta muchas de las conquistas de las culturas griega y romana y les da un sentido a la vez más humanista y más espiritual. La idea ecuménica, griega y romana, es asumida y ampliada, ya que está en la médula del Evangelio. Era algo que quizá se respiraba en Grecia y en Roma en la tradición de los estoicos, que habían acuñado el término de *cosmopolita*, ciudadano del mundo.

La cristianización del imperio romano fue un proceso que duró cuatro siglos. Pero ni siquiera cuando, en 395, Teodosio I

(y no Constantino, como se repite con tanta frecuencia, por error) declara al cristianismo religión del imperio la evangelización se puede dar por terminada. Todavía durante varios siglos no son cristianos los habitantes de muchas aldeas rurales: *pagus*, en singular; *pagi*, en plural y *pagani* sus habitantes, de donde el término de *pagano*.

El empuje inicial del cristianismo en el imperio romano es un atractivo fenómeno histórico. No ya sólo el testimonio de miles de mártires —y a la cabeza Pedro, Pablo y muchos de los demás apóstoles—, cuya historia cuentan las *Actas*. No sólo el inicio de la consagración a una vida religiosa, en diversas formas; la más difundida la de los eremitas, que dieron paso después a las comunidades monásticas. Hay que destacar el gran esfuerzo de asimilación de todo lo válido —y era mucho— que se encontró en la cultura grecorromana: filosofía, medicina, arquitectura, derecho, botánica, urbanismo... Además, la labor de una serie de escritores cristianos de la categoría de los santos Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Justino, Ireneo de Lyon, Cipriano de Cartago, Hipólito, Atanasio, Hilario, Basilio, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, Jerónimo, Ambrosio de Milán, Juan Crisóstomo, Agustín de Hipona, y autores de tanto interés como Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano o Lactancio.

Esta simbiosis de helenismo, romanidad y cristianismo no se olvidó en los tiempos posteriores. Siempre se deseó la referencia a Roma: mucho antes de que surgiera el Sacro Imperio Romano Germánico y de que los humanistas italianos, a partir del siglo XIV, se creyeran los primeros en descubrir el valor de la cultura clásica.

El apego a lo romano dura como un sentimiento general en toda Europa hasta la aparición del protestantismo en el siglo XVI. El luteranismo rechaza lo romano como pagano. Pero la romanidad queda patente, hasta hoy mismo, en una de las notas de la Iglesia católica, *romana*. Romana no entendida como localismo, como latina; todo lo contrario: como ecumené, como universal.

SEGUNDA PARTE

LA COMPLEJIDAD DE LA EDAD MEDIA

Conocer a fondo la llamada Edad Media es básico para entender cómo se hizo Europa. En esa época, con aciertos y errores (como en todas y quizá menos que en otras), el espíritu general, aceptado y amado, desde el pueblo a los dirigentes, es el cristiano. Pero es que ese tiempo abarca nada menos que diez siglos, del V al XV, la mitad de los siglos que contamos como nuestra historia a partir del primero. Además, en los siglos XIV y XV, que en principio son medievales, se da ya, a veces con grandes desarrollos, lo que iba a ser Europa a partir del XVI: la Europa de las Naciones. Porque los estados modernos de Europa empiezan a surgir ya en el siglo XIV, y de inmediato dos de ellos, Francia e Inglaterra, se enredan en la guerra de los Cien Años, que dura hasta mediados del siglo XV.

Despegue y crecimiento de los nuevos reinos (siglos VI-VIII)

Dividido el imperio romano desde el siglo IV en uno occidental y otro oriental, con capital en Constantinopla, luego Bizancio, y caído el occidental en 476, empieza la larga Edad llamada Media, rótulo impreciso y primario, fruto de un prejuicio. Fueron los humanistas italianos, empezando por Fran-

cesco Petrarca (1303-1374), quienes para destacar su propio mérito de redescubrir y recuperar la cultura clásica grecorromana, calificaron de *medios*, cuando no de *bárbaros*, los tiempos transcurridos desde la caída del imperio romano de Occidente hasta ellos mismos.

Los mal llamados *bárbaros*, varias decenas de etnias y tribus que vivían más allá del *limes* o frontera del imperio romano, llevaban mucho tiempo infiltrándose en el mundo de Roma. A partir del siglo IV, con la caída demográfica en Roma, esos pueblos se internaron cada vez más, como mercenarios del ejército o como trabajadores del campo. La mal llamada *invasión de los bárbaros* no es más que un larguísimo proceso de emigración, con algunas incursiones militares puntuales. Algo semejante, en otras circunstancias, a lo que ocurre en Europa en los siglos XX y XXI, con la creciente inmigración procedente de África, de América y de Asia.

En el siglo VI el territorio de Europa estaba más o menos consolidado: diversos reinos se han repartido el antiguo espacio del imperio. En la península itálica, actual Austria y parte de los Balcanes, el reino *ostrogodo*. En la ibérica, *visigodos* y *suevos* (en Galicia y norte de Portugal). En Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, el reino *franco* y algunos otros. En Gran Bretaña, el reino de los *anglosajones*. En poder del imperio romano de oriente quedaban Grecia, gran parte de los Balcanes, Bulgaria, la península de Anatolia y, gracias a la política expansiva del emperador Justiniano, a cuyo servicio estaba el general Belisario, el Oriente Medio y el norte de África, hasta la actual Argelia. Belisario consiguió derrotar a los *vándalos*, que habían arrasado la civilización en ese espacio antes tan floreciente: allí nació y enseñó San Agustín de Hipona, siglos IV y V, uno de los grandes cristianos de todos los tiempos. Justiniano derrotó además a los ostrogodos en Italia y conquistó a los visigodos el sur de España, desde Cartagena a Cádiz. Sin embargo, poco después otro pueblo venido del norte, los *lombardos*, ocuparon la región que aún lleva su nombre en Italia y establecieron su influencia sobre otros territorios de la península.

Estos nuevos reinos, aunque admiran y desean continuar la grandeza del imperio (que aún subsiste en Oriente; y los triunfos de Justiniano y Belisario lo recordarían con los hechos) tienen una concepción política muy distinta de la de Roma. No hay en ellos una noción abstracta del Estado ni nada parecido al imperio de la ley, tan enraizado en Roma. Su concepción del poder es personal, patrimonial, mérito de un guerrero victorioso, reconocido por sus casi iguales al elegirlo y levantarlo en un pavés: de ahí las continuas dificultades para hacer hereditaria la monarquía. La principal fuente de riqueza es la tierra, y la mayoría de la población estará dedicada a la agricultura, cosa, por lo demás, que durará en Europa hasta bien entrado el siglo XIX. El rey gobierna como el señor de una gran familia. Sus bienes, que se acrecientan por los botines, son familiares; por eso se suelen repartir entre sus hijos, a la muerte del rey. Una cultura donde prima la costumbre sobre la ley, rasgo que se atenúa en los territorios más romanizados, como era, después de Italia, España: por eso el visigótico Código de Eurico, de finales del siglo V, es el primero en su género.

En conjunto, los rasgos de la cultura grecorromana han sido más influyentes en Europa que los de las culturas autóctonas *bárbaras*. Pero éstos contribuyeron también decisivamente a la identidad europea. De paso anotemos que a lo largo de la historia, los rasgos *bárbaros* han sido más o menos artificialmente «conjurados» para cebar los distintos nacionalismos. Eso hizo el nacionalsocialismo con algunos mitos germánicos. Algo semejante se advierte en sectores nacionalistas irlandeses. O en la fantasmagórica e inverosímil reconstrucción de los cultos druidas.

A principios del siglo VII, esos reinos *bárbaros*, distintos entre sí pero con un cierto aire de familia, se cristianizan. Cuando se desmorona el imperio romano se puede decir que Europa era cristiana solo parcialmente. No hay mucho espacio de tiempo entre la declaración oficial del cristianismo como religión del imperio —Teodosio I, 395— y el 476, o fin del imperio de occidente, aun sin tener en cuenta que es una

época turbulenta, de caída demográfica, de incertidumbres, de escasa organización. Además, como ya se ha visto, quedaba mucho campo por cristianizar, el territorio *pagano*.

Muchos de los pueblos *bárbaros* —menos los francos, que eran paganos— se habían adherido a una creencia, el arrianismo (Cristo es un hombre fuera de lo común, pero no Hijo de Dios, no de la misma naturaleza que el Padre). Esa creencia fue rechazada y condenada como herética en el Concilio de Nicea, en 325, con Constantino. Cuando estos pueblos ocupan gran parte de Europa y fundan sus reinos, encuentran a una población —antes romanizada—, en parte católica, con su propia jerarquía, más los restos paganos, rurales. Tienen que convivir arrianos, católicos y paganos, lo que sucedió sin grandes conflictos salvo entre los vándalos y algo entre los visigodos: recuérdese la rebelión de Hermenegildo, hermano de Recaredo, su posterior martirio y finalmente la conversión del rey y de su pueblo.

La conversión de los pueblos godos al catolicismo se inicia a finales del siglo V, con Clodoveo, casado con una católica, Clotilde. Clodoveo atribuye al «Dios de Clotilde» la derrota de los alamanes a manos de los francos, en la batalla de Zulpich, en 496. El 25 de diciembre de 498 ó 499 Clodoveo es bautizado en Reims. De ahí viene la expresión de que Francia es «la hija mayor de la Iglesia». San Remigio, obispo de Reims, y uno de los santos más venerados en Francia, tuvo mucho que ver en este acontecimiento fundador. Pero fue precedido por otros obispos que eran, antes que nada, protectores del pueblo, como, en Francia, San Hilario de Poitiers (m. 376), San Germán (m. 448), San Martín de Tours (m. 377), cuya fama se extendió muy pronto por toda la cristiandad. Esta tradición de obispos espirituales y caritativos siguió en los siglos siguientes: San Cesáreo de Arlés (m. 543), San Fulgencio de Ruspe (m. 533), y los españoles San Isidoro de Sevilla (m. 636) y San Ildefonso de Toledo (m. 667), entre otros muchos.

Los vecinos de los francos, los burgundios, con el rey Segismundo I (503-523) a la cabeza, siguieron el ejemplo de Clodoveo. Recaredo, rey de España, se convirtió en 580, en

un Concilio de Toledo. Y finalmente, en el siglo VII, los lombardos.

A lo largo de estos siglos de la Alta Edad Media, del VI al X, son los reyes quienes alientan la evangelización cristiana, gracias al impulso de Roma, a través de los obispos y de los monjes. No hay, sin embargo, conciencia de Europa, como una unidad política. La unidad les viene de la fe católica.

La tradición monástica contaba ya con varios siglos.

Primero, desde el siglo IV, con el eremitismo, una conducta singular, minoritaria y llamativa; después, con los cenobios, o comunidades. San Agustín, en el Norte de África y San Martín de Tours, en Francia, iniciaron en el mismo siglo IV esa experiencia monástica. Pero la tradición se hizo más fuerte con Juan Casiano, nacido en 360. Discípulo de San Juan Crisóstomo, llevó en 415 el monaquismo oriental a Occidente, fundando en Marsella varios monasterios. San Benito de Nursia (m. 547), recogiendo esa tradición, impulsó la principal gran empresa monástica y cultural de la cristiandad europea, lo que le ha valido ser considerado «patrón de Europa» por la Iglesia Católica. El monasterio estaba basado en la libertad de la vocación. No era sólo un retiro del mundo, porque combinaba la vida contemplativa con la activa (*ora et labora*), y era un foco de cultura y de enseñanza hacia el exterior. El Papa San Gregorio el Grande (m. 604) extendió por toda Europa la experiencia iniciada por San Benito en Subiaco y Montecassino, dos grandes monasterios aún existentes y que vale la pena visitar.

En Irlanda, San Patricio y sus monjes evangelizaron la isla desde finales del siglo VI y a lo largo del VII. Después se extendieron por Inglaterra, donde ya actuaba también un misionero italiano, el que luego sería San Agustín de Canterbury, enviado en 596 por el Papa San Gregorio el Grande. Un discípulo de San Patricio, San Colombano, evangelizó Suiza —monasterio de Saint-Gall—, pasando luego a Lombardía, donde fundó el de Bobbio. San Bonifacio y sus discípulos se ocuparán de cristianizar territorios alemanes a lo largo del siglo VIII.

La conciencia de civilización cristiana que se forja a lo largo del siglo VI encuentra un involuntario refrendo en el siglo VII cuando, a la muerte de Mahoma, los musulmanes se lanzan a la conquista de territorios. Aprovechando las guerras crónicas entre el imperio bizantino y el persa, los musulmanes se apoderan del Oriente Medio, incluida Jerusalén, y de gran parte del Norte de África. En 711 cae el reino cristiano visigodo de España. Los musulmanes intentan además el ataque a Bizancio, en 717, sin éxito. No mucho después, Carlos Martel, en 732, cerca de Poitiers, logra frenar el avance islámico, que deseaba conquistar toda Europa. Muy a su pesar, Europa adquirirá más conciencia de sí misma porque tiene que defenderse en el oeste, en el este y en el sur, de la presión islámica. A lo largo de ocho siglos, en España. Y, dato que se suele olvidar, durante más de diez, en el flanco este. Hay una «Reconquista» oriental, que no termina hasta el siglo XIX, con la independencia de Grecia.

Los hispanos se quedan solos en el largo intento de recuperar una patria que les había sido arrebatada. No extrañe que esa empresa esté unida a la fe cristiana. Hasta puede verse como, *avant la lettre*, una lucha romántica, por reconquistar el suelo patrio, como, de nuevo, Grecia en el siglo XIX respecto a los otomanos.

Renacimiento carolingio (siglos VIII-IX)

En los últimos años del siglo VIII tiene lugar en Francia el ascenso social de una familia, los Pipénidas, tradicionalmente mayordomos de palacio de los reyes francos. Al final, la familia logró colocar a Pipino, llamado el Breve, en el trono franco, destronando al último de los descendientes de Clodoveo. Cuando muere Pipino, en 768, le sucede su hijo Carlomán y, al fallecer éste, en 771, reina Carlos, que pasa a la historia como Carlomagno. Para ayudar al Papa, que recibía continuas vejaciones de los lombardos, y para extender su imperio, Carlomagno derrota al rey lombardo en 774 y se

hace con el territorio. El imperio carolingio comprendrá las actuales Francia, media Italia, un territorio («marca hispánica») en el nordeste de la península ibérica, Bélgica, Holanda, Suiza, Austria y Alemania hasta la frontera del río Elba.

Lo más importante: hay conciencia expresa, y así lo demuestran las fuentes históricas hasta la saciedad, de una *renovatio imperii*, de la renovación del imperio romano y cristiano y, en ese sentido, Carlomagno es coronado por el Papa León III, en Roma, en la Navidad del año 800. Carlomagno confirma la donación que su padre, Pipino, hizo al papado de un territorio, el germen de lo que serán, hasta mediados del siglo XIX, con final en 1870, los Estados Pontificios.

Carlomagno reunió a los mejores sabios de la época: Alcuino, de Inglaterra; el español Teodulfo, el italiano Pablo el Diácono; hizo editar numerosas obras de la antigüedad con la letra que desde entonces se llama, por él, *Carolus Magnus, carolina;* impulsó las escuelas catedralicias y de abadías; estableció una administración que combinaba la autonomía con la centralización y, sobre todo, quiso que el alma de toda su construcción fuese la fe cristiana. El rótulo hace honor a la realidad: *renacimiento carolingio*.

El imperio fue continuado, a la muerte de Carlomagno en 814 (reinó en total 43 años), por su único hijo superviviente, Luis el Piadoso, hasta 840. Pero Luis, al morir, cediendo a las tradiciones de estos pueblos, dividió el imperio entre sus tres hijos. Así se estableció en el Tratado de Verdún (843). La parte germánica para Luis, llamado por una historiografía posterior *el Germánico*; la parte francesa a Carlos el Calvo; y la parte italiana más un amplio territorio en torno al Rhin, hasta su desembocadura, a Lotario. Lotario se quedó, pues, con Roma y con Aquisgrán, pero él y sus descendientes tuvieron que ver cómo francos franceses y francos germánicos, es decir, sus dos hermanos, hacían todo lo posible por arrebatarle tierras. Con un poco de imaginación se podría hablar de Lotario como de un símbolo de las históricas y continuas disputas entre Francia y Alemania por quedarse con tierras al oeste del Rhin; disputas que llegan, como se sabe, hasta la Segunda Guerra Mundial.

Diversas causas, entre ellas, nuevas invasiones, desestabilizan los territorios de los sucesores de Carlomagno. Se trata, además de los piratas vikingos, de sucesivas oleadas de hombres del norte (es decir *nord-man*, normandos), daneses, noruegos y suecos, que hacen así su primera importante aparición en la historia europea. A éstos se añade un pueblo de oriente, el magiar, al que, después de derrotado, tras muchos esfuerzos, se le asentó en lo que desde entonces es Hungría. Con San Esteban, rey, a principios del siglo XI, los húngaros se convertirán al cristianismo.

Una cierta unidad aguanta aún hasta la muerte de Carlos el Calvo, en 877. Después hay un proceso de desmembración que da lugar, *pero sólo entonces*, al feudalismo.

Feudalismo y prosperidad (siglos X-XI)

Europa no empieza a ser feudal hasta el siglo X. Durará este régimen político y social hasta el final del siglo XIII o pricipios del XIV, según los territorios. Pero no en todas partes alcanzará los matices *clásicos* que tuvo en Francia, el típico. No en España, empeñada en otras hazañas. No en Italia, donde las ciudades empezaron ya entonces a crecer y a prosperar, lo que explicaría, al menos en parte, el adelanto que Italia, desde el siglo XIII, lleva al resto de Europa. No en Gran Bretaña, donde el rey mantuvo un mayor control sobre los nobles. En los territorios alemanes no se dará plenamente el feudalismo hasta el siglo XII.

El feudalismo fue la manera de gobernar un territorio atomizado. Que el proceso de feudalismo surgiera de arriba abajo o de abajo arriba es indiferente para una primera explicación. El vasallo prometía fidelidad al superior (lo que implicaba un servicio concretado en determinadas obligaciones) a cambio de un feudo, es decir, generalmente de un pedazo de tierra, lo que se traducía en ventajas económicas para los dos. El desde entonces señor feudal gobernaba su feudo, administraba justicia y lo defendía. Se puede entender

el feudalismo como la apoteosis de la descentralización, de la autonomía local.

Ni en el nacimiento del feudalismo ni en el de la institución de la caballería tuvo nada que ver la Iglesia. Sólo mucho más tarde se dio a la ceremonia de investidura de caballero un matiz religioso, pero lo esencial seguía siendo un vínculo civil, el vasallaje, por el cual el caballero se comprometía a servir a su señor.

El feudalismo, con la atomización de tierras y la multiplicación de señores, trajo consigo un aumento de los conflictos armados, aunque nunca de gran extensión. La Iglesia influyó para que los guerreros jurasen defender a los inermes (sin armas), a personas religiosas, a mujeres y niños; para que se considerasen inviolables algunos lugares (monasterios, templos); para que no se combatiese en domingo ni en determinados periodos litúrgicos, especialmente el Adviento, la Navidad, la Cuaresma y la Pascua.

Entre los méritos del feudalismo estuvo el de contribuir a un aumento de la seguridad local. El territorio, muy dividido, tenía en cada tierra un señor claro. Podían darse casos de despotismo, y se dieron, pero lo normal era una administración relativamente ecuánime, al menos según la pauta de aquellos tiempos, nada delicados.

Desde mediados del IX, los santos Cirilo y Metodio habian comenzado la cristianización del mundo eslavo, del que son considerados patronos. En 989 se bautiza el príncipe Vladimir, de Kiev.

Desde principios del X empieza la peregrinación que lleva a miles de cristianos al sepulcro del apóstol Santiago, un camino que dura hasta hoy mismo. A principios de ese mismo siglo se funda Cluny que, además de un importante número de monasterios, supone un espíritu renovador que llenará media Europa.

En el año 962, Otón I, en Alemania, restaura el Sacro Imperio Romano Germánico. Por esa misma época empieza la conversión de los polacos al cristianismo y se funda el obispado de Praga.

A partir del siglo XI, arranca un periodo de prosperidad en la agricultura que durará hasta el siglo XIV. Mejores arados, técnicas de rotación trienal en los campos, mayor eficacia en la utilización de animales, progreso en la maquinaria, en especial de los molinos de agua y de viento. En ese mismo siglo se inicia el esplendor del arte románico. De mediados de ese mismo siglo es el gran reinado de San Eduardo el Confesor, en Inglaterra.

La peor noticia es de 1054, la separación definitiva de los cristianos, con el Cisma de Oriente. El imperio bizantino se alejará cada vez más del renaciente imperio occidental, una institución de prestigio, con matices espirituales, pero no dominante sobre los distintos reinos: «el rey es emperador en su reino». El imperio nace como una aspiración y una inspiración, la confluencia de lo mejor de Grecia y de Roma con la tradición de muchos pueblos germánicos y el aliento cristiano del Evangelio.

En España se supera una etapa de inercia en la recuperación del territorio, con la significativa conquista de Toledo, en 1085, por Alfonso VI de Castilla. Hecho ejemplar porque Toledo había sido la capital del rey visigodo. Y notable también por la gran labor de la Escuela de Traductores, que supuso una fructífera convivencia de cristianos de toda Europa, musulmanes y judíos y la transmisión de importantes textos de las culturas griega y árabe.

A final del siglo XI el Papa Urbano II convoca el primer intento de reconquistar los Santos Lugares, la Tierra Santa de Palestina, lo que se conocería, pero mucho después, como cruzada. Ya en 1099 se toma Jerusalén, aunque se perdería definitivamente en 1187. Las mal llamadas cruzadas fueron un movimiento de cristianos, no sólo soldados, que querían ver la tierra donde vivió, murió y resucitó Cristo; sin saber que muchos miles, soldados o no, morirían también en ella. Fue un fenómeno complejo, que duró hasta 1270, cada vez con menor ímpetu, a pesar del esfuerzo de San Luis, rey de Francia, que murió en ese año ante Túnez, vencido por la enfermedad. El empeño de ir a Tierra Santa fue, de 1094 a 1270, lo *moderno*,

lo glorioso, lo que mejor se compaginaba con el ideal de la caballería. Y, aunque no faltaron intrigas políticas, intereses no limpios y, en contadas ocasiones, innecesarias crueldades, para la juventud medieval fue un medio privilegiado de medir su valor, su sentido de la aventura y del riesgo y su fe.

También a finales del siglo XI se funda el Císter, que en el siglo siguiente alcanzaría su mayor florecimiento con San Bernardo, un santo enamorado de la cultura y de la belleza.

Renacimiento medieval (siglos XII-XIII)

La cultura griega amaba el saber, dar con las razones de las cosas. Conserva los relatos de la visión mítica, pero los une a explicaciones naturales, basadas en *otro* uso de la inteligencia. Los romanos, al heredar la cultura griega, le dan un enfoque más pragmático y llevaron casi a la perfección el mundo del derecho y de la organización social, además de ser uno de los mejores pueblos ingenieros de cualquier época. El derecho romano empieza a ser mejor conocido a todo lo largo del siglo XII. En el siglo XIII, Dante escribe en *De monarchia* (II, V): «Apartando toda pasión insana, siempre enemiga del interés público, y amando la libertad y la paz universal, ese pueblo (romano) santo, piadoso y glorioso, parece haber descuidado su propio interés para procurar la salud pública del género humano».

Los siglos XII y XIII pueden ser considerados siglos de renacimiento. Hace falta menos gente en el campo y afluye a la ciudad, donde empieza a verse una clase de artesanos y de comerciantes, y surgen ya las características urbanas que seguirían sustancialmente iguales hasta la época de la revolución industrial, siete siglos después. Desde París o Toledo hasta Estocolmo, Brujas, Carcassone, Ávila, Florencia, Nájera...

El siglo XIII alumbra uno de los mejores tiempos de Europa. Pero, como todos los tiempos interesantes, fueron complejos. En España, después de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), en Jaén, se abre el camino hacia la conquista de

Andalucía, realizada en gran parte por San Fernando (Sevilla es conquistada en 1248) y por sus sucesores. Quedaría solo el reino de Granada, con el que, durante mucho tiempo, se mantuvieron buenas relaciones. No se suele caer en la cuenta de que transcurren 244 años entre la conquista de Sevilla y la de Granada, por los Reyes Católicos.

Tiempo de apogeo de la inteligencia, que se plasma no sólo en la fundación, por toda Europa, de los centros de ciencia superior que se denominaron Universidades, sino en la labor de varias generaciones de intelectuales agudos y ambiciosos en sus intentos: desde Scoto Eurígena a Pedro Lombardo o Abelardo, pasando por la Escuela de Chartres, San Buenaventura, San Alberto Magno y de modo especial Santo Tomás de Aquino. Mucha gente ignora que los planteamientos de Tomás de Aquino eran tan atrevidos que despertaron las suspicacias de algunos intelectuales conservadores y, durante un tiempo, algunas de sus obras estuvieron condenadas en Francia. No sólo se atreve a utilizar, para casi todo, a un pagano como Aristóteles, sino que, cuando están de acuerdo con la fe cristiana, aprovecha materiales suministrados por judíos (Maimónides) o árabes (Avicena, Averroes).

En los siglos XII y XIII fueron apareciendo universidades como las de Palencia, Salamanca, Lisboa, París, Bolonia, Siena, Nápoles, Padua, Oxford, Cambridge, Dublín, en general, con un fructífero intercambio, gracias al latín, lengua común de la ciencia hasta bien entrado el siglo XVIII.

Si ha habido en Europa una época en la que dominase la pasión por el saber y por los desarrollos de la inteligencia es el siglo XIII. Europa tuvo entonces no sólo una figura cristiana —la Cristiandad— sino, por eso mismo, una unidad en los progresos de la ciencia.

Este florecimiento coincidió con una profundización en la vida cristiana, gracias, en parte, a los frutos de la reforma del clero que inició Gregorio VII en el siglo XI y continuaron sus sucesores, y a la labor tradicional de los monjes, ahora el Císter. Además, se fundaron dos nuevas órdenes religiosas, más hacia fuera, mendicantes: la de los dominicos,

por el español Santo Domingo de Guzmán (m. 1221), y la de los franciscanos, por el italiano San Francisco de Asís (m. 1227), pionero de cualquier ecologismo que se precie.

Se podrá decir, como nota negativa, que es en el siglo XIII cuando se funda la Inquisición romana: en 1231, por el Papa Gregorio IX. Pero esa fecha demuestra por sí sola que la mayor parte de la Edad Media, desde el siglo V al primer tercio del XIII, es decir, más de siete siglos, transcurre sin Inquisición. Además, la Inquisición romana, a diferencia de la que se da en España a partir del siglo XV, es un tribunal episcopal, en el que los civiles —el emperador, el rey— no tienen potestad alguna, salvo, en caso de condena, para el cumplimiento de la sentencia. No era, como lo fue después, una especie de policía político-religiosa. La Inquisición romana, finalmente, sólo podía funcionar donde los reyes lo autorizasen. Su ámbito fue muy limitado. Su actuación principal fue combatir a los valdenses y a los cátaros del sur de Francia —un rebrote del viejo maniqueísmo—, algo que interesaba al rey francés, porque de hecho se anexionó el territorio. En Inglaterra no se puso en práctica. Tampoco en Castilla. Es meridiano: en la mayor parte de España, la Corona de Castilla, no hay Inquisición hasta el siglo XV. Que ya no es tanto Edad Media como Renacimiento.

Cambio de escenario (siglos XIV-XV)

Los siglos XIV y XV son y no son medievales. Lo son porque muchas formas culturales, como el feudalismo, persisten y porque el imaginario colectivo, sigue fuertemente anclado en los tiempos anteriores; pero no lo son porque se acentúa ya el fortalecimiento del poder real, a expensas de los nobles, la recuperación del Derecho Romano, y, en definitiva, la aparición de los Modernos Estados que serán Monarquías Absolutas.

El mapa de Europa en estos siglos es éste: en oriente, la presión de los turcos. En el oeste, los reinos de Castilla y Ara-

gón, que se unirían, y Portugal. Al norte Dinamarca que entonces dominaba Noruega y Suecia. En medio, Inglaterra y Francia, que estuvieron enzarzadas en la Guerra de los Cien Años, desde 1337 hasta 1455. Al este, el reino de Hungría y el de Polonia. Lo que hoy es Italia, Bélgica, Holanda, Suiza, Alemania, Austria, estaba fragmentado en un sinfín de estados bajo príncipes civiles o eclesiásticos. Muchos de ellos, hasta trescientos, continuarían así hasta el último tercio del XIX, con la unificación de Alemania y de Italia. Un hecho notable fue que el emperador, Carlos IV (1346-1378), rey de Bohemia, se estableció en Praga, y empezó a reforzar el poder de los Habsburgo.

En ese mundo, el monarca que primero aspira a la hegemonía es Felipe el Hermoso, de Francia, que se atreve a ir contra el Papa, entonces Bonifacio VIII. El representante del rey, Nogaret, humilla al Papa en Anagni, en 1303, le llama hereje y probablemente lo maltrata. «La hija mayor de la Iglesia» se ha vuelto violenta. Los reyes de Francia consiguen también que los papas se trasladen establemente desde 1316 hasta nada menos que 1377, a Aviñón, «el cautiverio de Aviñón», situada en territorio del Imperio pero peligrosamente cercana al rey francés. De hecho, todos los papas de Aviñón fueron franceses. Y cuando finalmente el Papa regresa a Roma se desata el llamado Cisma de Occidente (1378-1417); en determinados periodos llega a haber en la Cristiandad tres papas, cada uno de ellos considerándose el legítimo. El cisma fue iniciado por los numerosos cardenales franceses, al no aceptar la elección de Urbano VI y hacer otra a favor del llamado Clemente VII, que se instaló... en Aviñón. Es cierto que los reyes franceses vieron rebajados sus humos desde que Eduardo III reivindicó la corona de Francia y empezó la Guerra de los Cien Años, con victorias como la naval de La Esclusa, la toma de Calais y, sobre todo, la batalla de Poitiers, en 1356 y, mucho después, el desastre de Azincourt, en 1415.

En ese mundo, donde se puede leer a Dante, Chaucer, Villon, Petrarca y a un atrevido Boccaccio, se desatan los grandes flagelos: el hambre, desde los primeros años del siglo XIV; y

la peste negra, que aparece en una primera batida entre 1347 y 1350, con reapariciones hasta bien entrado el siglo XVII.

En 1453 cae Constantinopla a manos de los turcos otomanos, que presionan desde entonces con fuerza, asediando de modo casi continuo el flanco este de la Cristiandad.

Para España son tiempos nuevos. Isabel de Castilla y Fernando de Aragón contraen matrimonio en 1474 y unifican y fortalecen España. En 1492 toman Granada y ese mismo año se abren los inmensos territorios de América para la corona de Castilla. Mientras Francia e Inglaterra están exhaustas después de un siglo de guerras y el resto de Europa continúa muy dividida, España resulta ser, poco a poco, la nación hegemónica.

La fe común ha sufrido duros golpes. El espíritu ya no es el de cristiandad: con demasiada frecuencia, los intereses nacionales prevalecen sobre los de la Europa cristiana. Los dirigentes políticos estiman más la identidad nacional que la unidad de los cristianos europeos. Empiezan a notarse con fuerza los egoísmos nacionalistas, no en nombre de la totalidad del pueblo (para esto faltan tres siglos), pero sí en nombre de la propia dinastía, de la propia historia y de la propia gesta nacional.

El pueblo, por el contrario, sigue demostrando en los siglos XIV y XV un fuerte sentido de la fe, con la aparición de nuevas devociones religiosas, más íntimas y profundas, y la aspiración a una mayor honestidad y sinceridad en la conducta de los pastores. Surge la llamada *Devotio Moderna*, animada por Ruysbroeck (1293-1381), uno de cuyos principales frutos fue la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis (m. 1471), un libro que sería aún un clásico cinco siglos después. La religión se hace más interior, más personal, más sentida. Es época de místicos, como Eckhart, Suso o Tauler, los tres del siglo XIV. Santas como Brígida de Suecia o Catalina de Siena, que no pertenecen a orden religiosa alguna, cuentan en libros muy leídos después las interioridades de su relación con Dios. El *Diálogo* de Santa Catalina es otro clásico que se sigue leyendo. Si es cierto que el papado no volvería, hasta

pasados muchos siglos, a alcanzar el prestigio y la autoridad de un San Gregorio, de Gregorio VII o de Inocencio III, se estaban poniendo las bases para una mayor ilustración y competencia del clero y, a través de él, del pueblo cristiano.

Retengamos esto: la pérdida de la unidad de la cristiandad es un fenómeno fraguado en los siglos XIV y XV y agravado en el XVI con el cisma protestante. Esa unidad no se recuperará ya en Europa, ni siquiera en forma secular. Si lo que causa la crisis es la pérdida o la debilitación del sentido de la unidad espiritual, en la medida en que no se intente corregirlo con un aliento también espiritual, Europa sólo podrá aspirar a una unidad pragmática, basada en intereses materiales.

Noticias de otros pueblos de Europa

Una serie de factores ha hecho que exista un mutuo desconocimiento, a tres bandas, de tres grupos de países europeos: el occidental-central, el oriental y el nórdico. Muchos pueblos orientales, salvo Rusia, fueron muy pronto, a mediados del siglo XV, convertidos en dominio musulmán. Los nórdicos, que se incorporaron tarde a la historia europea, mantuvieron además una cierta distancia, que sólo se empieza a modificar en el siglo XVII. Para templar, al menos en parte, este mutuo desconocimiento, siguen algunas noticias sobre estos pueblos.

Países eslavos

Nos referimos a ellos según los países independientes que existen finalmente en el siglo XXI: Rusia, Belarús, Ucrania, República Checa, Eslovaquia, Croacia, Serbia, Eslovenia, Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Bulgaria y Polonia.

Estos pueblos fueron cristianizados en los siglos IX y X, con la conversión de sus príncipes: Croacia, en 805, Príncipe Borna; Chequia y Eslovaquia, que formaban la Gran Moravia,

en 833, con especial importancia para los checos del rey santo Wenceslao (921-929); Serbia, en 859, con Vlastimir; Bulgaria, en 864, con Boris I; Rusia (que poco después estaba unida a Ucrania y a Belarús), en 988, con Vladimir; Polonia, en 996, con Miezko I.

Hungría

Hungría es un caso singular de un pueblo distinto en mitad de Europa. Por eso, y por su valiente resistencia, en el flanco este, ante la continua presión musulmana, merece que se le dedique especial atención. En el siglo X, el príncipe Geza inició fecundos contactos con los países del oeste y contribuyó activamente a la fundación del monasterio benedictino de San Martín de Pannonhalma bajo la advocación de San Martín. Su sucesor, Vajk, recibió en el bautismo el nombre de István, Esteban. Contrajo matrimonio con la hermana mayor del rey Enrique II de Baviera: Gisela. En el año 1000 Esteban se hizo coronar, con los auspicios del Papa Silvestre II. Fue San Esteban I —porque fue canonizado poco después de su muerte— el verdadero creador del reino húngaro.

La situación de Hungría la expuso a ataques procedentes del este. En 1241, los mongoles o tártaros derrotaron a Berla IV en la batalla de Muhi. En el siglo XV, los turcos otomanos, que se habían apoderado de Bizancio en 1453, se expandieron hacia el oeste, pero fueron detenidos por los húngaros, en 1456, al mando de Hunyadi, junto a Nándorfehérvár (la actual Belgrado). Esta histórica derrota de los turcos es una hazaña paralela a la de Carlos Martel, al detener a los musulmanes en el siglo VIII. En la segunda mitad del siglo XV, durante el reinado del rey Matías, sucesor de Hunyadi, Hungría vive una época de esplendor cultural, con aires ya renacentistas.

Aunque se sale ya del periodo medieval, se puede recordar que en 1526 los otomanos consiguieron vencer a los húngaros en la batalla de Mohács. En 1541 cayó la capital, Buda. El territorio quedó dividido en tres partes: en las zonas occiden-

tales asumió el poder la Casa de Habsburgo; el centro del país fue dominado por los turcos y, en las regiones sudorientales, en Transilvania, se estableció un principado húngaro independiente. La dominación turca durará ciento cincuenta años, hasta que en 1686 es reconquistada Buda.

Países escandinavos

El país más importante fue Dinamarca. El pueblo danés resultó de la mezcla de fineses, celtas y godos. En el medievo es un pueblo marino, dedicado en gran parte a la piratería y muy fragmentado en cabecillas locales. En el siglo IX este pueblo, unido con los noruegos y suecos, fue conocido en el norte de Europa con el nombre genérico de normandos. Cuando los carolingios quisieron controlar sus territorios, los jefes se unen y sólo desde los siglos IX-X se puede hablar de los reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega. A partir del siglo XI empieza la hegemonía de los daneses que llegaron a dominar toda la costa del Báltico, hasta el golfo de Finlandia, y sometieron a Inglaterra. En 1381 Noruega fue incorporada a la Corona; y en 1389, tras una afortunada campaña, quedó conquistada Suecia. La Unión de Calmar (1397) reunió bajo un mismo cetro los tres Estados escandinavos; pero Suecia recobró su independencia con Gustavo Vasa, y sólo Noruega quedó unida a Dinamarca hasta 1814. En Noruega todo comienza con Olav, que nace pagano, se hace pirata y asola las costas occidentales de Europa, entre ellas la de España. Después se convierte al cristianismo, evangeliza su país donde es rey desde 1015 a 1030. Obligado a huir, vuelve a Noruega, donde es martirizado en Stiklesyad.

Estética medieval

Antes de despedirnos de la Edad Media, habría que citar algunas de las obras de arte producidas a lo largo de esos diez siglos: un tesoro difícil de abarcar y muy desconocido.

Artes plásticas

Maravillas medievales en las artes plásticas están todavía a la vista de todos. En arquitectura, iglesias visigodas, ostrogodas, normandas y de otros pueblos; las catedrales románicas, llamadas así porque guardan el aire de la construcción romana; las góticas —Notre Dame, Reims, Estrasburgo, Colonia, Chartres, Burgos, León, Sevilla, Barcelona, entre otras muchas—, pero tambien importantes edificios civiles como palacios, lonjas... O los castillos, cuya belleza resiste aún en muchos casos en los campos de Europa. En los museos pueden contemplarse innumerables muestras de arte mal llamado *menor:* orfebrería —la *Corona de Recesvinto*, en el Museo Arqueológico de Madrid, por ejemplo—, cristalería, arte textil, mobiliario... Y todo esto desde los reinos godos —visigodo en España— hasta los umbrales del humanismo, en los siglos XIV y XV. En España, desde San Juan de Baños o Santa María del Naranco hasta la Catedral de Sevilla, construida a partir del siglo XIII en adelante... Y lo mismo ocurre en la totalidad de los países europeos, tanto occidentales, más conocidos, como eslavos: rusos, lituanos, bielorrusos, croatas, búlgaros, checos, eslovacos, serbios..., por no hablar de la gran diversidad de pueblos comprendidos bajo el rótulo de alemanes, de los escandinavos... Hay tal variedad artística en la Europa medieval que sólo un gran trabajo en equipo, sostenido quizá por una Unión Europea más sensible de lo que se ha demostrado hasta ahora, podría dar a conocer con detalle un tesoro de tales dimensiones. Nada mal para una supuesta *oscura* Edad Media, quizá el tópico más obtuso de cuantos ha inventado el prejuicio.

Sólo la tradición de los iconos, de las miniaturas, de los libros de Horas, de los Salterios daría para numerosos volúmenes. Tanto más valiosos cuanto que esas pinturas ilustran muchas veces los vestidos, las costumbres, las preferencias de cada época.

Por poner sólo un ejemplo pictórico. Cada vez que se han podido ver, en exposiciones internacionales, obras del Giotto,

tanto el público como los críticos se han rendido sin condiciones. Por la sutileza, la inspiración, la sinceridad, la falta absoluta de retórica, la profunda espiritualidad... Y es sólo un ejemplo. O véase cualquier *Pantocrátor*, esa figura de Cristo que el románico hereda del arte bizantino. Recuerdo el de la catedral de Cefalú, en Sicilia, un espléndido mosaico. No es difícil imaginar a generaciones sucesivas de cristianos acogidos en la mirada de ese Cristo Pantocrátor, muestra del arte normando-siciliano del siglo XII. Europa está sembrada de tesoros de ese calibre.

Música

El legado musical grecorromano no ha podido ser conservado y no consta que hubiera un sistema de notación. Hay que pensar que la música que sonaba en la cultura romana, con modalidades locales, era aquella a la que se hizo el oído de los cristianos, ciudadanos como los demás. La música más antigua de la que hay constancia es una parte de un himno cristiano de finales del siglo II, en un fragmento de papiro de Oxirrinco, en Egipto. Lo más probable es que en las iglesias se salmodiase, se cantaran los salmos al estilo hebreo. También de tradición hebrea eran los himnos: desde muy pronto se regula que el texto debe ser bíblico.

Ese tipo de canto fue adquiriendo modalidades según los lugares, destacándose cuatro principales: el romano, el ambrosiano (en Milán, en la sede de San Ambrosio, siglos IV-V), el galicano en Francia y el mozárabe en España, probablemente muy anterior a la conquista árabe, aunque llamado así por quienes lo conservaron.

Como parte de sus medidas de reforma, el Papa San Gregorio Magno (finales del VI-principios del VII) fomentó la difusión del canto romano o llano o, como se llamó después, en su honor, *gregoriano*. Es probable que ese canto tuviera una aceptación casi general por su sencilla complejidad, sinceridad y calidad, como puede verse aún hoy. Porque el can-

to gregoriano que puede escucharse en algunos monasterios —y en algunas grabaciones de gran altura— es sustancialmente el mismo de entonces.

Durante muchos siglos la música en las iglesias fue monódica, y sin instrumentos: cantantes singulares se sucedían unos a otros, como aún puede verse en el rito oriental. O bien a un cantante solista le respondía un coro, pero siempre monódico, a una sola voz.

Hacia finales del siglo VIII se empieza a utilizar en algunas iglesias un órgano de mano, al parecer una invención que venía de Oriente. Fue durante siglos el único instrumento musical permitido dentro de los templos, y después su papel central fue creciendo hasta convertirse en el *rey* de todos ellos.

En el siglo IX tuvo lugar, gracias a un monje, Hucbaldo, de la abadía de St. Amand, en Tournai, Francia, un cambio trascendental: se ensayó la *polifonía*, el canto a varias voces, teorizado en su obra *De harmonica institutione*. En el siglo XI el monje italiano Guido di Arezzo ideó el pentagrama. Para los grados de la escala musical pensó el hexacordo, y nombró a las seis notas según un himno latino dedicado a San Juan Bautista en el que cada uno de los versos empieza por una nota más alta que la nota anterior: Ut queat laxis / Resonare fibris, / Mira gestorum / Famuli tuorum / Solve polluti / Labi reatum. Y así quedaron los nombres de las notas, el *Ut* sustituido luego por el *Do*. Y para completar las siete notas se añade el SI, procedente de Sancte Iohannes. Guido di Arezzo ideó también una *Mano musical*, dibujo de la mano izquierda, en cuyos dedos y articulaciones se señalaban las notas, que se indicaban con el índice de la mano derecha. Este método estuvo en uso hasta bien entrado el siglo XIX.

En el siglo XII, coincidiendo con el gótico, conocemos los nombres de Leonino y Perotino, maestros que trabajaban en la catedral de Notre Dame y crearon una novedad, el motete.

En la segunda mitad del siglo XIII aparece un nombre del que se conoce algo más, Adam de la Halle (1237-1288), que aplicó el sistema polifónico al tratamiento de melodías pro-

fanas y compuso la primera ópera cómica de tema pastoril: *El juego de Robin y Marian.*

Una vez más, el siglo XIV es el tiempo de una floración de ideas y de estilo que en música se autodenomina *Ars nova*, arte nuevo. Se le atribuye a Philippe de Vitry, fallecido en 1361, que compuso hacia 1320 un tratado con ese nombre. Otra figura del nuevo arte es Guillaume de Machaut (m. 1377), autor de mucha música profana, pero también de la primera composición polifónica de los textos fijos de la Misa.

En Italia destaca el maestro florentino, ciego, Francesco Landini (m. 1397), autor de *ballate* polifónicas en varias partes, una de ellas instrumental, así como de numerosos madrigales. En Inglaterra, ya bien entrado el siglo XV, John Dunstable (m. 1453), que trabajó tanto en su país como en Francia. Finalmente, el mejor exponente de la escuela francoflamenca, Guillaume Dufay (m. 1474), gran conocedor de Dunstable; trabajó en varias ciudades italianas hasta convertirse en cantor de la capilla pontificia. Con Dufay se hace el tránsito de la música medieval a la renacentista.

No toda la música era de iglesia. Además de las canciones y bailes populares, cuyas melodías a veces pasaban a la música más culta (cosa que siguió ocurriendo después durante mucho tiempo), hay que señalar, entre otros filones, por ejemplo, la música en la corte de Aquitania, en el sur de Francia, gracias al impulso del duque Guillermo IX. A su regreso de la primera cruzada, en el siglo XI, cantaba él mismo *cantares de gesta.* Mucho de eso heredó su nieta, Leonor de Aquitania, reina de Francia y luego de Inglaterra, madre de Ricardo Corazón de León, una de las grandes impulsoras del estilo del «amor cortés». El mismo Ricardo era compositor. Como Teobaldo de Navarra, platónicamente enamorado de Blanca de Castilla, madre de San Luis. De Teobaldo y de Doña Blanca nos quedan composiciones. Y compositor era el rey portugués Dom Dinis. Y Carlos de Anjou, rey de Nápoles.

El amor cortés tuvo muchas formas musicales de expresión. Los *trouvères*, troveros, se desarrollaron sobre todo en Francia septentrional, empleaban la lengua francesa y eran so-

bre todo nobles o burgueses acomodados que tenían la música como afición.

El trovador es otra cosa: es un compositor profesional (*trovar* es encontrar, inventar, hallar), una especie de cantautor. Se diferenciaba también del juglar, porque éste, además de un menor conocimiento musical, la mayoría de las veces cantaba o interpretaba la música de otros, o bien formaba parte de una «banda» ambulante. Los instrumentos del juglar eran viola, zampoña, flauta, arpa, lira, rabel, decacordo, salterio, rota, organillo, cascabeles.

El de trovador era un oficio prestigioso. Se desarrolla sobre todo en el Sur de Francia y utiliza el provenzal. Hasta los reyes podían dedicarse a él, como ya se ha visto y como lo demuestran las famosas *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, dedicadas a la Virgen, para cantar su gloria con el estilo de los trovadores.

En lo que hoy conocemos como Alemania se desarrollan los *minnensinger* («cantores del amor») y los *meistersinger* («los maestros cantores»). Los primeros eran el equivalente a los trovadores surgidos en la Provenza. Wagner los evoca en el segundo acto de *Tanhäuser*, en la escena del concurso de cantores. Uno de los más célebres, Wolfram von Eschenbach, del primer tercio del siglo XIII, es el autor del poema *Parsifal*. Entre los maestros cantores el más célebre, inmortalizado también por Wagner en *Los maestros cantores*, fue Hans Sachs, un zapatero de Nüremberg.

Un nuevo estilo es el de los *goliardos*, una especie de *hippies* medievales. La mejor colección es la titulada *Cármina burana,* sobre la que Carl Orff hizo en el siglo XX su famosa composición.

Finalmente, es significativo recordar la amplia gama de instrumentos utilizados ya al final de la Edad Media. De cuerda: laúd, guitarra, mandola, salterio, arpa, lira; de viento: flauta, chirimía, trompeta, trompa; de percusión: tambores, platillos, xilófono, triángulo. Y además, el monocordio, el fiedel, el rabel, la zanfonia y la gaita.

La Edad Media, especialmente a partir del siglo XI, pero con precedentes importantes en la etapa carolingia, es una

época musical. Se canta a Dios, pero también al amor humano, al amor cortés. Una canción de la época es el mejor resumen: «A Dios, mi alma. / Mi corazón, a las damas. / Mi vida, al rey. / El honor, para mí.» Algo que mucho tiempo después glosará Calderón en el famoso «Al Rey la hacienda y la vida, / se ha de dar, pero el honor, / es patrimonio del alma / y el alma sólo es de Dios». El fundamento de la personal independencia y libertad es el alma, que Dios da al hombre y por eso es suya y de nadie más. No vendría nada mal hoy este espíritu de personal independencia, a la hora de tanto comportamiento masivo y genérico, inducido por los medios de comunicación de *masas*.

Literatura

Las diversas lenguas europeas, tanto las romances, derivadas del latín, como las sajonas, germánicas y eslavas tardan en formarse y más en dar origen a una literatura escrita. Pero seguía existiendo la abundante, siempre apreciada, literatura latina clásica, a lo que había que añadir numerosos escritos de los Padres de la Iglesia y otros autores cristianos, así como cronistas que escriben en la lengua común hasta bien entrado el siglo XIV, tanto en la Europa occidental como, más si cabe, en la oriental. A veces ha extrañado que tengan que transcurrir cinco o más siglos para que se den las primeras obras en lenguas vernáculas. Pero, si se tienen en cuenta los altos niveles de analfabetismo, se entiende que la tranmisión de muchas creaciones literarias vernáculas se hiciera oralmente, y que las obras escritas en latín quedasen para un pequeño porcentaje de población.

Como muestras, muy valiosas, de lo que se hacía en latín entre los siglos VI y VII, tres obras: *La consolación de la filosofía*, de Boecio, escrita en 524, el mismo año de su injusta ejecución por orden del rey Teodorico; *Origen y gestas de los godos,* de Jordanes, probablemente obispo de Crotona, en Calabria (Italia), escrita en 551; y las *Ethimologiae* de San

Isidoro de Sevilla, siglo VI, un libro que, como el de Boecio, gozó de un persistente prestigio durante toda la Edad Media y después. De hecho estas tres obras se leen aún con interés y proporcionan una impresión de primera mano de lo que se sabía, sentía y vivía en ese tiempo ya tan lejano.

— La literatura en Francia

Es útil comenzar con Francia, debido al influjo que su literatura tuvo sobre otros países europeos.

Destaca antes que nada la *Chanson de Roland*, anónimo de finales del XI, que cuenta un pequeño episodio de la expansión militar de las tropas carolingias. En la guerra contra el rey moro de Zaragoza, los franceses son derrotados en Roncesvalles y el adalid, Roland, muere. Además de la obra de los trovadores y troveros, hay otros frutos ya maduros como los *Lais*, de María de Francia (s. XII) y sobre todo, en el mismo siglo, las obras de Chrétien de Troyes, *Perceval o El cuento del Grial, Erec y Enid, El caballero de la carreta, El caballero del león, Yvain, Cligés*... Unas novelas en verso, traducidas hoy en prosa a muchas lenguas, que deberían formar parte del conjunto de lecturas de cualquier europeo.

Otro hito de la literatura, ahora del siglo XIII, es lo conocido como *Vulgata*, una obra inmensa, en cinco partes, que cuenta, esta vez en prosa, la historia del Santo Graal y de los caballeros del Rey Arturo. Sus partes son: *Estoire du Graal, Merlin, Lancelot, Quête du Graal, Morte d'Arthur*. En muchos sentidos se puede considerar esa novela como lo mejor que dio de sí en este género la literatura en la Edad Media y entre las diez o veinte mejores narraciones de toda la historia. Del mismo tiempo el *Roman de Troie*, de Benoît de Saint-Maure, ampliamente traducido o imitado en toda Europa, que perpetúa la «materia de Troya», la que une a dos grandes como Homero y Virgilio.

Interesante también esa invención teatral que es *Jeu de Saint Nicolas*, de Jean Bodel. En el siglo XIII, otra cumbre, el *Roman de la Rose,* de Guillaume de Lorris y Jean de Meung,

o el anónimo *Roman du Renart*, obra de la Baja Edad Media, con una feroz crítica a todas las instituciones, o los populares *Fabliaux*.

Y una novela en verso, de un tal Heldris de Cornualles, del que apenas se sabe que era clérigo, hacia 1270, *Le Roman de Silence*, en francés de Picardía, que ha dormido en el manuscrito durante setecientos años y ahora es felizmente conocida. Entre 1364 y 1430 vive Cristina de Pizán, una veneciana recriada desde pequeña en la corte francesa de los Valois. De 1405 data una de sus mejores obras, *Le livre de la Cité des Dames (El libro de la Ciudad de las Damas)*, en el que se ha querido ver una muestra temprana de feminismo. Es, de todos modos, un ejemplo extenso y elocuente de la amplitud de espacio que tenían en la Edad Media las damas inteligentes y audaces.

Entre los cronistas e historiadores, el increíble, a veces ingenuo, a veces pedante, Jean de Jonville, en su *Histoire de Saint Louis*, o el más colorista y a la vez dramático, Jean Froissart, autor de cuatro libros de *Chroniques*, con el relato, entre otros muchos hechos, de los primeros compases de la Guerra de los Cien Años.

Finalmente, la obra maestra del por otro lado naciente teatro francés: la *Farsa de Maese Pathelin*, escrita hacia 1465, y que enlaza directamente con Molière.

— La literatura en España

Las primeras muestras de literatura en lengua vernácula en la España cristiana —aparte de lo muy importante que se hacía en la España musulmana— son romances y cantares de gesta, recogidos en época posterior. Todo parece arrancar en el siglo XII, época en la que media España está aún en poder de los musulmanes. (Hay una excelente literatura andalusí, probablemente a la cabeza del mundo entonces. Baste recordar a Ibn Hanzm, del siglo XI, autor de *El collar de la paloma*, que sigue siendo uno de los mejores tratados sobre el amor. Pero esto plantea la integración o la armonía del fi-

lón árabe-andaluz en la cultura europea, que es un problema aparte).

Del siglo XII es el *Cantar del Mío Cid*, con razón la epopeya hispánica por excelencia. Entre los siglos XII y XIII, están Gonzalo de Berceo, el mayor poeta del mester de clerecía (*Milagros de Nuestra Señora)*; el historiador catalán Bernat Desclot (*Llibre del Rey En Pere e dels seus antecessors passats*); Alfonso X el Sabio, m. 1284, con al menos cuatro obras de trascendencia, las *Partidas*, la *Estoria de España* o *Crónica general*, y la *Grand e general estoria* en un castellano que el rey contribuyó eficazmente a forjar, y las *Cantigas de Santa María*, en un gallego claro y sensible. O el anónimo *Libro de Alexandre*, que introduce en España la materia griega. O la *Gran conquista de ultramar,* con temas de las Cruzadas, inspirado en un texto francés, traducción a su vez de un original latino. O el gran Raimon Llull (m. 1315), auténtico adelantado en su tiempo, autor de la novela *Blanquerna* y del *Llibre d'Amic a l'Amat*, dos joyas de la literatura para cualquier tiempo.

Ya entrados en el siglo XIV, el catalán Raimon Muntaner, cuya *Crónica* es una excelente descripción de la expedición de los almogávares. O el Infante don Juan Manuel, cuyo *El Conde Lucanor*, ha sido lectura escogida por muchos durante siglos. Por no hablar del Arcipreste de Hita y su *Libro del Buen Amor*, que basta por sí solo para desterrar la mayor parte de los prejuicios con que algunos aún ven la Edad Media como una época puritana. O del judío don Sem Tob, ejemplo de gracia y de tolerancia en los versos que de él han sido conservados. O el famoso *Rimado de Palacio*, de Pero López de Ayala, un verdadero retrato de la clase dirigente en el siglo XIV. O el espléndido poema *Somni*, del catalán Bernat Metge. Otros textos menos conocidos, del mismo siglo XIV, son: *Cuento muy fermoso del emperador Otas de Roma y de la infanta Florencia, su fija*, anónimo; *Suma Troyana*, de un tal Leonarte; además de numerosas adaptaciones, versiones o compilaciones basadas en la materia artúrica, en especial de la llamada *Vulgata*.

Los autores entre el XIV y el XV son ya tantos que es preciso elegir para ofrecer una muestra. Entre los poetas, el valenciano Jordi de Sant Jordi, autor de un *Cancionero* en el que se notan ya los aires que venían de Italia; el catalán Ausias March (m. 1459); el Marqués de Santillana (m. 1458), cuya frescura en las *Serranillas* conserva todo el vigor: o Jorge Manrique, (m. 1479), con *Coplas a la muerte de su padre*, una de las cimas de la poesía en cualquier tiempo. Entre los prosistas, la estupenda novela de Johanot Martorell, (m. 1470), valenciano, *Tirant lo Blanc,* que combina realismo e idealismo, en un clima poético y a la vez descarnado; el todavía sin que se pueda concretar la autoría pero espléndido *Libro del Caballero Zifar,* del primer tercio del siglo XIV, con una prosa rica, colorista y atravesada por un fino sentido del humor. O una de las mejores novelas de caballería jamás escritas, el *Amadís de Gaula.* O las aportaciones a la historia de Fernán Pérez de Guzmán, (m. hacia 1560) con su *Mar de historia. Generaciones y semblanzas*; o *El Victorial*, de Gutierre Díez de Games (m. 1450); o, de Hernando del Pulgar, (m. hacia 1490) su mejor obra, *Claros varones de Castilla;* o la *Crónica sarracina*, de Pedro del Corral sobre la pérdida de España por los pecados de don Rodrigo; para acabar con la curiosa obra *El Corvacho*, del Arcipreste de Talavera, una sátira antifemenina muy al día en modas, costumbres y dichos, un arsenal para el conocimiento de la época.

— La literatura en Portugal

La literatura portuguesa comenzó a mediados del siglo XIII, en tiempos del rey Alfonso III con canciones populares y otras, más elaboradas, obra de los juglares. Hacia el siglo XIV, Dom Pedro dos Barcelos escribió el *Livro dos linhagens*, primera obra portuguesa en prosa, una colección de historias y de leyendas. También aparecieron las novelas de caballería, inspiradas sobre todo en el *Cantar del Cid.*

— La literatura en Italia

En Italia no hay nada especialmente apreciable antes del siglo XIII, pero en ese siglo se da la explosión; desde los *Laudi* de Iacopone da Todi, hasta cualquiera de las obras de Dante, en primer lugar la *Commedia* después juzgada *Divina*, además de *La Monarquía, Vita Nuova, De volgare elocuenzia, Il Convivio.* Dante, 1265-1321, será siempre una réplica a quienes ven la Edad Media como una edad de ignorancia. En él están todos los registros, y es capaz de insertar una lírica de inmensa interioridad en medio de una epopeya divina y humana. Dante es capaz de llegar a síntesis de la experiencia humana que sólo se alcanzarán muchos siglos después, como en eso de «amor que en la mente me razona», el amor como forma de conocimiento, el amor como unidad de todas las potencialidades humanas. Además de Dante, la pléyade de poetas del llamado *il dolce stil nuovo*, o el libro de viajes de Marco Polo, *Il Milione,* o la revolución que supuso para toda la poesía europea la obra de Petrarca, m. 1374, con *Cancionero* y *África*. Y en pleno siglo XIV alguien tan provocador como Boccaccio, m. 1375, en su *Decameron, Fiammetta, Vita di Dante, Filocolo....*

El siglo XV italiano, *el Quatrocento,* es equivalente a un siglo XVI en cualquier otro lugar de Europa, con autores como Sannazaro (*Arcadia)*, el *Cancionero* de Lorenzo de Medici, las *Stanze*, de Poliziano, *Morgante*, de Luigi Pulci, inspirado, como los dos que siguen en el Roldán francés (en italiano, Orlando), el *Orlando innamorato*, de Boyardo, y el insuperable *Orlando furioso*, de Ariosto, ya publicado el siglo XVI y plenamente renacentista.

— La literatura en Alemania

Los distintos territorios que se comprendían en lo que mucho más tarde se llamó Alemania, dieron también muy pronto obras de valor, en los diferentes dialectos o lenguajes. Lo más antiguo, dejando a un lado textos no literarios, es

el *Cantar de Hildebrand (Hildebrandslied)*, anónimo, de un temprano siglo VIII, escrito en el alto alemán que se hablaba en el sur, obra de una dureza y de un dramatismo innegables. Al carecer de final, resulta aún más trágica: el lector no sabrá nunca si el viejo Hildebrando muere en la lucha contra el hijo que no quiere reconocerlo como padre (pues la vida los ha separado y el hijo piensa que su padre ha muerto) o, mucho peor, se ve obligado a matar a su hijo... Del siglo IX es *El Salvador (Heliand)*, también anónimo, en anglosajón, una especie de representación de la vida y la pasión de Cristo. También de ese siglo es la obra del primer autor germánico del que conocemos el nombre, el monje Otfried von Weissenburg, *Krist*, escrita en renano-francés, una especie de concordancia de los Evangelios con comentarios místicos, morales y espirituales.

Del siglo XII son un conjunto de novelas cortesanas o precortesanas escritas en verso por clérigos para deleite de los nobles: *König Rother (El Rey Rother)* o *Herzog Ernst (El conde Ernesto)*. De finales de ese siglo es *Eneit*, con el argumento paralelo al de la *Eneida*, de Virgilio, pero basado en un precedente francés, obra de Heinrich von Veldeke. Inspirado en la obra del francés Chrétien de Troyes, Hartmann von Aue escribe un *Erek*, un *Iwein* y, fuera de esa influencia, *Armen Heinrich (El pobre Enrique)*, emotiva historia de amor entre un caballero herido de muerte y una muchacha campesina, dispuesta a entregar la sangre de su corazón para salvarlo; y *Gregorius*, ambientada en las Cruzadas.

Las tres mejores obras de este periodo servirán en el futuro de casi continua inspiración a otros autores y de forma especial a Wagner: *Parsifal*, de Wolfram von Eschenbach; el anónimo *Das Nibelungenlied (El Cantar de los Nibelungos)* y *Tristan und Isolt (Tristán e Isolda)*, de Gottfried von Strassburg. Las tres son del siglo XIII. Se puede añadir a estas tres una especie de imitación de *Los Nibelungos,* el *Kudrun-Epos*, del mismo siglo. De las cuatro, la más misteriosa, la que atrae más la atención, la que sigue conservando un encanto extraño es *Tristán e Isolda*. No es el momento de comentar con

detalle las complejidades de trama, de sentimientos, de matices de la historia de *Tristán e Isolda*. Hay que ir al texto para comprender la finura y el gusto directo y sencillo de este autor. Pero es que, además, el argumento de esta obra —que es la historia de un complejo e involuntario adulterio— recorre gran parte de la literarura de los siglos medievales.

Del siglo XIV, de Johann von Tepla, notario de Praga, es *Der Ackermann aus Böhmen*, un diálogo en prosa entre un labrador y la muerte, en el que el primero lamenta la temprana muerte de su mujer.

— La literatura en Inglaterra

El inglés se origina a partir de la invasión de tribus germánicas, sajonas, hacia mediados del siglo V. Esos pueblos hablan el inglés antiguo o lengua anglosajona. El testimonio más temprano es el de un poeta citado por Beda el Venerable, Caedmon. Posterior a Caedmon es la escuela de Cynewuklf. Hay en estos pueblos una antigua tradición de poemas para ser cantados por los bardos, acompañados del arpa. Muchas características de esa poesía aparecen compiladas en el poema épico *Beowulf*, en un temprano siglo VIII. El rey, Beowulf, del que se cuentan las hazañas y la muerte es de cultura escandinava. Poco más hay en este primer periodo, además de traducciones de obras latinas, principalmente de Boecio y de Beda el Venerable.

El panorama cambia en el periodo normando, que va de 1066 a 1485 y que registra una cierta hegemonía de la literatura francesa. El latín sigue siendo la lengua erudita, pero para lo literario se usa mayoritariamente el francés. Sólo hacia el siglo XIV el inglés volvió a ser el idioma del gobierno y de la política, un idioma que había incorporado ya muchos términos de origen latino o francés. Existen así varios filones literarios. Conectado con el inglés antiguo está *Piers el labrador* de William Langland. El poema *La perla,* hacia 1370, como el de Langland, es didáctico y doctrinal, plenamente

cristianos. Pero lo más notable es que ya en el siglo XIV, como en el caso de Dante en Italia, aunque algo después, se da una obra cumbre, madura: la de Geoffrey Chaucer. Entre otras razones porque, probablemente, conocía la obra de Dante, de Petrarca y desde luego de Boccaccio, en el que se inspiró al componer los poemas, *Troilo y Cresida* (1383) y *El cuento del caballero* (1382). Además fue traductor de algunas obras francesas y latinas. Pero su obra mejor es *Canterbury Tales* (*Cuentos de Canterbury)*, compuestos después de 1387. No se alabará nunca bastante la calidad, el ingenio y la maestría de Chaucer en este libro que, es además, uno de los mejores retratos que nos han quedado de la Baja Edad Media.

Lo más destacable del siglo XV es la excelente novela, en la estela de la materia artúrica, *La muerte de Arturo,* de Thomas Malory, que cierra con un gran final la literatura medieval inglesa.

— Otras literaturas

En los países eslavos, lo principal de la literatura, hasta bien entrado el siglo XIII, está compuesto de documentos religiosos, misales, o vidas de santos, en una proporción mayor que en la Europa occidental.

En Bulgaria, donde se da lo más antiguo de la literarura eslava, tiene especial relevancia la labor de los santos Cirilo y Metodio. Cirilo crea el alfabeto eslavo o glagolítico y enseguida se traducen al búlgaro antiguos libros cristianos fundamentales. De San Cirilo es un *Prólogo al Evangelio.*

En checo son importantes, ya en el siglo IX, *Vida de Constantino* y *Vida de Metodio* y, en el siglo X, *Vida de San Wenceslao.* En los siglos XI a XIII hay ya una literatura profana, casi siempre adaptaciones, aunque también la gran obra *Crónica checa*, de Kosma, que tuvo muchas continuaciones.

En polaco hay también mucha literatura en latín. Del siglo XII es *Crónica de la Gran Polonia.* Abunda la literarura religiosa, como el *Sermón de Santa Cruz* o *Vida de San Alejo.*

En serbio, además de adaptaciones o imitaciones de temas de fuera (*Libro de Alejandro*, *Tristán e Iseo)*, hay una importante literarura hagiográfica en torno a San Simeón y su hijo San Sava. Sava escribe *Vida del señor Simeón*. Su hermano, el rey Stefan Prvovencami, *Vida y empresas de San Simeón*.

En ruso, que en esa época abarca lo que se hace en Bielorrusia y en Ucrania, aparte de numerosas vidas de santos (*Vida de los Santos Boris y Gleb)*, hay una gran variedad: *Canto sobre la ruina de la Tierra Rusa, Vida de Aleksander Nevski, Ciclo de Kuikovo*. Pero destaca sobre todo lo demás el *Canto del príncipe Ígor (Slovo O Polgú Ígoreve)*. De final del siglo XII y autor desconocido, la obra cuenta la derrota de los rusos, el 11 de mayo de 1185, a mano de los cumanos, y está considerada como el monumento más valioso del conjunto de la literatura rusa.

Tardaron más en despegar las literaturas vernáculas en bielorruso, ucraniano, eslovaco y esloveno. De hecho, las primeras obras para la mayoría de esas lenguas son ya del siglo XVI en adelante.

Respecto al griego, hasta 1875 no se conoció el que es hasta ahora el primer texto del griego moderno, una lengua basada en el griego clásico pero transformada por el uso popular. Se trata del poema, compuesto entre el siglo X y XI, *Diyenís Acritas*, con las hazañas de Vasilios Diyenís Acritas. Los acrites eran los guardianes de las fronteras, de las marcas, que tenían que luchar tanto contra los musulmanes como contra los bandidos. Se trata de un poema épico, en el espíritu de los que se daban en Occidente (*Mío Cid, Roland*, etc.).

Del siglo XII son los poemas *Prodrómicos*, atribuidos a Teodoro Pródromos. Se trata de peticiones elevadas al emperador Juan y a su hijo Manuel Comneno. Una descripción muy clara de la situación del pueblo, en un lenguave vivo, directo y desenfadado. Otro poema, *Spaneas*, se atribuye a Alexios, hijo del emperador Juan Comneno.

En 1204 los cruzados conquistan Constantinopla. Acaban, al menos provisionalmente, con el estado bizantino, y difun-

den su propia cultura latina, que enseguida tiene un reflejo en la literatura. Aunque el estado bizantino se restauró en 1261, hasta la fecha clave de 1453, cuando Bizancio cae definitivamente en poder de los turcos otomanos, la influencia latina es continua. La *Crónica de Morea*, por ejemplo, de principios del XIV, es obra de un franco de habla griega, que narra la conquista del imperio por parte de los cruzados.

Más enlazada con la tradición cultural propia, neohelénica, son una serie de novelas de amor y caballería, que tuvieron además un notable influjo en el resto de Europa. Entre esas novelas la más peculiar y significativa es *Livistros y Radami*, con la característica trama de historia de amor llena de complicados incidentes, pero con final feliz. Muy notable también *Calímaco y Crisorroe*, quizá del siglo XIV.

Las adaptaciones no son muestras de originalidad, pero prueban el mutuo conocimiento y la comunidad de cultura como se advierte en textos ya del siglo XV, como *Historia de Apolonio de Tiro*, que procede de la versión latina de un original griego del siglo III. Algo semejante puede decirse de *La guerra de Troya*, o de la *Vida de Alejandro*. Más original es la *Historia de Belisario*, basada en las leyendas que circularon muy pronto sobre el famoso general de Justiniano.

Otro filón es el de los poemas alegóricos, filosóficos o didácticos, estos últimos a veces en forma de fábula con protagonistas animales, en la larga tradición que se remonta a Esopo. Títulos como *Tratado de consolación sobre la Desdicha y la Felicidad*, *Historia de Ptojoleon*, *Súplica del pecador*, *Sobre el exilio*, *Fábula de los cuadrúpedos, Pulologos* (con los pájaros como protagonistas) o el *Sinaxario del honrado asno*.

En las literaturas nórdicas, hay que tener en cuenta que, bajo la guía de Dinamarca, forman una unidad Dinamarca, Noruega, Suecia y la actual Finlandia. Suecia no es independiente hasta el siglo XVI. Finlandia aparece, como desmembración de Suecia, a principios del siglo XIX. En esta literatura, de cultura vikinga, lo más notable, en el medievo islandés, es el poema épico, llamado *edda*. Además, el *skaldic*, de ori-

gen noruego, con nombres como Egil Skallagrímsson (m. 990). Más tarde, entre el siglo XI y el XV se desarrolla la *saga,* con temas de biografías de héroes, reyes de Noruega o simplemente legendarios.

Los primeros textos de la literatura danesa sólo han llegado hasta nuestros días de forma incompleta. Inscripciones rúnicas que datan del periodo comprendido aproximadamente entre el 800 d.C. y el 1100 d.C., revelan la existencia de una concisa prosa y de una poesía, que utilizaba ampliamente el recurso de la aliteración. Se han conservado también antiguas canciones heroicas, especialmente las paráfrasis en latín.

Fuentes escritas que datan del 550 d.C. dan información sobre los finlandeses, finners (sámi) en Escandinavia central y septentrional. La única tradición puesta por escrito acerca de la primitiva población germánico-nórdica y la inmigración original a Escandinavia se encuentra en la crónica islandesa de Snorre Sturlasson Edda, escrita en el siglo XIII.

No hay apenas restos de una literatura en húngaro, en los siglos medievales, porque desde el año mil se difunde el uso del latín para la mayoría de los documentos y para literatura religiosa y hagiográfica. El húngaro es un idioma sin relación con las lenguas eslavas. Pertenece a la familia del finlandés, del letón y de otros pueblos absorbidos históricamente por Rusia.

De mediados del siglo XII es el primer texto conservado, escrito con el alfabeto latino, *Halotti beszéd (Discurso mortuorio)*, traducción de un escrito de una plegaria necrológica en latín. Del siglo XIII el primer poema en húngaro, *Máriasiralom (Lamentación de María),* versión también de un original latino.

En otros países, como Rumania, la literatura, que tuvo un amplio periodo de oralidad, no se recoge por escrito hasta el siglo XV, y, como de costumbre, con textos religiosos.

TERCERA PARTE
LA EUROPA DE LAS NACIONES

Desde finales del siglo XV, no mucho después de terminar la guerra franco-inglesa de los Cien Años, empieza a surgir la Europa de las Naciones, en un gran ciclo que, en cierto modo, no ha terminado aún. La Unión Europea, aunque ha aliviado algo la tensión existente en la Europa de las Naciones, no la ha suprimido por completo. En pleno siglo XX una figura tan notable como el general De Gaulle vio en la expresión *l'Europe des Nations*, no sólo una realidad sino una meta insuperable.

Egoísmos *locales* se han dado siempre, pero los egoísmos *nacionales* estaban esperando la aparición de las naciones modernas, y eso, en Europa, se refuerza a partir del siglo XV. Los egoísmos traerán enfrentamientos diplomáticos o militares, las guerras.

En los capítulos que siguen se habla más, según los siglos, de una determinada nación, de acuerdo con las sucesivas hegemonías que se dan dentro del enfrentamiento de naciones. El siglo XVI es de hegemonía española. El XVII, francesa. El XVIII, a medias entre Francia e Inglaterra. El XIX, de hegemonía inglesa. En el XX, como es bien sabido, la hegemonía se traslada a América, a los Estados Unidos, que sigue en el XXI...

Siglo XVI: español

Los enfrentamientos y las guerras

El siglo XIV —tan castigado por la hambruna, la peste negra, las divisiones en el seno del papado— es también el siglo del primer enfrentamiento grave entre reinos cristianos medievales. No hace falta entrar en el detalle de las causas de la Guerra de los Cien años, entre reyes franceses e ingleses, por lo demás estrechamente emparentados. Era lógico que el sistema feudal propiciara que un rey pudiera adquirir territorios en otro reino: eso ocurrió con los reyes ingleses, que aumentaron sus propiedades en Francia hasta que se consideraron herederos del entero reino. Los capetos se habían extinguido, tras la muerte de Felipe el Hermoso y la de sus hijos varones. Quedaba una hija, Isabel, reina de Inglaterra y madre de Enrique III. En Francia se intentó coronar a un primo de Isabel, un Valois, con el nombre de Felipe VI. Pero Enrique III reivindicó la corona francesa, en parte para defender sus muchas posesiones en ese reino. Y cuando, declarada la guerra, los ingleses vencen en Crécy y en Poitiers, esas posesiones crecen. Ya en el siglo XV, Enrique V de Inglaterra vence de nuevo a los franceses en Agincourt, en 1417, donde muere la flor y nata de la nobleza francesa. Su sucesor, Enrique VI, fue ya rey de Inglaterra y de Francia.

Gracias en parte al entusiasmo despertado por la acción de Juana de Arco, el delfín Carlos VII logra reconquistar París en 1436. Su reinado, hasta 1461 y el de sus inmediatos sucesores, Luis XI (hasta 1483) y Carlos VIII (hasta 1498) fue el de una poderosa reconstrucción de un país que aspiraba, aunque se lo impedirá España, a la hegemonía en Europa.

Hay ya una enemistad en germen, la de franceses e ingleses. Pero enseguida se forma otra, porque Francia no ve tampoco con buenos ojos el ascenso español, tras la unión de Castilla y Aragón con los Reyes Católicos, y las gestas de este reinado, la conquista de Granada y el descubrimiento de América, en 1492. Por si fuera poco, en 1519, el nieto de los Reyes Católi-

cos, hijo de la reina Juana y de otro hermoso Felipe, un Habsburgo, Carlos I, hereda nada menos que un vasto conjunto de territorios en el centro de Europa y el título de Emperador.

La insoportabilidad por parte de Francia de esa situación se advierte sobre todo en Francisco I (1515-1547), consciente de que se jugaba con Carlos I el dominio sobre la parte más rica de Italia, además de la influencia en otras zonas europeas. Derrotado en Pavía, en 1525, preso en Madrid, aunque generosamente liberado, Francisco I y su sucesor Enrique II, hasta 1559, tuvieron que admitir la hegemonía española, incluso cuando, en 1556, Carlos I abdica en su hijo Felipe II, porque éste mantendrá no sin dificultades, pero enérgicamente, el poder de España hasta su muerte, en 1598.

Para entender mejor estos enfrentamientos hay que tener en cuenta el mapa europeo en una fecha como 1515, es decir, antes de que Lutero, desde 1517, complique más las cosas. Los tres grandes reinos, en influencia eran: España (que muy pronto, con Felipe II, iba a ser también rey de Portugal), Francia e Inglaterra, que también muy pronto se iba a hacer con Escocia. Las fronteras del este veían el avance implacable del imperio otomano, ya dueño de media Hungría y amenazando al reino de Polonia. Y entre la frontera francesa y la del este, una extensa franja de norte a sur comprendía las actuales Bélgica, Holanda, Suiza e Italia, además de la maraña de principados y estados germánicos, que sólo en el siglo XIX formarían Alemania. Toda esa franja era zona de dominio o influencia de España o Francia y ocasión de pactos y alianzas. El mayor poder en esta fecha era el de los Habsburgo, que estaban en España y en el Imperio, que eran dueños de las actuales Bélgica y Holanda; del Franco Condado, al norte de Lyon y Ginebra; del Ducado de Milán; de Bohemia y Moravia (actuales República Checa y Eslovaquia); de Austria; una parte de Hungría; una parte de Croacia y de una franja en el norte de Italia.

Italia fue siempre en este periodo causa de profundas discordias entre España y Francia. Además del Ducado de Milán, influían otros estados más al sur, entre ellos los Estados

Pontificios, que, dependiendo de cada Papa, jugaron en el tablero político durante todo el siglo XV y el XVI. Finalmente, el Reino de Nápoles.

Estaba claro que la unión de España con el Imperio, que siguió cuando a Carlos V le sucedió Fernando I, era la fuerza mayor. Se podían haber unido, contra España, Francia e Inglaterra. Lo hicieron después de la muerte de la reina María Tudor, hija de Enrique VIII (el iniciador del cisma anglicano, definitivo desde 1534) y esposa efímera de Felipe II. Lo normal era que se buscase el apoyo del Papa, en sentido profrancés o en sentido proespañol y el de otros estados italianos. Cuando el protestantismo dividió a los estados germánicos en protestantes y católicos, veremos a los reyes servirse de esta baza. Al rey católico francés aliarse con protestantes o al rey católico español utilizar a mercenarios protestantes para el saqueo de Roma.

En efecto, el 6 de mayo de 1527, el ejército Imperial de Carlos V, del que formaban parte unos dieciocho mil lansquenetes, muchos de ellos luteranos, toman al asalto Roma y durante semanas saquean la Ciudad Eterna. Era una dura y cruel represalia a la alianza antiimperio que el Papa Clemente VII había firmado junto a los venecianos y a los franceses (Liga de Cognac). Los saqueos, cometidos por tropas asilvestradas, sin mando, dieron lugar a todo tipo de crímenes: asesinatos, violaciones, torturas y robos.

En el periodo entre 1550 y el final del siglo, Europa dependía, en primer lugar, de Felipe II de España; a su lado, los emperadores Habsburgo y, ocasionalmente, otras alianzas, incluido el Papa. En contra, la poderosa Isabel de Inglaterra (1558-1603), que había quitado de en medio a la competidora reina de Escocia, María Estuardo (1542-1587) por el expeditivo procedimiento de decapitarla. Y en contra también al rey francés, que hasta 1589 no tuvo un monarca de la categoría de Francisco I: fue el primer Borbón, el protestante Enrique de Navarra, Enrique IV, el de *París bien vale una misa*, asesinado en 1610, después de más de veinte años de un reinado inteligente y ambicioso.

Felipe II hereda de su padre también la enemistad con los franceses. Muy pronto cosecha, como lo había hecho su padre en Pavía, una gran victoria, la de San Quintín, hazaña del ejército español al mando de Manuel Filiberto de Saboya. Fue la contestación a la invasión de Nápoles por parte del duque de Guisa. La batalla tuvo lugar el 10 de agosto de 1557. Después de esta celebrada victoria —*se armó la de San Quintín*—, el Papa Paulo IV, enemigo del predominio español en Italia y, por tanto, aliado de los franceses, temeroso de perder sus Estados, aceptó la paz, separándose del rey de Francia. Para conmemorar la toma de San Quintín se construyó el monasterio del Escorial, dedicando el templo a San Lorenzo, en cuyo día se dio la batalla. Construido entre 1562 y 1584, costó tanto que trajo dos veces la bancarrota a los bienes del país. Pero, además de su belleza y de su flamante imperturbabilidad, está suficientemente amortizado en turismo y en imagen.

Otro de los principales focos de conflictos durante la segunda mitad del XVII fueron los territorios que hoy comprenden Bélgica y Holanda. En 1576, Holanda y Zelanda se unieron para dar el poder político y militar a Guillermo de Orange, protestante. A la vez, los católicos del sur y los calvinistas del norte acordaron la pacificación de la zona de Gante, pidiendo que se retiraran las tropas extranjeras, es decir, españolas. Ese mismo año don Juan de Austria fue nombrado por el rey gobernador de estas tierras. Al principio, en el Edicto Perpetuo de 1577, acordado en los Estados Generales, el gobernador aceptó la mayor parte de las reivindicaciones de los rebeldes, y se inició la evacuación de los tercios españoles. Pero los rebeldes, viendo en esto un signo de debilidad, exigieron otras concesiones. Don Juan de Austria pidió entonces al rey Felipe II más tropas, que llegaron al mando de Alejandro Farnesio y en 1578 derrotaron al ejército de los Estados Generales. La inesperada muerte de don Juan de Austria este año convirtió en gobernador a Alejandro Farnesio. Su política contribuyó a la división entre el norte, calvinista y democratizante —lo que luego, más o me-

nos, será Holanda— y el sur, católico y nobiliario, que correspondería a Bélgica. Por la Unión de Arras de 1579 las provincias del sur (Artois, Henao y Douai) reconocieron el poder real y la fe católica. A su vez el gobernador prometía el respeto a las libertades tradicionales. Las siete provincias calvinistas del norte se confederaron en la Unión de Utrecht, creada en 1579, oponiéndose a la soberanía española y declarándose independientes. Se aliaron entonces Guillermo de Orange, la reina Isabel de Inglaterra y el duque de Alençon, hermano del rey de Francia, para ir contra Felipe II. Pero las tropas españolas se impusieron sobre la resistencia del sur, conquistando en 1585 Bruselas y Amberes, aunque no se consiguió lo mismo en el norte.

En 1588, después de la ejecución de la reina de Escocia, María Estuardo, y de que hubiera pruebas evidentes del apoyo de Isabel de Inglaterra a los rebeldes de Flandes, a lo que se sumaba la constante beligerancia de los piratas ingleses, Felipe II decidió invadir Inglaterra, para lo que preparó una gran armada. A última hora, no pudo mandarla, por enfermedad, don Álvaro de Bazán, de probada maestría. El Duque de Medinasidonia no fue un buen suplente, más bien demostró su inexperiencia. Todo eso, junto a las tormentas (el célebre «No envié mis naves a luchar contra los elementos») y a los ataques de los piratas ingleses, Howard y Drake, hicieron naufragar la empresa. Se perdió la mitad de las naves españolas. Los españoles habían llamado al contingente «Gran Armada». Lo de «Armada Invencible» es un sarcasmo de los ingleses. De todas formas es muy improbable que una invasión hubiera tenido éxito. Isabel de Inglaterra tenía ya muchos intereses a su favor, entre otras cosas un crecido sentimiento nacional, singular e insular, que en cierto modo sigue vivo hoy.

Religión y oportunismo

Religión y política están mezcladas, a veces confundidas, a veces enfrentadas durante todo el siglo XVI y más aún lo

estarán en el XVII. Muchos reyes o príncipes o, en general, jefes de los Estados eran fervientes creyentes y en los conflictos político-religiosos deseaban mantener posiciones de acuerdo con su conciencia. Pero resultaba muy difícil, por muchas razones. En primer lugar, a veces, cumpliendo con lo que parecían las exigencias de la fe, se perdía influencia política o bien otros aprovechaban la devoción del rey piadoso para conquistar poder a sus expensas. En segundo lugar, había entre los reyes y príncipes una especie de mala conciencia por no ayudar a otros estados cristianos a defenderse del avance de los turcos otomanos. En esto, todos los papas del siglo XVI y parte del XVII fueron continuos impulsores de acciones para frenar al turco; pero los príncipes cristianos, salvo alguna excepción, prefirieron no arriesgarse en una acción exterior que desatendería los problemas internos. Y en tercer lugar, la aparición del protestantismo en Alemania, como del anglicanismo en Inglaterra, añadía un factor de complejidad a las relaciones políticas.

Tampoco puede olvidarse la influencia de esa especie de realismo y cinismo políticos que Maquiavelo había defendido no hacía mucho: *El Príncipe* es de 1513. Aunque Europa se puebla de escritos antimaquiavélicos, en la práctica sus reyes y príncipes parecen muchas veces aventajados discípulos del florentino. Durante todo el siglo XVI, un solapado maquiavelismo se hizo crónico, la razón de Estado predominó, con más o menos titubeos, sobre la convicción religiosa.

Una prueba es la política de Carlos V ante el desarrollo del protestantismo. Agotados los intentos de solución pacífica, se llega a la importante batalla de Mühlberg, ciudad a orillas del Elba, el 24 de abril de 1547. Fue una dura derrota para los ejércitos de la Liga de Smalkalda mandados por Juan Federico de Sajonia. Como consecuencia del triunfo, la Liga de Smalkalda se deshizo. Pero hay que tener en cuenta que junto al emperador luchaban también algunos príncipes protestantes, lo que permite entender que la batalla de Mühlberg no fue solo, ni quizá principalmente, un avatar de un conflicto religioso. De hecho, el agravamiento, para los inte-

reses del Imperio, de las circunstancias políticas —presión de Francia, presión de los turcos— llevó a Carlos V a pactar una paz con los protestantes, no mucho después de la victoria de Mühlberg, la Paz de Ausburgo, de 1555.

Durante el reinado de Felipe II, otra muestra del predominio de los intereses políticos sobre cualquier otra instancia es la inquietud que despertó en Inglaterra y en Francia, el único intento serio conseguido en el siglo para frenar a los turcos. Francia e Inglaterra, situadas muy en el oeste, no se sentían amenzadas por el poder otomano. Los turcos, si acaso, se harían con territorios del Imperio de los Habsburgo, debilitando su poder. Francia e Inglaterra, es decir, sus gobernantes, se hubieran felicitado por una derrota parcial de los Habsburgo a manos de los turcos. Pero el imperio otomano no sólo presionaba en el este de las fronteras del Imperio, en Polonia y Hungría, sino que se había hecho dueño del Mediterráneo. Pío V alentó la coalición de españoles, venecianos y Estados Pontificios contra el turco. La armada estuvo al mando de Juan de Austria, el célebre hijo natural de Carlos V. La victoria en Lepanto, el 7 de octubre de 1571, no fue aprovechada posteriormente, debido, sobre todo, a las suspicacias de los protestantes alemanes y de los anglicanos y a la reticencia francesa.

Progresos espirituales

Más quizá que cualquier otra época cristiana anterior, el siglo XVI fue un tiempo complejo, lleno de aparentes contradicciones. La mayoría de los papas de este siglo —hubo diecisiete, sólo diez estuvieron más de cinco años, la media no pasa de siete— no eran hombres de especial profundidad espiritual. Algunos habían llevado antes de iniciar la carrera eclesiástica una vida más o menos desenfadada y amoral, en la que se incluía tener hijos de madres después olvidadas. La mayoría se caracterizó por aprovecharse del poder pontificio para enriquecer y dar poder a sus parientes: es la época típica

del *nepotismo*. Casi ninguno de estos papas era de misa diaria y, cuando alguno cultivaba esta esperable práctica en el sucesor de Pedro, llamaba por eso la atención. Muchos papas de este tiempo eran más señores, jefes de Estado, que pastores espirituales, aunque nunca pusieron en entredicho ni las verdades de fe ni las normas morales, al menos en la teoría.

Que la Iglesia, en general, y empezando por sus pastores, necesitaba una profunda reforma es algo que se venía diciendo y exigiendo al menos desde finales del siglo XV, cuando se recogen los males del «cautiverio de Aviñón» y del «Cisma de Occidente». Pero los primeros papas del siglo XVI parecían los menos indicados para esta tarea.

Fue sobre todo la presión de la difusión del protestantismo lo que llevó a Carlos V a urgir a varios papas la convocatoria de un Concilio, cosa que, en general, se temía, porque podía resucitar la idea de la supremacía del Concilio sobre el Papa. Finalmente, Paulo III ordenó la solemne apertura del Concilio, en Trento, el 13 de diciembre de 1545, pero quería a la vez impedir la influencia de Carlos V. Malentendidos con el emperador llevaron al Papa a suspender el Concilio en 1549. Julio II lo reabrió en 1551 y así, después de no pocas vicisitudes, se clausuró en 1563, con Pío V.

En el Concilio se rechazaron las doctrinas protestantes y se reafirmaron las verdades de fe en torno a las doctrinas de la justificación, la interpretación de la Biblia, los sacramentos... Las conclusiones del Concilio fueron: frente a la doctrina luterana de la Biblia como única fuente de revelación y su libre interpretación por los fieles, que la única versión era la latina de la Vulgata y que su interpretación correspondía exclusivamente al magisterio de la Iglesia. Se rechazó que para la salvación sólo sea necesaria la fe, también las buenas obras son un elemento decisivo, y por último se mantuvieron y se definieron los siete sacramentos, el celibato eclesiástico, la veneración a la Virgen y a los santos. Trento no innovó nada —salvo en materia de organización eclesiástica y de formación de los sacerdotes—, sino que presentó las verdades cristianas de forma adecuada a los tiempos.

Lo que es más importante: en esta época, la casi totalidad de la población es creyente por convicción: reza, trata con Dios, va a la iglesia, es devota de los santos. Es también época de santos como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Jerónimo Emiliano, Carlos Borromeo, Felipe Neri, entre muchos.

Abriendo el Nuevo Mundo

El siglo XVI será siempre uno de los más importantes de la historia por lo que significó de dar finalmente con las verdaderas dimensiones prácticas de la Tierra y abrir al mundo un Nuevo Mundo. Además de las iniciales hazañas de Colón, con aquella histórica salida de Palos de la Frontera, Huelva, el 3 de agosto de 1492 de la *Santa María,* la *Niña* y la *Pinta*, y la llegada al nuevo mundo el 12 de octubre, otros muchos dieron muestras de valor y de imaginación. El portugués Fernando de Magallanes firmó el 22 de marzo de 1518 una capitulación con España para ir a descubrir las islas que producían especias. Salieron cinco buques de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, con 240 hombres, el 29 septiembre de 1519. Al regreso, al mando del vasco Juan Sebastián Elcano, porque Magallanes había encontrado la muerte en el viaje, el 6 de septiembre de tres años después sólo quedaban 22 hombres. Si se encontraba un paso en América del Sur, las preciadas mercancías dejarían de ser monopolio de países islámicos, además de encerrar un constante negocio. El viaje se proyectó a las Indias para encontrar el paso interoceánico y navegar luego por la Mar del Sur hasta las islas Molucas, regresando por el mismo camino. Al morir Magallanes, Juan Sebastián Elcano cambió luego este itinerario y transformó este viaje en la primera vuelta al mundo.

Dos imperios pre-colombinos son sumados a la corona española en el primer tercio del siglo XVI, en una combinación de valor, estrategia y (aunque los conquistadores lo ignora-

sen) aprovechamiento de una cierta ofuscación que causa la aparición de una cultura completamente distinta.

México fue lo primero. Después de una pacífica estancia de los hombres de Hernán Cortés en Tenochtitlán, la capital azteca, fueron expulsados y se refugiaron en Tlaxcala. Aquí tiene lugar el último factor decisivo en la conquista: Cortés aprovecha que el imperio azteca está basado en el dominio por las armas de otras muchas etnias. Se une con ellas para avanzar sobre la capital. La guerra se inicia a final de julio de 1521. Tenonchtitlán cae el 13 de agosto.

Para el imperio inca, la misma combinación de valor y aprovechamiento de dificultades internas. Cuando llegan las tropas de Francisco Pizarro, en 1531, el imperio está debilitado por la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa. Pizarro tiene el golpe de suerte de tomar prisionero a Atahualpa en 1532. Y, como buen guerrero maquiavélico, vio que lo más útil era ejecutar al jefe inca, cosa que hizo en 1532, a la vez que las tropas españolas avanzaban sobre Cuzco, que fue tomada el 15 de enero de 1533. La conquista quedó finalizada en 1535.

No se trató sólo de conquistar. Desde 1503 se organiza el tráfico marítimo con las Indias. Se crea la Casa de Contratación en Sevilla, muy pronto imitada en media Europa, en la que se registra y se controla a los pasajeros y las mercancías que salen y llegan de las Indias. Desde hace tiempo los documentos del Archivo de Indias son una fuente histórica inigualable. Admira la meticulosidad, el detalle con que todo queda registrado.

El instrumento que se creó para el aprovechamiento económico de las nuevas tierras, la *encomienda* (se encomendaba a los españoles un número determinado de indios, para que fueran instruidos en la fe cristiana y a la vez sirvieran como mano de obra) encontró enseguida fuertes críticas por parte de la Iglesia. Los reyes se ven obligados a dictar leyes en las que se recogen parte de esas críticas. En las Leyes de Burgos se reconocía: que los indios son libres, sujetos de derechos, a pesar de tener la obligación de realizar trabajo ser-

vil, al cual estaban obligados tanto los indios como los españoles de la península, siendo todos vasallos del mismo rey.

En 1540 Carlos I ordena la reunión de una Junta de Consejeros Reales y juristas de prestigio, de la que saldrán en 1542 *Las Leyes Nuevas de Indias*. Estas leyes prescriben la creación de un Consejo de Indias, la fundación de dos nuevas audiencias, la prohibición de la esclavitud de los indios, la moderación en los repartimientos, y la prohibición de nuevas encomiendas. A pesar de las leyes, muy avanzadas para su época, la realidad era muy dura para los indios, como se encargaron de poner de manifiesto, en escritos casi incendiarios, personajes como fray Bartolomé de Las Casas.

Conquistas científicas y técnicas

Leonardo da Vinci, con ser una figura singular, es sólo un ejemplo, máximo si se quiere, del ardor de conocer el mundo de la naturaleza que se experimentó en el siglo XVI. Todavía el método no es el más ajustado, y todo tiene a veces un aire de ensayo. Pero se progresa, y mucho, en varios campos.

En primer lugar, la invención de la imprenta, hacia 1448, obra de un artesano metalúrgico de Maguncia, Johann Gutenberg (m. 1467), que revoluciónó el mundo del conocimiento, al poner, en principio, el estudio, la reflexión sobre lo escrito, al alcance independiente de muchos, cosa que sucedía por primera vez en la historia humana. La primera obra impresa fue la *Biblia*.

Muy propios de una época de navegación y de descubrimientos fueron otros dos inventos: la brújula y el astrolabio, junto a un desarrollo novísimo de la cartografía. O la generalización del uso de la pólvora, un invento chino que ya se conocía también en la Edad Media.

En astronomía lo decisivo fue la obra del canónigo católico polaco, Nicolás Copérnico, *De revolutionibus orbium caelestium* (Nüremberg, 1543), obra dedicada al Papa. Copérnico hipotiza el heliocentrismo para explicar mejor los movi-

mientos celestes. La demostración empírica de esta hipótesis requería el uso de telescopio, y fue obra de Galileo, un siglo después. Y la demostración matemática tendría que esperar hasta Newton.

En medicina, empieza también el trabajo empírico de atenerse a lo que da el examen de los cuerpos. Importante en este sentido es la obra de Andrea Vesalio (m. 1564) *De humani corporis fabrica*, un flamenco recalado en Italia donde se hizo médico en la mejor universidad médica de entonces, la de Padua. La portada del libro mostraba a Vasalio diseccionando un cuerpo humano. La circulación pulmonar de la sangre fue un descubrimiento de Miguel Servet, el español condenado por Calvino a la hoguera, por herejía en el terreno teológico.

Tres obras más señalan el avance renacentista: *De pirotechnia*, del italiano Vannocio Biringuccio (m. 1540), sobre el descubrimiento y el tratamiento de metales, fabricación del acero, etcétera; *De re metallica*, del suizo George Bauer (m. 1555), una obra clásica en el aprovechamiento de las minas, coincidiendo con Biringuccio es no tener en cuenta para nada la obra de los alquimistas y basarse únicamente en la experiencia; y el *Tratado sobre minerales*, de 1574, del checo Lazarus Ercker, que había sido superintendente de las minas de Bohemia.

Estética renacentista

Lo que se ha conocido como Renacimiento es en esencia, un *nuevo* descubrimiento de la cultura clásica grecorromana. Una cultura que *nunca* había sido ni olvidada ni infravalorada; ¿acaso Dante no había puesto, como su guía, en la *Comedia* al mismísimo Virgilio, un pagano? Merece mejor el nombre de Humanismo, en el sentido de fijarse más en la grandeza y belleza de lo humano, y en el cultivo *esmerado* de todas sus potencialidades. Pero el humanismo renacentista es profundamente religioso: el hombre es la mejor criatura de Dios. Ése es

el simbolismo del famoso dibujo de Leonardo da Vinci, que se puede interpretar como el hombre inscrito en el mundo. Y ésa es también la idea del escrito de Pico della Mirandola, *De dignitate hominis*, sobre la dignidad del hombre. El cristianismo que se desea en esta época tiene que ser, si cabe, más evangélico, más atento a las fuentes, más limpio de adherencias espúreas y supersticiosas. Figuras centrales como Erasmo, Tomás Moro y Luis Vives coincidían en esto.

En algunos sectores, la cultura humanista derivó en un neopaganismo, un naturalismo de costumbres. No se libraron ni siquiera algunos papas, por no hablar de numerosos hombres de Iglesia que eran en realidad hombres de mundo. Pero la fe de la mayoría de la población siguió siendo la fe tradicional, la que nadie ponía en duda, la que alimentaba la totalidad de los usos y costumbres.

En cuanto a los límites del Renacimiento o Humanismo es claro que se inicia en Italia antes que en ningún otro lugar, a lo largo del siglo XV y se prolonga en el XVI. Por eso, si el siglo XVI es español políticamente, es italiano artísticamente. De Italia pasa esta profunda innovación del gusto a los demás países, a algunos en época muy tardía. Para la generalidad de Europa, el Renacimiento ocupa casi todo el siglo XVI, pero como los movimientos históricos y de sensibilidad no tienen aristas fijas, es posible que, en algunos países y en el último tercio del siglo, se estuviese entrando en un nuevo gusto, el barroco. Por lo demás, si se conoce una ciudad, Roma, que junto con Florencia, es clave también en esta época, se verá que se pasa del Renacimiento al Barroco casi sin solución de continuidad.

Artes plásticas

Esa recomendación de visitar Roma y Florencia, como mínimo, eximirá de proponer una lista de monumentos, de esculturas y de pinturas que han pasado a formar parte de la memoria de casi todos los europeos, siendo además la admiración del mundo. Pero se pueden dar algunas muestras, como

las obras de Andrea Palladio (m. 1580), del tipo de *Villa Rotonda*, en Vincenza. El estilo palladiano echará raíces en Europa hasta bien entrado el siglo XIX; todo el que quería hacer algo clásico o neoclásico imitaba a Palladio.

El Renacimiento tiene su emblema en la obra de tres genios, acompañados por muchos más artistas de primera fila. Los genios son Michelangelo Buonarroti, que vivió 99 años, de 1465 a 1564, con obras como *La Pietà, David, Moisés*, pero además arquitecto, pintor, poeta; Leonardo, m. 1519, el autor de la *Gioconda,* la *Cena*, además científico, escritor; y Rafaello Sanzio di Urbino, m. 1520, el pintor de las *Stanze* en el Vaticano y de la *Madonna Sixtina*. Los mecenas siguen siendo eclesiásticos, principalmente el Papa; y los temas siguen siendo religiosos. Cambia, respecto a la Edad Media, además de algunas conquistas técnicas, que los artistas renacentistas quieren que sus santos y vírgenes sean hombres y mujeres bellos.

Sólo en Italia, la plétora de artistas renacentistas es un fenómeno que no ha tenido luego paralelo en la historia, ni antes ni después. Pero lo mismo ocurre en casi toda Europa. No extrañen, por eso, las enumeraciones que siguen. Es un arte no sólo espléndido, sino estimado permanentemente tanto por especialistas como por el pueblo.

¿Cuál podría ser el secreto del gran arte del Renacimiento? Primero, quizá, una atracción hacia la belleza por la belleza misma; y, segundo, y en consecuencia, una nula contaminación de ideología. En cuanto a los motivos de inspiración, que corresponde con lo que pedían los que encargaban las obras o los mecenas, nada cambia respecto a la Edad Media: es la fe cristiana, la vida de Jesús, de María y de los santos.

He aquí, esquemáticamente, los nombres principales.

Arquitectura

- Filippo Brunelleschi (m. 1446), *Cúpula de Santa Maria dei Fiori, Hospital de los Inocentes, Capilla Pazzi,* Florencia.

- Leone Battista Alberti (m. 1472), *Palazzo Rucelai, Fachada de Santa Maria Novella*, Florencia.
- Michelozzo (m. 1472), *Palazzo Medici-Riccardi*, Florencia.
- Benedetto di Maiano (m. 1497) y Simone Pollaiolo (m. 1508), *Palazzo Strozzi*, Florencia.
- Antonio de Sangallo (m. 1546), *Palazzo Farnesio,* Roma, terminado por Michelángelo.
- Donato Bramante (m. 1514), *Tribuna y ábside de Santa Maria delle Grazie,* en Milán; *Claustro de Santa Maria de la Paz* y *Templete de San Pietro in Montorio*, Roma.

Escultura

- Donato di Niccoló, llamado Donatello (m. 1466), *David, San Jorge*, en Florencia*; Monumento a Gattamelata*, Padua.
- Lorenzo Ghiberti (m. 1445), *Puertas del Baptisterio de Santa Maria dei Fiori*, Florencia.
- Andrea Verrochio (m. 1488), *Monumento a Colleone*, Venecia.
- Jacopo della Quercia (m. 1438), *Fonte Gaia,* Siena.
- Antonio Pollaiuolo (m. 1498), *Tumba de Inocencio VIII,* Vaticano.
- Luca della Robbia (m. 1482), *Cantoría*, Florencia.
- Benvenuto Cellini (m. 1571), *Salero de Francisco I,* que se conserva en Viena.

Pintura

— En el *Quattrocento:*

- Gentile da Fabriano (m. 1427), *Adoración de los Magos*, en los Uffizi, Florencia.
- Andrea del Castagno (m. 1457), *Frescos del refectorio de Santa Apolonia,* Florencia.

- Sandro Botticelli (m. 1510), *El nacimiento de Venus,* Uffizi, Florencia.
- Masaccio (m. 1528, con 27 años), *Capilla Brancacci*, Florencia.
- Fra Angelico (m. 1455), *Anunciación,* Prado, Madrid.
- Benozzo Gozzoli (m. 1497), *Capilla Palazzo Medici*, Florencia.
- Filippo Lippi (m. 1469), *Coronación de la Virgen,* Uffizi, Florencia.
- Domenico Veneziano (m. 1461), *Adoración de los Magos*, Berlín.
- Paolo Ucello (m. 1475), *Batalla de San Romano*, National Gallery, Londres.
- Piero della Francesca (m. 1492), *Virgen con el Niño*, Milán, Galería Brera.
- Filippino Lippi (m. 1504), *Aparición de la Virgen a San Bernardo*, Florencia, Academia.
- Mantegna (m. 1506), *Cámara de los esposos,* Palacio ducal de Mantua, *Cristo muerto*, en la Pinacoteca de Brera, Milán.
- Antonello de Messina (m. 1479), *Cristo muerto con el ángel*, Prado, Madrid.
- Los hermanos Gentile (m. 1507), y Giovanni Bellini (m. 1516) en Venecia, este último con *Alegoria sacra*, Uffizi, Florencia.
- Vittore Carpaccio (m. 1526), *Milagro de la reliquia de la Santa Cruz,* Academia, Venecia.
- Pietro Vannucci, il Perugino (m. 1523), *Entrega de las llaves a San Pedro*, Capilla Sixtina.
- Luca Signorelli (m. 1523), *Capilla de San Brizio*, Orvieto, Catedral.
- Bernardino il Betto, llamado il Pinturicchio (m. 1513), *Apolo y Dafne,* National Gallery, Londres.
- Domenico Bigordi, il Ghirlandaio (m. 1494), *Nacimiento de María,* Santa Maria Novella, Florencia.
- Carlo Crivelli (m. 1495), *Anunciación*, National Gallery, Londres.

- Piero di Cosimo (m. 1521), *Sacra conversación*, Museo del Hospital de los Inocentes, Florencia.
- Pisanello (m. 1455), *Virgen entre San Antonio Abad y San Jorge,* National Gallery, Londres.

— En el *Cinquecento:*

- Giorgione (m. 1510, a los 33 años), *La Tempestad*, que se puede ver en la Academia de Venecia.
- Tiziano Vecellio, (1485-1576), retrato de *Carlos V*, *Retrato de un desconocido*, Palazzo Pitti florentino; *El Papa Paulo II con Alessandro y Ottavio Farnese*, en la galería napolitana de Capodimonte.
- Jacopo Robusti, llamado el Tintoretto (m. 1594), *San Jorge y el dragón*, en la National Gallery de Londres.

Finalmente, pintores generalmente adscritos al manierismo:

- Andrea del Sarto (m. 1531), *Frescos del Claustro de la Annunziata,* Florencia.
- Jacopo Carucci, il Pomtorno (m. 1556), *Descendimiento de Jesús de la Cruz,* en Santa Felicità, Florencia.
- Agnolo Brozino (m. 1572), *Alegoria del amor*, National Gallery, Londres.
- Antonio Allegri, il Correggio (m. 1534), *Danae*, Galería Borghese, Roma.
- Francesco Mazzola, il Parmigianino (m. 1540), *Madonna del collo lungo,* Uffizi, Florencia.
- Jacopo da Ponte, il Bassano (m. 1592), *Adoración de los pastores*, Galeria Barberini, Roma.
- Giuseppe Archimboldo (m. 1593), con sus fantásticas y vegetales alegorías, como *Primavera*, Academia de San Fernando, Madrid.

Gran parte de Europa se contagia de esta explosión de creatividad:

— En España:

- Pedro Berruguete (m. 1503), *Retablo de la Concepción de María,* Paredes de Navas, Palencia.
- Jaume Huguet (m. 1492), *Consagración de San Agustín*, Museo Nacional de Arte, Barcelona.
- Alejo Fernández (m. 1545), *Flagelación de Cristo*, Madrid, Museo del Prado.
- Diego de Siloé (m. 1563), *Escalera Dorada*, Catedral, Burgos.
- Damián Forment (m. 1546).
- Vasco de la Zarza (m. 1524), *Tumba del Tostado*, Catedral, Ávila.
- Pedro Machuca (m. 1550), *Palacio de Carlos V, Granada*
- Alonso Berruguete, con la *Adoración de los Reyes,* Museo de Escultura, Valladolid.
- Navarrete el Mudo (m. 1579), *Entierro de San Lorenzo, en El Escorial.*
- Antonio Sánchez Coello (m. 1588).
- Jacomart (m. 1461), *Tríptico de los Borja*, Játiva.
- Juan Pantoja de la Cruz (m. 1608).
- Bartolomé Bermejo (m. 1500), *Retablo de Santo Domingo de Silos,* Prado.

Además de Juan de Juanes, Luis de Vargas, Luis de Morales, y los constructores de El Escorial Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera. En España desarrolla su arte singularísimo y anticipador Domenico Theotocopoulos (m. 1614), El Greco, misterioso en *La apertura del quinto sello*, en el Metropolitan de Nueva York, y definitivo en *El entierro del Conde de Orgaz*, en la catedral de Toledo.

— Entre los flamencos:

- Petrus Christus (m. 1476), *Virgen del árbol seco,* Thyssen, Madrid.
- Gerard David (m. 1523), *Bautismo de Cristo*, Kunsthistorisches, Viena.

- Justo de Gante (m. 1475), *Institución de la Eucaristía,* Palacio Ducal, Urbino.
- Hans Memling (m. 1494), *Bodas místicas de Santa Catalina,* Memlingmuseum, Brujas.
- Hugo van der Goes (m. 1482), *Dormición de la Virgen,* Groeningmuseum, Brujas.
- Rogier van der Weyden (m. 1464), *Tríptico de la Anunciación,* Louvre.
- Y sobre todo el gran Jan Van Eyck (m. 1441), *Los esposos Arnolfini,* National Gallery.
- Dirck Bouts (m. 1475), *Retablo del Santísimo Sacramento,* Lovaina.

— En Alemania:

- Hans Holbein, (m. 1542), *La Virgen del burgomaestre Meyer*, en Darmstadt. Holbein retrató a la familia de Tomás Moro y a Enrique VIII en un célebre retrato que no oculta el carácter caprichoso y duro del rey al que no le duraban las esposas.
- Alberto Durero (m. 1628), uno de los mejores dibujantes de todos los tiempos, con cuadros como el *Adán y Eva* que puede verse en el Museo del Prado.
- O el extraño y casi desconocido Mathias de Grunewald, que no parece de ese tiempo, sino de una mezcolanza de medievo y manierismo, en cuadros como *La Crucifixión* y aún más en la extraña *Resurrección.*
- Michel y Gregor Erhart (m. 1494 y 1540), *Altar de la Virgen,* Monasterio de Blaubeuren.
- Stephan Lochner (m. 1451), *Juicio Universal*, Wallraf-Richartz Museum, Colonia.
- Martin Schongauer (m. 1491), *Sagrada familia,* Kunshistorisches Museum, Viena.
- Konrad Witz (m. 1446), *La pesca milagrosa,* Museo de Arte, Ginebra.
- O, algo posterior a todos éstos, Lucas Cranach (m. 1553).

— En Austria:

- Michael Pacher (m. 1498), *San Wolfgang rezando,* Althe Pinakothek, Munich.

— En Francia:

- Robert Campin (m. 1444), *Virgen de la pantalla*, National Gallery, Londres.
- Enguerrand Charonton (m. 1466), *Piedad*, Louvre.
- Jean Fouquet (m. 1481), *Libro de horas de Etienne Chevalier,* Museo Condé, Chantilly.
- Nicolas Froment (m. 1483), *Tríptico de la resurrección de Lázaro,* Uffizi, Florencia.

En los Países Bajos el mejor pintor de este tiempo es uno también misterioso, que atrae hasta hoy la atención de muchos, Hyeronymus Bosch, llamado El Bosco, que murió en 1516 pero se ignora a qué edad. Compensa ir al Museo del Prado sólo para ver *El jardín de las delicias:* Todas las aventuras surrealistas están ya en El Bosco. Directo y hasta «neorrealista» es Pieter Brueghel el Viejo (m. 1569), con pinturas como *Boda aldeana*, que es retrato de época, pero no de príncipes, sino de lugareños.

Uno de los artistas más longevos, Michelángelo, muere en 1564, cuando el arte renacentista, a través de una evolución conocida como *manierismo*, iba a dar lugar, ya en las postrimerías del siglo, al Barroco. Pero un genio como Michelángelo no tiene tiempo: una escultura como *El prisionero,* de 1519, que se puede ver en Florencia, en la Galería de la Academia, es un Rodin antes que Rodin, y superior a Rodin.

Música

En música, en los siglos XV y XVI la principal producción sigue siendo para la liturgia religiosa. Pero se dan también los primeros ensayos de música sólo instrumental y los primeros atisbos del drama musical que acabaría en la ópera. Hay pio-

neros en diversos países: el francés Gilles Binchois (m. 1460); los españoles Juan de Anchieta (m. 1523) y Juan del Encina (m. 1529); los flamencos Guillaume Dufay (m. 1474), que ya vimos al final del Medievo; Henricus Isaac (m. 1517), autor de una inmensa *Choralis constantinus*, ciclo de polifonías para todo el año litúrgico, y el autor de numerosas misas y de un *Stabat Mater*, Josquin Des Prés (m. 1521), al que suele unirse el nombre de su posible discípulo, Clément Janequin, m. hacia 1560, el mejor polifonista francés de la época, maestro del contrapunto, con obras vibrantes y atrevidas, además de Adrian Willaert (m. 1562) y Orlando di Lasso (m. 1594), autor de unos celebrados *Salmos penitenciales*.

Conforme avanza el siglo sigue siendo notable la producción en España, con Cristóbal de Morales (m. 1553); Mateo Flecha (m. 1553), famoso por sus *ensaladas*, una derivación del madrigal; Luis de Milán (m. 1565), el mejor vihuelista de la época, junto con Alonso Mudarra (m. 1586); Antonio de Cabezón (m. 1566); Francisco Guerrero (m. 1599), Tomás Luis de Victoria (m. 1611), autor de una conocidísima *Ave Maria* y Juan Ginés Pérez (m. 1612), autor de la parte polifónica de *El misteri d'Elx*, que aún se puede oír en la ciudad alicantina.

Notable la creatividad de los músicos italianos, Giovanni (m. 1612) y Andrea Gabrieli (m. 1586); Orazio Vecchi (m. 1605), autor de *L'Amfiparnaso*, antecedente de las óperas; Guilio Caccini (m. 1618), con la ópera *Euridice*, una de las primeras en su género; Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa (m. 1613) autor de *Sacrae Cantiones;* Claudio Merulo (m. 1604), esencial para la música de órgano. Y el mejor de todos los polifonistas, Pierluigi di Palestrina (m. 1594), cuya famosa y continuamente interpretada *Misa del Papa Marcelo*, fue en honor de un Papa, Marcelo II, que fue elegido el 9 de abril de 1555 y murió apenas un mes después.

Muy viva también la música en la corte inglesa, con compositores de la talla de Thomas Tallis (m. 1585), Thomas Morley (m. 1603), William Byrd (m. 1623) y Orlando Gibbons (m. 1625), ya más propio, como el célebre alemán Michael Praetorius (m. 1624) de la música del XVII.

Tampoco en música se observa una ruptura entre el gusto de la última Edad Media y el que se consolida ahora, salvo quizá por la mayor aparición de argumentos mitológicos y de la historia grecorromana en los nacientes dramas musicales y, muy pronto, óperas.

Literatura

En el XVI los autores empiezan a ser muy numerosos, en parte por la invención de la imprenta.

Si se compara con la mejor literatura medieval —algo ingenua pero directa, emotiva y pasional—, la primera literatura renacentista, más cuidada, más adornada, resulta también fría. Algunos autores logran introducir emoción en los fijos parámetros de la métrica o en una prosa demasiado imitadora de la ciceroniana.

En España, las cumbres son Garcilaso (m. 1536), combinación perfecta de clasicismo y de *dolorido sentir;* Santa Teresa de Jesús (m. 1582), que se salta casi todas las reglas y escribe con una perfecta e insospechada espontaneidad *(Vida*; *Las moradas*); Fray Luis de Granada (m. 1588), *Introducción al símbolo de la fe* y Fray Luis de León (m. 1591), *De los nombres de Cristo,* dos maestros de una prosa perfecta y el segundo autor también de una serie de poemas que nunca pasan; y San Juan de la Cruz (m. 1591), el mejor poeta en castellano en *Cántico espiritual*, y uno de los esenciales en el mundo. Podrían citarse otros muchos autores (el judío León Hebreo, Lucas Fernández, Boscán, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Guevara, Lope de Rueda, San Juan de Ávila, Francisco de Aldana. Alonso de Ercilla, Fernando de Herrera), pero la selección anterior parece suficiente para dar idea del valor de este siglo. Es notable la coincidencia de estos autores en la profundidad religiosa. Pero si se quiere un toque de profanidad, añádase *La Celestina*, de Fernando de Rojas (m. 1541), donde también se expresa con claridad el espíritu renacentista. O el anónimo *Lazarillo de Tormes.*

En Portugal es importante el movimiento de teatro encabezado por Gil Vicente, autor de comedias. También fue notable la obra de António Ferreira, con tragedias de estilo clásico, como *Castro*. En poesía lírica, Francisco de Sá-Miranda fue el introductor de las novedades italianas, pero el gran poeta, épico, fue Luis de Camoens (m. 1580), autor de la epopeya *Os Lusíadas*, que tiene como protagonista al pueblo portugués y a su destino.

En Italia, además de Leonardo da Vinci (m. 1519), Maquiavelo, cuyo *Príncipe* es casi un retrato de la época, (m. 1527); Ariosto (m. 1533), del que el *Orlando furioso* se sigue leyendo; Pietro Aretino (m. 1556), con unos *Diálogos* que reflejan la decadencia de Roma en su época más corrupta, y Torcuato Tasso (m. 1595), cuya *Gerusalemme liberata* acusa ya los tonos del manierismo. También notables Baltasar de Castiglione (m. 1529): su *Il cortigiano*, marcó la moda y las maneras durante mucho tiempo; o el narrador Mateo Bandello (m. 1561) o el visionario Giordano Bruno, autor de *Eroici furori*, un rebelde fraile dominico que fue quemado en la hoguera en 1600, en uno de los más bellos lugares de Roma, hoy, el Campo dei Fiori, donde él tiene una estatua. Y es que no se puede olvidar que el Renacimiento es también la época del «esplendor» de la Inquisición.

La lista puede completarse con Benvenuto Cellini (m. 1571), que hizo en su *Vida* otro retrato de época y Giorgio Vassari (m. 1574), que retrató en prosa a los grandes artistas del Renacimiento, entre los que hay que contarlo.

En francés lo mejor es Michel de Montaigne (m. 1592); sus *Ensayos* no han perdido nada de frescura ni de interés, al quererse poner él mismo como tema. Enemigo de las encumbraciones retóricas, Montaigne da con un estilo y con unos temas que lo hacen perdurable en cualquier tiempo. Si hubiera que escoger un solo autor parar retratar el espíritu de la época, entre los hombres de letras, sería Montaigne. O el *Heptameron,* de Margarita de Navarra (m. 1549), hermana de Francisco I, un libro típico del filón amoralista de la épo-

ca. Después, la decadente —¡ya, tan pronto!— poesía de Ronsard (m. 1585), o la prosa de su amigo Du Bellay (m. 1560), o la desmesurada sátira de Rabelais (m. 1553) en *Gargantúa* o en *Pantagruel*.

En inglés, los escritos del político mártir Santo Tomás Moro (m. 1535), cuya *Utopía*, con ser lo más conocido, no es lo mejor. Edmund Spenser (m. 1599), que hizo célebre su *Faerie Queene*, *La reina de las hadas*. Por esta época ya escribían Marlowe y Shakespeare, pero no son propiamente hablando renacentistas. Pertenecen a la siguiente sensibilidad barroca.

De los demás países se puede destacar, en Alemania, la traducción de la Biblia hecha por Lutero (m. 1546), *La nave de los locos*, de Sebastian Brandt (m. 1521) y los sencillos poemas del zapatero Hans Sachs (m. 1576). En Dinamarca, de Sexto Gramático, la importante *Historia danesa*.

Es imposible relatar aquí, el despertar artístico que se dio en este siglo en toda Europa, desde los países escandinavos a los bálticos y a los eslavos. En muchos países empieza en este siglo XVI y en el XVII el despegue de una vida artística propia y singular. Es verdad, hablando con toda la extensión posible, que Europa renace de nuevo en el siglo XVI, después de los baches de los siglos XIV y XV. El espíritu de novedad del XVI es equivalente al que se dio en el siglo XIII.

El siglo XVII: francés

Ya desde la muerte de Felipe II de España, en 1598, se advirtió que el país había iniciado, lentamente, el camino de la pérdida de la hegemonía europea, a favor de Francia. Pero hasta 1648 (Paz de Westfalia), esa hegemonía es de los Habsburgo, en España y en el Imperio. Entre otros factores de tipo económico, de evolución de la sociedad, de cansancio ante una sacrificada supremacía, hay que contar el hostigamiento de Francia (Richelieu maquinó continuamente

contra los Habsburgo) y de Inglaterra. La lógica unión entre los Habsburgo de España y los del Imperio hace que Francia intente aliarse con quienes muestren una desafección hacia España: algunos estados italianos, principalmente; según el caso, el Papa; algunos príncipes alemanes protestantes y, si se da una ocasión favorable, también el turco.

Se temía especialmente al emperador Fernando II (1619-1637), hábil político, que conseguía grandes éxitos en el terreno militar. Algunos príncipes alemanes protestantes temían que los triunfos de Fernando II trajeran consigo una mayor extensión del catolicismo. Y se llegó a la guerra.

La guerra de los Treinta Años

La guerra comenzó con ocasión de un levantamiento protestante en Bohemia contra la administración católica de los Habsburgo. El 23 de mayo de 1618, elementos protestantes arrojaron por una ventana del palacio real de Praga a varios funcionarios imperiales (*Defenestración de Praga*). Se estableció en Bohemia un gobierno protestante, pero fue aplastado pronto por el emperador Fernando II, con la ayuda de los estados católicos, capitaneados por Baviera. Es algo objetivo, reconocido por la mayoría de los historiadores, salvo algunos franceses, que Richelieu y después Mazarino, los dos cardenales, favorecieran al protestantismo alemán, con tal de causar daño a España y a los Habsburgo. Lo cual no les impedía aplastar literalmente a los calvinistas en Francia, por razones de Estado. Para más complicación, Gustavo Adolfo II de Suecia (1611-1632) intervino a favor del protestantismo, y con sus victorias estuvo a punto de dividir Alemania en dos, una católica y otra protestante. Pero fue derrotado en Lützen, donde perdió la vida.

Alemania fue la gran víctima de esta guerra. Pasó de 17 millones de habitantes a 10. Fueron incontables las matanzas, las violaciones, las devastaciones, los pillajes, muchas veces

debidos a hordas desenfrenadas, que se aprovechaban de la falta de autoridad política. Y no fue una guerra de religión, sino, como casi todas las guerras, una guerra de poder, de voluntad de dominio.

La paz de Westfalia, en 1648, se firmó en Münster y en Osnabrück, y dio entrada a un largo periodo de paz en Europa. Un aspecto positivo de esta guerra fue que abrió camino, quizá por cansancio, a una cierta tolerancia en materia religiosa; fue el primer paso para la admisión del pluralismo religioso, en el sentido de que, para las minorías, ser fiel de una religión distinta de la oficial no sería motivo de discriminación. Eso en teoría: los católicos ingleses no tendrán derechos civiles plenos hasta el siglo XIX.

Francia fue la gran triunfadora de la guerra. En 1643 había heredado el trono, aunque menor de edad, Luis XIV. Cuando en 1661 asumió personalmente el poder —y el poder más absoluto de todos los poderes absolutos entonces de moda en Europa—, como Rey Sol, se fortaleció el ya notable dominio francés sobre gran parte del continente.

A mediados del siglo, se instaura un equilibrio entre los numerosos reinos independientes de Europa: los clásicos de España, Francia, Inglaterra, a los que se añaden Portugal, Dinamarca y Suecia, además de Suiza, que se independiza completamente del Imperio en 1648, así como Holanda de España, a finales del mismo siglo. En el este, la entonces poderosa Polonia, que controlaba el territorio entre el Oder y el Dniéper. Después, más al este, el Imperio Otomano, que comprendía Grecia, Bosnia, Bulgaria, Valaquia, Moldavia y otros territorios. El Imperio, aunque había salido perjudicado de la Guerra de los Treinta Años, comprendía Austria, Bohemia, Silesia, Sajonia, además de las tierras al este del Rhin.

Italia seguía dividida: Venecia, Saboya, Milán, Toscana, Parma, los Estados Pontificios, Nápoles y Sicilia, además de otros estados de menor extensión. Seguirá siendo territorio de confrontación entre potencias europeas.

Inglaterra, en su aislamiento, estaba llevando a cabo la propia revolución. A la muerte de Isabel, en 1603, el poder recayó en los Estuardo, en la persona de Jacobo I (1603-1625), rey de Escocia, e hijo de María Estuardo. Pero el rey, anglicano, no favoreció en nada a los católicos. Lo mismo ocurrió con su sucesor, Carlos I, depuesto y decapitado por la revuelta puritana de Cromwell. Cuando en 1685 la monarquía fue restaurada en la persona de Jacobo II (1685-1688), ferviente católico pero mediocre político, tuvo algunos gestos que suscitaron enseguida la oposición de los anglicanos: enviar una embajada al Papa y llamar a los jesuitas. Incluso el Papa, el paciente Inocencio XI, le aconsejó prudencia y que respetase los derechos del Parlamento. Jacobo II, en cambio, admiraba a Luis XIV, en su absolutismo, en su «un país, un rey, una religión». En 1686 la segunda mujer de Jacobo II, la reina María de Este, también católica, dio a luz un varón, lo que aseguraba la dinastía. Se puso entonces en marcha una operación prevista para estos casos, la alianza con los protestantes holandeses, algo tradicional desde los tiempos de Isabel I. Los anglicanos ofrecieron el trono a Guillermo de Orange, casado oportunamente con una hija de Carlos I, la reina Mary. Guillermo desembarcó el 5 de noviembre de 1688 en Inglaterra, sin que se le opusiera especial resistencia. Jacobo II huyó a Francia y el catolicismo inglés sufrió un golpe del que no se recuperaría hasta el siglo XIX.

La amenaza de los turcos en el Este se vio frenada gracias a algunas intervenciones, siempre procuradas por los papas. Polonia se encargó de esto, con continuidad, sobre todo durante el gran reinado de Segismundo III (1587-1632). Las victorias siguieron, varias décadas después, en un periodo en el que el trono polaco quedó sin sucesión, gracias a Juan Sobievski, en dos batallas, en 1673 y 1675. Sobievski fue premiado con la corona polaca. El rey polaco firmó una alianza con el emperador que permitió a los ejércitos resistir un

asedio más a Viena, en 1683; pero esta vez fue el último. En 1686 es reconquistada Buda, la capital de Hungría.

En Suecia, tras la muerte de Gustavo Adolfo, subió al trono Cristina, que reinó hasta 1654, cuando, al convertirse al catolicismo, abandonó el país y vivió en Roma. El siguiente rey, Carlos XI, que murió en 1705, consolidó el protestantismo.

La Paz de Westfalia trajó consigo no sólo la decadencia del Imperio, sino también la del sentimiento alemán por la unidad. En lugar del aliento de la unificación se dio un localismo multiplicado por mucho. Alemania tendría que esperar a finales del XIX para verse como una nación. La mitad del siglo XVII, todo el XVIII y casi todo el XIX fue el escenario de pequeñas cortes, escasas metas y mediocres resultados, salvo alguna excepción. El Sacro Romano Imperio seguía existiendo, pero cada vez más como una venerable tradición respetada por todos, por lazos personales entre las familias reinantes, como un abuelo moribundo. El marco general del Imperio aseguraba la respetabilidad de los principados civiles y eclesiásticos. Para ser una nación dinámica, en el siglo XVII, había que estar unificada. Ya se empezaba a ver que el excesivo localismo es sinónimo de arcaísmo o de improductividad, como se demostraba en la abundancia de barreras aduaneras. Llevar una mercancía a través del Rhin significaba pagar diez o más veces el peaje. Alemania envidiaba el empuje comercial del Reino Unido o de Holanda.

Muestra clara de la debilidad del Imperio fue la escasa respuesta del emperador Leopoldo I (1658-1705), cuando Luis XIV ordernó la invasión de Alsacia y del Palatinado y conquistó Estrasburgo. Por la Paz de Ratisbona, 1684, se entregaba a Francia todo lo que ésta había conseguido por las armas. Lo más insultante es que Francia hizo esta guerra unilateral aprovechándose de que el Emperador tenía que proteger el flanco este ante una nueva amenaza de los turcos.

Mientras decaía el imperio se afirmaba Austria, cuyo rey era dueño de una serie de territorios patrimoniales: el archiducado de Austria, los ducados de Estiria, Carintia y Carnio-

la, el condado de Tirol, el reino de Bohemia, el margraviato de Moravia, el ducado de Silesia, el reino de Hungría. Viena se convirtió en metrópolis europea; allí se unía todo, el Oriente con el Occidente, lo germánico con lo italiano y con el toque español de la Casa de Austria.

Pero otro territorio alemán empezaba su ascensión, para aparecer como gran estrella en el siguiente siglo: Prusia.

La vida de la Iglesia

El Concilio de Trento, aunque fue aplicado muy poco a poco, en parte por la intransigencia de algunos reyes, contribuyó a mejorar la moralidad de los dirigentes eclesiásticos y, en general, del pueblo cristiano. Pero, como en el siglo anterior, algunos papas no estuvieron a la altura de las circunstancias, en parte por la necesidad de defender el territorio de los Estados Pontificios. Fueron doce a lo largo del siglo. Algunos tuvieron un pontificado largo, lo que les permitía una continuidad en la política: Clemente VIII, 13 años, de 1592 a 1605; Paulo V, 16 años; Urbano VIII, 21; Inocencio X, 11; Alejandro VII, 12; Inocencio XI, 13 e Inocencio XII, 9. Si Clemente VIII fue un Papa pacificador, que contribuyó eficazmente a que se aceptara en Francia al rey converso, Enrique IV, el primer Borbón, y Paulo V procuró el equilibrio entre la potencia española y la francesa, Urbano VIII —el Papa de la época en la que la Inquisición condenó a Galileo y al que le correspondió de 1623 a 1644 gran parte de la Guerra de los Treinta Años— fue beligerante en contra de España y de los Habsburgo y, en consecuencia, favorable a Francia e indirectamente al protestantismo en Alemania. Sólo cuando Richelieu se alió sin ocultación alguna con los protestantes alemanes y suecos, Urbano VIII defendió una actitud de neutralidad.

También Inocencio X —el Papa magistralmente retratado por Velázquez— se plegó a las presiones de Francia, esta

vez del cardenal Mazarino. Alejandro VII fue humillado por el joven Luis XIV, a propósito de un incidente ocurrido entre la guardia corsa y el personal de la embajada francesa en Roma: expulsó al Nuncio, ocupó Aviñón, que era ciudad papal, e hizo amago de invadir los Estados Pontificios. Todo terminó con la Paz de Pisa, de 1664, a favor del rey francés. Luis XIV dio también muestras de prepotencia con Clemente X; el embajador francés empujó al Papa y le obligó a sentarse. Fue tan violento que las relaciones pontificias con Francia se interrumpieron. Con el siguiente Papa, Inocencio XI, Luis XIV dio otra vuelta de tuerca: reclamó que se extendiera a todas las diócesis lo que, desde la Edad Media, existía en algunas, las regalías, es decir administrar los bienes de los beneficios eclesiásticos y cobrar las rentas. Sólo dos obispos se opusieron a la voluntad del rey, aunque era la mayor muestra de regalismo registrada hasta entonces. Era el esplendor del galicanismo expresado en cuatro artículos que Luis XIV mandó enseñar en todas las escuelas de teología. Fue el sucesor de Inocencio XI, Alejandro VIII, quien logró que Luis XIV renunciase a sus pretensiones más extremas, pero la dosis de galicanismo en la Iglesia en Francia siguió siendo muy grande. Luis XIV estaba convencido de que tenía que haber «una fe, un rey, una ley», y la fe controlada por el rey. Esto explica un paso atrás en la tolerancia del protestantismo con la revocación del Edicto de Nantes, en 1685.

Fuera del ámbito europeo, la Iglesia experimentó un gran crecimiento en las misiones en América y Asia. Y es también un siglo donde abundan los santos, aunque aquí se citen sólo dos: San Francisco de Sales (1567-1622), cuyas armas eran la serenidad y la mansedumbre, amigo del diálogo y de la comprensión, y San José de Calasanz (1556-1648), el primero en Europa en defender una educación gratuita para los menos favorecidos, algo insólito entonces y durante mucho tiempo después.

En un siglo todavía muy convulso se da el primer acto de una *revolución científica* que no haría más que progresar en los siglos siguientes. La moderna ciencia y sus primeras aplicaciones técnicas nacen en Europa, y en ningún otro continente; y esos científicos, inventores y descubridores son, como la mayoría de la gente de su época, cristianos practicantes, algunos muy fervientes. Desde el punto vista de la génesis, no hay contradicción alguna entre la fe cristiana y la ciencia moderna. El principal episodio que parece decir lo contrario es el caso Galileo, pero el sabio tenía razón, también desde el punto de vista religioso, y no sus inquisidores. Copérnico había dedicado al Papa el libro en el que exponía las tesis del heliocentrismo, que se enseñaba, mucho antes de Galileo, en universidades como la de Salamanca. El caso Galileo hay que situarlo en el pontificado nada luminoso en algunos aspectos de Urbano VIII.

No se trató, en la revolución científica, de una simple coincidencia de genios, del tipo de Galileo, Newton (ley de gravitación universal), Bacon (defensa del método experimental), Harvey (mecanismo de circulación de la sangre) o Leibniz (cálculo infinitesimal). Se trató de la conjunción de tres factores que siguen siendo esenciales para la ciencia actual: utilizar un método adecuado, servirse de instrumentos que potencian la observación humana y discusión de los resultados en la comunidad científica. Todo eso empieza a darse en el siglo XVII.

El método experimental, junto con el idear hipótesis, están en el ambiente desde Bacon y especialmente con Galileo. Es éste también el que, al afirmar que el universo está escrito en leyes matemáticas, iniciará ese lenguaje universal válido para muchas ciencias. De este modo se aúnan lo experimental y lo teorético.

En cuanto a los instrumentos, de nuevo Galileo es un ejemplo, al construir su propio telescopio, que puso de moda entre la sociedad culta italiana. Ya Kepler lo utilizó en 1604,

pero Galileo le dio más juego. Otro italiano, Torricelli trabaja en la invención del barómetro de mercurio, en 1643. Un inglés, Boyle, da con la bomba de vacío. El francés Papin sienta las bases del autoclave, de la máquina de vapor. El alemán Hevel, la *Machina coelestis*, para medir ángulos de astros .

Gracias a los avances de las ciencias se llega a novedades tecnológicas: el barómetro de mercurio, por Evangelista Torricelli (m. 1647), la caldera de vapor (Denis Papin, 1681), el reloj de péndulo (el holandés Christian Huygens, 1657), el pluviómetro, el telescopio, la máquina de calcular... Utilizando el microscopio, su inventor, Anton van Leeuwenhoek (m. 1723), y científicos como Marcelo Malpighi (m. 1694) y Jan Swammerdan (m. 1680) estudian, con una nueva óptica que permite el detalle, la estructura de varios tipos de tejidos, vegetales y animales. Robert Boyle, que abarca con su actividad casi todo el siglo (muere en 1691), descubre la ley que lleva su nombre: a temperatura constante, el volumen de un gas es inversamente proporcional a la presión sobre el mismo. Tambien es inglés el inventor del pluviómetro, Robert Hooke, m. 1702, físico y matemático. En 1678 formula la hoy denominada en su honor Ley de Hooke: la fuerza que tiende a devolver a un resorte o cualquier sistema elástico a su punto de equilibrio, es proporcional a la distancia en que se desplaza desde dicho punto. Su *Micrografía*, de 1665, es un avance fundamental en el estudio microscópico de las plantas. En astronomía, en 1678, formula la idea de la gravitación como principio universal, y descubre que la disminución de la fuerza de gravedad es proporcional al cuadrado de la distancia. Pero habría que esperar a Isaac Newton, en 1687, para la demostración matemática.

Se puede terminar este rápido resumen de un siglo científico con la obra de tres fervientes cristianos y científicos de primer orden: Pascal, Leibniz y Newton. Lo mismo puede decirse de los tres grandes astrónomos de la época: Johannes Kepler (m. 1630) y Galileo (m. 1642), que habían sido precedidos por Tycho Brahe (m. 1601). Y del pionero en la defensa del método experimental, Francis Bacon (m. 1626). Otro per-

sonaje central en la época, René Descartes (m. 1650), aunque hizo grandes aportaciones a la geometría (*coordenadas cartesianas*) y al álgebra, se enfrascó en un mecanicismo que resultó poco provechoso en los estudios biológicos y médicos.

Blaise Pascal, (1623-1662), el autor de los *Pensées*, el mejor retrato de la condición humana, reinventó, adolescente, al carecer de libros, la geometría euclidiana. A los 16 años escribe un tratado sobre las secciones cónicas. A los 19 años inventa una máquina de sumar, la primera calculadora de la historia. Sus estudios sobre el cálculo de probabilidades le sugieren el argumento de la apuesta, contra los primeros libertinos (ateos). En esencia, y dejando a un lado muchos matices: si se apuesta por Dios y Dios resulta que no existe, no se pierde nada. Si se apuesta que Dios no existe y Dios existe, se pierde todo. Escribió además sobre el equilibrio de los líquidos y el peso de la masa de aire.

Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) destacó como matemático, filósofo, lógico y diplomático, haciendo un gran esfuerzo a favor de la unión de los cristianos o al menos de la mutua tolerancia. A él se debe también la fundación en Berlín, en 1700, de la Academia de las Ciencias, con la que ya contaban Londres y París. Descubrió el cálculo infinitesimal a la vez, o casi, que Newton, lo que originó, al lado de otros motivos, una prolongada polémica con el sabio inglés. El ideal de ecumenismo le lleva a distintos proyectos como el de intentar una especie de lengua universal. Crea un arte combinatoria para la unificación de los saberes. En esto hay un precedente medieval: el mallorquín Raimon Llull. Leibniz es también un talento práctico: suyo es un molino de viento, utilizado en las minas de uno de los nobles que le protegieron.

Isaac Newton (1642-1727) es el científico por antonomasia de su tiempo y uno de los grandes de cualquier época. Hizo importantes contribuciones en óptica, en mecánica y sobre todo en la formulación de la ley de gravitación, que revoluciona la astronomía. Todo en Newton está lleno de una profunda inspiración religiosa, del mundo como hechura de Dios.

Elemento fundamental para el progreso de las ciencias en el siglo XVII es que existe una comunidad científica para presentar y discutir los resultados: la activa Royal Society, en Londres, 1660, la Academie des Sciences en París, 1666, y en Berlín, 1700, no en vano tres de los principales países de Europa: Francia, hegemónica, y el Reino Unido a punto de serlo. En Italia existían dos importantes comunidades científicas, la Accademia dei Lincei (fundada en 1600) y la Accademia del Cimento, de 1657.

Estética barroca

Se acepte o no que una forma distinta, el *manierismo*, hace de transición entre el Renacimiento y lo que vino después, eso que vino después se ha llamado *barroco*. No hay una fecha clara de inicio, pero en algunos países, hacia las décadas finales del siglo XVI, la sensibilidad es ya barroca. Poco importa el origen del término o si tiene o no un sentido levemente peyorativo. El barroco es el estilo de todas las formas de arte en Occidente, desde al menos el principio del siglo XVII hasta casi la mitad del XVIII, aunque en este último siglo, rizando el rizo, el barroco se hizo rococó en Francia y en otros países europeos y churrigueresco en España.

La cuna del barroco es Roma, donde aparece en lenta transición desde el gusto renacentista. El arte no tenía más remedio que evolucionar, como la obra de los grandes artistas. Compárense, por ejemplo, las diversas etapas del más grande artista plástico de ese tiempo y quizá de cualquier tiempo, Michelángelo. Se ha dicho que es manierista en su última época. Quizá no hacía más que seguir buscando nuevas formas y nuevas emociones.

Después de una imitación, a veces demasiado servil, de las formas clásicas grecorromanas, se podía ensayar el contraste, la distorsión, la potencia de la luz, la apoteosis de la curva. Hay en Italia un primer barroco, muy influido por el último Michelángelo. Las muestras más representativas son

las de dos pintores coetáneos, Michelángelo de Caravaggio (m. 1610) y el mejor de la amplia familia de los Carracci, Annibale (m. 1609). El realismo de los personajes de Caravaggio, junto a su apuesta por el contraste de luz y sombra —lo que se llamó *tenebrismo*— es una invención tan definitiva, que su obra seguirá gustando en los siglos XX y XXI, más que mucha pintura del XVIII o del XIX. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con la *Capilla Sixtina*.

La escuela de Carracci es una mezcla de renacentismo y del nuevo gusto, pero el resultado, muy impresionante, es a la vez algo frío. Pueden verse, como ejemplo, los frescos del Palazzo Farnese, en Roma, ese palacio al que Michelángelo embelleció con una hermosa cornisa. Desde el final del primer tercio del siglo XVII, el barroco romano es ya él mismo, enloquecido, delirante, que retuerce lo ya retorcido, que se anima en un movimiento continuo del mármol y del travertino.

El arte barroco tuvo como principal y continuo mecenas a la Iglesia católica. Tanto los papas como muchos hombres de Iglesia se dieron cuenta de que ese arte estaba muy cerca del pueblo y que resultaba hermosamente didáctico. Para entender esto, un ejemplo: no sería lo mismo sacar en procesión, en Semana Santa, *La Pietá,* de Michelángelo, en toda su hermosa y clásica blancura renacentista, que una obra de la imaginería barroca andaluza: la emblemática Macarena sevillana. No sólo en España, sino en muchos países de Europa y de América hispana, la devoción popular ama de forma especial la imaginería barroca.

Cualquier resumen del cultivo de la belleza en este siglo XVII se queda corto. Primero, por las numerosas y magníficas realizaciones en arquitectura, escultura, pintura, música y literatura, por hacer referencia sólo a las artes *mayores*. Segundo, porque las tendencias estéticas no respetan límites de fechas y, en ese sentido, en el siglo XVII se pasa de un remanente espíritu renacentista al típico Barroco, para terminar en las complicaciones del Rococó.

Si se desechan las categorías, o al menos se relativizan, lo que queda en este siglo es gran arte, en todos los terrenos.

Un ejemplo que por fortuna sigue en pie es la Basílica de San Pedro en Roma. La iniciaron papas claramente renacentistas: allí trabajan Bramante, Rafaello, Michelángelo y decenas de genios más. La termina Paulo V en 1617. Lo que resulta es una unidad espléndida, bellísima, un lugar que ha acumulado el mejor arte de varias generaciones de artistas. Un arquitecto y escultor como Bernini (1598-1680), autor de la *colonnata* de la Plaza de San Pedro, pero también del *baldaquino*, ¿qué es? Sencillamente un artista fuera de lo común. El poco creyente, por no decir descreído Stendhal, en *Paseos por Roma,* 1828-1829, dice sobre la famosa escultura de Bernini, *Éxtasis de Santa Teresa*, en Santa Maria della Vittoria, en Roma: «Santa Teresa está representada en el éxtasis del amor divino. Es la expresión más viva y más natural. Un ángel con una flecha en la mano parece descubrirle el pecho para atraversarle el corazón; la mira con aire tranquilo y sonriendo. ¡Qué arte divino! ¡Qué voluptuosidad! (...) ¿Ha producido el cincel griego algo igual a esta cabeza de Santa Teresa? Bernini supo traducir en esta estatua las cartas más apasionadas de la joven española. Los escultores griegos del Illisus y del Apolo lo han hecho mejor, si se quiere, nos han dado la expresión majestuosa de la *Fuerza* y de la *Justicia*, ¡pero qué distancia de allí a Santa Teresa!».

— Arquitectura

La arquitectura barroca es, en gran medida, urbanismo. La ciudad se abre, se crean nuevas perspectivas, el espacio se hace escenario. La belleza de Roma, una vez más, se debe a la impronta que en ella dejó el barroco. Tenía que ser un artista barroco como Bernini el que ideara la *colonnata*, para acabar de embellecer San Pedro. Un recurso que no sólo es hermoso y simbólico —la Iglesia acoge a todos, en esos dos grandes brazos—, sino que se ha revelado, hasta hoy, completamente funcional.

Bernini, en cierto modo, *terminó* la Basílica de San Pedro. De Bernini es también, entre otras muchas obras, *San*

Andrea al Quirinale o la fastuosa *Fuente de los Ríos*, en Piazza Navona. A su lado, Francesco Borromini, autor de Santa Agnese, en la misma Piazza Navona, con una hermosísima fachada curva y, en un alarde de fantasía, *San Ivo alla Sapienza*, y Giacomo della Porta, arquitecto de una fachada teatral y bella, la de la *Chiesa del Gesú.*

El barroco italiano vuelve a cambiar en la primera mitad del XVIII: o bien se hace más tranquilo y sereno, como en el Palazzo Madama, de Turín, obra de Filippo Juvara, incoando ese neoclasicismo que estaba a punto de llegar, o bien se hace extremo, rococó, como en la Fábrica de Porcelana de Capodimonte, en Nápoles, obra de Ferdinando Fuga.

La estética de Luis XIV es barroca. Este arte amplio, grandioso, servía muy bien para la *grandeur* que quería siempre el Rey Sol. Jacques Lemercier construye la *Iglesia de la Sorbona*, y el *Palacio de Richelieu.* François Mansart, la *Mansión Laffitte*, con las características buhardillas o mansardas, que se dice inventó él. De esta época son también el *Louvre* y *Versalles*, con lo que queda claro que el barroco hizo la grandeza de París, como había hecho la de Roma y hará la de Viena.

El barroco español es, en general, más severo que el italiano o el francés, como se puede ver aún en lo que queda, en Madrid, del *Palacio del Buen Retiro,* de Alonso Carbonell; o, de Juan Gómez de Mora, en la misma ciudad, la *Plaza Mayor,* la *Cárcel de la Corte* o *Palacio de Santa Cruz.* Pero hay monumentos por toda España, como la fachada de la *Catedral de Granada*, de Alonso Cano.

— Escultura

La escultura barroca parece pensada, en gran parte, para ser admirada al aire libre, en la ciudad. Incluso las de interiores *piden más espacio*, como esa espléndida de *Apolo y Dafne*, en el Museo de Villa Borghese, en Roma: el artista, Bernini una vez más, capta el momento en que, perseguida por Apolo, la ninfa, por concesión de los dioses, se va con-

virtiendo en laurel; la estatua nos comunica los temblores en mármol de esa metamorfosis. La influencia de Bernini se extiende a todo su siglo y alcanza el siguiente, como puede verse en el autor de la *Fontana di Trevi*, Pietro Bracci. Muy lejos de esos están los artistas franceses, aunque hay notables obras de François Girardon, como el *Sepulcro de Richelieu*, o de Pierre Puget, con una muy conseguida *Andrómeda liberada por Perseo*.

De gran profundidad y extensión es el barroco escultórico español, que trabaja sobre todo con la madera policromada y que ha llenado las iglesias y, muy en particular, los *pasos* de la Semana Santa. En este sentido es un arte de hace cuatro siglos que se sigue admirando y que sigue conmoviendo, como lo más actual. De pocas obras de arte se puede decir lo mismo.

Es algo de casi toda España. En Castilla, Gregorio Fernández, autor, entre otras obras maestras del *Cristo Yacente, Paso del Descendimiento* y *la Piedad*. En Madrid trabaja Manuel Pereira, autor del *Crucifijo del Oratorio del Olivar*. Y en Sevilla y en Granada esta expresión artística alcanza un culmen: Juan Martínez Montañés y su *Jesús de la Pasión;* Juan de Mesa, con *Jesús del Gran Poder*. En Granada, el gran escultor Pedro Mena (*Dolorosa, María Magdalena*) además de Alonso Cano, autor de muchas obras, entre ellas una *Inmaculada*.

— Pintura

En Italia, el ya citado Caravaggio, m. 1610, personalidad compleja en los límites de la marginalidad social, de vida rebelde e inconformista, que hace un giro en la pintura y se adelanta a todas las modernidades. Véase, entre muchas, su *La increduidad de Santo Tomás* o el *Martirio de San Mateo*. Lucas Jordán (m. 1705) trabaja mucho en España; suyo un espléndido *Cristo expulsando del Templo a los mercaderes*.

En Francia hay pintores destacados, como Philippe de Champagne (m. 1674), que retrató a los poderosos como Ri-

chelieu y Mazarino. Pero quizá ninguno como Nicolas Poussin (m. 1665), el autor de *Et in Arcadia ego*, una obra misteriosa y bella. Quizá está a su altura Claudio de Lorena (m. 1682), verdadero introductor del paisaje en la pintura occidental, un paisaje que muchas veces es ya, curiosamente, romántico, como para demostrar que en arte no sirven las categorías fijas.

España es, sin embargo, el centro de la pintura mundial en este siglo XVII. Al ser muy conocidos, y al estar a la mano para todos en el Museo del Prado y en otros lugares, baste citar los nombres: Francisco de Ribalta, José Ribera, el Españoleto, Francisco Zurbarán, Alonso Cano, Bartolomé Esteban Murillo (de sus cuadros, realistas y perfectos, ha vivido hasta hoy la piedad popular), Valdés Leal, imponente pintor de las vanidades de la vida, Claudio Coello, etc.

Por encima de todos y uno de los pintores esenciales de todos los tiempos, el sevillano Diego Velázquez (1599-1660), casi el pintor por antonomasia, donde se conjugan maestría técnica, humanidad, clasicisimo, impresionismo. Un cuadro como *Las Meninas* —del que el filósofo francés Michel Foucault hizo un análisis acertadísimo— no sólo es un retrato de época, sino una pintura del espacio, una pintura interactiva que complica al espectador y lo introduce en un mundo, el de la belleza, en el que ya no hay distancias ni estilos.

Si hay un serio competidor para la pintura española del XVII es la flamenca, con muchos grandes nombres. El arte de Pedro Pablo Rubens (m. 1640) puede parecer hoy demasiado pomposo y recargado, y sus *Tres Gracias*, no aprobarían un examen de estética femenina, pero, además de un genial retratista, Rubens posee un sentido del espectáculo como pocas veces se ha visto, por ejemplo, en *Los desposorios místicos de Santa Catalina*, con una escenografía variada, sensual y mística a la vez. Otro genio fue Van Dyck (m. 1641, con sólo 42 años), también gran retratista, como el *Carlos I de Inglaterra*, que se puede admirar en el Louvre, el petulante rey al que Cromwell cortó la cabeza.

También Holanda da genios, aunque los pintores, dado el protestantismo del país y su enemiga a los adornos en las

iglesias, tendrán que buscarse la vida halagando, con los retratos, la vanidad de los ricos comerciantes. Así, Franz Hals (m. 166) y su escuela de Haarlem, que se puede admirar en el Frans Halsmuseum de esa ciudad. Quienes no eran retratistas tuvieron que dejar de pintar de encargo, porque no los había, y crear lo que les apetecía para luego procurar venderlo, no sin dificultad. Y surge un nuevo tema, la llamada después *naturaleza muerta*, los bodegones. Genio del bodegón fue, por ejemplo, Willem Kalf (m. 1693), capaz de encontrar sutilezas vivas entre los objetos inertes. O se ensaya el paisajismo. Así, el pintor de marinas y paisajista Jan van Goyen (m. 1656) o el también paisajista Simon de Vlieger (m. 1653). Dentro de esta atracción por el paisaje, el mejor es Jacob von Ruisdael (m. 1682). Pero el genio holandés es Rembrandt van Rijn (1606-1669), no sólo gran retratista (*Autoretrato)*, sino creador de todo un mundo en *Ronda de Noche* o *Lección de anatomía.*

La posteridad ha ensalzado, más aún que a Rembrandt, a un pintor que, al morir en 1675, con sólo 43 años, no tuvo tiempo de pintar mucho, por lo que sus escasas obras han sido cada vez más valoradas. Es Jan Vermeer. Pero, prescindiendo de los afanes del coleccionismo, Vermeer es uno de esos pintores-milagro que puede gustar a cualquier persona de cualquier época, cuanto más que sus temas son sencillos, caseros, serenos, como en la famosa *La muchacha del turbante* también llamada *La joven de la perla*, en el Mauritshuis Museum, o *La lechera* y otras obras que se pueden ver en el Rijkmuseum, de Amsterdam.

— Música

El XVII, en música, es también un siglo italiano, pero hay ya excelentes autores en los principales países. En Francia, el más famoso, el músico de Luis XIV, Lully, es en realidad un italiano, Gian Battista Lulli (m. 1687). Fue un verdadero dictador de la música en Francia, con gran sentido del espectáculo, autor de una aparatosa como poco inspirada mú-

sica instrumental. Los argumentos de sus obras escénicas son mitológicos casi siempre y carentes de emoción. Más inspirado es Marc Antoine Charpentier (m. 1704), autor de importante música religiosa. Y ya casi más del siglo XVIII, François Couperin, autor de numerosas y excelentes obras para clavecín, y que ejerció una profunda influencia sobre Bach.

En Alemania se destaca sobre todo Heinrich Schütz, quien en su larga vida (1585-1672) pasó por muchos géneros, aprendió en Italia, introdujo la ópera en Alemania (*Daphne*), y compuso cuatro pasiones que influirían en Bach. Otros músicos alemanes notables: Michael Praetorius (m. 1624), compositor y teórico, estudioso de los instrumentos musicales de la época; Johan Schein (m. 1630), notable autor de música religiosa; Samuel Scheidt (m. 1654), gran organista; Johan Pachelbel (m. 1706) del que se escucha mucho aún un celebrado *Canon*, y Dietrich Buxtehude (m. 1707). Además, el notable compositor bohemio Heinrich von Biber (m. 1704), autor de unas famosas *Sonatas del Rosario*, y en general de una música que Bach estudió detalladamente.

En Inglaterra, la figura central es Henry Purcell, fallecido en 1695, a los 33 años de edad, pero después de componer decenas de obras (*Oda a Santa Cecilia),* entre ellas varias óperas (*Dido y Eneas, El Rey Arturo, Diocleciano),* género que introdujo en su país, y un excelente *Te Deum Et Jubilate*. También William Byrd (m. 1623), cuya principal obra es del periodo anterior, John Dowland (m. 1641) y William Blow, autor de una *Venus y Adonis*.

En España, el siglo XVII no es tan fecundo como el anterior. Entre los mejores músicos, Juan Bautista Cabanilles (m. 1712), compositor y organista valenciano; el sevillano Francisco Correa de Araujo (m. 1663), teórico de la música y también organista; y Juan Hidalgo (m. 1685), uno de los creadores de la zarzuela, autor de la música de muchas obras de Calderón de la Barca.

Es Italia el centro de la música e irradia hacia Francia, Alemania, España y otros países. El mejor, y a través de una

dilatada vida (1567-1643) es Claudio Monteverdi, que realiza el tránsito desde el madrigal (publicó ocho libros de ellos, uno póstumo) a la ópera, de la que es creador (*Orfeo*, *El combate de Tancredo y Clorinda*, *La coronación de Popea*, entre otras muchas). Pero la obra de Monteverdi había estado precedida por pioneros, como *La rappresentazione di anima e di corpo*, de 1600, de Emilio di Cavalieri (m. 1602), primer drama musical, o por las obras de Domenico Belli (*Libro dell'arie)* o de Gregorio Allegri, perteneciente a la capilla papal, (m. 1652), y autor de un *Miserere* a nueve voces y dos coros, con tanto éxito cada vez que se interpretaba, que el Papa prohibió que fuera copiado, con la amenaza de graves penas eclesiásticas. Una de las más famosas anécdotas del mundo de la música quiere que Mozart, a los 14 años, lo consiguiera transcribir, después de una sola audición. O, uno de los mejores, Geronimo Frescobaldi, (m. 1643), maestro de la escuela organística italiana.

Vinieron luego Marco Antonio Cesti (m. 1669), autor de la ópera *Dori;* Giacomo Carissimi (m. 1674), maestro en el género del oratorio *(Jefté);* Pier Francesco Cavalli (m. 1674), también autor de óperas. Y sobre todo el gran Arcángelo Corelli (1653-1713), el mejor violinista de la época, iniciador del genéro del *concerto grosso,* autor de obras como *Concierto de Navidad* o *La Folía.* Corelli es quien inaugura el uso, luego seguido por todos, de publicar las propias obras, según un orden de Opus. Sus *Sonatas Trio* constituyen su Opus 1.

— Literatura

El siglo XVII es para España, en literatura como en pintura, un siglo de Oro. Pero algo semejante ocurre en otros países de Europa. El barroco es un tiempo de bullente invención y creatividad.

Todavía, para una crítica nada partidista, *El Quijote*, de Miguel de Cervantes (1547-1616) sigue siendo lo mejor que se ha escrito en español, a los dos lados del Atlántico. Uno

de los libros más editados en el mundo. Pero Cervantes escribe también novelas cortas como las *Novelas ejemplares;* novela de gran envergadura, como *Los trabajos de Persiles y Segismunda*; buen teatro breve en los *Entremeses* y buen teatro trágico en *Numancia.*

Con Cervantes, son autores de primera fila Francisco de Quevedo (m. 1645), quizá quien haya compuesto los mejores sonetos, como aquel que termina, refiriéndose a los despojos humanos tras la muerte: «serán ceniza, mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado»; Luis de Góngora (m. 1627), *Soledades*, que será siempre una referencia cuando se trate de la pura belleza formal; Félix Lope de Vega (m. 1635), con perennes obras de teatro, *Fuenteovejuna, El caballero de Olmedo, La estrella de Sevilla,* y muchos centenares más; Baltasar Gracián (m. 1658) con la novela filosófica *El Criticón*; y ocupando todo el siglo, Pedro Calderón de la Barca (1600-1687), quizá el autor que, con los autos sacramentales (*El Gran Teatro del Mundo)* ha sabido mejor unir inspiración artística y fe cristiana, además de componer dramas intensos y perdurables (*La vida es sueño, El alcalde de Zalamea*) y comedias ágiles y brillantes (*La dama duende).* Pero creadores importantes son también los dramaturgos Tirso de Molina (m. 1648), con el más temprano Don Juan en *El burlador de Sevilla*; Agustín Moreto (m. 1669), Juan Ruiz de Alarcón (m. 1639) o Antonio Mira de Amescua (m. 1644); poetas como Leonardo (m. 1613) y Bartolomé Argensola (m. 1631), Rodrigo Caro (m, 1647). Los narradores Mateo Alemán (m. 1614) y Vicente Espinel (m. 1624) quienes, junto con Quevedo, prolongaron la novela picaresca, que había tenido un principio clamoroso en 1524 con *El Lazarillo de Tormes*; o Agustín de Rojas (m. 1618), Luis Vélez de Guevara (m. 1644), etc.

Algo semejante ocurre en Francia, con figuras indiscutibles del teatro como Pierre Corneille (m. 1684), *El Cid;* Jean Racine (m. 1699), *Atalía*, *Andrómaca*, *Berenice;* y Molière (m. 1673), *El burgués gentilhombre*, *Las preciosas ridículas.* O Blaise Pascal (m. 1662), que encontrará lectores de sus *Pensées (Pensamientos)* en todos los siglos, él, que se

opuso a lo peor del suyo. O personajes públicos, grandes oradores, como Jacques Benigne Bossuet (m. 1704) o François de Salignac, Fenelón, (m. 1715), o prosistas críticos de costumbres y maestros en el análisis psicológico como François de la Rochefoucauld (m. 1680), Madame de la Fayette (m. 1693), Madame de Sévigné (m. 1696) o Jean de la Bruyère (m. 1696), o el fabulista Jean de la Fontaine (m. 1695), que renovó el genéro y lo puso de moda.

En Inglaterra no ha aparecido otro escritor mejor, después de William Shakespeare (1564-1616). La presencia de *Hamlet*, *Romeo y Julieta, Macbeth*, *El rey Lear*, y tantas otras obras es continua desde entonces e inspira música, ballets, óperas, películas. Shakespeare es uno de esos genios capaz de crear una obra que se sitúa fuera del tiempo, diciendo algo a casi todos los tiempos (menos a los engolados neoclásicos del XVIII; Voltaire lo encontraba «monstruoso»). Dramaturgo contemporáneo de Shakespeare, pero muerto prematuramente (1593, a los 27 años), es Christopher Marlowe. También dramaturgo, Ben Jonson (m. 1637). Otras figuras son el gran poeta John Donne (m. 1631) o John Milton (m. 1674), cuyo *El paraíso perdido* es más citado que leído, o John Dryden (m. 1700). En la prosa, Robert Burton (m. 1641) escribió una *Anatomía de la melancolía*, que hay que leer si se desea conocer el Barroco; o Francis Bacon (m. 1626), un filósofo con imaginación; o Samuel Pepys (m. 1669), cuyo *Diario* es otra fotografía de la época, de su cara más oculta. En fin, aunque se internen ya en el XVIII tienen el ingenio del Barroco los novelistas Daniel Defoe (m. 1731), con su inmortal *Robinson* y la picaresca *Moll Flanders,* y el agudo Jonathan Swift (m. 1745), con su no menos célebre *Gulliver.*

En Italia no se dio en el XVII la floración que se registró en España, Francia e Inglaterra. Se puede citar a Tommaso de Campanella (m. 1639), por su utopía *La ciudad del sol*; a Gianbattista Marino (m. 1625), al recopilador de cuentos Gianbattista Basile (m. 1632). Tampoco en Alemania la cosecha fue muy grande, destacando *Simplicissimus*, de Johann Grimmelshausen (m. 1676).

El siglo XVIII: inglés

En este recorrido por la cultura europea, cristiana, el siglo XVIII es clave: porque en el último tercio se empiezan a ver socialmente, es decir, de manera general, los resultados de la tarea secularizadora, en realidad, descristianizadora, que desde hacía al menos un siglo habían puesto en marcha una serie de autores, con el decidido propósito de una «revolución cultural», aunque no se utilizara ese anacrónico rótulo. Tampoco, sin embargo, el siglo XVIII, y ni siquiera los primeros decenios del XIX, se pueden considerar como tiempos de incredulidad, si se atiende al pueblo. Sólo a partir de, más o menos, 1830, aunque la época cambia según los países, la indiferencia religiosa o la increencia empiezan a ser rasgos sociales, aunque aún minoritarios.

Panorama político general

Inglaterra, con la estrategia de no llamar la atención y de fingir despreocupación por lo que ocurría en el *Continente*, se convirtió en el siglo XVIII en la primera potencia mundial. La maniobra se completó, después de la tormenta revolucionaria francesa, con la derrota de Napoleón, gracias al nada secundario esfuerzo de españoles y de rusos.

Luis XIV muere en 1715, pero desde algo antes Francia está perdiendo su influencia hegemónica en Europa. Es cierto que, tras una dura guerra, Luis XIV ha logrado colocar en el trono de España a uno de sus nietos, que reinará como Felipe V, después de la muerte sin herederos del desgraciado Carlos II, el último Habsburgo español. Pero cada una de las crisis de sucesión del siglo XVIII (la española, la polaca, la austriaca) acaban con ventajas para Inglaterra que, desde hacía más de un siglo, mientras los demás se peleaban en Europa, se afanaba en montar un imperio comercial en América y en Asia, para lo que no tuvo escrúpulos en hundir a un competidor, antes amigo: a Holanda.

Francia está, además, agobiada de impuestos, atrasada respecto a la incipiente revolución industrial que se inicia en Inglaterra. En definitiva, Francia está sumida en un cambiante marasmo, con creciente descontento del pueblo, una situación que, aunque con altibajos, conduce a la Revolución de 1789.

La situación de los demás países europeos es, a grandes trazos, la siguiente: España tiene que seguir, en general, la política francesa y sólo con Carlos III el país recupera algo de su antiguo prestigio; Portugal se inclinará más bien al lado de los intereses ingleses; Italia sigue dividida, y dominada por Austria en buena parte de su territorio; los Estados Pontificios están relativamente tranquilos, gobernados por papas, si no geniales, en general moderados y prudentes; el reino de Nápoles y de Sicilia, después de varios cambios de dinastía, acaba en manos borbónicas, en quien sería después Carlos III de España.

El territorio de lo que aún no se llamaba Alemania —*alemán* era la lengua y Alemania un ideal, una posibilidad— está dividido entre un Imperio en decadencia, una Austria-Hungría cada vez más poderosa y una fuerza emergente y ambiciosa: Prusia.

Federico III, rey de unos no bien amalgamados territorios —Prusia, Brandenburgo, Cleves, Mark, Ravensburgo— se autocorona en 1701 como Federico I de Prusia. Era un país pequeño en extensión, poco poblado, no muy rico, pero organizado militarmente casi como una nación-ejército. Era el prusiano del tópico, pero que se correspondía bastante con la realidad. Prusia dio ya, en sus primeros pasos, síntomas de esa sed de invasión que caracterizaría luego a la Alemania unida con Guillermo I y Bismark y a las ansias expansionistas del país con Guillermo II, antes de la Primera Guerra Mundial, por no hablar del delirio de Hitler que dio origen a la Segunda. Son prueba de esta voluntad de injusta expansión los dos repartos que en este siglo se hace de Polonia. Al rey de Prusia, protestante, le convenía, porque se apoderaba de nuevas tierras. Pero en el reparto participan la católica Austria y la ortodoxa Rusia. Políticos fieles, en principio, a dos

ramas del cristianismo (Federico era un escéptico), son cómplices de una injusticia que no tiene más explicación que el ansia de rapiña. Voltaire y otros intelectuales, que habían cantado las glorias de Federico II de Prusia, «el rey filósofo», con el que se carteaban, pusieron esta vez el grito en el cielo. Pero fue inútil: demostración de que los políticos hacían del movimiento ilustrado un instrumento a su propio servicio.

Para terminar esta visión general, apuntemos que en el este seguía el cada vez menos amenazador Imperio Otomano; y Rusia, sumida en una combinación de feudalismo y de modernidad intelectual, a la zaga de Francia.

El siglo XVIII, al menos hasta el estallido de la Revolución Francesa fue un siglo relativamente pacífico, donde muchos conflictos se solucionaron por vía diplomática. Además de las tres guerras de sucesión, muy localizadas, la de España (1700-1714), la de Polonia (1733-1735) y la de Austria (1740-1748), la más importante fue la de los Siete Años (1756-1763). La guerra se inició por la anexión por parte de Prusia de Silesia, pero en realidad lo que estaba en juego era quién iba a mandar sobre lo que aún no se llamaba Alemania. Ante la prepotencia de Prusia, se unen Austria, Francia y Rusia, además de la mayoría de los príncipes alemanes que, con sus territorios, componían el aún vigente, aunque agónico, Sacro Romano Imperio. Pero, contra todas las previsiones, Prusia consiguió vencer, gracias en gran parte a la retirada de Rusia, cuando subió al trono Catalina II, y a las importantes ayudas recibidas de Inglaterra, donde se calculó que una derrota de Francia significaba para los ingleses quedarse con muchos territorios franceses en América, cosa que se cumplió a la letra, por la Paz de París. William Pitt, primer ministro entonces, pudo decir que «América se ha conquistado en Alemania».

Roma: intransigencia y conciliación

Siete papas llenan el siglo XVIII, con una duración media de catorce años de pontificado. Los más longevos fueron

Clemente XI (1700-1721); Clemente XII (1730-1740), Benedicto XIV (1740-1758), Clemente XIII (1758-1769) y Pío VI (1775-1799).

Clemente XI tuvo que hacer equilibrios en la guerra de sucesión española, pues los dos contendientes, Felipe y Carlos, eran católicos. Presionó también a los príncipes para que no se olvidaran de la defensa de Europa contra los turcos y, de hecho, la Paz de Passarowitz (1718) significó el definitivo descenso de la amenaza otomana.

Clemente XII estuvo a merced de las pretensiones de los reyes. En contra de sus intenciones, en 1735, el ducado de Parma y Piacenza, que le correspondía, pasó al Emperador; y Nápoles y Sicilia al hijo de Felipe V, Carlos de Borbón, futuro Carlos III de España. El regalismo, que ya tenía una gran tradición en Francia, reforzado aún más por Luis XIV, se extendió a España y a la política imperial. En general es un rasgo muy neto del siglo XVIII.

Benedicto XIV fue un Papa conciliador, que estableció numerosos concordatos con los estados europeos, en los que, al precio de algunas cesiones al regalismo, se obtenían ventajas para el desarrollo espiritual de la Iglesia. En la guerra de sucesión austriaca estuvo menos acertado, debido sobre todo a la presión que Austria ejercía ya sobre gran parte de Italia, pero al final se impuso la razón. Tuvo que negociar también con Federico II de Prusia que se había anexionado la católica Silesia, para proteger los derechos de los ciudadanos de este territorio. La fama del Papa como hombre tolerante y amigo de la concordia se notó en el respeto que le profesaron muchos protestantes e incluso Voltaire, que le dedicó una tragedia antiturca, *Mahomet ou le fanatisme*.

Clemente XIII era, en muchos sentidos, lo contrario de Benedicto XIV. No era un sabio, como Benedicto, y, además, se apoyó en el autoritario cardenal Torrigiani, secretario de Estado y amigo de los jesuitas, por entonces en posiciones poco conciliadoras con la mentalidad ilustrada. El tono autoritario del pontificado chocó con el rasgo autoritario que había en el extendido regalismo, que quería para los reyes

también competencias eclesiásticas y, sobre todo, la riqueza de los beneficios de las propiedades eclesiásticas. En este choque de autoritarismos, el Papa tenía las de perder. Y quien pagó fue la Compañía de Jesús, expulsada de Portugal (1759), de Francia (1764), de España (1767), de Nápoles y las dos Sicilias (1767), donde gobernaba Fernando IV, hijo de Carlos III, y hasta, para humillación del Papa, del ducado de Parma (antiguo feudo pontificio), en 1768. Al año siguiente, España, Francia y Nápoles pidieron al Papa la extinción de la Compañía de Jesús, pero Clemente XIII murió el 2 de febrero de ese año, dejando la difícil papeleta para su sucesor, Clemente XIV.

Visto el mal resultado de la política de Clemente XIII, Clemente XIV quiso probar la política conciliadora que había caracterizado a Benedicto XIV. Enseguida, gracias a concesiones de la Santa Sede, mejoraron las relaciones con Portugal, España y Nápoles. El Papa esperaba que se retirase la petición de suprimir la Compañía de Jesús. Pero muchos entraron en el juego de amoldarse a la política del emperador José II, que haría del *josefinismo* una constante antieclesiástica. Le apoyó su hermana Carolina, que desde 1768 era reina de Nápoles. Ante esto, María Teresa de Austria, antes neutral, se puso al lado de la mayoría. Con la Bula *Dominus ac Redemptor*, del 21 de julio de 1773, Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús. En los países católicos no hubo inconveniente en hacerse con los bienes de los jesuitas. Fueron protegidos por Federico II de Prusia y por Catalina II de Rusia, porque estimaban la preparación de los colegios jesuíticos y porque, entre una población mayoritariamente ortodoxa o protestante, la influencia de los padres nunca podría ser mucha.

Pío VI gobernó la Iglesia católica desde 1775 hasta 1799, es decir, vivió de lleno los diez primeros años del acontecimiento que cambiaría el curso de la historia, la Revolución Francesa. El Papa Braschi se declaró enseguida, sin demasiada prudencia, un enemigo acérrimo de los ilustrados. Desde los primeros años hizo suya una política de firme condena

de las doctrinas heréticas o simplemente dudosas, ganándose fama de intransigente. Hay que imaginar qué ocurre cuando un Papa poco flexible se encuentra con gente como José II. Hasta la muerte de éste, en 1790, Pío VI tuvo que soportar sus imposiciones, en una guerra sorda en la que el Papa casi nunca ganó una batalla. José II quería una iglesia nacional bajo su mando. Legisló sobre dispensas matrimoniales (competencia eclesiástica), suprimió conventos, reformó la cofradías religiosas, suprimió fiestas religiosas... El Papa viajó a Viena en 1782, para tratar de frenar esa manía regalista. Pero, aunque fue honrosamente recibido, no consiguió mucho, salvo notar el entusiasmo del pueblo. José II siguió hasta su muerte legislando con tanta minuciosidad los asuntos eclesiásticos que Federico II le llamaba «hermano sacristán». Por si fuera poco, en 1789 estalla la Revolución Francesa. Pero ésa es otra historia.

En una visión de conjunto, se advierte que en el siglo XVIII la Santa Sede ensayó dos tipos de política: una más conciliadora y otra más intransigente. Los resultados de cada una de ellas quizá permitían concluir que era mejor insistir en la conciliación y en la comprensión de unos tiempos que estaban cambiando profundamente. Es cierto que apenas se podía ser conciliador con políticos de una intransigencia enfermiza, como José II. Pero, en general, la lección no se aprendió entonces, como no se hizo a casi todo lo largo del siglo siguiente, si se exceptúa al último de los papas decimonónicos, León XIII.

La Ilustración como ideología

La Ilustración, o con la pretenciosa expresión francesa, *les lumiéres*, las Luces, es un amplio movimiento de ideas que fue creando poco a poco nuevas opiniones y una nueva sensibilidad. Pero la Ilustración no tuvo un sentido único, ni fue un bloque monolítico. En España, autores tan abiertos como Feijoo, Jovellanos y otros no veían ninguna incompatibilidad

entre la fe cristiana y la racionalidad, en definitiva, entre fe y razón, entre Providencia divina y progreso humano. Incluso los pocos autores descreídos no fueron beligerantes contra el cristianismo hasta el último tercio del siglo XVIII. Se ha visto antes la buena fama de tolerante y conciliador que tenía el Papa Benedicto XIV, elogiado incluso por protestantes y por deístas como Voltaire. Era un Papa *ilustrado*.

La *Enciclopedia*, la obra que pretendía una revisión completa del saber y de las ideas, se inició en 1751. Se suscribieron tambien muchos católicos, entre ellos gente relevante como Bernabé Chiaramonti, el futuro Pío VII. Algunos artículos estaban firmados por eclesiásticos. Todos los tomos publicados hasta 1759 tenían el *nihil obstat* de La Sorbona. Pero cuando muere Benedicto XIV y es elegido Papa Clemente XIII, la *Enciclopedia* es puesta en el *Índice de libros prohibidos*, lo cual provocó un recrudecimiento de la hostilidad de los enciclopedistas hacia el cristianismo.

Es decir, la rama anticristiana de la Ilustración se desarrolla a partir de los años sesenta del siglo XVIII. Hoy es posible distinguir con bastante claridad lo que había en la Ilustración de muy valioso, es decir, el avance hacia la liquidación del Antiguo Régimen —un sistema con una cada vez más insufrible carga de desigualdad, de centralismo y de represión de la libertad— y, por tanto, hacia un principio de régimen que tuviera más en cuenta a la gran mayoría de la población y garantizase sus derechos. Desde *El espiritu de las Leyes*, de Montesquieu, era casi un tópico la admiración que se sentía por el constitucionalismo inglés y su separación de poderes. Y aunque esa *democracia* inglesa era aún muy limitada (era el poder de los propietarios, de los burgueses, con amplios resortes en manos de una oligarquía), peor era la situación de los países con *despotismo ilustrado*. Por otra parte, la independencia de los Estados Unidos, en 1776, y sus proclamaciones más bien teóricas de los derechos humanos (teóricas porque dos siglos después se luchaba aún por los derechos civiles de la población negra), tuvo una influencia indudable en Europa.

No tiene nada de extraño que en Europa, a partir de los años ochenta del siglo XVIII, exista ya un fervor de cambio, una inquietud ideológica, la convicción de que el antiguo orden de cosas tenía los días contados. Esto ocurría entre los intelectuales y la clase dirigente, porque la mayoría del pueblo se mantenía ajena a estas inquietudes, seguramente porque tenía que atender a las más inmediatas de la supervivencia y del pan de cada día.

Una parte notable de los ilustrados se equivocó, sin embargo, en el tratamiento que hizo de la religión. Pensó, escribió y difundió por todas partes la idea de que la religión cristiana estaba esencialmente unida al Antiguo Régimen, y no sólo de hecho, sino también de derecho. Por eso tenía que ser liberada de dogmas, de supersticiones, de cultos «fanáticos» y encerrada dentro de los límites de la razón. En definitiva, o una religión sentimental, al estilo de Rousseau, o un deísmo vago y nada comprometedor, como el que difundía Voltaire. Así se inició esa encarnizada campaña intelectual de descristianización de Europa. Si no logró prosperar más, se debió a la tozudez de la mayoría del pueblo en conservar sus creencias y sus tradiciones.

Hay que añadir que la mayoría de los dirigentes eclesiásticos eran, en política, autoritarios, como se podía ver en el gobierno de los Estados Pontificios. No se entendió que los signos de los tiempos iban en la dirección de las reformas, de la corrección de las desigualdades (¡al menos de las más sangrantes!) y de la libertad de expresión.

Reténgase esto: de finales del XVIII es el grave equívoco que casi obliga a elegir entre ser *reformista y moderno* o ser *creyente*. Un equívoco que pesa aún en la cultura europea de hoy, al menos por parte de intelectuales que parecen tener especial interés en considerar la Ilustración como la partera de la Modernidad.

La ciencia en el XVIII

El siglo fue menos científico-teórico que el XVII, pero mucho más científico-práctico y técnico. Con todo, no faltan

grandes figuras teóricas como el matemático Leonhard Euler (m. 1783), Johann Bernouilli (m. 1748) o Josep-Louis Lagrange (m. 1813). Se crean centenares de sociedades científicas, jardines botánicos y observatorios astronómicos en toda Europa. Hay un fervor por el conocimiento aplicado y se estudia con intensidad botánica, mineralogía, mecánica, química, todas las ciencias físicas y naturales. De este tiempo es Carl Linneo (1707-1778), autor de una taxonomía dicotómica que es aún la vigente.

Se estudian los fenómenos eléctricos, intuyendo sus aplicaciones prácticas, cosa que consigue el norteamericano Benjamin Franklin (m. 1790), asiduo en los salones europeos, que inventa el pararrayos. Pero el estudio de la electricidad llega aún más lejos con el descubrimiento de la corriente eléctrica, por Luigi Galvani (m. 1798); continuó, a veces en polémica con él, Alessandro Volta (m. 1823), inventor de la pila eléctrica.

Otro campo práctico fue la máquina de vapor, creada por James Watt (m. 1819), que tanto juego daría en la revolución industrial.

En astronomía la figura más destacada es Pierre Sion Laplace (m. 1827), que formuló su conocida teoría del origen del universo a partir de una gigantesca nebulosa. Sin olvidar a Edmond Halley, que acabó con la idea, persistente hasta entonces, de la fijeza de las estrellas; Halley demostró que el cometa de 1531 era el mismo que el de 1607 y que aparecía de nuevo en 1758. Po su parte, William Herschel (m. 1822) fue el primero en avistar lo que más tarde sería llamado el planeta Urano.

Grandes progresos en química, con nombres como Georg Ernst Stalıl (m. 1734), Guillaume François Rouelle (m. 1770), y sobre todo Laurent Lavoisier (m. 1794, a los 50 años, víctima de la guillotina revolucionaria).

En el XVIII hay un cambio sustancial en un tema importante, la edad del Universo y de la Tierra. A mediados de siglo XVIII aún se pensaba que la Tierra tendría, a lo más, unos 6.000 años. En el XVIII, algunos autores intentan armonizar el relato

del *Génesis* con recientes descubrimientos científicos que llevaban a dar a la Tierra un tiempo mucho mayor. Pero el único cientifico beligerante contra la religión, Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, (m. 1788), ya defendió un origen de la Tierra y de los seres vivientes sin ninguna conexión con Dios. Otros científicos, como el geólogo James Hutton (m. 1797), no eran de la misma opinión. Georges Cuvier (m. 1832), fundador de la moderna paleontología, tampoco excluyó la acción de un Dios Creador.

Estética del XVIII

También en lo estético hay que dividir el siglo XVIII en dos periodos, antes y depués de, aproximadamente, 1760. En el primer periodo sigue vigente la estética barroca. En el segundo se impone un neoclasicismo, que sería el segundo, después del renacentista.

— Artes plásticas

El primer periodo marca el esplendor del rococó en arquitectura. En España se llamará *churrigueresco*, por José Benito de Churriguera, m. 1725, autor del espléndido retablo mayor del convento de *San Esteban,* en Salamanca, del *Palacio de Goyeneche,* en Madrid, (hoy Academia de San Fernando) y del complejo urbanístico de Nuevo Baztán (1709-1713), modelo paradigmático de la planificación urbanística de la época.

También, en el mismo estilo, sus dos hermanos, Joaquín de Churriguera, *Colegio de Calatrava,* en Salamanca, y Alberto de Churriguera, el ideador de la hermosa *Plaza Mayor* de la misma ciudad. En Madrid trabaja Pedro de Ribera, que construye el *Puente de Toledo* y el *Hospicio de Madrid*, mucho después Museo Municipal. En fin, a Fernando de Casas Novoa se debe otra joya, la *Fachada del Obradoiro* en la catedral de Santiago de Compostela.

Los Borbones emprenden grandes proyectos como *La Granja de San Ildefonso*, encargada a Teodoro Ardemáns, y el *Palacio de Aranjuez*, de Santiago Bonavia. Pero la mayor construcción, que, como las demás, permanecen hasta hoy, es la del *Palacio Real*, encargado a los italianos Fillippo Juvara y Giovanni Battista Sacchetti.

En escultura, además de persistir el gusto del barroco anterior, en Murcia, Francisco Salzillo da a las imágenes, muchas de ellas también procesionales, un tono menos trágico que las del barroco, como en el *Paso de la Oración del Huerto*.

En Italia también el barroco se enreda en sí mismo. Baste ver la obra de un discípulo de Bernini, Giovanni Battista Gaulli (m. 1709) que pinta el techo de la iglesia del *Gesú*, en Roma. También es italiana la moda de los cuadros con vistas, panoramas, como Francesco Guardi (m. 1793) o el Canaletto, llamado así porque no se cansó de pintar los canales venecianos. Importante la saga de los Tiépolo (el padre, Giovanni Battista; los hijos, Lorenzo y Giovanni Domenico; éste último es el que pinta el Salón del Trono del Palacio Real de Madrid).

En pintura, en Francia, triunfa el arte de Antoine Watteau (m. 1721), como en *Fiestas del Amor*, junto al de George de la Tour (m. 1788) o J. H. Fragonard (m. 1806), también un gran paisajista. En Inglaterra pintores como William Hogarth (m. 1764) o el muy correcto, convencional y aceptado sir Joshua Reynolds (m. 1792) y el entre romántico y cursi Thomas Gainsborough (m. 1788), cuyas figuras se hacen comprensiblemente muy populares entre toda clase de personas. Mucho más directo y sencillo es Simeón Chardin (m. 1799), como en *El benedicite* que puede verse en el Louvre.

El esplendor del XVIII hay que vivirlo en Viena, donde lo inunda todo. Por ejemplo, en el palacio de Schönbrunn, empezado a construir a finales del XVII y modificado constantemente a lo largo del XVIII y del XIX, con mezcla de barroco y clasicismo.

— Música

El XVIII señala el esplendor de la música que se ha llamado clásica, casi por antonomasia. El predominio, al menos en una primera fase, sigue siendo italiano, con figuras de primer orden: Alessandro Scarlatti (m. 1725), creador de una ópera napolitana que conquistó Europa; su hijo Domenico (m. 1757), llevó a la perfección las sonatas para clavicémbalo; Giovanni Battista Pergolesi, que sólo vivió 26 años (1710-1736) y dejó, entre otras maravillas, un *Stabat Mater*, varias *Salve, Regina* y una ópera aún fresca, *La serva padrona;* Tomaso Albinoni (m. 1750), uno de los creadores del *concerto grosso*, y cuyo recompuesto *Adagio*, ha servido en tiempos recientes a millones de personas como introducción a este tipo de música; Luigi Cherubini (m. 1842), que llega a conocer los tiempos románticos, aunque permanece fiel al clasicismo; Luigi Boccherini (m. 1805), que trabajó en España y es autor de unos perennes quintentos de cuerda, como el de *La retirada de Madrid;* Domenico Cimarosa, (m. 1801), autor de muchas óperas, entre ellas *El matrimonio secreto*; Antonio Salieri (m. 1850), maestro de Schubert y de Beethoven, al que hay que rescatar de la injusta mala fama que le acarreó la película *Amadeus*; Giovanni Paisiello (m. 1816), autor de un primer *El barbero de Sevilla;* los también compositores de óperas, Tommaso Traetta (m. 1799), Niccoló Jomeli (m. 1774) y Leonardo Leo (m. 1744). El mejor es Antonio Vivaldi (1678-1741), *il prete rosso*, el cura pelirrojo, autor de una música donde el extremo virtuosismo da fuerza a una emotiva inspiración, como en *Las estaciones*, una de las obras más interpretadas y oídas en el siglo XX, y que sorprende siempre por su ímpetu irresistible.

En Francia triunfan Jean Phlippe Rameau (m. 1764), autor de más de veinte óperas, entre ellas *Las Indias Galantes*; Christoph-Willibald Gluck, m. 1747, originario de Bohemia, pero que desarrolla en Francia una música de la calidad que aún puede verse en *Orfeo y Euridice*; François-Adrien Boiëldieu (m. 1834), autor de óperas como *El califa de Bagdad* o *La dama blanca.*

Se prepara todo, sin embargo, para que la mejor música se haga en países de habla alemana. Del XVIII son tres de los más grandes de todos los tiempos: Johann Sebastian Bach (1685-1750), Franz Joseph Haydn (1732-1809) y Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). En realidad, Bach por las fechas pertenece aún al barroco, pero está fuera del tiempo y hasta hoy mismo sigue siendo motivo de inspiración y siempre de enseñanza. Es innecesario dar nombre de obras suyas, pero la *Pasión según San Mateo*, deja, en cierto modo, todo dicho.

Haydn con sus más de cien sinfonías, con sus magistrales cuartetos, con su maravilloso oratorio *La creación*, es también referencia continua.

Mozart es definitivo. Su *Don Giovanni* deja sentenciadas las posibilidades de la ópera, pero es que además destaca en casi todos los géneros. Su *Réquiem* sigue emocionando. Con óperas como *Las bodas de Fígaro* o *Cosí fan tutte*, o con espectáculos musicales como *La flauta mágica*, hace reír y a la vez emociona. Probablemente no ha habido un músico con más sentido de la melodía, ni más humano.

Además, George Philip Teleman (m. 1767); y la saga de los Bach, los hijos Carl Phillipe-Emanuel, Johann Christian y Wilhelm Friedermann.

En Inglaterra triunfa otro alemán, George Friedrich Haendel (1685-1759), con una obra ingente, que reúne la seriedad tedesca con la gracia italiana, en obras como las óperas *Rinaldo*, *Julio César* o *Alcina*; oratorios como *El Mesías*; música incidental como *Música acuática* o *Música para los reales fuegos artificiales.* Todo con un sentido del espectáculo, de la grandiosidad, que pocas veces ha sido igualado después. Músicos ingleses: Thomas Arne (m. 1778), autor de óperas como *Judith.*

En España ha que citar en primer lugar al gran Antonio Soler (1729-1783), el padre Soler, el mejor músico español de la época, comparable a los mejores de Europa. Compuso unas ochenta sonatas al modo de Scarlatti, además de mucha música religiosa, entre ella, noventa misas, cincuenta salmos y nueve *Magnificat.* Además, Domingo Terradellas (m. 1751),

autor de óperas como *La Merope,* que aún se representa; Vicente Martín y Soler (m. 1806), autor de *La cosa rara*, ópera que ha perdurado y tan famosa en su época que Mozart la citó en el *Don Giovanni*; Rafael Anglés (m. 1816), autor de sonatas para clave, con influencia de Haydn.

— Literatura

Como era de esperar la Francia del siglo XVIII es un hervidero de escritores, pero no abundan los grandes artistas. Los nombres famosos son Voltaire, Jean-Jacques Rousseau, Denis Diderot, D'Alembert. Más literatos Pierre Caron de Beaumarchais, m. 1799, que puso de moda *Las bodas de Fígaro*, o Bernardin de Saint-Pierre, m. 1814, autor de la ya casi romántica *Pablo y Virginia.* Interesantes las observaciones de Madame de Staël (m. 1817), excelente ensayista en *Sobre la literatura*, y los escritos de Benjamin Constant (m. 1830) o de Joseph de Maistre (m. 1821). Si se desea una obra que dé idea de la época entera, hay que leer las *Memorias de ultratumba*, de René de Chateaubriand (m. 1848). En las antípodas, como expresión de la aberración humana, el Marqués de Sade (m. 1814).

En realidad es en los países de lengua alemana donde se dan las mejores obras. Hay que empezar por Wolfgang von Goethe (1749-1832), con una amplia tarea que irradió a muchos países, con obras también siempre presentes como *Fausto*, *Werther*, el espléndido *Viaje a Italia* o sus memorias bajo el título de *Poesía y verdad.* Junto a Goethe, Friedrich Schiller (m. 1805), *Los bandidos*, *María Estuardo*, y, además, Friedrich Gottlieb Klopstock (m. 1803), autor de poemas famosos como *Resurrección*; Gorthold Lessing (m. 1781), autor de unos célebres *Discursos a la nación alemana*, cuando aún esa nación no existía; Martin Wieland (m. 1813); Johann Gottfried Herder (m. 1803); T. A. Hoffman (m. 1828), con sus celebrados *Cuentos fantásticos;* Jean Paul (m. 1825).

Inglaterra sigue distinguiéndose por el ingenio y la inventiva de los narradores como Henry Fielding (m. 1798), *Tom Jones;*

Laurence Sterne (n. 1768), autor de un bellamente estrafalario *Viaje sentimental;* Oliver Goldsmith (m. 1774), que escribió la deliciosa novela *El vicario de Wakefield*; el extraño poeta William Blake (m. 1827) o el ensayista Edward Gibbons (m. 1794), que disertó sobre la caída del imperio romano.

En España no hay en todo el siglo ningún artista de primera magnitud. No lo son, a pesar del interés que pueden aún tener algunas de sus obras, Leandro Fernández de Moratín, (m. 1828), con la comedia *El sí de las niñas;* José Cadalso (m. 1782), *Cartas marruecas;* Ramón de la Cruz (m. 1794), con airosos *Sainetes;* José Quintana, (m. 1857) un poeta grandilocuente y célebre, o los fabulistas Félix María de Samaniego (m. 1801) y Tomás de Iriarte (m. 1791). Más interés, desde otro punto de vista tienen las obras de Benito de Feijoo, (m. 1764), (*Teatro Crítico)* o de Gaspar Melchor de Jovellanos (m. 1811). Picaresca y atractiva la *Vida* de Diego de Torres Villarroel (m. 1770).

Tampoco en Italia el XVIII es una buena cosecha. Aparte del chispeante comediógrafo Carlo Goldoni (m. 1793) que en obras como *La locandiera* retrata los cambios que se estaban dando en la época. Los poemas de Giuseppe Parini (m. 1799), de Vincenzo Alfieri (m. 1803) o de Vincenzo Monti (m. 1828) tienen ese aire entre didáctico y moral que echó a perder muchos talentos de este siglo.

En general, el arte del XVIII es una vuelta al clasicismo, pero sin su emoción, y adopta con frecuencia un tono de enseñanzas morales —de una moral muy endeble— que será barrido enseguida por el romanticismo.

El siglo XIX: 1789-1815. De la Revolución Francesa a la derrota de Napoleón

El siglo XIX comienza con la Revolución Francesa iniciada el 14 de julio de 1789, apertura de un ciclo que no se cierra hasta la derrota de Napoleón, en Waterloo, el 18 de junio de 1815, casi exactamente 26 años después. El viejo mundo se

viene abajo en toda Europa. Y aunque a partir de ese año 1815 se hizo un fuerte intento de que volvieran los *buenos viejos tiempos*, el choque de las transformaciones económicas y sociales y de las ideas revolucionarias contra la resistencia conservadora, dio al siglo ese aire de motín (1830 en Francia, 1848 en varios países, 1868 en España, por citar sólo algunos casos). En conjunto, el siglo resulta caótico, disperso, a veces ingenuo en su presunción, a veces tedioso en su petulancia. Siglo romántico y a la vez realista, tierno y áspero, confuso. Y en su último tercio acertó a crear una paz fingida y aparentemente hermosa, la *belle époque*, al menos vista desde 1914-1918. El bisabuelo de una persona que en 2010 tenga 25 años era decimonónico. O el abuelo de quien en el mismo año cuente 65. El siglo XIX queda aún a la vuelta de la esquina.

Raíces de la Revolución

Una fuerza innegable en la Europa Occidental apareció por primera vez en este siglo: la de la opinión pública, alimentada por la creciente producción editorial y por los periódicos. En los años ochenta del siglo XVIII se editaban en Londres casi veinte periódicos; en el conjunto de Francia eran treinta y cinco, pero superaban los ciento cincuenta ya en 1789. Esa opinión pública se hizo eco del prolongado trabajo indoctrinador de la Enciclopedia, de Rousseau, de Voltaire, de Condorcet, y de muchos otros. Se forma poco a poco un *humus* de ideas y de actitudes. No es muy claro, pero su dirección resulta inequívoca: hay que terminar con el actual estado de cosas. Porque en una Europa que empezaba a ser próspera era cada vez más insoportable el espectáculo de la desigualdad: admitir que unos nacían sin derechos y otros con todos los privilegios.

La situación no era igual en toda Europa. En la Europa del este, en Austria, Polonia, Rusia, una economía agrícola, con la propiedad en manos de los nobles, mantiene a la casi totalidad

de la población en un régimen de servidumbre. (Si se quiere un retrato de la época, de la primera mitad del siglo, léase la novela *Las almas muertas*, de Nicolás Gogol, m. 1852).

Esa insoportabilidad de la desigualdad, que acabaría por estallar en todas partes, lo hizo primero en Occidente; de un modo más lento y pacífico en Inglaterra —aunque ya había costado la cabeza de un rey y una dictadura puritana— y con la virulencia de una Revolución en Francia. Se quería acabar con un estado de cosas en el que unos pocos —nobleza, alto clero— vivían, libres de impuestos, de las rentas que muchos tenían que pagar.

Teorías y crueldad

El modo de llevarse a cabo la Revolución de 1789, que no encontró fuerte resistencia, fue cruel desde el principio. Empezó matando y luego hizo de esto un imparable juego macabro. Todo, no para beneficio inmediato del pueblo más desprovisto de bienes, sino de los burgueses. La palabrería sobre la libertad, la igualdad, la fraternidad y la justicia ocultaba el cálculo económico de los burgueses: de quienes ya tenían, pero querían más, para desbancar a la nobleza como clase en el poder.

En este movimiento arrastrarán con ellos a los más pobres de la ciudad, a los que sólo treinta años más tarde se llamarán proletarios; pero a la hora de repartirse el pastel fue la burguesía la gran beneficiaria de la Revolución. Y el furor revolucionario arrastró también a la canalla que existe en todas partes y en todos los tiempos, esa canalla que asqueó al joven Napoleón haciéndole decir que ya no estaba con Rousseau cuando decía que el hombre nace bueno. Cuenta Chateaubriand en *Memorias de ultratumba*, lo que vio en París, desde un balcón, en plena revolución: «Un grupo de descamisados se acercaba corriendo por uno de los extremos de la calle; llevaban dos estandartes que no distinguíamos bien. Así que estuvieron más próximos, vimos que eran dos

cabezas, desgreñadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas. Aquellas cabezas eran las de los señores Foulon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon enfrente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brincos para acercar a mí aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, al que habían hecho saltar de su órbita, caía sobre el oscuro semblante del cadáver; la pica atravesaba la abierta boca, cuyos dientes mordían el hierro. «¡Miserables! —exclamé, no pudiendo contener mi indignación—: ¿es así como entendéis la libertad?»

Una cosa eran las consignas o los ideales —que venían en el fondo de la vivencia cristiana, como, por ejemplo, las continuas referencias al derecho natural— y otra los resultados. En nombre de ideas profundas pero muy mal digeridas cayeron miles de cabezas, entre ellas la del rey y la reina, en total unas veinte mil, inocentes la mayoría de ellos. La única justicia intrínseca de esta historia es que con mucha frecuencia los que mandaban a otros a la guillotina, veían el brillo de la cuchilla antes de que cayera sobre su propia cabeza. Por no hablar de los que simplemente buscaban el dinero, despojando a otros, es decir, gente como Barras, Siêyes, muy teórico pero a la vez muy astuto.

Revolución y religión

El Papa Pío VI, desde julio de 1789, guardó silencio, para ver cómo evolucionaban los acontecimientos en Francia. Pero, casi un año después, el 12 de julio de 1790, se vio que los revolucionarios habían heredado el regalismo de los Borbones. Con la Constitución civil del clero se obligaba a los sacerdotes a prestar juramento de fidelidad a la nueva ley y se nombraban obispos sin contar con Roma. Se publicaba una solemne Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y, a la vez, se atentaba frontalmente contra la libertad de religión. Pío VI esperó hasta 1791 para manifestar

su oposición a lo hecho, suspendió a los clérigos que hubiesen jurado y anuló el nombramiento de obispos. El nuncio abandonó París. Francia, como reacción, invadió Avignon y Venaissin, territorios pontificios, exactamente como había hecho Luis XIV. Cuando Napoleón empieza su victoriosa campaña de Italia, por el armisticio de Bolonia, en 1796, arrebata a los Estados Pontificios Bolonia, Ferrara y Ancona, además de exigir el pago de 21 millones de escudos, varios centenares de manuscritos y notables obras pictóricas y escultóricas de la época renacentista. Más tarde, por la Paz de Tolentino (1797), el Papa tuvo que entregar Avignon y Venassin a Francia, además de otras concesiones. Con la excusa de la muerte de un general francés en un tumulto callejero —porque el pueblo odiaba a los franceses— Roma fue invadida, el Papa depuesto como soberano temporal y se proclamó la república romana. Pío VI fue condenado a abandonar Roma. Residió entonces en Siena y en Florencia. En 1799, por orden de la revolución, el Papa fue trasladado a Parma, a Turín y, a través de los Alpes, en silla de mano, enfermo, con 81 años, a Briançon y Valence, ya en Francia. El 13 de julio de ese año el anciano Pío VI llegaba a Valence; el 29 de agosto moría, en una de las mayores humillaciones que ha sufrido la Iglesia, realizada por esos «bárbaros de la civilización», en expresión de Chateaubriand.

Un año después del golpe de estado que dio Napoleón en Brumario, el 9 de noviembre de 1799, siendo primer cónsul y, de hecho, señor de Francia, forzó un concordato con la Santa Sede. El nuevo Papa era Barnaba Chiaramonti, Pío VII. El Papa había mostrado desde el principio una actitud firme, pero conciliadora; en una famosa homilía en Navidad declaró que «la forma de gobierno democrático en modo alguno repugna al Evangelio», para añadir que, con las virtudes del Evangelio, siendo buenos cristianos se sería también buenos demócratas. Napoleón comentó entonces que el «ciudadano Chiaramonti predica como un jacobino». Nada de intransigencia, ni de no entender los nuevos tiempos.

Napoleón estaba convencido, y así lo comentó con frecuencia, que, después de las armas, la religión era lo mejor para unir al pueblo y pacificarlo. Él era vagamente deísta, como lector de la Enciclopedia. Pero se veía sentimentalmente como católico, y, aunque amenazó a veces al Papa con hacerse protestante, y con él toda Francia, sus simpatías estaban con la religión de su familia y en especial de su madre, a la que veneraba. Eso sí, la religión tenía que estar al servicio del poder o, por lo menos, no molestarlo. Y nadie podría ser obispo sin que lo aprobara Napoleón. A cambio se aseguraba una «decorosa remuneración» a obispos y sacerdotes. Con ocasión del Concordato tuvo lugar una renovación del episcopado en Francia y es probable que los nuevos obispos fuesen menos galicanos que los que existían antes, con los Borbones.

Las huellas de la Revolución Francesa acabarían imponiendo en toda Europa un nuevo giro de la política, en la línea de lo que se ensayaba ya en los Estados Unidos. La nación estaba compuesta esencialmente por el pueblo, en el que residía el poder, siendo los dirigentes sólo administradores. *Nueva* en relación al absolutismo, pero doctrina enseñada ampliamente en la Edad Media, como supo ver el filósofo inglés Locke. Si la nación estaba en peligro, era el pueblo en armas el que debía defenderla, los *enfants de la Patrie*.

De pronto hay un giro brusco: todo ese esfuerzo popular se ha de poner al servicio de la *grandeur* de un hombre, de Napoleón. Enemigo, como joven inquieto de su tiempo, de la desigualdad social, saluda entusiasmado a la Revolución, pero a la vez toma distancia para intervenir en el momento justo, a su mayor gloria, de él, y contra la anarquía y el desorden que no podía soportar. En principio republicano, gracias a los éxitos en las campañas de Italia y de Egipto llega a ser primer cónsul, junto a Sièyes y Ducos, a la espera de dar el golpe final. Lo demás es muy conocido: se autocorona Emperador, Napoleón I, y emparenta con una casa real, la de Austria, después de separarse de Josefina, su primera mujer. La Revolución, que había comenzado ejecutando, como tirano, a un rey bondadoso y débil, acaba aceptando a un autócrata.

Derrotados los austríacos y los prusianos, Napoleón ordena el bloqueo económico a Inglaterra y que los países hasta entonces neutrales, como los Estados Pontificios, sean beligerantes. Pío VII se niega. El 2 de febrero de 1808 los franceses invaden el Lazio y entran en Roma. El Papa es despojado de su poder y vive prisionero en el palacio del Quirinale. En julio de 1809 es tomado por los franceses el palacio del Quirinale. El general Radet pide a Pío VII que renuncie a su poder. El Papa se niega. Es hecho prisionero y trasladado, después de un viaje de mes y medio de duración, a Savona. Napoleón espera que Pío VII, en prisión, ceda, y de hecho le prepara un palacio en París, para que el Papa pueda estar cerca del ya dueño de Europa.

El 2 de diciembre de 1809 tiene lugar en Notre Dame la coronación de Napoleón como emperador. Ya lo era de hecho; esto es el gesto. Para dar más realce a la ceremonia, pide al Papa que la presida y el Papa accede. Como estaba previsto, no es Pío VII quien corona a Napoleón. Napoleón corona a Napoleón, porque piensa que todo viene de él y se debe a él.

En materia de religión, Napoleón —dice uno de sus biógrafos más partidarios, Max Gallo— «va a corregir personalmente el *Catecismo imperial*. "Honrar y servir al emperador es honrar y servir al mismo Dios", ha hecho imprimir. Y desobedecer al emperador es un pecado mortal. Se le debe "amor, obediencia, fidelidad, el servicio militar, así como los tributos impuestos para la conservación y la defensa del Imperio y de su trono"». Incluso se llega a fijar el día de San Napoleón, un santo del que nadie sabía hasta entonces nada, y se decide que sea el 15 de agosto, día en que nació Napoleón. De este modo se intentó además desplazar centenares de festividades de la Virgen María que se celebran en ese día, como es aún corriente en los países católicos.

Napoleón está convencido de que ya domina Europa. ¿Dueño de Europa? Desde el 2 de mayo de 1808 España se

le resiste; la primera derrota del ejército napoleónico se da ese mismo año, en Bailén. José I Bonaparte no reina seguro. Y la idea de abrir el frente contra Rusia no ha sido tampoco muy acertada, aunque el emperador se haya visto forzado, porque el zar Alejandro I, m. 1825, viendo las dificultades de Napoleón en España, el único país que se le resistía, y, a la vez, molesto por el matrimonio de Napoleón con una princesa austriaca, se negó a pactar una alianza con Francia. Tampoco Inglaterra quiere la paz, porque está ganando en España con Wellington, gracias a la resistencia de sus habitantes, y porque sabe que puede dominar en el mar, como lo demuestra la batalla de Trafalgar.

Desde marzo de 1810, divorciado de Josefina —que no *supo* darle un hijo—, casado con la hija de Francisco I de Austria, María Teresa de Habsburgo, y desde 1811 padre de un hijo, por fin el futuro heredero, Napoleón, por una vez, no tiene ganas de guerras.

En lugar de ceder al menos en el caso del Papa, en 1812 ordena que trasladen a Pío VII de Savona a Fontainebleau. Y decide que el Concordato de 1801 queda roto. Poco después se va al este, para la campaña de Rusia. Empieza la guerra, pero los rusos, retrocediendo, no entran en batalla. Cuando Napoleón llega a Moscú, no encuentra a los jefes de la ciudad para recibirlo. Tardará en entender que no hay nadie. Moscú arde en muchos de sus barrios. Y al fin comprende que los rusos queman Moscú para que los franceses no puedan aprovisionarse, y que se alejan para dejarlos solos contra el invierno. (La reconstrucción de todo esto, en la bellísima *Guerra y paz*, de Tolstoi).

En medio de la campaña de Rusia, Napoleón regresa a Francia y, sin consultar a nadie, decide hacer una visita a Pío VII en Fontainebleau. Allí, en enero de 1813, el Papa puede hablar con tranquilidad con el emperador. No debió ir mal, porque Napoleón llega enseguida a un proyecto de nuevo Concordato, en el que renunciaba a los Estados Pontificios, a cambio de una renta. Y, acuciado también por lo mal que le empezaban a ir las cosas en Europa, —España está

perdida y en 1812 se redacta una constitución liberal en Cádiz; los ingleses han desembarcado en Italia; su mismo suegro Francisco I está en contra de él— autorizará más tarde el regreso del Papa a Roma, adonde llegó en mayo de 1814.

Pío VII tuvo un comportamiento generoso con Napoleón. Después de la derrota de Waterloo, en 1815, el ex emperador vivió exiliado forzoso en la perdida isla de Santa Elena y allí moriría seis años más tarde. Cuando Pío VII supo que Napoleón pedía un sacerdote católico, hizo que le asistiera un sacerdote corso, como Napoleón. La madre de Napoleón también fue acogida por el Papa y vivió en el Palazzo Venezia, hasta su muerte en 1836. Albergó también a un tío de Napoleón, cardenal, a dos hermanos, Luciano y Luis, y al hijo de este, Luis Napoleón, quien con el tiempo sería Napoleón III.

En el testamento de Napoleón, redactado en Santa Elena el 13 de abril de 1821 se puede leer: «Muero en la religión apostólica y romana, en cuyo seno nací hace más de cincuenta años». Se acabó su vida, pero no su memoria, el 5 de mayo siguiente.

1815-1871. Época de revoluciones

Conservadurismo y revoluciones

Como reacción al vendaval revolucionario y napoleónico, desde 1815 (en el Congreso de Viena), las principales potencias de Europa componen la llamada Santa Alianza. En realidad *non sancta*, porque, tras una fachada espiritual, se escondía la cara más dura del poder de siempre y la tozudez de negar algo que pedían los tiempos: un reconocimiento de la libertad y de los derechos del hombre. El Sacro Imperio Romano Germánico, dejó de existir el 6 de agosto de 1806, cuando el emperador Francisco II depuso la corona, reinando a partir de entonces pero como emperador de Austria y de sus estados patrimoniales, con el nombre de Francisco I. El Imperio

estaba muerto desde hacía mucho y Goethe comentó que la noticia de su definitiva defunción le importaba menos que una pelea de su cochero con otro. Los territorios que, nominal y simbólicamente, aglutinaba el Imperio, y que se reunían en una Confederación Germánica, tendrían que decidirse ahora por alguna de los dos potencias germánicas: el imperio Austro-Húngaro o la ascendente Prusia.

El mapa político

Al menos diplomáticamente dominaba el Imperio Austro-Húngaro, con Francico José al frente y Metternich como *factótum.* Su poderosa aliada era entonces la Rusia de Alejandro I y después de Nicolás I (1825-1855), cada vez disimulando menos su intención de expansionarse a expensas del Imperio Otomano, mientras mantenía al pueblo ruso en una mezcla de ilustración a lo francés (para la clase dirigente) y de servidumbre agraria. Se sumaba Francia, con un Luis XVIII (1814-1820), hermano del guillotinado Luis XVI, quien enseguida heredó el regalismo de siempre, a lo que añadió el lastre de su propia ineptitud. No le fue mejor a Carlos X (1824-1830), y no era de extrañar que muchos echasen de menos a Napoleón. Fracasó también Luis Felipe de Orleans (1830-1848), que durante los tiempos revolucionarios era llamado *Felipe Igualdad*, pero que en su reinado favoreció más que nadie a los burgueses enriquecidos por las expropiaciones de la Revolución. En el caos de las dos revoluciones sucesivas, 1830 y 1848, Luis Napoleón, sobrino del Emperador Bonaparte, supo sacar provecho y siguió los pasos de su tío, primero como presidente de la República, después como emperador Napoleón III (1852-1870). Sería destronado a su vez, muriendo poco después de la interesada guerra que promovieron los prusianos, en 1870, con ocasión de la sucesión del trono español, después de la revolución que expulsó a Isabel II, en 1868.

España, desde el final de la guerra contra Napoleón, había estado gobernada por uno de los peores reyes de su historia, Fernando VII, *el Deseado* por el pueblo, pero al que faltó tiempo para acabar con las ilusiones liberales y modernas que se habían fraguado en las Cortes de Cádiz. No tenía la excusa de la irreligión, porque la Constitución de 1812 invocó desde el principio a Dios y entre los constituyentes la mayoría eran creyentes sinceros. La obra constituyente estaba bajo el nombre de Dios, como supremo legislador, y se proclama nada menos que «la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera». La abolición de la ley sálica para que pudiera reinar Isabel, dio origen a la primera guerra carlista, que luego se repetiría: más leña al fuego para un siglo agitado. La minoría de edad de Isabel II fue también un tiempo de desórdenes entre las distintas facciones, que no se distinguían mucho ideológicamente, pero que tenían las mismas ansias de poder y las mismas facilidades para la corrupción. Desde los años cuarenta hay un tiempo de paz sólo interrumpido por las agitaciones que llevaron a la expulsión de la reina. Después, el efímero reinado de Amadeo I, un saboyano; la Primera República, donde se perdió una ocasión de oro, y la Restauración en 1875, en la persona de Alfonso XII, hijo de Isabel, a partir de lo cual España tiene su correspondiente *belle époque*.

Prusia, por su cuenta, hacía los cálculos para lo que ya se estaba fraguando: la unificación de los países germánicos —Alemania por fin— bajo el control prusiano, con Guillermo I como primer Kaiser y Bismarck como el «canciller de hierro», nada amigo de liberalismos y más partidario de un oportuno uso de la fuerza..

Inglaterra, la gran beneficiada por la derrota napoleónica, podía seguir ajena a los asuntos continentales mientras reforzaba su poderío marítimo mundial y preparaba, con la conquista de la India, lo que pronto se haría llamar Imperio. (En el siglo XIX hay imperios por todas partes: el francés, el británico, el alemán, el austro-húngaro, el ruso, el otomano...)

Polonia, desde 1815, había sido engulllida por Rusia, y esperaba algún tipo de apoyo para recobrar su independencia. Otros reinos menores, además de Portugal y Holanda, acceden en 1830 a la independencia: Bélgica y Grecia.

Italia seguía siendo un mosaico. El reino de Piamonte, con Carlos Alberto (1803-1849), trabajaba por la unidad, para lo cual había que desbancar a Austria del reino lombardo y llegar a un arreglo con los otros Estados: el Véneto, Toscana, Módena, Parma, Romaña, Nápoles y los Pontificios.

La marea de aspiraciones a una mayor libertad ciudadana, que era el imparable espíritu de los tiempos, adquiere diversas formas según se trate de países ya consolidados desde antiguo y de naciones aún en formación (Alemania, Italia). Pero todos experimentaron de algún modo las dos revoluciones de la primera mitad del siglo, la de 1830 y la de 1848.

La Revolución industrial

La Revolución industrial empezó en Inglaterra, desde las últimas décadas del siglo XVIII en adelante. Siguieron otros países a lo largo del siglo XIX. Pero el fenómeno era siempre el mismo: gracias a la invención de máquinas más eficientes y al uso de nuevas energías, se hizo posible la producción en masa. La producción en masa da origen a una mayor y mejor existencia de artículos (desde alimentos a vestidos, pero también lujos) para una población que empieza a crecer de forma exponencial, que abandona en parte el campo y emigra a las ciudades. Las ciudades, que existían prácticamente sin cambios desde la Edad Media, se convierten en populosas metrópolis con un nuevo tipo de vida: más nivel medio de renta, anonimato, diversiones de masa, un cierto cosmopolitismo, escaso control social y miseria para un nuevo tipo de pobre, el urbano.

Todo esto estaba favorecido por las principales ideas del liberalismo dominante en la primera época de la revolución industrial: libertad de comercio, acaso libertad de expresión,

pero en cambio la libertad política limitada a los propietarios y nada de libertad de asociación. Era, en pocas palabras, un liberalismo no democrático.

Pronto se agudizó una bipolarización vieja como el mundo pero ahora a escala *industrial*: la injusticia *diferencial*. Aumentaban las grandes fortunas, a menudo ostentosas, y a la vez crecía la pobreza de la mayoría, de quienes contaban, si acaso, sólo con los recursos para la supervivencia. Marx (1818-1873), que en 1848 publicó, con Engels, el *Manifiesto comunista* —aunque entonces no tuviera demasiado eco—, llamó a esto *burgueses y proletarios*. Era una simplificación, porque había más: pequeños comerciantes, artesanos, profesionales liberales, aparte de la mayoría de campesinos con diferentes condiciones, desde propietarios a aparceros, arrendatarios, y en algunos países, siervos. Pero la sustancia era real. De hecho la palabra *socialismo* no fue inventada por Marx; es de 1830, más o menos, cuando el padre del comunismo contaba sólo doce años. Desde esa época se multiplicaron las muestras de protestas del naciente *movimiento obrero* ante unas condiciones de trabajo y de vida que hoy asustan: jornadas de doce y catorce horas, también para los niños; pésimas condiciones de vivienda; ausencia de servicios médicos; frecuentes cierres de empresa, con un desempleo que quería decir absoluta pobreza; despotismo en la dirección del trabajo...

Aunque la revolución industrial fue gradual, comparada con la lenta evolución del mundo *agrario* anterior, pudo parecer un pistoletazo. De hecho muchos intelectuales y también muchos hombres de Iglesia, sobre todo los revestidos de autoridad, tardaron en reaccionar. Mucho más hicieron, desde un punto de vista práctico y en nombre de la caridad, antiguas y nuevas órdenes o congregaciones religiosas. Pero, por puntuales que esas ayudas pudieran ser, los obreros reclamaban antes que nada un trato de justicia. No tiene nada de extraño que ellos mismos organizasen muy pronto sociedades de mutua asistencia, con más de cuatro millones de afiliados en Gran Bretaña en 1872, por ejemplo.

El primer liberalismo había prohibido, ya en tiempos de la Revolución francesa, la libertad de asociación, pero fue esta necesidad la que dio origen a los primeros sindicatos, de diversa ideología, desde el socialismo utópico hasta el comunismo, ya muy avanzado el siglo. En estos primeros tiempos dominó el anarquismo. Desde 1793, Proudhon ya se llama así, y sus discípulos fueron influyentes en la Primera Internacional y después, con Bakunin, Malatesta y Kropotkin. La decisiva influencia marxista en el movimiento obrero pertenece ya al siglo XX.

¿Y los cristianos? Si se tiene en cuenta que el secretario de Estado de la Santa Sede, en tiempos de Pío IX, fue el cardenal Antonelli, conservador a ultranza, proaustriaco, se comprenderá que en ese pontificado se condenase el comunismo y el socialismo, pero no se pusiera el dedo en la llaga de lo que ya se llamaba *cuestión social* por antonomasia. Había iniciativas concretas, asociaciones de resistencia creadas por católicos, pero no tenían un apoyo oficial claro. La situación cambiaría desde 1878, con el inicio del pontificado de León XIII.

Un siglo ideológico

Cuando en 1830, con la primera oleada revolucionaria, se liquida esa especie de farsa que fue la Alianza mal llamada Santa, que creía posible que nada hubiera cambiado, se descubrió que los nuevos tiempos estaban muy teñidos por las ideologías. La dominante a lo largo del siglo fue la defendida por la burguesía, la liberal, con muchas modalidades: desde un primer liberalismo, centrado en los beneficios económicos, clasista y sectario, hasta un liberalismo democrático que, al aceptar el sufragio universal y el principio de igualdad, estaba más en condiciones de iniciar una legislación *social* que protegiera a los más débiles: reducción del trabajo de los niños, construcción de viviendas para los obreros, etc. Pero, para hacerse una idea de la condición obrera en el XIX,

se puede recordar que los primeros sistemas de seguridad social de extensión general sólo se dan a partir de la segunda mitad del siglo XX, siendo países pioneros Gran Bretaña y los países escandinavos.

También aparecieron muchas formas de socialismo: además de los calificados por Marx y Engels de utópicos (de Owen, Fourier, Blanc) porque en realidad lo eran. Estaba la socialdemocracia alemana, iniciada por un contemporáneo de Marx, Ferdinand Lasalle (1825-1864), de azarosa vida (murió en un duelo por motivos amorosos), que formuló la llamada «ley de hierro de los salarios»: «el salario medio se sitúa siempre en el nivel necesario para la subsistencia del trabajador y de su familia». Estaba el autocalificado por su formulador, Marx, de «socialismo cientifico», en realidad un comunismo. Además, el comunismo de impronta anarquista. Algunas de estas ideologías, a través de sus militantes, molestaron constantemente a la burguesía a lo largo del siglo, en algunos casos con atentados terroristas indiscriminados. Pero ni en el XIX, ni en su prolongación natural, el mundo antes de la guerra de 1914, ninguna de estas ideologías llegó al poder.

Esta exuberancia ideológica era, además, de extensión europea, no se limitaba a uno o varios países. Las ideologías viajaban con facilidad, a través de los cada vez más importantes y difundidos medios de opinión, desde diarios a multitud de revistas y de panfletos. Aparece claramente la figura del militante que recorre diferentes países transmitiendo consignas y planes de lucha. Una actividad de ese tipo es lo que explica que las revoluciones de 1830 y de 1848 se dieran a la vez en diferentes países. Ésa es la idea de Marx al fundar en Londres la Primera Internacional, aunque entonces resultó del todo teórica y poco después suprimida por él mismo ante la amenaza de que los anarquistas se hicieran con ella.

Políticos, revolución y religión

Que la Santa Alianza no lo era tanto se demuestra por el persistente afán de los monarcas de países católicos por servirse

de la Iglesia, a la que subordinaban en todo al Estado. Ocurría en Austria, como herencia del josefinismo, pero también en Francia, Portugal o España. A pesar de eso, la Iglesia pasaba por ser la aliada del poder real, casi siempre absolutista. Y cuando estallan contra ese poder las revoluciones liberales —en la oleada de 1830 y en la de 1848— las primeras víctimas fueron curas, monjas y frailes, con quemas de iglesas. Así ocurrió en Francia, en Portugal (con ocasión de la guerra civil de 1827-1834, llegándose a una época de paz en 1848), y en España, entre 1833 y 1843, a la muerte de Fernando VII y en la minoría de edad de su hija Isabel II, hasta que se llega a un Concordato en 1851.

Como en esta época el Papa sigue siendo el jefe de un estado estratégico, en mitad de Italia, cada vez era más difícil distinguir cuándo actuaba como político y cuándo como pastor de una Iglesia universal. Es por eso el momento de hablar de dos papas cruciales en este siglo: el monje camaldulense Gregorio XVI (1831-1846) y Pío IX (1846-1878), el pontificado más largo en toda la historia del catolicismo. Entre los dos llenaron casi medio siglo del crucial siglo XIX.

No hay duda alguna sobre la profundidad espiritualidad, la moral ejemplar y la austeridad de vida de Gregorio XVI, monje camaldulense. Tampoco era un político, como lo habían sido en el pasado algunos papas. Defendía los Estados Pontificios porque lo creía un deber y porque con ellos se aseguraba precisamente la independencia de la Iglesia frente a los demás príncipes. Pero, dicho esto, es claro que no se dio cuenta de que había *en el ambiente* muchas aspiraciones que pasaban por revolucionarias y que no eran más que legítimos deseos de libertad y de justicia, como, por lo demás, el tiempo se encargaría de hacer ver. A esto se añade un lenguaje duro, sin matices oportunos, capaz de levantar muchas susceptibilidades en la creciente sensibilidad liberal. Cuando se trataba de llegar a un entendimiento personal con los príncipes esa brusquedad cesaba; ejemplo es el acuerdo a que llegó con el rey de Prusia, en la llamada «cuestión de Colonia». Habían encarcelado al arzobispo de Colonia, por

no secundar la política estatal en materia de matrimonios. Todo se arregló al final, pacíficamente. Gregorio XVI gobernó la Iglesia en un tiempo que era, aunque él no acabase de advertirlo, *cremallera* de apertura a otros muy distintos. Su bondad austera no tuvo la flexibilidad necesaria.

Pío IX tenía, desde antes de ser Papa, fama de liberal, porque su familia lo era. De hecho no pocos católicos italianos, partidarios de la unificación de Italia, los llamados neogüelfos, veían en el Papa al posible líder que realizaría la gran empresa. Nada más iniciar su pontificado, dictó medidas para el gobierno de los Estados Pontificios mucho más abiertas y tolerantes que las de Gregorio XVI. Pero uno de los ramalazos de la revolución de 1848 alcanza a Roma y el Papa tiene que refugiarse en Gaeta, bajo la protección del rey de Nápoles, Fernando II. Allí estará hasta que vuelve a Roma en 1850, gracias a la intervención de un ejército franco-español. Muchos historiadores están de acuerdo en afirmar que esta experiencia revolucionaria, sufrida en su propia persona, desengañó a Pío IX sobre las bondades de una política de apertura. De hecho empieza a adoptar una actitud más defensiva que alentadora.

En 1863 envía a los obispos la encíclica *Quanta cura*, acompañada de lo que fue conocido como *Syllabus*, 80 proposiciones, todas ellas sobre «errores modernos», que había que interpretar según los documentos pontificios a los que se refería, es decir, en el contexto propio. Método complicado, nada apropiado para una época ya periodística y con una opinión pública inquieta y cambiante. Y más si se empleaban fórmulas de condena de la «moderna civilización». Por mucho que se aclarase luego qué se quería decir, eran unos tiempos —que siguen siendo los actuales— en los que es muy expuesto dar pábulo a la simplificación que ya existe por sí misma. Lo «moderno» era un tabú positivo; «civilización», una palabra de prestigio. Se podría haber dicho de otro modo, como lo haría, muy pronto, el próximo Papa, León XIII, pero es claro que Pío IX no tuvo buenos consejeros y estaba rodeado de una exasperación de esos *zelanti*,

más papistas que el Papa, que aún esperaban que el mundo iba a obedecer políticamente a Roma.

Con el nombramiento de un cardenal secretario de Estado como Antonelli, proaustríaco y de vida privada nada ejemplar, en Pío IX se verifica un retraimiento y un arrocamiento en posiciones defensivas. Desde allí verá cómo el rey de Piamonte, Víctor Manuel, se hace poco a poco dueño de Italia. Y cómo espera la mejor ocasión, la derrota de Napoleón III en la guerra franco-prusiana de 1870, (el sobrino de Napoleón, muy jacobino en su juventud, se moderó cuando vio que los católicos franceses lo apoyaban masivamente y había sido por eso, y quizá por influencia de la reina, la española Eugenia de Montijo, protector del Papa) para arrebatarle los Estados Pontificios. Las tropas del que ya se había proclamado en 1861 rey de Italia entran en Roma en 1870, cuando la Iglesia está celebrando el Concilio Vaticano I (que proclama como dogma la infabilidad del Papa en cuestiones de fe y de moral). En 1871 Roma es la nueva capital del Reino de Italia.

El modo en que se hizo ese expolio, los ataques escritos que pudo leer, el pesar por ser él quien perdía, y de forma claramente irreversible, algo que pertenecía a toda la Iglesia explica la profunda tristeza del Papa. Se quedó como prisionero en el Vaticano, y dictó la no muy prudente orden —esto no es terreno de infalibilidad— de que los católicos italianos no participaran en el nuevo Estado «ni como electores ni como elegidos», lo cual significaba dejar todo en manos de otros.

Es cierto que poco a poco se fue dando cuenta de que, con más flexibilidad y espíritu de conciliación, las cosas podrían haber sido de otro modo. Son muy citadas unas palabras que al final de su vida dijo a monseñor Czacki: «Mi sistema y mi política ya han visto pasar su época, pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación: eso será obra de mi sucesor».

No es extraño que un pontificado tan largo y en una época tan crucial haya sido juzgado después de diferentes maneras. Para unos, Pío IX es un Papa conservador y reaccionario, en la estela de Gregorio XVI; para otros es un Papa casi mártir, profético, que anunció casi en solitario los males

que iban a venir sobre el mundo. En mi opinión, sin desconocer su valor y sus rectas intenciones, fue un Papa que no supo darse cuenta de los nuevos tiempos, algo que la Iglesia, a lo largo de los siglos, había sabido hacer. Y todo se reforzó por el comprensible impacto de la pérdida de los Estados Pontificios. Pero está claro que, si aquello pareció un «abominable crimen», la opinión ortodoxa, menos de un siglo más tarde, estaba de acuerdo en que había sido «una bendición para la Iglesia». Si se quiere una verificación, véase la serie de Papas a partir de la muerte de Pío IX: León XIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Benedicto XVI. Sin Estados Pontificios, en el diminuto Estado del Vaticano, al que se llegó en 1929, por los Pactos Lateranenses, entre Pío XI y el Estado italiano; pero con un prestigio creciente en el mundo y no sólo entre los católicos. El eco mundial de la muerte de Juan Pablo II no tiene precedentes en la historia. Ninguna figura humana, en los siglos recientes, ha concitado tanto clamor popular de respeto, admiración y cariño.

Pueblo y religión

Se puede extender a toda Europa, al pueblo, no a los intelectuales, lo que Stendhal escribe en 1828 para los romanos: «Los romanos del siglo XIX no son incrédulos, como nosotros; pueden tener dudas sobre la religión en su juventud, pero en Roma se encuentran muy pocos deístas (...) El pueblo campesino está de tal manera imbuido de catolicismo que a sus ojos nada en la naturaleza se produce sin milagro».

Ya se vio a Napoleón morir apelando a su catolicismo. El rey que arrebató al Papa los Estados Pontificios, Víctor Manuel II, excomulgado por eso, solicitó de Pío IX, en el lecho de muerte, el levantamiento de esa pena eclesiástica. Cosa que el Papa se apresuró a hacer, de forma que al monarca se le pudieran administrar los últimos sacramentos.

El pueblo francés recuperó la tranquila vivencia de su fe, tan vapuleada por la Revolución. De hecho, a partir de 1820 Francia es un vivero de iniciativas cristianas, algunas con trascendencia universal. Intelectuales, como Lamennais, Lacordaire o Montalembert creyeron llegado el momento de armonizar la fe con un liberalismo purgado de sus resabios intolerantes. El movimiento no recibió un apoyo inteligente por el Papa, Gregorio XVI, y Lamennais rebotó hacia la apostasía. Pero otros muchos siguieron con esa tarea de una manera callada.

Apenas se recobró la libertad, en Francia se crean nuevas fundaciones religiosas, casi todas dedicadas a la educación: Jean Claude Colin funda la Sociedad de María o Padres Maristas; Magdalena de Canossa, las Hijas de la Caridad; Marcellin Champagnat, los Hermanos Maristas; Guillaume J. Chaminade, los Marianistas, por citar sólo las más conocidas. En menos de un siglo estaban esparcidos por todo el mundo. O nacen iniciativas para la mayor profundización de la fe, como la Escuela de Altos Estudios Eclesiásticos, fundada por Monseñor Affre, arzobispo de París. O las conferencias de San Vicente de Paúl, que enseguida se distinguió por su silenciosa labor de caridad, fundada por Fréderic Ozanam, hoy Beato.

A todo esto se añadió un reflorecimiento de la Compañía de Jesús, de nuevo en la Iglesia con todos los honores desde 1814. En la segunda mitad del siglo los jesuitas pasaron de unos cuatro mil a casi doce mil, se habían multiplicado por tres. De 1859 es la fundación de los enseguida muy populares salesianos, iniciativa de un santo moderno y atractivo, Juan Bosco (1815-1888). Las misiones tuvieron un gran empuje con la congregación del Verbo Divino, fundada en 1875; con los Padres Blancos, fundados en Francia; con los misioneros ingleses de Mill Hill; con la Congregación del Inmaculado Corazón de María, nacida en Bruselas.

Como la casi totalidad del pueblo, de la gente común, es creyente, no tiene nada de extraño que acuda, en gran número, donde se nota la santidad; es lo que ocurrió con el insignificante pueblo de Ars, donde había un cura no muy brillante,

según los criterios habituales, pero lleno de amor de Dios y de comprensión con los hombres: Jean Marie Baptiste Vianney (1786-1859), conocido luego como *el cura de Ars*. Parecía como si la Francia de la irreligiosidad de la Revolución hubiese sido escogida ahora como lugar de manifestación de señales divinas, como las de Lourdes, en la persona de Santa Bernadette Soubirous (1844-1879). Desde 1872, Lourdes fue escenario de constantes manifestaciones, que duran hasta hoy. Y en esa misma Francia floreció una santa, Teresa del Niño Jesús (1873-1897), que en sólo veniticuatro años de vida, como se puede ver en su autobiografía, *Historia de un alma*, llegó a una calidad espiritual y a una elegancia sobrenatural llenas de atención por lo mínimo, por el detalle, por la hermosura de lo pequeño, que sigue emocionando hoy.

1871-1914. La belle époque

Como las sensibilidades no obedecen al calendario, en cierto sentido el siglo XIX se alarga hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, aunque también es cierto que muchas cosas fundamentales empiezan a cambiar antes de 1900, como se verá a propósito de la estética de este tiempo.

Ese tiempo intermedio es conocido como *belle époque*. No era bella para nada la época para millones de obreros, para gente marginada, para los pisoteados de la tierra. Pero, al menos, no hubo en este periodo guerras importantes entre países europeos, como si estuviera fermentando la que estallaría en 1914.

En general, la burguesía triunfante, un ejército en muchos países ya con menos ínfulas de poder y una mejora media general de los niveles de vida, hicieron que, por ejemplo, las ciudades dedicaran recursos a embellecerse. Muchos ensanches de París, Londres, Madrid, Barcelona, Berlín, Milán, Viena, Roma, son de esta época.

El tardío hombre decimonómico es, en lo científico, un investigador acuciante; en lo artístico, o un empedernido

decadente, o un literario nihilista o un experimentador continuo; en lo político, un satisfecho conformista; en lo religioso, una mezcla entre respeto y distanciamiento.

En economía es un periodo complejo, pero, en lo referente a productividad, Estados Unidos es ya el primer país del mundo. En Europa, hacia 1913, Alemania supera al Reino Unido. Francia y el Imperio Austro-Húngaro inician un cierto descenso y Rusia permanece estancada. De todos modos, el crecimiento económico es general, debido al largo periodo de paz, a nuevos inventos aplicados a la producción, al despegue de la industria eléctrica y la del automóvil, y a la abundancia de dinero. No hay apenas inflación, la gente sigue con antiguos hábitos de ahorro y previsión.

Las condiciones del trabajo industrial, insatisfactorias en muchos puntos, dan lugar a frecuentes y duraderas huelgas, pero de ellas no nace ninguna revolución. Lo que sí empieza a darse es una legislación social, paradójicamente más audaz en la reaccionaria Alemania de Bismarck (el seguro de enfermedad obligatorio es de 1883, el de vejez o invalidez, de 1889) que en Inglaterra o en Francia, teóricamente liberales, donde no se dará hasta el primer decenio del siglo XX.

Políticamente, el sufragio universal, que era una realidad en Francia desde 1848, se generaliza antes de 1914 en bastantes países europeos: Alemania, Noruega, Bélgica, Austria, Suecia e Italia.

Europa en paz. No había graves razones para guerras y no se dieron, salvo una, periférica, de 1904 a 1905, entre Rusia y Japón, que perdió la primera, lo que le hizo volverse hacia los Balcanes como escenario de su creciente influencia.

Europa estaba en paz pero poco a poco ella misma creaba un clima de preguerra, en dos niveles: el diplomático y el popular. La alianza de Francia con Rusia era tradicional: situar en el este un amigo, a las espaldas del potencial enemigo, Alemania. La alianza entre Alemania y el Imperio Austrohúngaro también era previsible, por la comunidad de historia, de lengua, y por el interés alemán de situar en su influencia todo el centro y parte del este de Europa, los Balcanes. Inglaterra,

como siempre, permanecía al margen, pero al quite para intervenir de acuerdo con sus intereses, estando claro que *ahora* era mayor peligro Alemania que Francia.

Tanto en Alemania como en Francia había una creciente opinión pública favorable a la guerra. En Alemania para celebrar la expansión de una nación recientemente unificada, y a la que las potencias europeas habían despreciado en el reparto colonial de África. En Francia, para recuperar las «provincias perdidas» (Alsacia y Lorena) en la guerra de 1870. Se cantaba al poder purificador de la guerra, su capacidad para crear un heroísmo perdurable. Este belicismo era un fiel acompañante del nacionalismo que alcanza en Europa un momento cumbre, precisamente poco antes de que, a causa de la guerra, Europa deje de ser, y de modo definitivo, la guía del mundo. La guerra estaba en el ambiente.

Guillermo II, el pomposo, romántico y megalómano *kaiser*, no ocultaba, a través de Austria, sus deseos de influencia en los Balcanes, ni hacía ascos a lo que le pudiera tocar, en Oriente, del desguace del moribundo imperio otomano. Pero, como todos querían lo mismo, eso chocó con las apetencias de Inglaterra por el Oriente Medio, camino de la India, y por las aspiraciones rusas de paneslavismo sobre los Balcanes y todo lo que pudiera arrebatar a orillas del Mar Negro.

Los partidos socialistas, menos nacionalistas por su internacionalismo de lucha, veían en la guerra una cuestión derivada de la crisis del capitalismo y, en principio, un tema de la burguesía. Pero, a pesar de sus llamamientos, nada pudieron hacer, entre los mismos obreros, para «romper la ley de hierro de la guerra» (Jaurès). Casi las únicas llamadas a la paz que se oían eran las del Papa Benedicto XV.

Lo inmediato fue esto: Serbia, apoyada por Rusia, ambicionaba su expansión por los Balcanes, pero se sentía amenazada y casi engullida por Austria. Y, en esto, el Imperio Austrohúngaro se anexiona Bosnia-Herzegovina.

Es bien conocido el incidente que dio ocasión a la guerra. El imperio de Francisco José II, que empezó a reinar en 1848, había sufrido importantes desgracias, como el suicidio

del príncipe heredero. El nuevo heredero era el archiduque Francisco Fernando. Pues el 28 de junio de 1914, él y su mujer son asesinados en Sarajevo por un serbio, Gavrilo Prinzip. Seguro del apoyo de Alemania, el Imperio entrega el 23 de julio un ultimátum a Serbia, en unas condiciones que ese país no podría nunca aceptar. Maniobras diplomáticas confusas, intereses de potencias, una opinión pública contaminada que anima el belicismo de una parte de la población. Y Europa se ve envuelta en cuatro años de guerra, que la dejarán asolada, llena de muertos y, desde entonces, teniendo que contar con el predominio de dos potencias mundiales: la Unión Soviética —porque los comunistas aprovechan la guerra para dar en 1917 el golpe de Estado con el que se hacen con el poder— y los Estados Unidos de América. Europa se ha perdido en su propia ambición, con el virus nacionalista y el orgullo patriotero. Es la herencia fatal de «la Europa de las naciones».

Estética del XIX

— Rasgos generales

Un siglo tan convulso cambia con frecuencia de estética. A finales del XVIII se ha agotado ya el barroco o rococó y entra en vigor un neoclasicismo muy apoyado por la estética revolucionaria, que quiere reivindicar para sí mismo lo romano, como se verá no sólo en el arte, sino también en la política y en la moda del vestido, aunque la mayoría de las damas de la corte de Napoleón parecían cualquier cosa menos vestales. Pero es que, a la vez, en algunos países aparece al mismo tiempo la sensibilidad romántica o pre-romántica.

Lo romántico domina, con intermitencias, hasta al menos la mitad del siglo. Se ha dado como fecha simbólica del inicio del romanticismo en Francia el estreno de *Hernani*, de Víctor Hugo, en 1831. Pero en algunos países empezó mucho antes, desde el último tercio del XVIII. Y el romanticismo

traspasa hasta el XX. El gran poeta nicaragüense, Rubén Darío, podía decir, por ejemplo, que «todos somos románticos». El romanticismo es quizá el único gusto decimonónico que se resiste a desaparecer, en parte porque trató el sentimiento amoroso de un modo que, al parecer, los seres humanos experimentan, en cualquier época, cuando se enamoran. En ese sentido, en España, Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) sigue gustando, pese a todas las vanguardias que han venido después. «La he visto. La he visto y me ha mirado. ¡Hoy creo en Dios!». «Volverán las oscuras golondrinas....» Unamuno podía decir en pleno siglo XX. «Volverán las oscuras golondrinas... Vaya si volverán. Pero aquellos refritos ultraístas, hechos a puro afán. Los que nunca arrancaron una lágrima, ¡ésos no volverán!»

Hacia la mitad del siglo, en algunos países como Francia y en otros por influencia francesa, aparece el naturalismo, un realismo que quiere describir la realidad tal cual —y casi siempre «la cruda realidad»— sin adornos románticos. Pero, como casi todos los maximalismos en arte, aquello no duró mucho y, a partir de los últimos decenios del siglo puede asistirse a una variedad de gustos: desde un neorromanticismo que trajo en arquitectura el neogótico, hasta el simbolismo, el llamado *Art Nouveau* o modernismo, además del impresionismo en pintura, que, a través del expresionismo y de Cézanne darían paso, en el fin de siglo y ya muy claramente desde los primeros años del siglo XX, a las primeras vanguardias.

El siglo XIX, caótico en tantas cosas, lo es también en la estética. Pero a la estética le sienta bien, de vez en cuando, una dosis de caos. Hay mucho arte bueno, buena música y buena literatura en el siglo XIX. En este libro no se lo va a seguir con el detalle de los siglos anteriores, y por una razón: porque es a partir de ahora cuando la inspiración religiosa viene a menos en muchos artistas, aunque no en todos. El papado atraviesa malos momentos y no está el tiempo, y tampoco hay fondos, para el mecenazgo que había desarrollado a lo largo de cinco siglos. En gran medida, el arte del XIX

se hace para la clase dominante, la burguesía: para halagarla, para vendérselo, para adularla, para engañarla o para escandalizarla.

— Artes plásticas

El predominio de lo intelectual sobre lo vital, de lo consciente sobre lo espontáneo; de la sobriedad sobre el adorno, de la recta sobre la curva, definen una corriente estética, el *neoclasicismo*, que abarca desde el final del siglo XVIII hasta los dos primeros decenios del XIX.

El neoclasicismo se basa en el estudio del arte griego y romano para revivirlo en la sociedad del final del siglo XVIII y principios del XIX. Frente al misterio, la religión y la fe, la razón y la ciencia. No tiene nada de extraño que éste fuera el arte defendido por esa rama de la Ilustración que deseaba borrar para siempre la Europa cristiana. Así como se admira la democracia ateniense —ocultando que fue una democracia limitada, con un amplio uso de la esclavitud y especialmente efímera— y la república romana —aquí pasando por alto que era en realidad una oligarquía luego convertida en un imperio— se piensa que el arte de esa época es el máximum posible en estética. Tratan de revivirlo, pero en realidad, en la mayoría de los casos, lo imitan malamente. El neoclasicismo da con verdaderas obras de arte sólo cuando se deja llevar por esa mezcla de clasicismo y pre-rromanticismo que está muy pronto en el ambiente.

El romanticismo, con su reivindicación de la Edad Media, su gusto por lo misterioso y trágico, su apología de la imaginación, se notará principalmente en literatura y en música y algo menos en las artes plásticas. Al romanticismo sucede, aunque nunca del todo, porque la sensibilidad romántica permanece en muchos artistas, distintas formas de realismo, hasta que agotado su empuje se da entrada, sobre todo en pintura y en escultura, a estilos como el impresionismo o el expresionismo. Y a la vez, en el final del siglo,

abundan los pintores simbolistas, místicos, oníricos, en una protesta contra la prepotencia de la Razón.

En arquitectura se advierte enseguida una gama de estilos. En Gran Bretaña, coexisten: *Strawberry Hill*, una mansión neogótica de 1770, debida a Horace Walpole ayudado por Bentley y Chute; *Dorset House*, de clara impronta neoclásica, un proyecto de J.B. Papworth; la *Pagoda china,* en Kew Gardens, de William Chambers (m. 1796); y la *Casa de campo*, en el más perfecto estilo dórico, de John Soane (m. 1837). El célebre *Parlamento de Londres,* de 1835, obra de C. Barry y A.W.N. Pugin, de empaque indiscutible, no deja de ser una especie de pastiche, que recuerda a muchos otros estilos diversos entre sí , una combinación de gótico y de Renacimiento.

En España, el arquitecto Ventura Rodríguez tiene el mérito de combinar clasicismo con soluciones aprendidas en el barroco. Puede verse esa combinación en la remodelación de *El Pilar*, de Zaragoza, o en la *Catedral de Pamplona.* Más clasicista y entroncando con la arquitectura española tradicional es Juan de Villanueva, magnífico autor de lo que hoy es el *Museo del Prado*, el inspiradísimo *Observatorio Astronómico*, situado en el Parque del Retiro, de Madrid, o el *Oratorio de Caballero de Gracia*, en la misma ciudad, un prodigio de sencillez y austeridad.

En escultura, el mejor fue el italiano Antonio Canova, principalmente en los retratos, como el muy famoso de *Paulina Bonaparte*, donde el intento, logrado, de dar con el carácter, elimina el sometimiento a las formas clásicas. Para ver el camino recorrido en el siglo XIX, se puede comparar esa escultura de Canova con las obras de Auguste Rodin (1840-1917), como las muy conocidas *El pensador, La mano de Dios*, o *El beso*. En *La mano de Dios* utiliza el no-acabado para dar idea del proceso de la creación.

Donde el siglo puede ser seguido paso a paso es en pintura, porque se registra en el XIX una eclosión semejante a la del Renacimiento. Con una diferencia: así como los artistas renacentistas se enfrascan en la belleza por la belleza, los

decimonónicos, además, toman conciencia de su propio papel rupturista, *ideológico*, de vanguardia. El término *vanguardia* no se utiliza hasta casi en la transición del XIX al XX, pero el espíritu está desde muy pronto. Un arte al servicio de una causa, de un tipo de sociedad, de una visión del hombre.

Los movimientos pictóricos del siglo XIX se suceden, pero también se solapan. Por eso, la clasificación que sigue ha de considerarse sólo una aproximación.

Lo primero es el neoclasicismo, con figuras como Jacques Louis David (1748-1825), nada profundo pintor de la Revolución y del napoleonismo, donde lo neoclásico está teñido de un patriotismo didáctico y a veces trivial. Su mejor obra, *Marat muerto*: lo trágico del tema le lleva realmente a sentir y no solamente a pintar. También Jean Auguste Ingres (m. 1867), colabora en la exaltación neoclásica de Napoleón, pero apunta también otras maneras, como en *La gran bañista*, en el Louvre o en *Edipo ante la Esfinge*. Son también neoclásicos François Gerard, Gianbattista Piranesi y Anton Raphael Mengs.

Entretejido con el último neoclasicismo está el primer romanticismo, con Eugêne Delacroix (m. 1863), autor de muchos cuadros del estilo de *Fantasía árabe* o del célebre *La revolución guiando a sus hijos*. Dentro de este primer romanticismo caben Caspar David Friedrich, m. 1850; Francesco Hayez, m. 1882, *La isla de los muertos*; Jean-Louis Géricault, m. 1824, con la famosa *La balsa de la Medusa;* Arnold Böklin, y en cierto modo los dos grandes pintores ingleses John Constable, m. 1837, y Joseph Mallord William Turner, m. 1851.

La sensibilidad romántica se expresa también en movimientos independientes: los llamados *nazarenos*, en Viena (Friedrich Overbeck, Petrus Cornelius); los llamados *puristas*, en Italia, (Tommaso Minardi, Luigi Mussini, Pietro Gagliardi) que hicieron una abundante e interesante pintura de temática religiosa; o, paralelo a ese movimiento, el de los prerrafaelistas, en Inglaterra, con figuras como Dante Gabriel Rossetti, m. 1882, *La adolescencia de María*, William Holman Hunt, Ford Madox Brown, John Everett Millais...

Hacia la mitad del siglo aparece el realismo, con grandes pintores como Jean Baptiste Camille Corot, m. 1875, *La catedral de Chartres;* o el casi anarquista Gustave Courbet, m. 1877, *La familia de Proudhon,* pero también el realismo *emocionado* de François Millet (m. 1875), al escoger como temas no guerras ni mitologías ni grandes acontecimientos sino gente común haciendo cosas corrientes, como en *Las espigadoras* o en el aún más célebre *El Ángelus*, que ha quedado como prueba de la fe del pueblo, en cualquier rincón del campo de Francia.

En medio de ese realismo —con nervio como en Millet, Corot o Courbet, o simplemente académico y convencional—, tiene lugar, en 1874, la exposición de pintores no académicos, rechazados, donde un cuadro de Claude Monet (m. 1926, a los 86 años), *Impresión, sol naciente*, motivó que un crítico los calificara, con intención peyorativa, de *impresionistas*. El nombre quedó y los impresionistas celebraron siete exposiciones más, la última en 1886. Con Monet, Edouard Manet (m. 1883), Auguste Renoir (m. 1919), Camille Pissarro (m. 1903), Berthe Morisot (m. 1895), entre otros. Edgard Degas (m. 1917) desarrolló una carrera paralela, pero distinta y ha quedado como el pintor de los transparentes tules del tutú de las bailarinas. Se suele añadir a esta lista el inglés Alfred Sisley y, a veces, también a Constable y Turner, quizá sin mucho motivo para los dos últimos.

La temática religiosa no entraba en la orientación impresionista, que no son pintores de género. La catedral de Ruán, pintada tantas veces por Monet, no era más que un magnífico ejercicio de los cambios de luz en la hermosa fachada. Georges Seurat (m. 1891) y Paul Signac (m. 1935), entre otros, desarrollaron una modalidad de impresionismo que se llamó puntillismo.

Cuando el impresionismo se agotó, los mismos pintores hablaron de postimpresionismo. Pero no es un movimiento, sino casi un rótulo para ordenar la historia del arte, de la que los pintores del XIX son muy conscientes. Son considerados postimpresionistas Henri de Toulouse-Lautrec, Pierre Bonnard,

Alphonse Mucha, pero también tres pintores únicos en su género: Paul Gauguin, m. 1901, calificado a veces como expresionista (*El Cristo amarillo*, *¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?)*; Vincent Van Gogh (1853-1890), cuyo *Los girasoles* y, en general, toda su obra, se ha convertido casi en un cromo de la cultura popular en el siglo XX; y Paul Cézanne (1839-1906), uno de los más grandes artistas del XIX. Empezó pareciéndose a los impresionistas pero emprendió luego, retirado y en solitario, una obra de búsqueda, que abriría al arte nuevos caminos, a lo largo del siglo XX.

En los decenios finales del siglo diversas corrientes abandonan el realismo y el naturalismo, dando origen al simbolismo, casi un cajón de sastre donde se incluye a pintores tan diversos como Gustave Moreau, m. 1898, *Edipo y la Esfinge*; Gustave Klint, m. 1918, *El beso*; Eduard Munch, m. 1944, con el famoso *El grito;* Odilon Redon, m. 1916, *Los ojos cerrados*; Ferdinand Hodler, m. 1918, *El buen samaritano*; James Ensor, m. 1949, *Autorretrato rodeado de máscaras* que inaugura un cierto decadentismo; Pierre Puvis de Chavannes, m. 1898, *Santa Genoveva niña, orando*; el aduanero Henri Rousseau, n. 1919, con su pintura falsamente *naïf*. Grupo aparte formaron los *nabis*, con Maurice Denis, m. 1943, *Misterio católico;* Félix Vallotton; Paul Ranson: Paul Sérusier, muy interesado en el arte sacro; Eduard Vuillard... Charles Filiger desarrolló también una temática religiosa en un estilo muy influido por Gauguin.

Hacia el final del siglo, un nuevo giro, esta vez llamado *Art Nouveau* o Modernismo, con el decorativo Victor Horta (m. 1947) y el pintor fallecido a los 26 años, en 1898, Aubrey Beardsley, que puso de moda los dibujos en blanco y negro.

En España, Vicente López es un pintor competente, gran dibujante, pero sin la genialidad que demostraría enseguida, saliéndose de todos los moldes, Francisco de Goya (1746-1828). No se puede llamar neoclásico a un Goya que en muchos de sus aguafuertes, en los *Desastres de la guerra*, en los *Caprichos*, en cuadros como *Saturno devorando a sus hijos*, o en ese extraño *Perro* que está en el Prado, se salta su

tiempo y se coloca en el siglo XX. Incluso en las obras más académicas, como en los retratos de *Fernando VII* o en *La familia de Carlos IV*, Goya dice muchas más cosas que cualquier otro pintor de la época. Desde luego no halaga nunca. «Ningún pintor cortesano, antes o después de él, dejó un registro semejante de sus protectores», ha escrito Ernst H. Gombrich. La pintura religiosa de Goya es a veces casi neoclásica, como en *San Bernardo curando a un tullido* o en la serie de doctores de la Iglesia, San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y San Gregorio Magno; otras veces parece inspirada en maestros del barroco, como *El prendimiento de Cristo*, que recuerda a Rembrandt; otras veces es impresionista y popular, como en los frescos de la *Ermita de San Antonio de la Florida*; y a veces parece anticiparse al expresionismo, como en el pequeño óleo *Jesús en el Huerto de los Olivos*, donde ha captado como pocos otros artistas los sufrimientos de aquella anticipada agonía. Hay pocas dudas de que Goya es el mejor pintor europeo del siglo XIX.

En Inglaterra, el poeta y pintor William Blake (1757-1827) se sale también de los moldes. No pinta del natural, que nada le importa. Pinta su mundo interior de visiones y de pesadillas.

— Música

Es muy probable que la música *clásica* del siglo XIX siga siendo, en el XXI, la más oída, no sólo en conciertos, sino como música grabada, para el disfrute personal. Todavía clásica, pero enseguida romántica en Ludwig van Beethoven (1770-1827), para algunos el mayor músico de la historia. No tiene nada de extraño que su *Himno a la alegría*, sobre texto de Schiller, último movimiento de la *Novena Sinfonía*, haya sido adoptado como el himno de Europa. Beethoven es mozartiano en los primeros conciertos para piano y orquesta y está en cierto modo más allá de cualquier música que se haya producido en el XX, y aun en el XXI, en los últimos cuartetos de cuerda. Su *Misa Solemnis* es también de lo mejor en

el siglo. Ensayó el oratorio como en *Cristo en el monte de los Olivos,* de 1805.

Siguiendo con músicos alemanes o en el ámbito del Imperio Austro-Húngaro, que dominan el siglo, los principales son, por orden cronológico: Carl Maria von Weber (m. 1826), considerado el creador de la ópera romántica alemana (*Der Freischut, El cazador furtivo)*; Franz Schubert (m. 1828), creador del *lied* romántico y autor de nueve sinfonías, otras obras instrumentales, como el cuarteto de cuerda *La muerte y la doncella* o el quinteto para piano *La trucha*; Félix Mendelshonn (m. 1847), con *Rosamunda*, el oratorio *San Pablo* o *El sueño de una noche de verano*, con una marcha nupcial que se oye en innumerables bodas; Robert Schumann (m. 1856), quizá el más romántico de todos, autor de cuatro sinfonías, de un formidable concierto para piano y orquesta y de una gran variedad de *lieder*; Giacomo Meyerber (m. 1864), autor de óperas en italiano aún representadas, como *La Africana* o *Los Hugonotes;* Richard Wagner (m. 1883), el creador de una ópera distinta, total, tanto con motivos de la mitología germánica, como de una ardiente inspiración cristiana, ya casi al final de su vida, con *Parsifal;* Ferencz Liszt (m. 1886), húngaro, creador del poema sinfónico, que al final de su vida recibió órdenes menores y de esta época es su *Gran Misa* y *Via Crucis*; Anton Bruckner (m. 1896), ferviente católico, autor de nueve sinfonías, de cuatro misas y de un poderosísimo *Te Deum;* Johannes Brahms (m. 1897), que encontró nuevos caminos para la música, con cuatro características sinfonías y un *Réquiem alemán*; Hugo Wolf (m. 1903), celebrado autor de *lieder*; Gustav Mahler (m. 1911), innovador, neorromántico, como en *Cantos a la muerte de un niño, Canto a la tierra*, o sus siempre interpretadas ocho sinfonías; Max Bruck (m. 1920), con un famoso concierto para violín. No se puede olvidar a quien con sus valses saluda todavía el Año Nuevo no sólo en Europa sino en todo el mundo, a Johan Strauss (m. 1899), con *El Danubio azul* o *El vals del emperador.*

Después Italia, con otro periodo de creación perdurable, sobre todo en las óperas: Vincenzo Bellini (m. 1835), con

las siempre celebradas *Norma*, *Los Puritanos*, *La sonámbula;* Gaetano Donizetti (m. 1848), autor, entre otras, de óperas como *Lucia de Lammenmoor* o *María Estuardo;* Gioachino Rossini (m. 1868) que además de óperas siempre en cartel (*El barbero de Sevilla*, *Semiramis, Guillermo Tell...)* compuso un imponente *Stabat Mater;* Amilcare Ponchielli (m 1886), cuya *La Gioconda*, sigue en el repertorio; y, sobre todo, Giuseppe Verdi (m. 1911), quizá todavía el autor de óperas más presente en los carteles, con obras maestras como *La Traviata, Nabucco, Macbeth, Il Trovatore, La forza del destino, Un ballo in maschera, Aida, Otello...* Es también autor de un monumental *Requiem*, compuesto con ocasión de la muerte del gran escritor, Alessandro Manzoni. Giacomo Puccini (m. 1924) continuó esta tradición, con un nuevo estilo, con obras siempre presentes: *Tosca, Manon. Madame Butterfly, La Boheme*, *Il Tabarro, Sor Angelica, Gianni Schichi, Turandot.* También italianos Arrigo Boito (m. 1918), con *Mefistofele*, y el gran violinista Niccoló Paganini (m. 1840).

En Francia se dan músicos de gran valía y perdurabilidad como Hector Berlioz (m. 1869), autor de *Sinfonía fantástica*, *Romeo y Julieta* y de un poderoso *Réquiem*. Georges Bizet, fallecido muy joven, a los 35 años, en 1875, siempre recordado por la ópera *Carmen*, de libreto tan inverosímil como la obra de Merimée en la que se basa, pero de espléndida y vibrante música; Charles Gounod (m. 1893), autor de la ópera *Fausto*, del oratorio *La Redención*, de una *Misa solemne de Santa Cecilia* y de la famosa *Ave Maria*; Jacques Offenbach (m. 1880), con brillantes operetas como *Orfeo en los infiernos*, *La bella Helena* o *Los cuentos de Hoffman.* Jules Massenet (m. 1912), con óperas como *Werther, Manon o Don Quijote;* Adolf Adam (m. 1856), autor de la música de ballet *Giselle*; Daniel Aubert (m. 1887), con *Fra Diavolo*, ópera que perdura; Leo Delibes (m. 1891), con la música de ballet *Coppelia*; Cesar Franck (m. 1890), con una espléndida música para órgano, como la incluida en la *Sinfonía en re menor*; Camille Saint-Saens, (m. 1921), con la suite *El carnaval de los animales* o la famosa *Danza*

macabra; Gabriel Fauré (m. 1924), autor de un inspirado *Réquiem*...Aunque gran parte de su obra es del XIX, Claude Debussy, (m. 1918), es de los que alientan la nueva música del siglo siguiente, con *La siesta de un fauno*, *Nocturnos. El martirio de San Sebastián* o *El hijo pródigo*.

España tiene mucho que ofrecer en música en este siglo XIX, con Isaac Albéniz (m. 1906), autor de la suite *Iberia;* el malogrado (1806-1826) Juan Crisóstomo Arriaga, *Los esclavos felices*; el maestro de la guitarra Fernando Sors (m. 1831); el también gran compositor de guitarra Francisco Tárrega (m. 1909): el gran violinista Pablo Sarasate (m. 1908); Enrique Granados (m. 1916), autor de la ópera *Goyescas;* y Jesús de Monasterio (m. 1903), *Concierto en sí menor para violín y orquesta.*

Pero en la música lírica es el tiempo del esplendor de la zarzuela, un género con aciertos de gran calidad, injustamente valorados hasta hoy, pero con gran éxito de público cada vez que se representa con dignidad e imaginación, en nuevos montajes. Músicos de primera fila como Francisco Asenjo Barbieri (m. 1890), con ese pintoresco cuadro de época que es *El barberillo de Lavapiés* o con *Pan y toros*; Ruperto Chapí (m. 1900), con *La revoltosa* o *El tambor de granaderos;* Juan Emilio Arrieta (m. 1894), con la ópera *Marina;* José María Usandizaga (m. 1915), autor de *Las golondrinas*; Tomás Bretón (m. 1923), con la ópera *La Dolores* o la siempre viva *La verbena de la Paloma*; Jerónimo Jiménez (m, 1923), con *La boda de Luis Alonso*; Amadeo Vives (m. 1937), con *Bohemios.* El género continuó en vigor hasta bien entrado el siglo XX con autores como Pablo Sorozábal, m. 1988, con *La del manojo de rosas* o *La tabernera del puerto;* Jacinto Guerrero (m. 1951), *Los gavilanes*; José Serrano (m. 1941), con *Los claveles* o *La Dolorosa*; Federico Moreno Torroba, *Luisa Fernanda.* El mejor de todos fue Federico Chueca (m. 1908), no exactamente un músico profesional, por lo que necesitaba la ayuda de Joaquín Valverde (m. 1910), pero ideador de las inspiradas melodías de *La Gran Vía*, conocida en media Europa, con más de quinientas

representaciones en París, una obra que impresionó a Nietzsche por su desenfadada frescura popular, como deja constancia en sus diarios; Chueca es también autor de *Agua, azucarillos y aguardiente, El año pasado por agua, El chaleco blanco* o *El bateo.*

De otros países, Fréderic Chopin, polaco, (m. 1849, a los 39 años), el músico romántico por antonomasia, con bellísimas obras de piano (*Estudios, Nocturnos*) que nunca pasan de moda. Rusos son Modest Mussorgsky (m. 1881), con la ópera *Boris Godunov*, entre otras, y el poema sinfónico *Una noche en el monte pelado* y la obra para piano, más tarde orquestada entre otros por Ravel, *Cuadros de una exposición;* Nicolai Rimsky-Korsakov (m. 1908), famoso por su *Scherezade,* por *Festival de Pascua Rusa* o por óperas como *El zar Zaltán*; Mijail Alekseievick Balakirev (m. 1910), con la fantasía para piano *Islamey*; Alexander Borodin (m. 1887), autor de *El príncipe Ígor;* y, sobre todo, Peter-Illich Chaikowsky (m. 1893), que fue siempre romántico, en obras que no caen nunca del repertorio como la *Sinfonía Patética,* el poema sinfónico *Romeo y Julieta*, la ópera *Eugene Oneguin* y la música para ballet de *El lago de los cisnes, La bella durmiente* y *Cascanueces.* Checos, el gran Anton Dvorak (m. 1904), cuya *Sinfonía del Nuevo Mundo* es aún una de las músicas más oídas, autor de un poderoso *Te Deum* y de *Santa Ludmilla;* Leo Janacek (m. 1928), autor de *Misa glagolítica.* Noruego, Edward Grieg (m. 1907), que puso música al ibseniano *Peer Gynt.*

— Literatura

En literatura, el siglo XIX europeo es tan pródigo en autores y obras valiosas que aturde tener que escoger.

En España, si contamos el siglo XIX excluyendo a los autores de la llamada *generación del 98* (y a sus coetáneos), que produjeron lo mejor de su obra en el siglo XX, los escritores más destacados son, según un criterio muy generalizado y,

por orden cronológico de fallecimiento: Mariano José de Larra (m. 1837), José de Espronceda (m. 1842), Gustavo Adolfo Bécquer (m. 1870), Leopoldo Alas *Clarín* (m. 1901) y Benito Pérez Galdós (m. 1920). A poca distancia, Rosalía de Castro (m. 1885) y, por su trascendencia popular, José Zorrilla (m. 1893). También, Pedro Antonio de Alarcón (m. 1891), Jacinto Verdaguer (m. 1902), José María Pereda (m. 1906), Juan Valera (m. 1905) y Emilia Pardo Bazán (m. 1921).

En algunos de estos autores, se notan resabios anticlericales, como en Galdós, pero si se lee bien *Gloria*, por no hablar de *Nazarín* o de *Misericordia*, se notará el respeto, por no decir veneración, que tenía Galdós por la moral de los Evangelios, según dejó escrito en su prosa autobiográfica y en numerosas cartas. Algo semejante en Larra, que en algunos de sus artículos —que es lo mejor de su obra— critica la hipocresía religiosa, no la fe auténtica. Lo mismo en Bécquer, en quien —las leyendas *Rosa de pasión, La cueva de la mora*, *Maese Pérez, el organista*— hay una visión conciliadora, abarcante, ideal, romántica de la religión. Espronceda *(El diablo mundo* que incluye el magnífico *Canto a Teresa*) no es nunca antirreligioso, porque eso era muy difícil en un romántico, que siempre se arrodillará ante el misterio. *La Regenta*, de *Clarín*, es en gran parte una crítica acerba al mundo clerical; pero, como vio bien Galdós, en una reseña que hizo de la novela, en 1901, en «Los Lunes de *El Imparcial*», el clérigo De Pas, que pretende a Ana Ozores, «se vistió la sotana para sus audaces tentaciones, ultrajando con su vestimenta el sacro dogma y la dignidad sacerdotal». El trasfondo cristiano se advierte también en Zorrilla (con el imperecedero *Don Juan Tenorio)*, y en Pedro Antonio de Alarcón (*El escándalo, La pródiga).* Juan Valera (*Pepita Jiménez, Juanita la Larga*) podría parecer un descreído sólo a los integristas de su tiempo; es un escéptico, tolerante y educado. Emilia Pardo Bazán (*Los pazos de Ulloa, La Madre Naturaleza*) aclimató a España el naturalismo de Zola, pero sobre un fondo de espiritualidad que falta en el autor francés.

Algo semejante puede decirse de Rosalía de Castro (no sólo en las poesías sino en la curiosa novela *El caballero de las botas azules*); de Fernán Caballero (m. 1877), pseudónimo de Cecilia Böhl de Faber (*La Gaviota*) o de Armando Palacio Valdés (m. 1938), en *La hermana San Sulpicio.* O de los escritores de teatro Duque de Rivas (m. 1863), en *Don Álvaro o la fuerza del sino*; Manuel Bretón de los Herreros (m. 1873), en *Muérete y verás*; Juan Eugenio de Hartzenbusch, con *Los amantes de Teruel*; Manuel Tamayo y Baus (n. 1898), con *Un drama nuevo*; Ventura de la Vega (m. 1865), con *El hombre de mundo,* o José Echegaray (m. 1916), primer español Nobel de Literatura (*El gran galeoto).*

Tanto Pereda (las novelas *Sotileza, Peñas Arriba*) como mosén Jacinto Verdaguer (*Canigó, Flores del Calvario*) no disimulan su profunda fe. Como en el excelente poeta Joan Maragall, (m. 1911), *Cant espiritual.* De ninguno de los autores más leídos en España en el XIX se podría decir que era anticristiano. Junto a los ya citados, poetas como Ramón de Campoamor (m. 1901), popularísimo en sus *Doloras* y *Humoradas*; narradores como Enrique Gil y Carrasco (m. 1846), en *El señor de Bembibre* o Francisco Navarro Villoslada (m. 1895), en *Amaya o los vascos en el siglo VIII.*

En Portugal, Joao Baptista de Almeida Garrett (m. 1954) fue el principal de los románticos, con una obra (*Camoens, Doña Blanca)* que exaltaba las grandezas de su pueblo. Notable la obra de Antero de Quental (m. 1891), *Odas modernas*, poeta y ensayista. Es tiempo de excelentes narradores como Camillo Castello-Branco (m. 1890), el autor de *Amor de perdición*, historia aún romántica de un amor imposible; Jose María Eça de Queiroz (m. 1900), autor de *La ilustre casa de los Ramirez*, *El primo Basilio* —novela sobre un caso de adulterio, un tema constante en el XIX: *Ana Karenina, Madame Bovary, La Regenta, Effi Briest...*— y de la diatriba antirreligiosa *El crimen del Padre Amaro.*

Aunque la literatura más autocelebrada es la francesa, la gran literatura del siglo XIX se hace en Gran Bretaña y, después, en Rusia. En Gran Bretaña es la edad de oro de la novela

que se inicia con Jane Austen (m. 1817), las espléndidas *Orgullo y prejuicio*, *Emma* o *Sentido y sensibilidad;* y las tres hermanas Brontë, Emily (m. 1848), *Cumbres borrascosas,* Anne (m. 1849), *Agnes Grey*, *La castellana de Wildfell Hall*, y Charlotte (m. 1855), *Jane Eyre*. Sigue la obra, casi siempre de inspiración medieval, de Walter Scott (m. 1850), con *Ivanhoe, Wawerley* o *El corazón de Mit-Lothian;* o William Thackeray (m. 1863), *La feria de las vanidades*. Todo culmina en Charles Dickens (m. 1870) con las muy conocidas y siempre leídas *Oliver Twist, David Copperfield, Cuento de Navidad, Historia de dos ciudades, Grandes esperanzas, Tiempos difíciles, Los papeles póstumos del Club Pickwick, Casa desolada...*

La tradición seguirá con Wilkie Collins (m. 1889), *La dama de blanco, La piedra lunar*; Anthony Trollope (m. 1883), *El rector;* Edward Bulwer-Lytton (m. 73), *Los últimos días de Pompeya;* George Eliot, pseudónimo de Mary Ann Evans (m. 1880), con las excelentes *Adam Bede*, *Middlemarch* o *Silas Marner;* George Meredith (m. 1909), con *El egoísta*; para terminar con Oscar Wilde (m. 1900), además de comediógrafo excelente, narrador de cuentos y de la novela *El retrato de Dorian Gray;* con el brillante Lewis Carroll (m. 1898), *Alicia en el país de las maravillas,* y con el siempre moderno Robert Louis Stevenson (m. 1894), *La isla del tesoro, El extraño caso del doctor Jekill y Mr. Hyde, Secuestrado* y toda su obra. Sin olvidar al cantor del Imperio, a Rudyard Kipling (m. 1936, Nobel en 1907), con obras tan conocidas como *El libro de la selva* o *Kim*.

Todos estos autores, más los poetas William Wordsworth (m. 1850), Samuel Taylor Coleridge (m. 1834), Henry Longfellow (m. 1882), Alfred Tennyson (m. 1892) y Algernon Swiburne (m. 1909) viven en la tradición cristiana de Inglaterra, de la que no son en modo alguno críticos. Otra cosa hay que decir del dúo siguiente, que coinciden en su afán de ir contracorriente, escandalizando, y en morir muy jóvenes: Lord Byron (1788-1824), *Childe Harold, Don Juan* y Percy Bysshe Shelley (1792-1822), *La reina Mab*, que escribió, casi adolescente, cuando estudiaba en Oxford, el folleto *La necesi-*

dad del ateísmo, más que nada, quizá, por fastidiar a gente como su futuro suegro, el padre de Mary Godwin; Mary por su parte escribió *Frankestein o el moderno Prometeo*, de perdurable éxito. Muy distinto a Byron y a Shelley, aunque de su círculo, es John Keats (1795-1821), quien en sólo 26 años produjo varios poemas de gran envergadura y de extraña belleza, *Endymion, Hyperion, La víspera de Santa Inés, Lamia*, además de las célebres y continuamente reeditadas *Odas*.

De Rusia los seis autores anotados aquí son de primera fila, y los dos últimos dos figuras completamente universales. Alexander Pushkin es el romántico, el liberal, de prodigiosa imaginación, el apasionado —murió en duelo en 1837, a los 38 años—; es siempre poeta, en *Ruslán y Ludmila, Eugenio Oneguin, Boris Godunov*, incluso cuando escribe prosa, *La hija del capitán*. Casi heredero, Mijail Lermontov, que se consagró con un poema a la muerte de Pushkin —*La muerte del poeta*— y murió, como su héroe, en un duelo, a los 27 años, en 1841; aparte de los poemas, publicó la novela *Un héroe de nuestro tiempo,* donde anticipa ya al héroe sombrío y desesperado de Dostoievski. Nicolás Gogol (m. 1852) es —*Almas muertas*— la mirada penetrante y compasiva sobre las consecuencias del mal. Iván Turgueniev (m. 1883) representa al ruso culto, de una escéptica educación, equilibrado en unas narraciones tan perfectas como *Primer amor*, *Padres e hijos*, o presentando un terrible pesimismo en *Humo*. Y el siempre actual Anton Chejov (m. 1904) con *Tío Vania*, *El jardín de los cerezos* o *La Gaviota*.

El mejor es Fiodor Dostoievski (1821-1881), con su capacidad para crear personajes perdurables y su profundidad de alma, siempre al lado de la gente común, como en *Humillados y ofendidos* o *Recuerdos de la casa de los muertos*; la clarividencia para descubrir el mal (*Memorias del subsuelo*, *Crimen y castigo*, *Los demonios, Los hermanos Karamazov);* la admiración por la inocencia (*El idiota*), la recreación de una imposible felicidad (*Noches blancas*). Dostoievski defendió al hombre de fe cuando esa fe le lleva a estar al lado de los humildes, de los perseguidos.

El cristianismo del otro grande, León Tolstoi (1828-1910) es más racional, más pasado por el ego del autor, con menos sentido popular que Dostoievski. Pero su capacidad de contar historia es quizá inigualable, no sólo en extensas obras como *Guerra y paz* o *Ana Karenina*, sino también en otras más breves como *La muerte de Iván Illich.*

Durante el siglo XIX Francia, es decir, París, pasa por ser el centro cultural del mundo. La crítica se encargó de airear y de ponderar hasta el extremo autores, que, sin duda con mucho oficio, no pasaban de ser de segunda fila; nombres que van desde George Sand (m. 1876), *La charca del diablo*, —más conocida por sus tormentosas relaciones con Alfred de Musset y con Chopin—; Prosper Merimée (m. 1870), que queda en la memoria por ser el autor del relato, *Carmen*, que dio pie a la ópera del mismo nombre; Théophile Gautier (m. 1872), que en un viaje a España dejó establecida para todo turista la visión españolesca y panderetera; Jules Barbey d'Aurevilly (m. 1884), al que se ha dado mucho juego por *Las diabólicas*, que lo son, según él, las mujeres porque ceden más fácilmente al mal; o los hermanos Jules (m. 1870) y Edmond (m. 1896) Goncourt —*Germinia Lacerteux*—, prestigiados, quizá por encima de sus méritos, por el premio literario que lleva sus nombres. O Alphonse Daudet (m. 1892), aunque se siga leyendo con mucho interés su *Cartas desde mi molino*. Hasta llegar a Anatole France (m. 1924), cuya obra, a pesar del Premio Nobel recibido por su autor, no ha sabido resistir el paso del tiempo.

Los grandes prosistas del siglo XIX francés son Stendhal (m. 1841), Chateaubriand (m. 1848), Balzac (m. 1850), Gustave Flaubert (m. 1880), Victor Hugo (m. 1885), Maupassant (m. 1893), Verne (m. 1905) y Zola (m. 1908). De Stendhal —*Rojo y Negro, La Cartuja de Parma*— la natural sencillez, con una inteligente ironía; de Chateaubriand —*El genio del cristianismo, Memorias de ultratumba*— la prosa potente, la capacidad de ir contracorriente, la prodigiosa evocación de unos tiempos idos; de Balzac, la gran colección de la *Comedia humana*, la manera de hacer una historia total

del segundo cuarto del siglo XIX, a través de la novela; de Flaubert, no sólo la conseguida *Madame Bovary*, también *La educación sentimental*, ejemplo de las frustraciones, la desesperación y el pesimismo que dejó en el XIX la depauperización del romanticismo; de Maupassant, la calidad del cuento corto, como en *Bola de sebo;* Zola —*Germinal, Naná*— demuestra su gran capacidad de retratar toda una época, pero no consigue evitar que lo propagandístico sobresalga sobre el arte. De Julio Verne —*Viaje al centro de la tierra, Dos años de vacaciones,* cualquier título— hay que admirar su capacidad de fabular, de adelantarse a los tiempos y de interesar generación tras generación a un amplio público.

En poesía hay un primer filón de poetas románticos con Alfred de Musset (m. 1857); su mejor obra es el drama *Lorenzaccio* además de bellísimos sonetos dedicados a George Sand; Alfred de Vigny (m. 1863), un poeta que puso de moda el morbo de la desesperación, después muy explotado, como en el poema *El monte de los Olivos*, en el que acaba acusando al Cielo y diciendo que «le juste opposera le dédain á l'absence», el justo opondrá el desdén a la ausencia; Alphonse de Lamartine (m. 1869), a quien se le recuerda sobre todo por un poema sereno y tranquilo, *El lago*, evoca, en un poema titulado *Dios*, la marea de incredulidad, «l'homme cessa de croire, il cessa d'exister», al cesar de creer, dejará de existir. Especial atención se ha dedicado a Gerard de Nerval (m. 1855), que escribió *Las Quimeras*, poemas casi indescifrables, susceptibles de muchas interpretaciones y, por eso, dando juego a los videntes y a los críticos; y sobre todo a Isidore Ducasse, conde de Lautréamont (m. 1870), un visionario, como Nerval, en el extraño *Los cantos de Maldoror*, una muestra enigmática del poder del mal.

Los poetas de más calado vendrían después: Charles Baudelaire (m. 1867), cuyas *Las flores del mal*, a pesar del escándalo que provocó entonces, no es en absoluto la obra de un descreído; Paul Verlaine (m. 1896), católico, místico y pecador, amigo en el vicio de Rimbaud; Arthur Rimbaud (m. 1891) —*Una temporada en el infierno*, *El buque ebrio*—, una de

las mayores hermosas incógnitas de la historia de la literatura, contrario a cualquier filisteísmo, incluido el de los materialistas; Stephane Mallarmé (m. 1898), que renovó la poesía en una especie de neorromanticismo que idolatraba la belleza, como en el poema *La siesta de un fauno*, que inspiró a Debussy; Edmund Rostand (m. 1918), famoso por *Cirano de Bergerac*; Alfred Jarry (m. 1907), iconoclasta del teatro con *Ubú Rey;* el malogrado Alain Founier, m. 1914, con *El gran Maulnes.*

Para cerrar hemos dejado a Victor Hugo (1802-1885), no sólo por su dilatada trayectoria y porque escribió tanto teatro —*Hernani*, 1830, inicio del romanticismo en Francia—, como novelas —*Notre Dame de Paris*, *Los miserables*—, como mucha poesía, entre ella un amplio poema épico —*La leyenda de los siglos*—, que está en relación con otras dos obras *El final de Satanás* y *Dios.* En su época, Hugo era el indiscutible patriarca de las letras francesas. Después, algo injustamente, su prestigio ha decrecido. Hugo sigue siendo representativo de lo dominante en la Francia del XIX. Un tomar distancia respecto a la ortodoxia tradicional: «Religiones, decía. No soy de ninguna. Soy de todas».

En Alemania sigue dominante Goethe, que muere en 1832. A finales del XVIII tiene lugar un movimiento pre-romántico, de numerosos autores, siendo el más conocido Friedrich van Hardenberg, *Novalis*, que muere en 1801, con sólo 29 años. Novalis veía la salvación de Europa, un tema sobre el que escribió, en la vuelta al catolicismo. Suyas son la novela romántica *Enrique de Ofterdingen* —el protagonista va en busca de una imposible flor azul— y los siempre leídos *Himnos a la noche.* Heinrich von Kleist, afectado de melancolía, que era el mal del siglo, se suicidó en 1811, a los 44 años, junto con una mujer, Adolfina Vogel; de Kleist, dos dramas, la extraña *Pentesilea* y la conmovedora *Catalina von Heilbronn.* En las antípodas de un Novalis cabe ver la obra de otro autor fallecido joven, a los 24 años, en 1837, Karl Georg Büchner, de confesado materialismo, y al que se recuerda sobre todo por *La muerte de Danton* y *Woyzeck.*

Con mucho más eco, el extraño Friedrich Hölderlin (m. 1843), con algunas obras difíciles debido a la locura que empezó a afectarle a partir de 1804 —*Hyperion*, *La muerte de Empédocles*— con un combinación de elementos clásicos y cristianos; Ludwig Tieck (m. 1853), un narrador imaginativo como en *El rubio Eckber;* Heirinch Heine (m. 1856), un poeta lleno de naturalidad y de inteligencia, de gran y sencillo estilo, con una incurable veta de melancolía, porque sigue siendo romántico; Friedrich Hebel (m. 1863), autor de unos entonces muy celebrados dramas, como *Judith* o *María Magdalena*, una vibrante crítica de la hipocresía. También son autores de teatro: Gerhart Hauptmann (m. 1946, Nobel en 1912), *Los tejedores*, *La piel de castor*; Hermann Sudermann (m. 1928), *El honor*, o la novela *El sendero de los gatos*. Muy interesante el narrador Theodor Fontane (m. 1898), autor de una inolvidable *Effi Briest*, delicadísima novela sobre el adulterio. Y se puede terminar esta síntesis con un recuerdo de agradecimiento a los hermanos Wilhelm (m. 1859) y Jakob (m. 1863) Grimm, por su colección de cuentos, como *Pulgarcito*, *Juan sin miedo* o *Barbazul*.

Hans Christian Andersen, danés, (m. 1875) puede ser el primero de otros autores decimonónicos también famosos por sus cuentos: *La sirenita, El patito feo*, *El vestido del emperador* y muchos otros. El interés por estos relatos, casi todos ellos populares y que circulaban oralmente, es propio del romanticismo, con su atracción por lo diverso, lo popular y lo fantástico. Pero el escritor más importante de esta época, y de toda la literatura danesa, es Soren Kierkegaard (1813-1855), un cristiano serio y profundo que, por desgracia, no ha tenido muchos continuadores en su país. De Kierkegaard interesa todo: *El concepto de la angustia, Etapas en el camino de la vida, Cartas del noviazgo, Diario de un seductor, Diario Intimo, La enfermedad mortal, Migajas filosóficas o un poco de filosofía, Temor y temblor.* Posterior, Herman Bang, autor de obras tan conseguidas como *A un lado del camino*.

De Noruega, Björnstjerne Björnson (m. 1910), Nobel en 1903 —*Más allá de las fuerzas humanas*—, una mezcla de

cristianismo e influencia de Nietzsche. También noruego Henrik Ibsen (m. 1906), autor de eficaces dramas, casi siempre de crítica a los convencionalismos, como *Casa de muñecas* o la más fantástica *Peer Gynt.*

En Italia, además del gran Alessandro Manzoni (1785-1873), autor de *Los novios*, la gran novela italiana del XIX, llena de interés, sencilla inspiración cristiana y fuerza dramática, están los narradores Giovanni Verga (m. 1922), el maestro del *verismo*, con obras como *El maestro don Gesualdo, Cavalleria rusticana* o *I Malavoglia;* Antonio Fogazzaro (m. 1891), autor entre otras novelas que siguen interesando de *Piccolo mondo antico*. Los poetas famosos de esta época eran Giosuè Carducci (m. 1907), Nobel de Literatura en 1906, antimanzoniano y anticristiano, hasta componer un *Himno a Satanás,* retórico del italianismo, hoy ya muy pasado. Giovanni Pascoli (m. 1912), es más directo y sencillo, pero también de un engolamiento que pronto pasó a la historia.

El siglo XX. 1918-1945, de una guerra a otra

Muchos (por ejemplo el economista inglés John Maynard Keynes) se dieron cuenta pronto de que las consecuencias de la guerra del 14 ponían las bases para la guerra siguiente. En Alemania va creciendo un fuerte sentimiento de revancha, agravado por las gravosas indemnizaciones impuestas por los aliados. A partir de 1929, con el inicio de la que fue llamada *gran depresión*, se empieza a pensar que una economía de pre-guerra, era un modo eficaz de aumentar la producción y de crear empleo. A esto se suma una proliferación de totalitarismos: el soviético, el fascista y el nazi. Ya están todos los ingredientes. La historia es tan conocida, que no hace falta descender a detalles.

Después de la guerra del 14, permanecen iguales las fronteras para España, Portugal, Reino Unido, Holanda, Noruega, Suecia, Albania y Bulgaria. En los demás países se producen

cambios a costa de Alemania y del Imperio Austrohúngaro, que desaparece, quedando sólo un pequeño país, Austria. Francia recupera Alsacia y Lorena. Italia redondea su frontera del Nordeste, con Istria y Trieste. Rumanía es diseñada de nuevo adquiriendo la Bucovina, Transilvania y la Dobrudja del sur. Bélgica adquiere Eupen y Malmédy. Dinamarca, Schleswig. Y aparecen como nuevos Estados: Finlandia, Letonia, Lituania y Estonia. Polonia se agranda con Panonia, el pasillo de Dantzig —el famoso pasillo que separaba los territorios alemanes—, Silesia y Galitzia. Con el nombre —que se demostrará con el tiempo efímero— de Checoslovaquia se unen Bohemia, Moravia, Eslovaquia y Rutenia. Hungría recupera su propia identidad. Yugoslavia se convierte en el país clave de los Balcanes, enriquecida con Eslovenia, Dalmacia y Croacia. Grecia obtiene de Turquía una parte de los territorios de Tracia y de la región de Esmirna. François Furet ha destacado en *El pasado de una ilusión* que esos pequeños estados creados con los despojos del Imperio Austrohúngaro reproducen los vicios y los defectos de éste. Se odian entre ellos más de lo que, juntos, odiaban al Imperio.

Las pérdidas humanas son ingentes. Han muerto tantos que el censo de 1921 en Francia es igual al de 1876. De dos millones de movilizados ha habido un millón de heridos. La gripe que aparece enseguida después de la guerra se cobra en Europa un millón de víctimas.

La Europa que sale de la paz de Versalles es convulsa. Los ensueños pseudomísticos del presidente norteamericano Wilson se combinaron con la frialdad inglesa y los tradicionales resquemores antialemanes de Francia. Entre todos dibujaron un futuro sin futuro. Aunque se trata de un punto de vista interesado, no le faltaba razón a Lenin cuando en 1920 escribía: «La paz de Versalles, brutal e infame, impuesta por las repúblicas "democráticas" de Norteamérica y de Francia y por la "libre" Inglaterra ha prestado un servicio extremadamente útil a la Humanidad, al desenmascarar al mismo tiempo a los coolíes de la pluma a sueldo de los imperialismos y a los filisteos reaccionarios —aunque se llamen paci-

fistas y socialistas— que entonaban loas al wilsonismo y trataban de hacer ver que la paz y las reformas son posibles bajo el imperialismo».

Los hechos son conocidos. Alemania, la llamada República de Weimar, fue gobernada primero por socialdemócratas y luego por coaliciones inestables de varios partidos. El régimen tiene muy pronto que enfrentarse con una revolución comunista animada por el Movimiento Espartaquista, de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. La revolución es aplastada y los dos líderes son ajusticiados. En los años posteriores la economía va a la ruina, con una inflación que supera todo lo imaginable y un paro que en 1932 llegaba al 30% de la población activa. El arruinado y desempleado pueblo alemán empieza a confiar en el astro del tercer totalitarismo europeo y en su ideología nacionalista y revanchista. Adolf Hitler se entenderá pronto con el fascista italiano Benito Mussolini, como se iba a entender, estratégicamente, con el dictador comunista Josef Stalin. Después de anexionarse parte de Checoslavaquia —los Sudetes— y Austria, gracias al pacto con los soviéticos, Alemania invade Polonia y empieza la segunda guerra mundial.

Estética de entreguerras

La época que arranca ya desde 1880 y que produce, hasta la guerra del 14, una diversificada, nueva y atractiva cosecha en todas las artes continúa como si la guerra no hubiera sucedido, aunque ahora, casi siempre, con tonos oscuros y distorsionados. En la guerra han muerto artistas como el pintor Boccioni o el poeta Apollinaire, además de muchos otros menos conocidos. Con la perspectiva que da ya el siglo XXI, se puede decir que el periodo de entreguerras, de 1918 a 1939, fue el de más alto nivel artístico de toda la centuria.

Esta creatividad es heredera del final del siglo XIX y del primer decenio del XX. De 1905 es la fundación en Dresde de *Die Brücke*, el puente entre un tiempo y otro; y la exposición

con obras de Derain, Vlaminck, Friesz, Dufy y Braque que dio origen al nombre de fauvismo, que fue, en realidad, una moda efímera. En 1907 nace el cubismo con *Las señoritas de Aviñón*, de Picasso, quien se demostraría, en una larga vida, como el artista más influyente y creativo del siglo XX. De 1909 es el *Manifiesto futurista* de Marinetti, que se veía a sí mismo como un rupturista. En 1913, Ígor Stravinsky, con el estreno de *La consagración de la primavera*, escandaliza involuntariamente al ambiente musical. Schönberg revoluciona la manera tradicional de hacer y de oír música y pasa del postrromanticismo de *Noche transfigurada* (1899) a algo distinto en *Pierrot Lunaire*, de 1912.

Todo ese espíritu de innovación se recompone después de la guerra.

En pintura el ruso Malevich (m. 1935) se aparta hacia 1915 de cualquier referencia al objeto, hasta del cromatismo, en el famoso *Cuadrado negro sobre fondo blanco.* El arte se hace abstracto, como en Kandisky (m. 1944). Lo mismo ocurre en Holanda, con el grupo *De Stijl,* en el que participa activamente Piet Mondrian, (m. 1944), también con una pintura todo esquema y colores primarios. Es en Alemania, en 1918, donde, animado por Walter Gropius (m. 1969), surge el grupo de la Bauhaus, que difunde, también con el importante trabajo de Mies van der Rohe, una estética utilitarista y, como se empieza a decir, funcional. Gropius, nostálgico de la belleza, abandonará el grupo, y se impone el racionalismo de van der Rohe. La escuela se disolverá en 1933, cuando Hitler llega al poder. Afín a todo este movimiento, Le Corbusier (m. 1965) concibe la casa como «una máquina de habitar».

Junto a la pureza de formas, lo racional, se situará lo inconsciente, lo absurdo... Primero en el dadaísmo de Hugo Ball (m. 1927) y de Tristan Tzara, (m. 1963) desde 1919, en el café Voltaire de Zürich. En esos primeros tiempos el pintor Max Ernst (m. 1976) dice querer separarse de la razón, de la religión y del lenguaje convencional... Marcel Duchamp (m. 1968) expone sus *ready made* como arte; objetos

encontrados tal cual: una bicicleta, un urinario... En el mismo o parecido ámbito, los alemanes Otto Dix (m. 1969) y George Grosz (m. 1959) o el fotógrafo norteamericano, pero de amplia presencia en Europa, Man Ray (m. 1976).

Sigue enseguida el movimiento surrealista, animado por André Breton, (m. 1966), que más tarde se convertiría en una especie de jefe de una secta, con poder absoluto para admitir a miembros o para expulsarlos. Entre los primeros surrealistas, Louis Aragon, (m. 1982), Benjamin Péret (m. 1959), Paul Éluard (m. 1953), Antonin Artaud (m. 1948)... Después, desde 1927, Breton, Aragon, Éluard, Péret y Unik se hacen del partido comunista y sólo mucho más tarde se darían cuenta de que así traicionaban el sentido inicial del surrealismo. En los años treinta nuevas adhesiones, pero el movimiento está a punto de dividirse: René Magritte (m. 1969), Alberto Giacometti, (m. 1966), Yves Tanguy, (m. 1955), y tres jóvenes llegados de España, Luis Buñuel (m. 1981) —que será el principal director de cine surrealista—, el siempre escueto y coherente Joan Miró, (m. 1983) y Salvador Dalí, (m. 1989), pintor y gran escritor, un artista completo, pese a las bufonadas con que llamaría la atención treinta o cuarenta años más tarde.

En música hay un mayor aliento creativo, si cabe, con la ventaja de que este arte es, por lo general, menos proclive a las mezclas ideológicas. Citando sólo a las grandes figuras: en Alemania, Richard Strauss (m. 1949), autor, entre muchos poemas sinfónicos, de *Así hablaba Zaratustra*; Paul Hindemith (m. 1963), autor de *Nobilissima Visione*, inspirado en la vida de San Francisco de Asís; Kurt Weill (m. 1950), que musicó la obra de Bertold Brecht, *Ópera de los tres centavos*; Carl Orff, que estrenó en 1937 el vibrante *Cármina burana.* En Austria, Arnold Schoenberg (m. 1951), con la ópera *Moisés y Aarón*; y sus discípulos, Alban Berg (m. 1935), con óperas famosas como *Lulú* o *Wozzeck;* y Anton Webern (m. 1945). En Francia, Maurice Ravel (m. 1937), con una de las músicas más oídas, el *Bolero;* Eric Satie (m. 1925), autor de *Parade* o de *Misa de los pobres.* Y Albert Roussel

(m. 1937), con la música de ballet *El festín de la araña*. En Rusia, además de Stravinsky, quien en 1930 compuso la *Sinfonia de los salmos*, Serguei Rachmaninov (m. 1943), con un celebrado concierto para piano y orquesta. En Inglaterra Edward Elgar (m. 1934), con la suite de marchas *Pompa y circunstancia*, y Gustav Holst (m. 1934), famoso por *Los planetas* y autor también de un *Himno a Jesús*. En Italia, el colorista Ottorino Respighi (m. 1936), *Los pinos de Roma*; Ferrucio Busoni (m. 1924), típico autor de la reacción antirromántica, *Arlecchino*, ópera; Alfredo Casella (m. 1947), que continúa la tradición operística, *Il deserto tentato;* Ildebrando Pizetti (m. 1968), con la ópera *Asesinato en la* Catedral, sobre la vida de Santo Tomas Beckett, y Luigi Dallapicola (m. 1975), con la ópera *Vuelo nocturno*. En Dinamarca, Carl Nielsen (m. 1931), ballet *Maskarade*. En Finlandia, Jan Sibelius (m. 1937), gran sinfonista, muy conocido por el bellísimo *Vals triste*. En Suiza, Arthur Honneger (m. 1955), autor del oratorio *El Rey David* y de la cantata *Juana de Arco en la hoguera*. En Polonia, Karol Szymanowski (m. 1937), con un famoso *Stabat Mater*. En Checoslovaquia, Josef Suk (m. 1935), *Progreso*, y Miroslaw Kabelác (m. 1979), *Sinfonía nº 5, Dramática*. En Rumanía, Georges Enesco (m. 1955), que renovó la música de su país.

Y uno de los mejores músicos de todos los tiempos, el húngaro Bela Bartok (1881-1945), que revolucionó el gusto con la serie para piano *Microcosmos*, con seis ejemplares cuartetos de cuerda, la ópera *El Castillo de Barba Azul* y el ballet *El mandarín maravilloso*.

España no se queda atrás en esta renovación de la música. El autor más inspirado y completo es el gaditano Manuel de Falla (m. 1946), con su éxito internacional de la música para el ballet *El sombrero de tres picos*, además de *El amor brujo* o *Noche en los jardines de España,* entre otras grandes obras. Joaquín Rodrigo, m. 1999, estrenó el *Concierto de Aranjuez*, una de las músicas más editadas del mundo, en 1940, al final ya de este periodo. Joaquín Turina (m. 1944), *Danzas fantásticas*, *La procesión del Rocío*. Salvador de Ba-

carisse (m. 1963), con un famoso y popular *Concertino*. Oscar Esplá (m. 1976), que completó la parte musical de *El misteri d'Elx*. Federico Mompou, m. 1987, autor de *Música callada*. Ernesto Halffter, m. 1989, discípulo de Falla, que muchos años después completó la inacabada obra del maestro, *La Atlántida*.

En literatura, el periodo de entreguerras es literalmente delirante. Hay una inquietud y un movimiento creativo como no se registraban desde hacía mucho tiempo. En parte porque ya está en pie lo que se puede llamar la industria del libro, la publicidad, la comercialización. También los escándalos empiezan a vender. Es ésta la época inicial del fenómeno de la fama de libros, muy comentados, pero quizá escasamente leídos. Es tanta la abundancia de autores que, para esta síntesis, se ha fijado el criterio de citar sólo a los que, en 1939, contaban ya 40 años. Los de menor edad, se han dejado para la etapa siguiente.

Es preciso empezar por Francia y por Marcel Proust (1871-1922) porque su monumental *En busca del tiempo perdido* parece un destilado resumen de la *belle époque*, con muchos de los ingredientes que estaban por venir. Además de los valores intrínsecos a la narración, Proust compuso un retablo de los tiempos pasados. A su lado hay que poner a un filósofo del tiempo, Henri Bergson (m. 1941), de excelente prosa, un gran analista de la espiritualidad, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. El extraño y exótico Blaise Cendrars (m. 1961), *Trotamundos*. André Gide (m. 1951), Nobel en 1947, muy devaluado hoy, salvo en su *Diario*. El gran poeta Paul Valéry (m. 1945), *El cementerio marino*. Georges Bernanos (m. 1948), el autor de *Diálogo de carmelitas*. Colette (m. 1954), *Sido*. Jean Cocteau (m. 1963), *Los niños terribles*. El tan leído, por *Le petit Prince*, Antoine de Sant-Exupery (m. 1944). El poeta de los grandes versos y de temas cristianos, Paul Claudel (m. 1955), *La Anunciación a María*.

En inglés casi todo lo demás queda ofuscado por la novedad del *Ulises*, del irlandés James Joyce (m. 1941), que representa bien, incluso biográficamente, la permanente inquietud, a

pesar de su racional aceptación, por no haber accedido a rezar al lado de la madre moribunda. Otro caso de rechazo del mundo anterior es el de Virginia Wolf (m. 1941), *Las olas*, *Orlando*. Muy diferente a los dos anteriores, pero un gran novelista es Thomas Hardy (m. 1928), también de una visión sombría, como en *Tess of D'Ubervilles*. Interesantes pero menos innovadores son Aldous Huxley (m. 1963), *Un mundo feliz*; George Orwell (m. 1950), *1984* y *Rebelión en la granja*; D. H. Lawrence (m. 1930) que, escandalizó a la época con *El amante de Lady Chatterley*; H. G. Wells (m. 1946), famoso por relatos de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* o *La máquina del tiempo*; George Bernard Shaw, irlandés de Dublín, que vivió 94 años y murió en 1950, autor teatral con obras famosas como la muy versionada *Pigmalión, Man and Supermann, Saint Joan*. Y dos poetas, W. B. Yeats (m. 1939) y T. S. Elliot (m. 1965), que renovó la poesía inglesa con obras como *Cuatro cuartetos*, además del drama *Asesinato en la Catedral*, sobre Santo Tomás Beckett. Muy destacable es Gilbert K. Chesterton (m. 1936), converso al catolicismo, autor de excelentes novelas de intriga como *El candor del Padre Brown*, de ensayos lúcidos y a contracorriente (*Ortodoxia*) y de amenas vidas de santos (*San Francisco de Asís*, *Santo Tomás de Aquino*).

En alemán, el principal autor es checo de habla alemana, Franz Kafka (1883-1924), que dejó esas parábolas de los tiempos modernos en *La metamorfosis*, *El proceso* o *El castillo*. También de Praga es el mejor poeta de estos tiempos, Rainer Maria Rilke (m. 1926) con las *Elegias del Duino*. De Austria, además del agudo crítico social, Karl Krauss, autores como Stefan Zweig (m. 1942), *La lucha contra el demonio*, *María Estuardo;* el inquietante Arthur Schnitzler (m. 1931), que describe en *Amoríos* la Viena que ya nunca sería como era; el dramaturgo y poeta Hugo von Hofmannsthal (m. 1929), *La torre,* o el excelente retratista de la decadencia del imperio, Robert Musil (m. 1942), con *El hombre sin atributos*. De Alemania, Erich Maria Remarque, (m. 1970), estadounidense de origen alemán, que, en *Sin novedad en el*

frente, retrata la depresión de la postguerra; Thomas Mann (m. 1955, Nobel en 1927), quien en *Los Buddenbrooks* describe la decadencia paulatina de una familia burguesa, y en *La montaña mágica*, ambientada en un sanatorio para tuberculosos, todo un símbolo del mundo de la primera postguerra; o Herman Hesse (m. 1962, Nobel en 1946), que escapó por la vía del orientalismo, *Shidarta*, *El juego de abalorios*. Menos conocidos hoy Jacob Wassermann (m. 1934), con *El hombrecillo de los gansos*. Gracias a una versión de cine ha sido recobrado Alfred Döblin, (m. 1957), cuyo *Berlin. Alexanderplatz* es un profundo canto a la vida del obrero. Bien entrado el siglo un sobrevalorado Bertolt Brecht, m. 1956, *La ópera de tres centavos*, *Madre Coraje y sus hjos*, *Vida de Galileo*, obras ideológicas muy aireadas en la segunda postguerra.

En España este periodo de entreguerra termina antes, en julio de 1936, con el estallido de la quizá más ideológica de las guerras, la civil española, sobre la que medio mundo tomó partido crispado, aunque a veces sólo literario. Se da la obra principal de la llamada generación del 98, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Antonio Machado, Ramón María del Valle-Inclán y Azorín, en realidad muy distintos entre sí: Unamuno (m. 1936) con su frustrado cristianismo, *La agonía del cristianismo*, *El sentimiento trágico de la vida*, *Niebla*; Baroja (m. 1956), escéptico y pesimista, *El árbol de la ciencia*, *La busca*; Machado (m. 1939), un postromántico liberal y socialista, *Campos de Castilla;* Valle-Inclán (m. 1936), «feo, católico y sentimental», *Flor de santidad, Luces de Bohemia;* Azorín, *La voluntad, Castilla*, que pasa del nietzschenismo a un prudente conservadurismo. Un gran narrador independiente es Gabriel Miró (m. 1930), *Nuestro Padre San Daniel*, *Las cerezas del cementerio*. Y otro levantino, Vicente Blasco Ibáñez (m. 1928), *La barraca, Cañas y barro,* adquiere fama internacional con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Y un gran poeta, también fuera de escuelas y con su propio camino, Juan Ramón Jiménez (m. 1958, Nobel en 1956), con el universal *Platero y yo*. Igualmente por libre, Ramón Gómez de la Serna (m. 1967), el autor de las

Greguerías. Vienen a continuación los escritores de la generación llamada *del 27*, poetas sobre todo, con Federico García Lorca, asesinado en 1936, *Romancero Gitano*, *La casa de Bernarda Alba*; Rafael Alberti (m. 2000), *Marinero en tierra;* Pedro Salinas (m. 1951), *La voz a ti debida;* Jorge Guillén (m. 1984), *Cántico*; Gerardo Diego (m. 1987), *Primera antología de mis versos*. La siguiente generación, la de la República, cuenta con la estupenda prosa del filósofo José Ortega y Gasset (m. 1955), *Meditaciones del Quijote*, *La rebelión de las masas*, *España invertebrada*; o del médico Gregorio Marañón (m. 1959), *Don Juan y el donjuanismo*, además del novelista Ramón Pérez de Ayala (m. 1954), *La pata de la raposa*, *Troteras y danzaderas*. Abundan los autores de teatro: Jacinto Benavente (m. 1954, Nobel en 1922), *Los intereses creados*; Alejandro Casona, (m. 1965), *La sirena varada;* Enrique Jardiel Poncela (m. 1952), *Eloísa está debajo de un almendro;* Carlos Arniches (m. 1943), *La señorita de Tréveles;* Jacinto Grau (m. 1958), *El señor de Pigmalión,* Eduardo Marquina (m. 1946), *En Flandes se ha puesto el sol.* En catalán, gente de teatro como José Maria Segarra (m. 1961), *La herida luminosa,* y autores como Josep Pla (m. 1981) quien desde muy joven dio obras maduras como *Cuaderno gris* y que, tanto en catalán como traducido al castellano es quizá el mejor prosista del siglo.

En Portugal, a principios del siglo XX surgió el grupo Renasença Portuguesa; es el saudosismo, de *saudades*, el nombre de la morriña portuguesa. El gran poeta de la época fue Joaquim Teixeira de Pascoais (m. 1952). A partir de la publicación de la revista *Orpheu* (1915) se unió a este movimiento Fernando Pessoa (m. 1935), *Libro del desasosiego,* uno de los más grandes poetas europeos del siglo XX y quizá el mejor poeta portugués de todos los tiempos, con permiso de Camoens. Pessoa inventó cuatro personajes que escribían sus propias historias, cada uno con su personalidad propia: el maestro Alberto Caeiro, el estudioso clasicista Ricardo Reis, el alcohólico Álvaro de Campos y el filósofo Bernardo Soares. El compañero más importante de Pessoa en *Orpheu*

fue Mario de Sá-Carneiro, de estilo poético muy parecido e injustamente oscurecido por la fama póstuma de Pessoa.

En Italia la entreguerra, de signo político fascista, está animada por autores como el teatral Gabriel D'Annunzio (m. 1938), *El placer* o el mucho más profundo Luigi Pirandello (m. 1938, Nobel en 1934), *Seis personajes en busca de autor*, *Así es, si os parece*; el amigo de Joyce, Italo Svevo (m. 1928), *La conciencia de Zeno;* el muy popular en su tiempo Giovanni Papini (m. 1956), *Gog, La piel*; y los poetas Giuseppe Ungaretti (m. 1970), su poesía agrupada en *Cinco libros,* y Eugenio Montale (m. 1981,) *Huesos de jibia.*

Rusia, muy en la vanguardia del arte y de la literatura en el primer decenio del siglo XX, y aun con los primeros años de la revolución bolchevique, vio muy pronto cómo el nuevo régimen anulaba la novedad a favor de un prosaico y ramplón realismo socialista. Pionero de las novedades fue Mijail Bulgakov (m. 1940), del que no se conoció hasta 1967 la magistral *El maestro y Margarita*, a causa de la censura estaliniana. Vladimir Nabokov (m. 1977), *Ada o el ardor* o la muy posterior *Lolita*, abandonó el país en 1917. Otro emigrado es Leonidas Andreyev (m. 1919), con *Risa Roja*, o *Vida de hombre*. También exiliado, Alesander Kuprin (m. 1930), famoso por novelas como *El duelo.* Igualmente escogió el destierro Eugenio Zamiatin (m. 1937), autor de la magistral novela *Nosotros*. Entre los partidarios de la revolución bolchevique, Alexander Blok (m. 1921), autor de un famoso poema *Los doce*, con el que el autor se sumó a la causa comunista. Menos suerte tuvo Isaac Babel, que se une a la revolución —*Caballería roja*— pero, a pesar de todo, fue purgado por Stalin y se desconoce la fecha de su muerte, quizá en 1938, seguramente ajusticiado, con poco más de cuarenta años. Vladimir Maiakovsky (m. 1930) fue inicialmente el poeta de la revolución, pero no acabó de integrarse y con sólo 37 años se suicidó. Conocida es la trayectoria de Boris Pasternak (m. 1960), con una obra, *Doctor Zhivago,* que le dio la fama cuando fue conocida en Occidente. Platonov fue otro de los autores suprimidos por el estalinismo. Alexander

Solzhenitsin, *Archipiélago Gulag*, dio a conocer en Occidente, que no acabó de creérselo, la barbarie de Stalin. Mijail Sholojov (m. 1978, Nobel en 1965) fue un importante cargo del aparato soviético, autor de *Cuentos del Don*. También Máximo Gorki (m. 1936) fue un escritor oficial del sovietismo, *La madre*.

Finalmente en los países nórdicos muchos autores valiosos, de los que aquí se da una selección quizá demasiado estrecha: los suecos Pär Lagerkvist (m. 1974, Nobel en 1951), famoso por *Barrabás;* Selma Lagerlöff (m. 1940, Nobel en 1909), autora de la famosísima *La leyenda de Gösta Berling* y Johan August Strindberg (m. 1912) con punzantes dramas como *La señorita Julia*; la danesa Karen Blixen (m. 1962) que hizo famoso el pseudónimo de Isaak Dinesen, *Lejos de África;* los noruegos Knut Hamsun (m. 1952, Nobel en 1920), con *Hambre*, *Pan*, y Sigrid Undset (m. 1949, Nobel en 1928), conversa al catolicismo, con *Kristin Lavransdatter*. Como puede verse en este breve resumen, los escritores nórdicos parecen ligeramente favorecidos a la hora de pensar en un Nobel de Literatura.

1945-1989. El umbral del presente

No hace falta hablar de la segunda guerra mundial, de los millones de muertos —unos 36—, entre soldados y civiles, llevando la peor parte la URSS, con 13 millones de soldados y 7 de civiles; de la matanza *industrial* de Hitler, eliminando a millones de judíos y a otros grupos de personas consideradas *indeseables;* de los bombardeos aliados, sobre Europa, matando de forma indiscriminada a decenas de miles de civiles; de la matanza en Hiroshima y Nagasaki, más de 200.000 víctimas. Millones de alemanes huyen o son expulsados de tierras que ocupaban, a veces mucho antes de Hitler, al este de los ríos Oder y Neisse. En Checoslovaquia, en la zona de los Sudetes, casi tres millones de alemanes son perseguidos y expulsados.

Cayeron dos totalitarismos, el nazi y el fascista, pero habría que esperar más de medio siglo más para que se derrumbara el tercero, el soviético que, según el historiador ruso Roy Medvédev causó, en los tiempos de Stalin y en las persecuciones, purgas y desplazamientos forzados internos, —de 1921 a 1953— quince millones de muertos.

Sólo la debilidad de la memoria humana, que necesita olvidar para sobrevivir, explica que Europa, pasado el gran susto, empezara de nuevo a pavonearse. Olvida que ganó la guerra gracias a la sustancial intervención de los Estados Unidos, aunque este país buscara también su propio interés. Olvida que superó la dura postguerra gracias a un plan —el *Marshall*— también norteamericano. Y que aguantó la presión de la Unión Soviética en Austria y en Alemania gracias a la presencia militar norteamericana, en apoyo de franceses e ingleses.

Los movimientos políticos

La URSS aprovecha el final de la guerra para extender su influencia por media Europa, los que fueron llamados *países satélites*: Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Rumanía. Estos tres últimos marcarían más adelante sus distancias con el gigante de Moscú. Pero intentos de algo distinto en Alemania Oriental, en 1953, en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968 fueron sofocados por los tanques soviéticos y sólo una pequeña parte de los intelectuales que contaban entonces en la cultura europea tuvo el valor de protestar. Austria se salvó por la duradera presencia de las fuerzas aliadas. También hubo problemas en Grecia. Alemania quedó dividida en dos. Berlín, sitiada, fue salvada gracias a un puente aéreo. Época, pues, de *guerra,* pero *fría.*

Época también, más adelante, de competencia por la conquista del espacio: empezó adelantándose la URSS pero al final tuvo que reconocer su desventaja técnica, militar y económica, en un sistema que no funcionaba. El sistema defensivo

espacial, llamado «guerra de las galaxias», ya en época de Ronald Reagan, desde 1984, ha sido entendido como un poderoso factor disuasorio, que precipitaría la ruina soviética.

Hubo guerras, muchas. Una en Indochina, desde 1947, que Francia liquida casi en vísperas de la guerra de Vietnam. En Corea, de 1950 a 1953, y en Vietnam, de 1964 a 1972, pero esta vez tuvo que solventarlas el nuevo amo del Imperio, los Estados Unidos. La guerra de Argelia (1954-1958), sólo francesa, está en el contexto del proceso de descolonización que tendrá lugar en los cincuenta y sobre todo en los sesenta, cuando casi toda África queda, en teoría al menos, libre de la explotación europea. Las varias guerras entre israelíes y países árabes tampoco inquietan demasiado a los europeos, a pesar de que se podrían preguntar quiénes están en las últimas causas del conflicto. La guerra de Irak e Irán, que estalla en 1980, al año siguiente de la toma del poder en Irán por el imán Jomeini, fue un conflicto absurdo que duró ocho años, con cientos de miles de muertos, pero también se podía pensar que «era cosa de ellos». Como la de los rusos en Afganistán (1980-1988). Peor para la URSS. Tenían por fin su Vietnam.

Para unir militarmente a Europa con los Estados Unidos se creó en 1949 la OTAN, firmando los siguientes países: Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos y Portugal, además de los Estados Unidos y Canadá. La OTAN estará casi siempre acompañada por las reticencias francesas (De Gaulle retira a Francia de los aspectos militares de la OTAN en 1966) y por la de algunos partidos de izquierdas, aunque al final todos cederían. En España, el gobierno socialista, en 1982, pasa de «OTAN, de entrada, no», a pedir afanosamente el sí en un referéndum que consigue un 52% .

El proceso de unidad de Europa

Europa se dedicó a la reconstrucción, con la ayuda del Plan Marshall, temerosa de que una chispa saltara entre las

dos grandes potencias mundiales. Ningún país europeo podía ya aspirar a ser potencia mundial. Lo habían sido en el pasado España, Francia, Inglaterra y, casi, Alemania. Ahora no cabía otra solución que ¿unirse? Son seis: Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y empiezan en 1951 por algo muy básico y muy prosaico: la CECA, Comunidad Europea del Carbón y del Acero. En 1957, en Roma, se firman los dos tratados —siempre los Seis— de la Comunidad Europea y del Euroatom. En 1973 se incorporan Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca. En 1981, Grecia. En 1986, España y Portugal. Y el proceso de incorporación llegará hasta los 25 de 2004.

No interesa aquí la historia burocrática o diplomática de la ahora Unión Europea, con 25 países. Aquí se ha tratado de hacer la historia del espíritu. Y en ese supuesto es necesario recordar que el primer y fuerte impulso de la unión europea vino de tres políticos que, casualmente, los tres eran católicos: el francés Robert Schuman, el alemán Konrad Adenauer y el italiano Alcide De Gasperi.

Años de prosperidad

En todo Occidente, los años que van de 1950 a 1973 son de prosperidad, de sostenido crecimiento económico. Algunos países, como España desde 1960, empiezan un despegue que cambiará por completo el panorama de hacía pocos años. Ya se sabe que la reconstrucción después de una guerra da origen a muchos negocios, a un auge en las empresas del sector de la construcción, además de la del automóvil. Por no hablar del turismo, que se incrementa, como pudo verse también en España, para la que se convirtió, desde entonces, en una de las principales fuentes de riqueza.

El mundo occidental, Europa, empezó a vivir cada vez mejor gracias a una serie de inventos, de los que aquí se ofrece sólo una muestra. De 1946 es la primera *Vespa*. De 1947 datan las primeras colecciones de moda de Christian

Dior, un sector que iría en aumento, hasta alcanzar, ya en el final de este periodo a una buena parte de la población, entusiasmada por el diseño, el *look* y el *body cult*. La minifalda es de 1964. El primer ordenador, de tarjetas perforadas, de IBM, es de 1948, pero había que esperar a los ochenta para que, con sustanciales perfeccionamientos, su presencia fuera universal. En España, el Tren Talgo es de 1950 y es el anuncio de lo que, desde 1992, sería el tren de alta velocidad, AVE. En Estados Unidos la primera presentación de la televisión en color es de 1951. En España, en blanco y negro, llegaría en 1956 y se haría, como en el resto del mundo, con una audiencia creciente, asidua y pasiva. El primer Boeing 707 es de 1954. El primer lavavajillas se presenta en Colonia, en 1955, fecha también del primer McDonalds en los Estados Unidos, algo que conquistaría parte del mundo y, desde luego, Europa, difundiendo un tipo de comida repetitiva y escasa de imaginación. También vino de los Estados Unidos, la *Barbie*, donde nació en 1960. En España, el primer *Seiscientos* es de 1957. De los años noventa, en fin, es el omnipresente teléfono móvil.

Culturas y sensibilidades

Entre 1945 y 1989 se pueden distinguir cuatro sensibilidades distintas. La primera es de *reconstrucción y trabajo*, desde 1945 a 1960. La segunda es *la época de las ilusiones*, desde 1960 a 1965. La tercera, de 1966 a 1974, los emblemáticos *sesenta*, época de *sueños y drogas*, que termina con la primera crisis del petróleo. La cuarta, de 1975 a 1989, *época de liquidaciones*.

En la *época de reconstrucción y trabajo* el mundo está, mal que bien, ordenado. La gente busca trabajo, lo suele encontrar y trata de prosperar. La delincuencia no es un fenómeno demasiado grave. Es la época que describe el cine, gran documentalista y gran educador de las generaciones humanas desde los primeros decenios del siglo XX. Aquí hay

que mencionar también el cine norteamericano que era gustado como cosa propia en toda Europa. El cine europeo destaca con películas como *Paisà*, *Roma, città aperta*, *Stromboli* o *Te querré siempre (Viaggio in Italia)*, de Roberto Rossellini (m. 1977); o *Ladrón de bicicletas*, de Vittorio de Sica, (m. 1974); o *La Strada* de Federico Fellini, m. 1993, cuya *La dolce vita*, en 1958, anuncia ya un cambio en los tiempos; o *La terra trema*, de Luchino Visconti, m. 1976. Las del sueco Ingmar Bergman, como *Fresas salvajes*. O *El tercer hombre*, del inglés Carol Reed, (m. 1976) que nos presenta la Viena ocupada. O, en España, la histórica *Bienvenido, Mr. Marshall*, de Luis García Berlanga. En Francia empieza la que sería llamada *la nouvelle vague*, con una obra de arte como *Los cuatrocientos golpes*, de François Truffaut (m. 1985). O en Dinamarca, la gran *Ordet*, de Carl Dreyer, (m. 1968), autor también, antes, de una *Juana de Arco* que queda como la mejor de las no pocas que se han hecho sobre la doncella de Orleans.

De los Estados Unidos venían aciertos como *Los mejores años de nuestra vida,* de William Wyler, (m. 1981); *Gilda*, de Charles Vidor (m. 1959); *Ser o no ser*, de Ernst Lubitsch, (m. 1947); *El tesoro de Sierra Madre*, de John Huston (m. 1987), con Humphrey Bogart, el actor emblemático en estos años, también en la anterior (1942) e inevitable *Casablanca,* de Michael Curtiz, (m. 1962); *Un tranvía llamado Deseo,* de Elia Kazan (m. 2003), que daría, además, obras como *La ley del silencio,* también con Marlon Brando, un actor que asombró a todos. Los musicales de entonces siguen cautivando hoy, como *Un americano en París* o *Bailando bajo la lluvia*, gracias al talento de Gene Kelly, con Vincent Minelli en el primer caso y Stanley Donen en el segundo. En otros géneros, *Solo ante el peligro*, de Fred Zinnemann, m. 1997, con un Gary Cooper inolvidable; o *Madame D*, de Max Ophuls (m. 1957).

Charles Chaplin (1889-1977), el genio que llevaba decenios ofreciendo obras maestras (*La Quimera del Oro, El chico, Circus, Tiempos modernos, Luces de la ciudad, El gran dictador...),* casi se despide en 1952 con *Candilejas*, donde recupera, en un magnífico dúo, a Buster Keaton.

Anunciando también nuevos tiempos, pero dentro del mundo todavía ordenado de los cincuenta, *Al Este del Edén*, de 1955, con James Dean, que moriría ese mismo año, convirtiéndose en un mito que aún puede verse plastificado en las carpetas de algunas adolescentes. O *La tentación vive arriba,* de Billy Wilder, que lanzó otro mito, Marilyn Monroe, que moriría en 1962. O quizá lo mejor de Alfred Hitchkock, (m. 1980), *De entre los muertos* o *Vértigo*, con otro de los grandes, James Stewart. Por no hablar de John Ford (m. 1973), que desde *La diligencia*, 1939 (ya con un John Wayne que formaría parte del imaginario colectivo), venía siendo el maestro silencioso y honesto.

De esta época es el primer rock, el de Elvis Presley, Bill Haley, Gene Vincent, Buddy Holy, y otros, de 1954 en adelante, ya algo escandaloso, pero en una sociedad que podía asimilarlo. Al fin y al cabo, Elvis acabó gustando a todo el mundo, porque podía mover las caderas frenéticamente, pero también cantar *country* o baladas como *Love me tender.*

En estos años mueren grandes personajes del siglo como Einstein (1955), Gandhi (asesinado en 1948) o asoman a la escena mundial gente como, de nuevo, De Gaulle (presidente desde 1958) o Juan XXIII, elegido Papa el 28 de octubre de ese mismo año. Stalin muere en 1953 y poco a poco se afianza alguien que parece campechano y dispuesto al diálogo, Nikita Kruschev. (En 1956, con la crisis húngara, se vería que no tanto, pero la gente tenía necesidad de ilusiones).

La *época de las ilusiones* se puede iniciar en 1960, con la elección de John Kennedy como presidente. Era el primer presidente católico de los Estados Unidos. Podía llevarse bien con el abierto Juan XXIII y con el desestalinizador Kruschev que, además, presumía de que, en la carrera espacial (Yuri Gagarin, 1961), la URSS llevaba varias cabezas de ventaja a los Estados Unidos (John Glenn, 1962). La principal ilusión era que el mundo había entrado en un tiempo nuevo, en el que primaba el diálogo. La Iglesia se *reconciliaba* con el *mundo moderno* en el Concilio Vaticano II (1962-1965). La guerra fría podría haber terminado.

Enseguida, el desencanto. En 1961 se construye el *Muro de Berlín*, donde a partir de entonces cientos de personas, en busca de libertad, perderían la vida. Y en octubre de 1962, la crisis de los misiles soviéticos en Cuba pone al mundo al borde de otra guerra mundial. En 1963, en junio, muere Juan XXIII. Su sucesor, Pablo VI, también dialogante, no tiene en cambio el carisma del Papa Roncalli. Si faltaba algo, el 22 de noviembre John Kennedy es asesinado. Un año después, el único superviviente de aquel trío carismático, Kruschev, cae en desgracia y le sucede un hombre hosco y frío, Breznev.

Para acabar con todas las ilusiones, en 1964 empiezan los ataques norteamericanos en Vietnam. Estados Unidos se enzarza en una guerra absurda, contra un enemigo mucho más motivado y, como se demostraría, mucho más fuerte.

El cine de esta época prolonga la anterior con películas del tipo de *Ben Hur,* 1960, que ganó once Óscars, o *My fair lady* o *Doctor Zhivago*, las dos de 1965, también muy premiadas. Pero se advierte ya otro aire, ligeramente *contestatario*, en películas como *Espartaco*, de Stanley Kubrick o *Lawrence de Arabia*, de David Lean. Los héroes, como *James Bond* (1962), son ahora ligeramente inmorales. Hichtcock hace sus últimas e inquietantes películas, *Psicosis*, 1960, *Los pájaros*, 1963. En Europa, Pasolini (m. 1975) va desde los bajos fondos de *Accatone* hasta una respetuosa y casi proletaria *Pasión según San Mateo*, además de otras que son una mezcla de documentalismo y casi pornografía. Fellini descubre sus temores y ansiedades en *Otto e mezzo*, 1963. Y la *nouvelle vague* va desde películas como *Al final de la escapada, o Alphaville* de Jean Luc Goddard hasta curiosidades estéticas como *El año pasado en Marienbad*, de Alain Resnais. Buñuel, por su lado, hará *Viridiana*, también muy acorde con el desencanto de los tiempos.

En música pop, se pasa de la fuerza del primer rock a un pop asimilable por el gran público, y ése es el secreto de los Beatles, quienes, en 1962, encuentran su primer éxito, *Love me do*. Quienes prefieren algo más fuerte, siempre pueden acudir a los Rolling Stones que, sexagenarios, siguen en la brecha.

La *época de sueños y drogas* va desde 1966 hasta el mal despertar de la crisis del petróleo de 1974. Hasta tal punto fue una época *drogada* que muchos en Occidente llegaron a ver como positiva la *Revolución Cultural* en China, que empezó en 1966, una maniobra política de Mao y, a la vez, el mayor atentado a la inteligencia, a la belleza y a la compasión que se registraba en el mundo, después de las matanzas de Hitler y de Stalin. Y época de drogas porque desde 1967 es muy notable en los Estados Unidos una presión mediática y de grupos a favor de la legalización de la marihuana, que de todos modos, circulaba con libertad, así como el LSD, y fue la pimienta de los movimientos *hippies*, a partir de lo que se llamó, con esa retórica algo nauseabunda de los beatos de lo alternativo, *el verano del amor,* el de 1967.

Pues en ese mundo de amor asesinan a Martin Luther King el 4 de abril de 1968. Pero no importa, porque llega el mayo, francés por más señas, y los estudiantes, los veinteañeros hijos del *baby boom*, que han vivido en la prosperidad como nadie hasta entonces, ocupan la Universidad y medio París y juegan a ser Che Guevara diciendo *Seamos realistas: pidamos lo imposible* o recuperan algún sueño ácrata con *Prohibido prohibir* o se vuelven líricos con aquello de *La imaginación al poder...* Pero cuando se acercan a los obreros para que se unan a ellos, los obreros entienden que la mayoría son hijos de papá jugando a ser rojos. Francia, que ya no es el centro ni de la cultura ni del arte, pasa a la historia por esta parodia de la Revolución Francesa.

Algo más coincidió en esos años sesenta, quizá la activación de las redes de la droga, para que se hiciera una especie de iconoclasta trío en el eslogan *droga, sexo y rock and roll.* Caen muchas censuras que no tuvieron nunca razón de ser, y que escondían altas dosis de hipocresía. Pero al caer esas barreras se descubre que la gente, así, globalmente, no es capaz de moderación ni de sobriedad, sino que le interesa lo más basto de la cultura y que los gustos de la mayoría suelen ser mediocres. La circulación de la droga, primero de la marihuana, después o a la vez de heroína y cocaína, aumenta en todos

los países los niveles de delincuencia, como se puede comprobar en cualquier estadística sobre la población penal. Por eso, a pesar de la inexplicable fama progresista que han tenido los años sesenta, y que se sublima en la expresión —que no quiere decir mucho— de *mayo del 68*, hay que dejar claro que a partir de esos años sesenta, el mundo occidental y en particular Europa, *se encabrona*; y *sit venia verbi.*

El mundo sigue: en Checoslovaquia, Dubcek intenta una tímida apertura, desde principios de abril, durante todo mayo, junio y julio, *la primavera de Praga.* El 28 de agosto, el susto: los tanques del Pacto de Varsovia meten al país en un tórrido verano.

En junio, el 4, habían asesinado a Robert Kennedy. Dos días después, en España, cae la primera víctima de ETA. Le seguirán, en casi cuarenta años, casi mil más.

El año 1968 acaba con la elección de Nixon, que pasaría a la historia, años más tarde, en 1973, como el primer presidente estadounidense que tendría que dimitir para evitar ser procesado. Al año siguiente se retira una gran figura de la política francesa, que no europea, De Gaulle, pero no se van con él las ínfulas francesas.

Entre tanta retórica —porque los *sesenta* son retóricos hasta el cansancio—, un hecho real: el 20 de julio de 1969 un hombre, Neil Armstrong pisa la Luna. Muy bien, pero muchos jóvenes, y ya no tanto, prefieren la *movida* de los festivales de rock, y las grandes concentraciones como en Woodstock, en agosto de 1969, o en la Isla de Wight, en agosto de 1970, lo que también puede verse como *un buen plan para el verano.*

Es una gran noticia que Nixon pone fin en 1972 a la guerra del Vietnam. El carácter nada simpático de Nixon y su agonía en el escándalo del Watergate, han contribuido a que no se le reconozcan méritos como el fin del Vietnam (aunque esto estuviera casi obligado) o la primera apertura hacia China.

Propio de esta época es que en 1972 nazca el primer videojuego. Los juguetes electrónicos (para los mayores, el ordenador) coparían cada vez más la cabeza, el tiempo, la

atención y la falta de imaginación de millones de personas, desde la infancia. Si se puede apretar un comando, ¿para qué leer? Pero se acaba leyendo una pantalla electrónica, con indudables molestias para la vista.

El acompañamiento del cine como banda sonora de la época registra muchas películas propias de este tiempo, aunque, en general, los años sesenta no fueron de buen cine. Películas contestatarias, como era la moda, del tipo de *If* (1968), del inglés Lindsay Anderson; o, la también inglesa, *La naranja mecánica*, (1971), de Stanley Kubrick; o *MASH* (1970), de Robert Altman. O la inquietante *La semilla del diablo* (1968), de Roman Polanski. Los viejos maestros seguían dando obras como *Muerte en Venecia* (1971), de Luchino Visconti. Destacables también *2001. Una odisea en el espacio* (1968), otro éxito de Kubrick o el cine del ruso Andrei Tarkowsky con *Andrei Rublev* (1966). El gran público muestra sus preferencias por *West Side Story,* 1968, con la gran música de Leonard Berstein; *El padrino* (1973), de Francis Ford Coppola y, ya en masa, por *Tiburón* (1975), del nuevo Steven Spielberg, gran hacedor de películas de espectáculo y entretenimiento. Muy propia de la época la ópera rock *Jesucristo Superstar*, que luego fue llevada al cine. Por no hablar de *El exorcista* (1974), que inicia el gran desarrollo que iban a tener los filmes de terror.

No terror, pero casi, causó la noticia, del 17 de octubre de 1973, de que el petróleo, sobre todo de los países árabes, iba a ser suministrado a Occidente con cuentagotas. En aquella época no se hablaba tanto de energías alternativas y se estaba en pleno *boom* de la cultura del automóvil. Estaba claro: se habían terminado los sueños. Como se decía por entonces, el *hippy* se hace *yuppy*, *young urban people*, eso sí, que no falte la cocaína.

La *época de las liquidaciones*, de 1976 a 1990, empieza en 1976 liquidando, por muerte, a Mao, lo que finalmente permite que China empiece un camino distinto. En España se liquida el franquismo, en paz y en la relativa armonía de los Pactos de la Moncloa, 1977, sin sangre y con clase. Cuatro

años después, un 23 de febrero, algunos quieren liquidar la naciente democracia, sin éxito. En Yugoslavia muere Tito, en 1980, y empezará, primero lentamente, después *in crescendo*, la liquidación de Yugoslavia. En Inglaterra, desde 1979 *reina* Margaret Thatcher, gran liquidadora y a la vez gran consevadora. En los Estados Unidos, después de un anodino Gerald Ford llega a la Casa Blanca un no muy consistente Jimmy Carter, hasta que, en 1980, gana Ronald Reagan, demostrando que era algo más que un actor secundario.

Dos guerras se encargan de liquidar a cientos de miles de víctimas, la de Irak, donde, desde 1979, manda Sadam, contra Irán, y la de los rusos en Afganistán, 1979, de donde finalmente se retiran en 1988.

El terrorismo se hace fuerte en España (ETA), Irlanda (IRA), Italia (Brigadas Rojas), Alemania (Banda de Baader-Meinhof). En Italia asesinan al expresidente Aldo Moro, hombre pacífico, dialogante y amable, en 1978. En Egipto, terroristas islámicos, asesinan al presidente Sadat, el 6 de octubre de 1981.

Entre los avances, el *Concorde*, desde 1976, un avión que se revelaría no tan conveniente como se creía. El tren de alta velocidad en Francia, de 1981, vuelve a dar al ferrocarril una gran oportunidad. En 1982 la revista *Time* considera al ordenador la *máquina del año*.

En 1978 muere Pablo VI. Le sucede Juan Pablo I, un Papa sonriente y sencillo, que muere pasado poco más de un mes. Es elegido entonces Karol Wojtyla, un cardenal polaco —el primer Papa no italiano desde el siglo XVI—, Juan Pablo II. El nuevo Papa, en más de veinticinco años de pontificado (1978-2005), bate todos los récords imaginables: más de cien viajes fuera de Italia, primer Papa que se reúne con luteranos, que visita una sinagoga, que entabla relaciones diplomáticas con la Inglaterra anglicana, que besa el Corán, que visita países comunistas, desde que lo hizo en Polonia, en 1983.

Entre las desgracias, la aparición, desde 1981, de los primeros casos de SIDA. En 1985 muere de esta enfermedad el actor Rock Hudson, al que le seguirían muchos otros, como

el cantante inglés Freddy Mercury. Un fan fanático asesina al más famoso de los exBeatles, John Lennon, en 1980. Oficiales de seguridad, asesinan al sacedote polaco Jerry Popieluszko, en 1984. Indira Ghandi, es asesinada en India, el 31 de octubre de 1984. Un turco, Ali Akca, intenta el 13 de mayo de 1981 asesinar a Juan Pablo II.

Desaparecen grandes figuras del arte: María Callas, en 1977, Salvador Dalí, en 1989.

Entre los políticos que entran en escena: Mitterand, en Francia; Kohl, en Alemania, desde 1982; George Bush, padre, en 1988.

Pero la liquidación más definitiva tuvo lugar en la URSS y en los países satélites. Breznev muere el 10 de noviembre de 1982. Le sucede Andrópov, que muere en 1984. Le sucede Chernenko, que muere en 1985. Le sucede Gorbachov, que desde el principio mostró una política de transparencia y apertura, *glasnost, perestroika.*

Está claro que los nudos soviéticos se aflojan en los países satélites. En Polonia, las urnas hacen que el jefe de Gobierno, en 1989, sea Tadeusz Mazowiecki, el candidato de *Solidaridad*, que lidera el sindicalista y católico Lech Walesa. El 11 de septiembre Hungría abre sus fronteras con Austria: es la primera brecha en el simbólico *telón de acero.* Al mismo tiempo miles de ciudadanos de la República de la Alemania comunista huyen hacia la Alemania libre y ya nadie se lo impide: cae simbólicamente el *Muro de Berlín*, que después será literalmente desmantelado. En noviembre dimiten los comunistas checoslovacos y el opositor Waclav Havel es elegido presidente. En diciembre, en Rumanía, es derrocado el dictador Ceaucescu, después ajusticiado cruelmente junto con su mujer. La URSS tardará aún más de un año en caer oficialmente, pero no importa. Lo que Lenin empezó en 1917 recibe ahora las iras del pueblo.

La banda sonora cinematográfica de esta época de liquidaciones es más variada que en los años sesenta. Los mayores éxitos son del cine espectacular: *La guerra de las galaxias* (1977), de George Lucas, que se convertirá enseguida

en un clásico y a la vez se alargará hasta el siglo XXI, en 2005; *Apocalipsis Now*, 1979, de Coppola, una visión ya fantasmagórica de la guerra del Vietnam; *E.T.*, de Steven Spielberg, también clásico; *Memorias de África,* 1986, de Sidney Pollack; *El último emperador*, 1988, de Bernardo Bertolucci, incluso *Amadeus*, 1985, de Milos Foman, a pesar de divulgar un Mozart inconsistente; o *Gandhi*, 1983, de Richard Attenborough, o *Kramer contra Kramer*, 1980, de Robert Benton; o, de un inédito Robert Redford como director, una maravilla llamada *Ordinary people* (*Gente corriente*), de 1987, un ejemplo de cómo se puede hacer cine de sentimientos comunes, un cine no sentimental sino contenido e inteligente.

Más típica de la época confusa son *Taxi Driver*, 1976, de Martin Scorsese; *El imperio de los sentidos*, 1976, de Nagisha Oshima; *Annie Hall*, 1978, y otras películas de Woody Allen; *El cazador*, 1979, de Michael Cimino; *Paris, Texas*, 1984, de Wim Wenders.

La música popular en los ochenta es variada, sin grupos dominantes, pero es ya una música hecha para el baile y un baile enérgico y gimnástico. Como muestra única, pero significativa, porque vendió en poco tiempo más de cuarenta millones de discos, el álbum *Thriller*, del también confuso y atormentado Michael Jackson.

Estéticas plurales

De la postguerra en adelante se va afianzando lo que hoy parece lo normal: no hay una ni siquiera varias estéticas dominantes. La norma es la diversidad. Cualquier persona culta estaría en un aprieto si le pidiesen que dijera los nombres de los cinco mejores pintores, escultores y músicos del momento, con resonancia internacional. Hay literalmente de todo, desde el realismo más extremo hasta instalaciones efímeras, desde la reproducción del gusto kitsch hasta el juego con los *ready made*, que ya hizo Duchamp. Si una instalación artística se dedica, por ejemplo, a reproducir el contenido de un

contenedor de basura porque aquello también es bello, hay que agradecer que se enseñe a ver la belleza en todas partes, pero entonces no se entiende por qué ha de conservarse en un museo. Ante tal pluralismo de temas y, sobre todo, de medios, el tradicional cuadro al óleo parece desfasado, un simple objeto decorativo para determinados interiores. En definitiva, es esta diversidad múltiple del *todo vale* la que quizá impide el afianzamiento de grandes figuras. Y aunque parezca un detalle trivial: no es indiferente que ésta sea la época de las tiendas de *todo a cien*.

Es cierto que en arquitectura, el racionalismo o funcionalismo sigue siendo lo dominante, porque parece anacrónico volver a adornos y a retóricas del espacio. De 1955 es un ejemplo paradigmático, la iglesia en Ronchamp, de Le Corbusier. En 1968 Walter Gropius celebra los 50 años de la Bauhaus. En 1976 muere Alvar Aalto, el gran arquitecto finlandés. Arquitectos como el italiano Aldo Rossi son a la vez teóricos de la arquitectura. Empieza a darse el fenómeno de arquitectos internacionales sobre todo para las grandes y costosas obras que se sacan a concurso: nombres como Philip Johnson y John Burger, autores del edificio de la ATT en Nueva York; James Stirling; Norman Foster, Tadao Ando, Kenzo Tange... España había dado con Antonio Gaudí (1852-1926), un genio único, tanto más presente cuanto que continúa construyéndose su obra maestra, *La Sagrada Familia.* También fama internacional alcanza a Josep Lluis Sert y, en la actualidad a Santiago Calatrava o a Rafael Moneo.

En escultura y pintura todo coexiste con todo. El mejor pintor de la época, Picasso, da ejemplo con una continua búsqueda o, como él prefería decir, con un continuo *encontrar.* Durante muchos decenios siguen produciendo maestros como Dalí, Miró, Marc Chagall. Cuando parece que triunfa el arte abstracto y la no figuración, aunque sea bajo la forma geométrica de lo que se llamó *op-art*, irrumpe el muy figurativo *pop-art,* con Andy Warhol como figura mediática. Después viene la corriente minimalista, de larga y tranquila vida. O los intentos iconoclastas, en realidad copiados del

dadaísmo y del primer surrealismo, y que ya no escandalizan a nadie. O las instalaciones efímeras, que pueden ir desde la reproducción para una sala de exposiciones de un cuarto de baño hasta las grandes ideas de Christo, de envolver el edificio de un Parlamento, como si fuera un paquete de regalo.

Algo semejante ocurre en música, con la diferencia, quizá, de que aquí el arte que más se interpreta, y el que recibe el mayor apoyo del público, es la música de antes, barroca, clásica y romántica: Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Brahms, Schubert, Tchaikovski, Dvorak... Hay buenos compositores que siguen la brecha abierta por innovadores como Schoenberg, pero su música queda para minorías. El fenómeno musical del siglo es la música rock y la pop, desde los años cincuenta en adelante, que aunque tiene su origen en Estados Unidos, resulta de la fusión entre la música étnica anglosajona, irlandesa y escocesa y la música de los negros. Es llamativo que todavía hoy la banda más importante de aquellos tiempos —de hace medio siglo—, los Beatles, siga siendo conocida, vendida y escuchada.

Entre los grandes músicos europeos que producen en la segunda mitad del siglo, los rusos Ígor Stravinsky (m. 1971), exiliado, y tres que permanecieron en la URSS, a pesar de que fueron tachados en 1948 de enemigos del pueblo: Serguei Prokofiev (m. 1953, pocos días después de Stalin), autor de siete sinfonías, la ópera *El amor de las tres naranjas* y una música espléndida de ballet, *Romeo y Julieta*; Dimitri Shostakovich (m. 1975), autor de trece sinfonías, de óperas como *Katerina Ismailova* y de mucha excelente música como la del ballet *La edad de oro*, y el armenio Aram Kachaturian (m. 1978) autor de la música para ballet *Gayaneh* (con la famosa *Danza de los sables*) y *Espartaco*, además de Dimitri Kabalewski (m. 1987), con *Los comediantes*, música para ballet. En Inglaterra, Benjamin Britten (m. 1976), la ópera *Peter Grimes* y obras sinfónicas como *War Requiem*; o William Walton (m. 1983), *Façade*, la ópera *Troilus and Cressida,* o John Taverner, con *El velo protector*, inspirado en el rito de la Iglesia Ortodoxa. En Francia,

Olivier Messiaen (m. 1992), de prodigiosa técnica y de una serena inspiración, como en *Veinte miradas sobre el Niño Jesús*, o la gran obra para órgano *La Natividad del Señor*; André Jolivet (m. 1974), *Concierto para ondas Martenot,* Georges Auric (m. 1983), con *Fedra*, música de ballet, y Darius Milhaud (m. 1974), cantata *Pacem in terris.* Además, los polacos Krzystof Penderecki, con la *Pasión según San Lucas,* un *Stabat Mater*, y Witold Lutoslawski (m. 1994), *Variaciones sinfónicas;* el sueco Kurt Attenberg (m. 1974), *Réquiem;* los italianos Bruno Maderna (m. 1973), *Música para dos dimensiones*, y Gian Francesco Malipiero (m. 1973), ópera *El hijo pródigo;* el húngaro Zoltan Kodaly (m. 1967), *Misa breve;* el suizo Frank Martin (m. 1974), oratorios *In terra pax* y *Golgotha*; los españoles Pau Casals (m. 1973), *El pesebre,* Narciso Bonet, *Missa in Epiphania*, Federico Mompou, *Música callada,* Luis de Pablo, *Cinco invenciones,* Xavier Montsalvatge (m. 1999), *Invocaciones al Crucificado*, además de Pierre Boulez, *Doubles;* Karlheinz Stockhausen, *Zyklus;* Hans Werner Henze, ópera *Boulevard Solitude,* Luciano Berio, *Chemins,* Luigi Nono, *Il gran sole carico d'amore,* Ianis Xenakis, *Metastasis*, Tomás Marco, *Fetiches,* Carmelo Bernaola, *Heterofonías,* José Luis Sánchez Román, *De civitate silentii*, Cristóbal Halfter, *Misa Ducal*, Manuel Castillo, *Concierto para violonchelo y orquesta,* además de Carlos Cruz de Castro, Zulema de la Cruz, etcétera.

Una selección aún más drástica hay que hacer con la literatura que aparece en la segunda mitad del siglo XX, porque hay un *boom* editorial en casi todos los países, con lo que, solo en obras de ficción, la cosecha anual europea puede rebasar las decenas de miles de títulos. La selección es difícil porque otra importante novedad es el poder del marketing en la promoción, no solo para la mayor venta, también para recibir una buena crítica por parte de obras a las que nadie prestará atención unos años después. Otras obras llegan a la fama a la vez por influencia de los medios y por algún tipo de escándalo. El Nobel de Literatura, sujeto a influencias domésticas, políticas, diplomáticas y estratégicas, no siempre es buen criterio.

Merecen su fama autores alemanes como Heinrich Böll, Nobel en 1972, *Retrato de grupo con dama*; Günther Grass, *El tambor de hojalata;* Harold Pinter, *El conserje;* el veterano Ernst Jünger, *Sobre los acantilados de mármol;* Elias Canetti, Nobel en 1981, *La provincia del hombre*; Peter Weiss *Marat-Sade;* Friedrich Dürrematt, *La visita de la vieja dama*; Peter Handke, *El momento de la sensación verdadera*; Uwe Johnson, *Conjeturas sobre Jakob.* En Austria, Gregor von Rezzori, *Un armiño en Chernopol*, Josep Roth, *La cripta de los capuchinos*, o el incalificable y peculiar Thomas Bernhard, m. 1989, *Tala, Maestros antiguos.* En Suiza Max Frisch, m. 1991, *La muralla china.*

Ingleses como William Golding, Nobel en 1983, *El señor de las moscas*; Graham Greene, (m. 1991), *El factor humano*; Iris Murdoch, m. 1999, *El mar, el mar*; Doris Lessing, *Canta la hierba*; Lawrence Durrell, m. 1990, *El cuarteto de Alejandría.* Bertrand Russell, m. 1970, obtiene un Nobel en exceso ideológico, en 1950, muy político, como el que atribuyen a Winston Churchill en 1953. Es efímero el eco de John Osborne, m. 1994, de *Mirando hacia atrás con ira.*

Los franceses fueron en esta época muy supervalorados y el tiempo ha hecho justicia: Jean Genet, m. 1986, que escandaliza ya en 1946 con *Las criadas;* Albert Camus, (m. 1960, Nobel en 1957), *La Peste,* y, como para contrarrestar, Nobel a Jean Paul Sartre, m. 1980, (cuya literarura está muy superada y demasiado mezclada con la ideología) en 1964; François Mauriac, m. 1970, Nobel en 1952, *Nido de víboras.* En los años ochenta es mucha la fama de dos escritoras, Marguerite Duras (m. 1996), la menos interesante, y Marguerite Yourcenar (m. 1987), *Memorias de Adriano.* Michael Butor, *La modificación*, fue el mejor de los del *nouveau roman*, un experimento ya trasnochado. Más interesante, Boris Vian, m. 1959, a los 38 años, *La espuma de los días*; el magnífico, detallista y original George Perec (m. 1982), *La vida, instrucciones de uso*; o Raymond Queneau (m. 1976), *Ejercicios de estilo.* El dramaturgo Henri de Montherlant, (m. 1972), *La reina muerta*, tampoco ha quedado, y con igual suerte el poe-

ta Saint-John Perse, Nobel en 1961. Mucho más duraderos el rumano Eugene Ionesco, (m. 1976), *La cantante calva*, el irlandés Samuel Beckett, (m. 1990), *Esperando a Godot*, o el ruso Boris Pasternack, (m. 1960), *Doctor Zhivago*, que tiene que renunciar al Nobel en 1958. En Italia Ítalo Calvino, (m. 1989), mejor en sus novelas cortas *El barón rampante* o *El vizconde dimediado*; Carlo Emilio Gadda, (m. 1973), *Aquel follón de Via Merulana*, Natalia Ginzburg, *Léxico Familiar*, Aldo Palazzeschi, m. 1974, *Las hermanas Materassi*, Leonardo Sciascia, m. 1989, *El contexto,* el poeta Salvatore Quasimodo, m. 1968, *Poesías completas.* o el poeta y director de cine Pier Paolo Pasolini, m. 1975. Pero uno de los mayores éxitos de la época fue el casi único libro de Giuseppe Tommasi di Lampedusa, m. 1957, *El Gatopardo*. Umberto Eco, con *El nombre de la rosa*, es un ejemplo de una novela construida hábilmente para el éxito comercial.

En España, los narradores Camilo José Cela, m. 2002, *Viaje a la Alcarria*, *La colmena*, Nobel en 1989; Miguel Delibes, *El camino, Las ratas*; Rafael Sáchez Ferlosio, *El Jarama*; Luis Martín Santos, m. 1964, *Tiempo de silencio*, y, posteriores, Juan Marsé, *Últimas tardes con Teresa*, y Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*. En el teatro, Miguel Mihura, m. 1977, *Tres sombreros de copa*, y Antonio Buero Vallejo, m. 2000, *Historia de una escalera*. Entre los poetas siguen en activo la mayoría de los del 27: Gerardo Diego, m. 1987, Dámaso Alonso, m. 1990, Pedro Salinas, m. 1951, Jorge Guillén, m. 1984, Vicente Aleixandre (m. 1984, Nobel en 1977), Rafael Alberti, m. 1999, a los que se pueden sumar nombres muy consagrados, José Hierro, y otros muchos que el tiempo aún no ha decantado.

De los países escandinavos, así como de los países del centro y este de Europa, no se ha seguido aquí la evolución gradual, en gran parte porque, poco traducida su literatura, es muy escaso el conocimiento en Occidente de estos autores. En estricta equivalencia de la escasa publicación en esos países de autores de la Europa occidental, si se exceptúan algunos nombres franceses, alemanes e ingleses y los consabidos

best-sellers, que no corresponden propiamente a la literatura de calidad. Por eso es el momento de citar algunos, aunque pertenezcan a distintas épocas.

De los países escandinavos se señala sólo lo más representativo, para tener al menos una muestra.

Finlandia. Aleksis Kivi, *Los siete hermanos;* Väinö Linno, *Soldados desconocidos,* y el poeta Paavo Haavikko, *Palacio de invierno y otros poemas.*

Suecia. Astrid Lindgren, *Ronja, la hija del bandolero*; Harry Martinson, Nobel en 1974, *Las ortigas florecen*; Stig Dagerman, *La serpiente*; Torgny Lindgren, *Miel de abejorro.*

Islandia. La poesía de la primera mitad del siglo XX ha estado dominada por Daví Stephansson, m. 1964, autor de *Svarti Daudi* y Steinn Steinarr, m. 1958. La prosa moderna se inicia con dos novelas de Jón Thoroddsen, m. 1886, consideradas actualmente como dos obras maestras, *Pittur og Stúlka* (*Mozo y Muchacha*) y *Madur og Kona* (*Hombre y Mujer*). Halldór Laxness, Premio Nobel de Literatura en 1955, con obras como *Estación Atómica* y *La Campana de Islandia.*

Dinamarca. Los premios Nobel Henrik Pontopiddon y Johannes V. Jensen (*La caída del rey, Mitos);* Martin Andersen Nexo; Kay Munk; la muy difundida Karen Blixen *(Lejos de África*); Jens Peter Jacobsen (*Miels Lyne);* Jens Christian Grondahe (*Silencio en octubre)*; Jenrik Nordbrandt; Klaus Rifbjer *(Anna —yo—Anna)* y Christian Henrik Stangerup, *El hombre que quería ser culpable.*

Noruega. Bergljot Hobaek Haff, *La vergüenza,* además de Synnöve Christensen, Knut Faldbakken, Erik Fosnes Hansen, Äsne Seierstad y Linn Ullmann.

De los países eslavos, de Hungría y de Rumanía la cosecha es más amplia.

Bulgaria. Iván Vasov (m. 1921), con lo mejor de la narrativa búlgara, *Bajo el yugo.*

Polonia. Czeslaw Mislosz, Nobel en 1980, *El poder cambia de manos*; Witold Gombrowicz, m. 1969, *Ferdydurke;* Jerzy Andrzejewsky, *Cenizas y diamantes;* Stanislas Lem; Zbigniew Herbert; Isaac Bashevis Singer, Nobel en 1978,

Un amigo de Kafka; y Stanislaw Witkiewicz, *La insaciabilidad,* que pertenece a un periodo anterior pero que permanece en el gusto; Jaroslaw Iwaszkiewicz, *Las señoritas de Wilko;* Andrzej Kusniewicz, *El rey de las Dos Sicilias*; Tadeusz Konwicki, *Un pequeño apocalipsis;* Andrzej Szczypiorki, *La bella señora Seidenmann*; Andrzej Stasiuk, *Nueve;* Slawomir Mrozek, *Juego de azar.*

Chequia y Eslovaquia. El ya clásico Jan Neruda, *Imágenes de la viehja Praga;* Jaroslav Hasek, *Las aventuras del valeroso soldado Schwejk;* Karel Cápek, *Guerra con las salamandras;* Bohumil Hrabal, *Yo que he servido al rey de Inglaterra,* Josef Skvorecki, *El ingeniero de almas*, y el muy supervalorado Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser.*

Serbia: Ivo Andric, *Un puente sobre el Drina,* Milos Cernianski, *Migraciones;* Danilo Kis, *La enciclopedia de los muertos;* Mesa Selimovic, *El derviche y la muerte.*

Albania. El profundo y variado Ismail Kadaré, *El general del ejército muerto.*

Hungría. El premio Nobel de 2002, Imre Kertész, *Sin destino*, *Yo, otro*; *Diario de la galera*; Géza Ottlik, *Una escuela en la frontera;* Dezso Kosztolányi, (m. 1936), *La cometa dorada;* Ferenc Molnar (m. 1952), *Los muchachos de la calle Pál;* Péter Esterházy, *El libro de Hrabal;* Milan Füst, *Historia de mi mujer;* Gyula Krúdy, *La carroza carmesí*; Tibor Déry, *Querido suegro*; Frygyes Karinthy, *Viaje alrededor de mi cráneo;* György Konrad, *El cómplice.*

Rumania. Mircea Eliade, *Medianoche en Serampor;* Liviu Rebrenau, *El bosque de los ahorcados.*

CUARTA PARTE

LAS RAZONES DEL ESPÍRITU

Hemos recorrido, aunque sea a grandes pasos, la historia de Europa y de su cultura. Los hechos están ahí: la cultura de Europa, hasta bien entrado el siglo XIX, mantiene su impronta primordial, que es cristiana. Igualmente cierto es que en los siglos XIX y XX se produce una crisis, un alejamiento, una ruptura, más en las elites que en el pueblo. Es tiempo de intentar una aproximación a lo que sería un balance de la reciente historia espiritual europea, de los cambios que se registran en los siglos XIX y XX y de las perspectivas que pueden darse en este siglo XXI.

El mapa político

Se puede contar ya con los 30 países que dibujarán la Unión Europea en los próximos decenios, agrupados según diversos criterios: a) los países que se asoman al Mediterráneo*: España, Francia, Italia, Grecia, Chipre y Malta*, a los que puede añadirse *Portugal*, aunque dé al Atlántico (se asoman también otros pero están a la vez en otro ámbito cultural más relevante); b) *Reino Unido e Irlanda*, dos países siempre relacionados a pesar de todo; c) países escandinavos (*Dinamarca, Suecia*, con la incomprensible ausencia de Noruega); d) países bálticos (*Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia*); e) el

Benelux (*Holanda, Bélgica, Luxemburgo*); f) lo que puede llamarse Macizo Central (*Alemania, Austria, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Polonia*); g) los países balcánicos (*Eslovenia, Croacia, Rumanía, Bulgaria*). Más problemático es el caso de *Turquía*, que encuentra fuerte oposición en algunos países, como Francia, y es una de las razones que se esgrimieron para explicar el no de Francia en el referéndum de 2005, para la ratificación de la Constitución Europea.

Quedarán por ahora fuera de la Unión: *Rusia* y tres países muy unidos históricamente a ella, como *Bielorús, Ucrania* y *Moldavia*; otros países balcánicos, procedentes de la desintegración yugoslava, como *Serbia/Montenegro, Bosnia/Herzegovina* y *Macedonia*: países pequeños, en extensión o al menos en número de habitantes, que prefieren mantenerse al margen, como *Islandia, Suiza* (aunque este país ha iniciado un notable acercamiento), *Noruega;* o tienen más dificultades en la integración, como *Albania.* Finalmente, Estados singulares como *Andorra, Liechtenstein, Mónaco, San Marino* y el *Estado del Vaticano.*

Incluso en el resumen de los capítulos anteriores se puede entender que la realidad histórica europea ha sido plural y con frecuencia contradictoria. La complejidad que ya se anuncia en el nombre —el de una princesa fenicia— y que está siempre presente en la imprecisión de las fronteras del este, se ha dado también en las culturas.

Se han registrado continuas divisiones y enfrentamientos políticos, generales y regionales. De un país contra otro y, dentro de los mismos países, oposiciones regionales o nacionalistas. Por no hablar de la diversidad de lenguas. Estados Unidos se entiende en una sola lengua, el inglés. Con dos más, el español y el portugués, puede cualquier americano pasearse por todo el Continente. La Europa de los 25 tiene que entenderse en inglés, francés, alemán, español, italiano, portugués, griego, holandés, danés, sueco, finlandés, letón, estonio, lituano, húngaro, esloveno, checo, eslovaco, polaco... Y pronto en croata, rumano, búlgaro y, por qué no, galés, catalán/valenciano, vasco, gallego, tzingaro...

Ante tanta natural y cultural diversidad, en Europa se entiende que hay que primar lo común. Para eso se ha ido construyendo una realidad económica y social de eliminación de aduanas, de mercado único, de libre circulación de personas y mercancías, de moneda única, de un Banco europeo, de un Gobierno común, de un Parlamento común y, últimamente, de una Constitución europea, todavía de incierto futuro.

La unidad se ha basado en criterios económicos, materiales, pragmáticos, utilitarios, que funcionan, porque lo económico es básico. Es hora de preguntarse por ese *suplemento de alma*, del que hablaba André Malraux, y no precisamente desde una perspectiva directamente cristiana.

A la búsqueda del alma perdida

Más allá de Europa

El salto que tuvo que dar el cristianismo, al nacer en un ambiente tan voluntariamente localista como la cultura judía, sitúa la nueva fe en un plano distinto, revolucionario. En el Sermón de la Montaña, Cristo, sin anular la revelación anterior para un pueblo, la perfeccionaba y ampliaba a todos los pueblos. A pesar de ser perseguido por los jefes políticos de la época, el cristianismo de los primeros siglos se encontraba a gusto en la ecumené que representaba la civilización greco-romana.

Los datos existentes sobre la predicación de los primeros misioneros cristianos hablan del cumplimiento del «id y enseñad a todas las gentes» (Mateo 28, 19). Se llega a gran parte de Europa, a varios sitios de África, a una buena parte de Asia, hasta la India. La iglesia cristiana no se consideraba limitada a su primera extensión, la del imperio romano. Se llama *católica*, que quiere decir *universal*. Cuando se descubre un Nuevo Mundo, en el siglo XV, lo inmediato es extender la fe católica. A eso se debe que hoy el conjunto de América latina, tenga el corazón más cristiano que Europa, menos suspicacias y timidez a la hora de declararse creyente.

Si Europa le diese la espalda, no le pasaría nada a una religión universal como la cristiana, que se encuentra a gusto en centenares de culturas diversas, en los cinco continentes, en más de un centenar de países de mayoría cristiana (de los 200 existentes). Si Europa se convirtiera (si no lo es ya) en tierra de misión y los misioneros tuvieran que venir de América, África y Asia, no ocurriría nada extraordinario. El cristianismo enseñó, cuando esto era inaudito, que nadie es más que nadie. Los sacerdotes de otros continentes serán legítimos moradores de las catedrales medievales, barrocas o neoclásicas.

No es cristiano limitar la fe cristiana a localismos, tergiversaciones nacionalistas o simple tradición cultural de un pueblo. Lo revolucionario de la fe cristiana es que no es una religión estatal, ni étnica, ni política. Puede parecer *locura* o *escándalo*, como escribió San Pablo, pero como fe sobrenatural no depende del apoyo de la política.

La ingratitud de Europa

Hechos: los tres políticos que impulsaron fuertemente los inicios de la unidad europea, el alemán Conrad Adenauer, el francés Robert Schuman y el italiano Alcide De Gasperi, eran católicos practicantes. No entendían a Europa simplemente como una unidad económica o política carente de aliento espiritual.

Hechos: en los primeros años de este siglo XXI, las autoridades de la Unión Europea, al redactar el texto de la Constitución, sin ni siquiera sondear antes la opinión del pueblo, tuvieron un gesto de ingratitud con los muchos millones de creyentes europeos, desde el siglo I a hoy: no mencionar la fe cristiana. Ni de paso, ni siquiera por su rastro en la historia del Continente, definitivo y claro hasta finales del siglo XVIII y problemático pero real, después. La Constitución Europea parecía de un territorio extraterrestre, donde no estaban los mártires y los papas desde el siglo I; ni decenas de miles de monjes transmitiendo al futuro la cultura del pasado; ni las

universidades; ni las catedrales y los monasterios que pueblan Europa; ni santos como Francisco de Asís, precursor de cualquier inteligente y lúcido ecologismo; Esteban, rey de Hungría, de ese país baluarte de Europa; Alfredo, rey de Inglaterra; Teresa de Jesús, de entrañable humanidad, para quien Dios andaba también en los pucheros; Cirilo y Metodio, padres de Oriente; Wenceslao, rey checo; Tomás de Aquino, honra de la inteligencia, Juan de la Cruz, alma de la poesía, Francisco Javier, descubridor de mundos, y varios miles más. No se acordaron de los escritos místicos de católicos, ortodoxos y protestantes. Ni de casi toda la pintura y el arte y la música de más de diecisiete siglos. Ni, antes que nada, de centenares de millones de gente común, desde el siglo I a hoy, que han puesto en la fe cristiana su esperanza. Se pudo ver a un político de no muy glorioso pasado como Giscard d'Estaing argumentar con sosfismas para justificar una ausencia que clamaba, si no al cielo, que no tiene necesidad de políticos, sí a la historia.

Para mayor ironía, la Constitucion Europea fue firmada, el 29 de octubre de 2004, en Roma, en el Campidoglio, un palacio construido por iniciativa de los papas, y en una sala presidida por una barroca imagen de Inocencio X, el pontífice retratado por Velázquez.

La reciente ingratitud hacia lo cristiano, por parte de algunos políticos europeos, se notará más al contrastarla con opiniones de autores no cristianos y de indudable relieve cultural. El primero es el novelista Stendhal (1783-1842), pseudónimo de Henry Beyle. En su *Paseos por Roma*, de 1832, escribe: «Si los papas no hubieran vuelto de Aviñón, si la Roma de los curas no hubiera sido construida a expensas de la Roma antigua, tendríamos más monumentos de los romanos, pero, la religión cristiana no hubiera hecho una alianza tan íntima con lo *bello (...)* Nosotros mismos, hijos de cristianos, seríamos menos sensibles a lo *bello*. Tal vez a los seis años ya haya oído hablar con admiración de San Pedro de Roma».

Se refiere luego a esa basílica como «la iglesia más hermosa de la religión más hermosa del mundo». Y en otra ocasión:

«Se empuja con esfuerzo una gran puerta repujada de cuero y henos aquí, en San Pedro. Se ha de adorar a una religión que produce semejantes cosas. Nada en el mundo puede compararse con el interior de San Pedro».

El segundo testimonio es de Goethe, uno de los grandes escritores de todos los tiempos. Bautizado como protestante, era, si acaso, deísta. En una carta desde Roma, el 22 de marzo de 1788, luego incluida en el *Viaje a Italia*, cuya edición definitiva, ya muerto el autor, es de 1886, escribe: «En las ceremonias papales, especialmente en la Capilla Sixtina, todo lo que, en los ritos católicos me suele chocar, sucede en un marco de extraordinario buen gusto y de perfecta dignidad: así puede ser sólo allí, donde, desde hace siglos, todas las artes están a disposición».

Creencia e ideologías

En la actual construcción de Europa no se ha entendido que, supuesto un necesario *primum vivere,* lo que en definitiva sirve de aglutinante es una creencia. No cualquier cosa es creencia. Una visión racional de las ventajas económicas de la unión no es una creencia, sino un cálculo. La creencia, sin ser antirracional, va más allá de la razón, es algo más radical, en gran parte emocional, pero también histórico.

Fue precisamente hacia finales del XVIII y a lo largo del XIX y del XX cuando algunas ideologías intentaron sustituir las creencias. Primero fue la Ilustración o las ilustraciones, porque hubo una deísta (Voltaire) y otra materialista (Diderot, Holbach), además de otras en armonía con la fe religiosa. Después, el liberalismo económico, que trató de compaginar esa ideología con una raquítica visión democrática. Más tarde, los distintos socialismos, casi todos cargados de tintes mesiánicos secularizados, también el de Marx, que no en vano se forjó de joven en la afirmación de que «el hombre es para el hombre el ser supremo». A la vez, los diversos anarquismos. Y, ya en el siglo XX, el comunismo soviético, el fascismo italiano y el nazismo alemán.

Basta evocar mentalmente realidades como el soviético «culto a la personalidad», los solemnes desfiles hitlerianos y la teatral parafernalia mussoliniana para darse cuenta de que esas ideologías se presentaban a la vez como creencias y como liturgias, exigiendo una adhesión total y la rendición de la inteligencia. Pues bien: en el siglo XX ha quedado demostrado que una *ideología no debe funcionar como creencia* y que, cuando lo hace, suele llenar la tierra de víctimas inocentes. (Antes había quedado claro que *una creencia no debe funcionar como ideología*, y que, cuando lo ha hecho, también aparecen víctimas inocentes).

Una creencia, en sentido propio, sólo puede ser religiosa, es decir, hacer referencia a Alguien por encima de la historia. Alguien para quien todos los hombres son igualmente dignos, porque todos son criaturas, hijos, y, en cuanto tal, nadie es más que nadie. Alguien a quien siempre se puede acudir, tanto en la felicidad como en la tristeza, en la prosperidad como en la carencia. Si alguna vez las adherencias ideológicas pudieron empañar la natural pureza de la fe cristiana, ya no es el caso desde hace mucho tiempo. Precisamente por la pluralidad social e ideológica, por la casi siempre respetada vigencia de los derechos humanos, la inspiración cristiana en Europa no debería ser factor de división, sino de unidad y de comunidad.

El panorama intelectual

Cualquier análisis del panorama intelectual dominante hoy, alérgico a una fuerte vivencia cristiana, ha de partir una vez más de la experiencia de la Ilustración, al menos de cierta Ilustración, la más favorecida mediáticamente incluso hoy. En esencia fue una activa campaña intelectual contra cualquier religión revelada y a favor, si acaso, de una religión en los límites de la simple razón, como escribía por esa época Kant, aunque él compaginara esa postura con un acusado pietismo luterano. En *El pensamiento europeo en*

el siglo XVIII, Paul Hazard escribe: «El siglo XVIII no se contentó con una Reforma; lo que quiso abatir fue la cruz; lo que quiso borrar fue la idea de una comunicación de Dios con el hombre, de una revelación; lo que quiso destruir fue una concepción religiosa de la vida». En realidad, una ofensiva tan en regla no ocupa más que el último tercio del XVIII y, por supuesto, había mucho más en ese siglo, que en sus postrimerías ya es pre-romántico. Pero Hazard tiene razón en señalar la suficiencia con que algunos, para dar con el, según ellos, verdadero hombre natural y feliz, afirmaban que la religión era un estorbo. Diderot escribía: «Sin la religión, seríamos un poco más alegres».

Lo normal, en una primera etapa, no fue atacar directamente la religión, sino afirmar que tendría que ser purificada; y el criterio para esa purificación sería lo natural, lo racional, lo humano. Decía Helvétius (m. 1771), en el famoso *De l'homme*: «Lejos de combatirlo, que la religión fortalezca en el hombre el apego a las cosas humanas». Pero enseguida vinieron ataques como los del barón Paul-Henri Dietrich Holbach (m. 1789). Su principal obra, *Sobre la naturaleza, sobre las leyes del mundo físico y del mundo moral,* fue publicada en 1770 con pseudónimo. Sin ningún tipo de reserva se afirma en esta obra que cualquier religión, como nacida de la ignorancia, corrompe a la humanidad y ha de ser sustituida (aunque advierte que las masas no serán capaces de esto) por la reforma de las costumbres y la difusión de las luces. Holbach fue tan lejos que Voltaire lo criticó en el artículo *Dios* de la *Enciclopedia.* Goethe escribió que *Sobre la Naturaleza* era una obra «tenebrosa y cadavérica». Prueba del estilo de ese libro son párrafos como «la Naturaleza es desconocida por la religión, monstruo alumbrado por la melancolía o la imaginación en desorden que se complace en combatir la Naturaleza. Quiere destruir su imperio un Dios salvaje, tirano del género humano.»

A pesar de los reiterados *¡Aplastad a la infame!,* de Voltaire, refiriéndose a la religión revelada y, muy en especial, al catolicismo, esa labor de zapa no caló en la mayoría de la

población como, después de la marea revolucionaria, comprobó Napoleón, que no dudó en firmar un concordato con la Santa Sede.

A partir del segundo tercio del siglo XIX los brotes de irreligiosidad y de ataques a la fe surgen principalmente en Alemania, aunque con el procedimiento de vaciar la religión desde dentro, algo que, a su modo, comenzó el filósofo Hegel (m. 1831) y continuaron los llamados *jóvenes hegelianos*. En la *izquierda hegeliana* están, entre otros, David Strauss, cuya *Vida de Jesús*, de 1835, era un alegato contra la divinidad de Cristo. Y, especialmente, Ludwig Feuerbach, quien en *La esencia del cristianismo*, de 1841, sostenía la tesis resumida en la frase «el secreto de la teología es la antropología», es decir, la religión no es otra cosa que una sublimación de la Humanidad. Para Feuerbach, «el hombre es para el hombre el ser supremo», frase que el joven Marx hará suya. Engels escribirá más tarde refiriéndose a esta época: «De golpe *La esencia del cristianismo* redujo a polvo la contradicción volviendo a colocar sobre el trono, sin preámbulos, al materialismo. Hace falta haber experimentado directamente la acción liberadora de este libro, para hacernos una idea de él. El entusiasmo fue general. En un momento todos fuimos feuerbachianos». De este círculo de los jóvenes hegelianos saldrá tanto el ácrata individualista Max Steiner (*El único y su propiedad*), como los hermanos Bauer, a los que Marx critica despiadadamente en *La Sagrada Familia*, pues considera que, aún siendo ateos, siguen siendo idealistas, es decir, *religiosos*.

En muchos sentidos, 1859 puede considerarse un año decisivo en el arranque de la descristianización de una parte de la Europa intelectual y científica. De ese año es *Contribución a la crítica de la economía política*, de Marx, en la que ya postula la tesis de que son los medios materiales de producción los que determinan la vida moral, artística, científica, religiosa. «No es la conciencia lo que determina la vida, sino que es la vida (material) lo que determina la conciencia». Es el primer fundamento de lo que se llamará

materialismo histórico o socialismo *científico* o (por Engels) materialismo dialéctico.

Ese mismo año Darwin publica *El origen de las especies*. Aunque en esa obra hay, al final, una vaga alusión a Dios, muchos la interpretaron como una no necesidad de Dios para explicar la aparición del hombre. El mismo Darwin parece abonar esa interpretación en la obra posterior, *La descendencia del hombre*. Hay discusiones, escándalos, polémicas en la prensa, bromas sobre el hombre y el mono... No costaba nada al conservadurismo capitalista abrazar lo de «la supervivencia de los más aptos por selección natural». También el sindicalismo de extracción socialdemócrata, socialista o comunista se sintió a gusto tanto con el naturalismo darwinista (o mejor, con el de algunos seguidores de Darwin, como Heribert Spenser) como con el materialismo histórico marxista y, en ese sentido, actuaron de forma decidida en la descristianización de millones de personas. Pero esas ideas tardarán en llegar a la mayoría de la población, a la que le seguía pareciendo más verdadero y más bello ver al hombre que sale de la mano de Dios, la oración más hermosa que la blasfemia y la bendición más humana que el odio.

El siglo XIX se descristianizó, a partir de los años sesenta, en una parte creciente de los intelectuales, como suma de muchas influencias. Además de la darwinista, ciertos socialismos y determinados liberalismos, hay que citar a Friedrich Nietszche. En realidad, se debería haber visto que sus diatribas incendiarias contra el cristianismo provenían de una extraña mezcla de odio y de amor. Y que Nietzsche atacaba sobre todo a lo que intentaba sustituir al cristianismo.

Para las *cabezas pensantes*, de pronto, la moda fue una especie de *descreída suficiencia*. A esto se puede añadir, en algunos países, una decidida tarea de lo que llamaban laicización, pero que en muchos casos era, simplemente, anticristianismo. En España se empieza a notar de forma expresa a partir de 1850 y se agudiza en la 1ª República. En Francia, de 1904 es la supresión de las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza; y de 1905 la revocación del concordato, aún vigente, que había

firmado Napoleón. En Alemania, la mal llamada *Kulturkampf*, «lucha por la cultura», de Bismarck era, además de un intento por consolidar el poder del *Canciller de hierro*, un ataque en toda regla contra las confesiones cristianas y sobre todo contra el catolicismo, acusado de aceptar influencias extranjeras, refiriéndose al Papa, un Papa ya sin poder político alguno y recluido en el Vaticano, con un estatuto precario.

Tuvo que transcurrir medio siglo de sostenida actividad escéptica, agnóstica o antirreligiosa, más fácil en una sociedad que ya estaba haciéndose a la producción en masa, para que, después del descalabro de la primera guerra mundial, mucha gente en Europa se encontrara carente de verdaderas energías espirituales y escogiera entre la pequeña tontería de un *carpe diem* de falda corta, pelo a lo *garçon* y charleston o la falsa fe en las ideologías totalitarias, que se presentaron enseguida como sucedáneos de las creencias.

Desde los años veinte del siglo XX, también algunas vanguardias, como tienen que ser iconoclastas casi por obligación, se declaran enemigas de la religión. El surrealismo de Bréton lo es de un modo militante. También lo son las que se consideran entonces vanguardias de la historia, el comunismo (con una cruenta persecución de cualquier fe religiosa) y el nazismo, que acude al paganismo de antiguos mitos germánicos pero, más que nada, al orgullo de una presunta raza superior. Menos se nota en el fascismo mussoliniano, en parte porque el pueblo italiano, más pragmático y acostumbrado a todo, tenía un mayor sentido del ridículo. Pero no se puede desconocer el poder de una actuación masiva de reeducación de las masas, empezando por los niños y jóvenes, durante 90 años en la URSS, casi veinte en Italia y casi quince en Alemania. La URSS fomentó desde los años veinte la aparición de partidos comunistas (a veces desgajados de los socialistas) en muchos países europeos, principalmente en Italia, Francia, España, Bélgica, Grecia, Alemania, Austria, Hungría, Serbia... Esos partidos fueron, algunos durante más de cuarenta años, correa de transmisión de la propaganda antirreligiosa soviética.

Ésta es la situación europea, en el periodo crucial que va de 1918 a 1939, el de entreguerra: en los países totalitarios (URSS, Italia, Alemania) largos años de indoctrinación antirreligiosa, de ateísmo forzoso o de educación en un paganismo de nuevo diseño, presentado además como lo joven, lo fuerte, lo bello, lo moderno, lo revolucionario. En los países no totalitarios, tampoco se hacía mucho, para una defensa moral y espiritual de la cultura europea. Son, sin más, temas de los que se deja de hablar.

Después del desastre de la segunda guerra mundial se pone de moda en algunos países europeos, sobre todo en Francia, una variante popular del existencialismo filosófico que había tenido en el filonazi Heidegger su mayor expresión, con aquello del hombre como «ser para la muerte». Los juegos más o menos estéticos con la muerte es un tema de la decadencia europea, como en aquello de «soy un novio de la muerte» del himno de la Legión o el «¡Viva la muerte!», del general Millán Astray. El existencialismo práctico era una moda de desesperación y de trágico morbo, una especie de amargado *carpe diem*, y Juliette Greco cantando *Las hojas muertas*. El comunismo soviético cada vez conquista a más intelectuales, desde los surrealistas a Jean Paul Sartre (que lo abandonaría después), para seguir casi hasta los años ochenta, con personajes como Louis Althusser o Michel Foucault. Todo se explicaba, en muchas universidades —donde a su vez se formaban los profesores del resto de los niveles de la enseñanza— en clave marxista, de materialismo histórico: historia, economía, sociología, psicología, antropología, lingüística, filología, teoría de la arquitectura, estética, historia del arte... Todas esas explicaciones tenían al ateísmo como presupuesto inicial.

Hacia finales de los sesenta, coincidiendo con las agitaciones estudiantiles, se difundió bastante, como una ideología casi *prêt à porter*, una mezcla de Marx (pero un Marx sin los soviéticos) y Freud, a los que se hacía coincidir, *in vitro,* en la defensa de una genérica liberación sexual y una socialización del placer. Eso predicaba el alemán trasplantado en California, Herbert Marcuse, hoy olvidado. Más que combatir la religión,

se derivaba a las generaciones jóvenes hacia el uso sexual promiscuo, la experimentación de la droga y el aturdimiento de cierta música (de lo peor del rock, que había dado tantas creaciones de calidad). Estaba claro que la dedicación o el enganche en cualquiera, en varios o en todos esos *paraísos* era incompatible con la sinceridad de una fe religiosa. Llegados los setenta y tantos, esa moda da un giro hacia lo *punk*, lo voluntariamente cutre, la aceptada falta de calidad, el vale todo... El comunismo había perdido mucho de su prestigio cultural desde finales de los setenta. Intentó, por ejemplo en Italia, limpiarse la cara con el llamado *eurocomunismo*, pero nada de eso resistió a la *debacle* que ya se estaba preparando. Se había entrado en la postmodernidad.

El panorama científico

Han sido principalmente determinados intelectuales los que han promocionado el tópico de que la ciencia moderna, pero de modo especial a partir del XIX, se hace incompatible con la religión. Pero si se recorre la historia de la ciencia en los dos últimos siglos transcurridos, se verá que, salvo el aprovechamiento del darwinismo (en lo que Darwin poco tuvo que ver), no hay por parte de la mayoría de los científicos oposición a la religión. Normalmente, en la casi totalidad de los casos, se dedican a trabajar en lo propio, sin invadir otros ámbitos. Esto es así en casi todos los grandes científicos del XIX[1] como en los

[1] Entre otros muchos científicos europeos, Rudolph Virchow, Walter Fleming, Santiago Ramón y Cajal, Hermann von Helmholtz, Claude Bernard, Michel Faraday, Joseph Gay-Lussac, Justus Liebig, John Dalton, Joseph Louis Proust, Dmitri Mendeleiev, James Maxwell. Lord Kelvin, Karl Friedrich Gauss, Wilhelm Roetgen, Henri Poincaré, el matrimonio Curie, Ernest Rutherford, Gustav Robert Kirchhoff, Wilhelm Bunsen, Evariste Galois, George Cantor.

del XX[2]. Pero, además, no son pocos los casos de científicos que personalmente son creyentes. Muy conocido es el caso de Louis Pasteur, m. 1895, que en 1885 dio con la vacuna contra la rabia, como antes había dado paso a la curación de enfermedades infecciosas, gracias a la bacteriología. Por su parte, el monje Gregor Mendel (m. 1884), había puesto las bases de lo que, a partir del siglo XX, sería la genética. En el siglo XX, el sacerdote belga, George Lemaitre (m. 1966), es también uno de los mejores físicos teóricos de su tiempo.

El siglo XX fue, en la ciencia, menos ideológico que el XIX. Si se observan bien, los grandes descubrimientos científicos del siglo XX traen paradójicamente consecuencias tecnológicas muy prácticas —desde el transistor a la televisión, del microondas al teléfono móvil, del GPS al ordenador— a la vez que se ven afectados por una notable incertidumbre (por utilizar el término de Heisenberg). La materia es discreta, *cuanta,* se presenta como onda o como corpúsculo y no es medible sin que se note la influencia de la misma medición; el universo se expande; el tiempo es relativo a la posición del observador... No es tiempo de mecanicismo, de univocidades ideológicas... Todo está abierto, sin que esa apertura signifique que peligren la precisión o la exactitud.

Si la misma realidad material está abierta, *tiene flecos*, se puede suponer que mucho más abierta queda la vida del espíritu, y la vida de las emociones, y de los sentimientos. No es tiempo de exclusiones ni de exclusivismos. Pero, contradictoriamente, algunos intelectuales, que no científicos, no

---

[2] Citando sólo a los europeos, Albert Einstein, Max Planck, Louis de Broglie, Hans Geiger, Niels Bohr, Werner Heisenberg, Pascual Jordan, Ervin Schröndiger, Paul Dirac, Enrico Fermi, Otto Hahn, Fritz Strassmann, Max Born, Robert Oppenheimer, Alfred Wegener, Kurt Gödel, Alan Turing, Archibald Edgard Garrow, Willian Batesoi, Hans Krebs... Es conocido que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la superioridad científica de los Estados Unidos sobre Europa —gracias a la fuga de muchos cerebros europeos— es aplastante.

excluyen nada, salvo la religión. Todo vale, pero no la fe. A no ser una fe que esté de acuerdo en que todo vale...

El panorama religioso

A partir del final del siglo XIX y durante todo el XX las tres ramas del cristianismo en Europa, y en especial el catolicismo, hicieron mucho por animar espiritualmente los tiempos, a pesar de la gravedad de las situaciones. A la vez, hasta mediados del siglo XX, el catolicismo parecía una ciudadela arrocada en lo alto, sin mezclarse con el resto del mundo, pero también sin ser contaminada por él. Algo quizá explicable, pero alejado de la inspiración evangélica, que no es de retirada sino de avance. No fortaleza, sino levadura.

Vino entonces, desde 1959, aunque existieran precedentes importantes desde muchos decenios antes, un cambio decisivo de orientación: el anuncio de nuevos tiempos, primero en la misma persona de Juan XXIII —en su tono, en su acercamiento a los demás— y luego en la convocatoria de un nuevo concilio, después de casi un siglo sin esa experiencia.

El Concilio Vaticano II (1962-1965), inaugurado por Juan XXIII y clausurado por Pablo VI, se presentó, precisamente, como renovación de la Iglesia, diálogo con un mundo transformado, fortalecimiento de la cultura cristiana de sacerdotes y seglares, y todo en un clima de conciliación y no de condena. Estaba claro que, de las dos líneas que, desde el siglo XVIII, se habían mantenido en los decisivos ambientes de la Curia Romana, la intransigente y la conciliadora, triunfaba finalmente esta última. Esta conciliación no quería decir que la Iglesia *rebajase* ni las verdades de fe ni las normas morales que tenía en depósito.

Entre 1962 y 1974 (crisis del petróleo), el post-concilio *coincidió* con la crisis cultural general y occidental de los sesenta y todo unido facilitó las pretensiones de grupos minoritarios —aunque a veces escudados en la autoridad clerical— que, en la Iglesia católica, querían hacer su propia reforma:

reconsideración de la Eucaristía, supresión del celibato sacerdotal, ordenación de mujeres, eliminación del culto a los santos, transformación de la liturgia en un sentido casi calvinista... Eran, casi siempre, improvisados teólogos; o teólogos de toda la vida pero que de pronto se despertaban creyéndose Lutero. Eran minorías que se imaginaban una Iglesia a su gusto, muchas veces de cenáculo; pero que con frecuencia tenían el apoyo de grupos mediáticos y, de este modo, lo que era una singularidad se convertía en una «reivindicación histórica». El pueblo, acostumbrado a seguir lo que decía el cura, se preguntaba si todo estaba cambiando; quién mandaba; por qué aquel cura, que tanto mandaba, no obedecía... Consecuencia de esa crisis de los sesenta y de estos intervalos de cómoda iconoclastia —porque la autoridad jerárquica a veces callaba o miraba para otro lado— fue el espectacular descenso de las vocaciones sacerdotales y, más aún, de las de religiosos y religiosas. Algunas congregaciones dedicadas desde hacía más de un siglo a la enseñanza, mantenían los colegios, pero con un profesorado seglar, porque se habían quedado sin vocaciones.

Ahora, con la perspectiva, se sabe que no fue una crisis de larga duración, pero no se puede, en aras de una supuesta reverencia con la Iglesia, desconocer su gravedad. Muchos de los tradicionales enemigos del cristianismo se dieron cuenta de que, en lugar de atacar ellos directamente (en la nueva cultura el ataque directo no queda bien), era más eficaz apoyar a estos «reformadores» que trabajaban en el interior de las estructuras eclesiásticas. Así se explica que, hasta hoy, si se trata un tema religioso en una cadena de televisión, los supuestos *expertos*, en proporción abrumadora, no dejan de repetir los tópicos de los años sesenta y setenta. Y es que, envejecidos —los expertos y los tópicos— son los mismos que en los años setenta.

Coincidiendo con el inicio del pontificado de Juan Pablo II, la tormenta post-conciliar amainó. Pero no se recuperó una actitud de legítima defensa de lo cristiano frente a continuos y repetidos ataques mediáticos o políticos (o la combinación de

los dos), sino un resignado seguir con lo de siempre. Se podría decir que casi todo el trabajo recaía personalmente en el Papa, no siempre seguido con un ímpetu al menos parecido por un episcopado a veces muy influido por las circunstancias de cada país o por el resto del clero, en gran parte envejecido. Ese mérito personal le fue reconocido por el mundo entero cuando, en abril de 2005, fallecía el Papa, después de años de enfermedades, llevadas con dignidad humana y sentido de la fe y de la esperanza.

Tanto en países de religión ortodoxa como católica o protestante, en Europa, la práctica religiosa entre la población joven se reduce a una minoría que, puede estar en torno al diez por ciento. Es verdad que conforme esa población joven avanza en edad se reconcilia, en parte, con la práctica que se había iniciado en la niñez. Si no fuera así, las iglesias o templos se hubieran vaciado completamente a lo largo del siglo XX, cosa que no ha ocurrido.

Ni derrotismo ni eurocentrismo

Se ha acusado a veces a la cultura europea de ser *eurocentrista*, es decir, de pensarse superior a las demás culturas y, por eso, justificada para imponerse a ellas, por medio de la dominación, de lo que es ejemplo el colonialismo.

Hay que, decir, primero, que eso ha ocurrido, de un modo o de otro, a las culturas especialmente valiosas que se han dado en la historia. Es lo que hacen Egipto, el imperio persa, Grecia, Roma; pero también en China o en Japón se registra el mismo fenómeno —los extranjeros eran *demonios* aun antes de que fueran conocidos—; al igual que la cultura azteca en México o la inca en los países andinos... Las culturas con hallazgos importantes y con poder son naturalmente expansivas. No hace falta insistir en el caso del islam: el islamocentrismo data nada menos que del siglo VII, y no parece retroceder.

Limitando el análisis a Europa, esa mentalidad se daría, si acaso, a partir del siglo XV, desde el descubrimiento del

nuevo mundo. En cualquier caso, no puede haber un *eurocentrismo cristiano*, ya que el cristianismo se propone, desde el principio, como universal, para todos los pueblos. Eso no es una afirmación teórica, sino una realidad; el paulino «hacerse todo para todos» ha sido una constante en la historia del cristianismo. El cristianismo no implica una superioridad cultural, sino una comunidad universal de fe, donde nadie es más que nadie por razones de raza, color, trabajo, nacimiento o cultura. Tan santo como Luis rey de Francia o Tomás de Aquino, inteligencia superior, es San Martín de Porres, mulato, lego en un convento.

Es precisamente cuando Europa empieza a perder vigor en la fe cristiana cuando se hace eurocentrista, en el XIX, con esa extensa e intensa tarea de colonización (África, Asia) que era en realidad, con algunas importantes excepciones, un colonialismo explotador. El pecado europeo del siglo XIX es el colonialismo. El pecado europeo del siglo XX es el odio mutuo, que lleva a dos sangrientas guerras, en las que caen decenas de millones de inocentes.

Al salir de la segunda guerra mundial Europa puede darse cuenta de que es ridículo ser eurocéntrica, porque los *centros* ya no están en ella, sino en los Estados Unidos de América y en la URSS. Europa tiene que ser defendida con hombres y dinero norteamericanos para sobrevivir, reconstruirse y prosperar. Cuando por fin puede disfrutar de un bienestar análogo al del *amigo americano*, cuando la riqueza le permite jugar intelectualmente sin poner en peligro lo esencial económico, Europa empieza a ser derrotista, como una forma solapada de seguir siendo importante, como en los casos de histeria en los que se finge una enfermedad para llamar la atención. Europa se convierte en la portadora de la idea de que todas las culturas son igualmente buenas, de que somos uno más, de que no somos nadie para enseñar nada a nadie...

Ese derrotismo, real o fingido, es una nueva prueba de pobreza moral. Hay muchos valores culturales en el mundo, antiguo y actual: muchas músicas, muchas formas artísticas, muchas literaturas. Pero la cultura europea, desde Grecia a

hoy, es algo único. Los europeos podemos enseñar lo que se ha hecho en tantos siglos —aunque no se enseñe, ahí está—, y admirarnos nosotros mismos de la variedad, la inteligencia, el gusto, las ganas de innovar, la curiosidad incesante... También la antropología cultural, esa ciencia que busca con interés y cuidado conocer toda cultura, nació al fin y al cabo en Europa. La curiosidad del europeo se ve ya en el autor con el que empieza la historia, Herodoto.

Un pueblo cristiano

Hay que partir de los datos reales, no de las impresiones más o menos pesimistas. De los aproximadamente 800 millones de europeos, incluidos los rusos, porque no son asiáticos, al menos desde los Urales hacia el oeste, más de 700 son cristianos, si se descuentan los 20 millones de musulmanes y un amplio margen de ateos declarados. También según un cálculo aproximado, en Europa un 34% es católico, un 31% cristiano ortodoxo, un 20% protestante, un 5 % musulmán, quedando un amplio 10% para otras posibilidades, incluidas las personas ateas.

Una objeción inmediata es que una cosa es ser cristiano de bautismo y otra ser cristiano practicante. Sin duda, pero esa diferencia se ha dado siempre en la historia. Pensar en 700 millones de europeos cristianos (católicos, ortodoxos, protestantes) fervientes practicantes es una bella utopía. De lo que se trata no es de funcionar con una hipótesis de *creencia total*, sino con una hipótesis de *crecimiento en la creencia*. Normalmente se funciona con otra, la de *decaimiento progresivo de la creencia*. Pero ni la historia pasada ni los hechos recientes permiten avalarla.

Para empezar, distinguir. La crisis es más profunda en el protestantismo (luteranismo, calvinismo, anglicanismo) que entre los ortodoxos y los católicos, donde se ha dado tradicionalmente una devoción popular, con amplio arraigo, como el culto práctico, diario y amable a la Virgen María,

algo esencial para el futuro de la fe. El protestantismo, que en general es más crítico y más racionalista, con menos lugar para la emoción (salvo algunas excepciones donde, paradójicamente, la emoción lo es todo), ha sufrido más. Salvo en algunas confesiones minoritarias, el protestatismo oficial se ha plegado muy pronto a exigencias mediáticas, a racionalizaciones de la fe, a exigencias más propias de un humanitarismo no religioso que de la fidelidad a una fe sobrenatural.

Con todo, los lugares donde periódicamente acuden más los europeos de todas las edades y en toda la extensión del territorio son las iglesias. Aunque apenas se repare en eso, sábados y domingos, muchos millones de europeos, de este a oeste y de norte a sur, se reúnen para honrar a Dios en Cristo, rezan el padrenuestro y se nutren de la sabiduría de los Evangelios.

Cuando se encuentra el modo, culturalmente acertado, de transmitir valores religiosos no es infrecuente que manifestaciones de culto convoquen a cientos de miles cuando no a millones de personas: viajes del Papa, algunas romerías, como la del Rocío en España, viajes a Fátima, en Portugal o a Lourdes, en Francia o a Cestokowa, en Polonia, Loreto, en Italia, por citar sólo lo más conocido.

Eso, haciendo referencia a la cantidad. Pero en cuestiones de fe lo que importa es la calidad. Y, al menos por lo poco que estas cosas trascienden (porque su propia naturaleza les lleva a no hacerse publicidad), cabe pensar que hay muchas vidas santas entre los católicos, los ortodoxos y los protestantes de hoy mismo. Personas con un trato sencillo, interior y profundo con Dios, que se manifiesta en una vida de bien hacia los demás, en ámbitos más o menos amplios. Tanto en personas que viven en monasterios o en conventos o en diversos tipos de casas religiosas como entre quienes viven con su familia, en una vida de trabajo civil. Para entender esta realidad cristiana basta pensar en las antípodas de la mentalidad del récord Guinness. La mayoría de los cristianos de calidad ha sido siempre, y lo es ahora, una mayoría que no da voces, que no alardea de nada porque sus mejores pensamientos y deseos están en lo mejor del hombre, que es la unión con Dios.

En definitiva, la posible crisis cristiana de Europa no tiene como causa principal el venir a menos de la creencia del pueblo. Hay pueblo cristiano más que suficiente, en cantidad y calidad, para revigorizar este viejo continente.

La realidad mediática

Está muy extendido entre los cristianos, tanto dirigentes como pueblo, un cierto temor a enfrentarse, ni siquiera dialécticamente, con la opinión pública dominante en Europa desde los primeros decenios del siglo XX, una opinión que se expresa, y a veces se crea, en los medios de información y comunicación: prensa, radio, televisión, de modo especial esta última, porque acostumbra a «hablar» de todo sin ser invitada a hacerlo. Podría añadirse internet, pero, aparte de que internet es un cajón de sastre, es preciso buscarlo, no se impone solo.

Es conocido que la mayor modificación social de los tiempos recientes es la omnipresencia de los medios; estamos en una sociedad mediática, de información y de comunicación. Son los medios los que hacen de intermediarios de la realidad. Seleccionan, modifican, interpretan el gran caudal de lo que ocurre (hechos, ideas, creencias, modas...) y lo cuentan como si su selección e interpretación fueran la estricta realidad, sin más.

Si se repasa en Europa, desde el siglo XIX al XXI, la historia de la formación de la opinión pública y de sus medios, se comprobará que desde entonces hasta hoy los medios de mayor influencia y poder han estado en manos de grupos económicos y políticos nada favorables al cristianismo. No en el sentido de que no hicieran la apología de la fe cristiana (no hace falta que la hagan) sino en el sentido de que han difundido y defendido comportamientos y opiniones que están en estricta contradicción con la fe y con la moral cristianas, seleccionándolos como lo moderno, lo que se lleva, lo que hay que hacer.

Los medios se han convertido en los grandes deseducadores de un público de centenares de millones de europeos.

No han hecho sólo eso: también informar, entretener, divertir, transmitir acontecimientos importantes en el mundo cultural, deportivo, musical, artístico, religioso. Pero ese trabajo deseducador se ha dado y se da.

Como la mayoría de la gente tiende a creerse lo que se dice públicamente una y otra vez, los medios quizá no han acabado con la fe de muchos, pero ha acomplejado a esos muchos, haciéndoles pensar que *lo suyo* es algo peculiar, tradicional, personal, pero que los tiempos modernos *van por otro lado*: el origen del hombre explicado sólo por la ciencia darwinista, incompatibilidad entre ciencia y fe, dejar que la ciencia sea la última palabra sobre la manipulación de la herencia genética, interpretación de la religión según lo que pidan los tiempos en cada ocasión; y, en el ámbito moral, matrimonios de corta duración, «matrimonios» homosexuales, precocidad y desenfado sexual, utilidad del aborto, bondad de la eutanasia...

Esta especie de complejo se da más entre los católicos que entre los ortodoxos y los protestantes. En los ortodoxos existe una larga tradición de concordia con lo que decida la autoridad política; es la pervivencia del llamado cesaropapismo que, no se olvide, empezó en Oriente. Recuérdense los tiempos de dominio comunista sobre Rusia y los países colindantes, muchos de religión ortodoxa. Fue mucho mayor la persecución de la minoría católica que la de la mayoría ortodoxa.

Entre los protestantes se ha registrado, con más frecuencia e intensidad, el fenómeno de ceder ante las presiones de la opinión pública. De ahí, en general, la falta de nervio, al menos en Europa, de una gran parte de las confesiones protestantes mayoritarias, que han abandonado su antigua tradición profética de ir en contra de la corriente.

Esa situación del pueblo cristiano, ¿en qué medida es atribuible a sus dirigentes? En el caso de ortodoxos y protestantes, donde (salvo quizá en el anglicanismo) no existe una autoridad religiosa semejante en algo al papado del catolicismo, la comunidad cristiana está, en cierto modo, atomizada, siendo difícil una acción común. En el anglicanismo

existe una clara jerarquía, pero es esta jerarquía la que ha ido cediendo ante las presiones sociales y mediáticas.

Queda el catolicismo, la confesión religiosa con más fieles en Europa, y por su historia más fácil de sensibilizar y de movilizar. En cuanto al papado, no puede haber queja alguna de los que se han sucedido a lo largo de siglo XX hasta hoy. Juan XXIII supo, especialmente, reinstaurar unas vías de diálogo, de no enfrentamiento, de mutua comprensión. Pero, como demostración palpable de que ahí no estaba la esencia del problema, los medios dominantes no cambiaron hacia una actitud más comprensiva de la fe de la mayoría, sino hacia un aprovechamiento de ese *aggiornarsi* con los «tiempos modernos» para presionar a favor de soluciones no cristianas.

Durante Pablo VI, la apertura conciliar fue aprovechada por algunos, incluidos sacerdotes y hasta, excepcionalmente, algún obispo, para tergiversar la fe, la moral o la liturgia. Gran parte del esfuerzo de ese Papa fue el de contrarrestar, sin que pareciera una *censura* —los medios se alzarían unánimemente en contra—, esos ataques a la Iglesia desde el interior, lo que le llevó a decir que «el humo del infierno había penetrado dentro de la Iglesia». Aplaudido como *aperturista* por sectores interesados, fue silenciado y calumniado cuando en la encíclica *Humanae vitae*, se opuso a los contraceptivos orales para el control de la natalidad.

Juan Pablo II, como ya se vio, hizo todo lo que estaba de su parte para no ausentarse de los grandes acontecimientos del siglo (es opinión general su peso decisivo en la caída del comunismo); para ir a ver a la gente a sus lugares, por lejanos y recónditos que fuesen; para luchar a favor de la paz con una autoridad y una energía sin paralelo en el mundo; para clamar por una justicia social que, a pesar de la modernidad de los tiempos, brilla por su ausencia en la cuarta parte del mundo. Los medios dominantes, por todo esto, le llamaron, como un gran elogio, *aperturista en lo social*. Pero le tacharon de *conservador en lo moral*, por defender los principios constantes de la moral humana y cristiana y sus aplicaciones prácticas.

Su sucesor, Benedicto XVI, ha corrido la misma suerte. Para una opinión pública mediáticamente estereotipada sólo puede ser aprobado el Papa que diga siempre que sí a lo que exigen los actuales manipuladores de las ideas y de los comportamientos.

QUINTA PARTE

HACIA EL FUTURO

Hay en Europa un pueblo mayoritariamente creyente y sacerdotes y pastores que cumplen con su misión, de acuerdo con la tradición de sus iglesias. Pero, pese a esa mayoría de creyentes, las ideas y actitudes dominantes en la opinión pública van, a veces frontalmente, contra la creencia cristiana. Hoy no se lleva ya, como ocurrió en buena parte del XIX y del XX, atacar directamente la religión, porque no cuesta trabajo entender la libertad religiosa, la libertad de religión, como un derecho más en el Olimpo de los derechos humanos. Aunque también muchos pueden pensar que respetan la libertad religiosa, cuando, *a la vez*, van indirecta pero decididamente en contra de la creencia religiosa.

Esta esquizofrenia hace que todo sea compatible con todo (salvo algunos temas que son tabú para lo «políticamente correcto») y que, en consecuencia, falte muchas veces el nervio, no ya cristiano, sino de natural moralidad humana.

El futuro vendrá de todos modos, pero el cómo de ese futuro depende de las aportaciones concretas que se hagan desde ahora mismo. En lo que sigue se proponen algunas líneas posibles.

Las posibilidades políticas

Una respuesta que se ha dado con frecuencia para ayudar a la revitalización espiritual de Europa es la actividad política

directa, entre otras razones para compensar el laicismo, que es tendencia dominante en muchos partidos políticos de casi todos los países. El país de más acusado laicismo fue Francia, a partir de los últimos decenios del XIX. Luego se contagió a Bélgica, Holanda, Italia, España, Portugal, Irlanda, Alemania, Austria, Hungría, es decir a los países católicos o con una importante población católica. Como si fueran medidas políticas normales, se dieron y, en menor cuantía, aún se dan atentados a los derechos humanos y a la libertad de religión: suprimir la enseñanza de la religión, suprimir órdenes religiosas, expulsar a monjes, frailes y monjas, impedir a los católicos practicantes la intervención en política. Se notó menos, para los propios fieles, no para los creyentes de otras confesiones, en los países de cristianismo ortodoxo y en el Reino Unido donde, al fin y al cabo, el monarca es el jefe eclesiástico.

Lo ideal hubiese sido que, realizada la distinción y separación entre Iglesia y Estado, ningún partido fuera antirreligioso. De ese modo, los ciudadanos cristianos, como cualesquiera otros, podrían elegir partido político con arreglo a criterios políticos, de eficacia en la solución de los problemas sociales. Pero no era ésa la intención. Por eso no hay que extrañarse de que los cristianos, ante las medidas persecutorias, se unieran en partidos políticos más o menos confesionales. Sucedió en Alemania, en tiempos de Bismarck, con el *Zentrum*. Y en Italia, con el *Partito Popolare*, de Luigi Sturzo, antes y durante Mussolini. Pero se dio en casi toda Europa, sobre todo después de la segunda guerra mundial, con el nombre de *Democracia Cristiana* o algo equivalente. En Alemania, con Adenauer, sería el centro de la política. También en Italia, con De Gasperi y otros líderes posteriores. Y lo mismo en Bélgica, Holanda o Luxemburgo. No cuajó, en cambio, ni en Francia —salvo minoritariamente— ni en España y Portugal.

Con los cambios de costumbres y sensibilidades que se dieron en el último tercio del siglo XX algunos partidos demócratas cristianos, como el italiano, casi desaparecen y los demás evolucionan hacia un menor confesionalismo o la integración

con otras fuerzas, equiparándose a partidos de centro, si acaso con referencias ideales a un *humanismo cristiano*. Partidos de ese tipo los hay en España, Italia, Portugal, Francia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Alemania, Hungría, Austria, Irlanda, Polonia, Suecia, Noruega... y, en conjunto, forman mayoría en el Parlamento europeo. Pero también hay que decir que, por lo general, esos partidos no se caracterizan por una defensa decidida de los valores cristianos, sino por una política pragmática, en la que prima la conquista del poder. Los políticos de este centro más o menos inspirado en el *humanismo cristiano*, se parecen poco a Robert Schuman, Alcide De Gasperi o Conrad Adenauer. Son, es cierto, otros tiempos: más pragmáticos y bastante cínicos.

Promoción de la justicia social

Otra importante línea de revitalización espiritual ha sido acentuar la necesidad de una práctica justicia social, en contra del egoísmo colectivo de formas salvajes de capitalismo. Desde León XIII, con la encíclica *Rerum novarum*, de 1891, hay en la Iglesia una continuidad de doctrina social, expuesta clara y oportunamente: *Quadragessimo anno*, de Pío XI, *Pacem in terris*, de Juan XXIII, *Populorum progressio*, de Pablo VI, *Laborem exercens*, de Juan Pablo II, por citar sólo las principales sobre la cuestión social.

Es probable que una cosa fueran las encíclicas y otra la práctica, porque si muchos empresarios capitalistas pensaban que se podían saltar cualquier norma, no digamos los consejos pontificios. Cristianos que trabajaban en el mundo sindical podrían ver con desesperación cómo eminentes hombres políticos o destacados empresarios, públicamente amigos de la jerarquía eclesiástica, eran verdaderos «pecadores públicos» en el cumplimiento de elementales normas de justicia social. Por fortuna esos tiempos parecen haber pasado al menos como conducta extendida y hoy existe en toda Europa una legislación social y una seguridad social

que se ocupan de cada ciudadano, iguales en derechos, pese a los problemas eventuales, que nunca dejarán de presentarse y que, en cualquier caso, son menores que los de la mayoría de los habitantes del resto del mundo.

El trabajo de la inteligencia

También León XIII, con la *Aeterni Patris Filius,* de 1879, y la *Sapientiae christianae*, de 1890, inicia otra línea, de insistencia en una profundización de los estudios filosóficos y teológicos, en los peligros de una fe no suficientemente ilustrada. San Pío X promovió un *Catecismo*, que se difundió por el mundo a partir de 1912 y que sólo fue sustituido por el actual, *Catecismo de la Iglesia católica*, en tiempos de Juan Pablo II, y su *Compendio.*

Salvo en minorías, los europeos parecen haber perdido el gusto por algo esencial en cualquier cultura personal: el hábito de la lectura. El pasar los ojos por lo escrito pierde espacio y tiempo a favor del ver imágenes, casi siempre con el manido tópico de que «una imagen vale más que mil palabras», cuando todo depende de la calidad de cada cosa, y miles de imágenes no pueden nunca sustituir a «unas cuantas palabras verdaderas» (Machado). En lugar de ese paseo de los ojos por lo escrito, el tiempo se emplea en apretar un comando, en la televisión, el móvil, el ordenador, el DVD. El tiempo de la cultura dedicado casi por entero a los nuevos juguetes tecnológicos. Característica común a esos *juguetes* es que hay todo un contenido previo, que no se ha elegido (cosa obvia en la omnipresente televisión), y se está a merced de algo que han programado otros. Casi por definición la cultura que se transmite es de masas. Con lo que se pierden la originalidad, la diversidad y el sentido de la búsqueda personal.

Esta pasividad puede afectar también al modo de ser cristiano, que se contentaría con oír, con repetir determinados gestos, participar en un rito, pero sin la profundización de una asidua lectura de literatura espiritual, empezando

por las Escrituras por antomasia, el Viejo y, sobre todo, el Nuevo Testamento.

Los cristianos europeos de algunos de los grandes siglos medievales han sido criticados después por lo que injustamente se denomina «escolástica decadente». La escolástica, es decir, un determinado trabajo —minucioso, detallado— de la inteligencia en la profundización en la fe, duró al menos cuatro o cinco siglos y en ese largo espacio hubo de todo, pero lo más duradero y valioso fue un simultáneo amor a la fe y a la inteligencia: con la expresión famosa, «fides quaerens intellectum, intellectus quaerens fidem», la fe en busca de inteligencia, la inteligencia en busca de fe. Y la inteligencia es siempre algo personal.

El ámbito de la piedad

Desde principios del siglo XX se acentúa en la Iglesia la importancia del fortalecimiento de la piedad personal y de la colectiva, esto último con un mejor culto litúrgico. En este sentido, fue revolucionario, por parte de San Pío X, adelantar la Primera Comunión de los niños a una edad en la que ya tengan uso de razón, una medida que entró en vigor en 1910.

Las modas «comunitarias», que también fue una característica confusa de los años sesenta y setenta del pasado siglo («comunas hippies»), ponían en segundo lugar la piedad y la oración personales, con tópicos como la crítica a los llamados «cristianos islas». Tanto el sentido común como una elemental filosofía enseñan que las últimas y definitivas realidades son los individuos —esta nube, esta piedra, este árbol, este animal— y si se trata de la humanidad, las personas singulares y concretas. Las *realidades* sociales o comunitarias no se sostendrían sin el trabajo personal de una suma de miles, de millones de personas concretas. Por eso, cuanto mejor es cada persona concreta, mejor es la suma de las personas. Parece una verdad de

Perogrullo, y da casi vergüenza decir algo tan obvio, pero se tiende a olvidar y se llena el discurso de palabras colectivas que no significan nada. Se sabe por experiencia que cuando «todos responden» a veces no responde nadie. En cualquier grupo de personas, como se ve día a día en la familia, en la empresa, en cualquier organización, siempre hay gente que tira poco, gente que tira algo de vez en cuando y gente que tiene el mérito y la generosidad de tirar siempre; y eso se hace heroísmo cuando ni lo echa en cara ni presume de su comportamiento.

Hace falta insistir en que lo primero es siempre poner en orden la propia persona, porque, tratándose de religión, no puede significar otra cosa que una creciente unión *personal* con Dios, a través antes que nada del diálogo con Él, de la oración. Es sintomático que tengan buena prensa ejercicios de yoga, realidades más o menos esotéricas como «la meditación trascendental», el tai chi, el reiki y un sinfín de modalidades, casi siempre orientales, y que se hable tan poco de la oración personal del cristiano. Que se crea firmemente que el yoga va a traer la paz al espíritu, y que no se acuda a algo que ha estado y está siempre ahí, el hablar con Dios. El hombre es persona, como lo es Dios, y hay una distancia insalvable entre unirse con Alguien y unirse con un Algo, o un Todo que muchas veces resulta ser sólo un trasunto del propio yo.

Hay un algo artificial, de *bricolage mentalista* en ese intento de reducir la vida espiritual a un «hágalo usted mismo», cuando la lógica del amor tiene demostrado desde siempre que *la primera persona es el tú*, y, en el caso del creyente, el Tú que es Dios. La oración se parece más al amor que a cualquier otra realidad; no es cuestión de método, de respiración, de naturismo, sino de mirar a Otro y estar pendiente de Él. Es esa profunda nostalgia del tú la que San Juan de la Cruz evoca en su mejor poema: «Y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo, / y todos más me llagan, / y déjame muriendo/ un no sé qué que quedan balbuciendo».

La función de las organizaciones

Desde los inicios del siglo XX se multiplicaron tanto las nuevas congregaciones religiosas como los movimientos y asociaciones de fieles, con fines de crecimiento espiritual personal y también de asistencia social. Desde Pío XI se hizo hincapié en la Acción Católica, que agrupa a jóvenes y personas mayores, hombres y mujeres, como colaboradores del apostolado jerárquico de la Iglesia. Se quería movilizar a los laicos católicos, pero no como partido político, sino como un fermento apostólico dentro de la sociedad. La Acción Católica tuvo evoluciones distintas según los países; en unos se convirtió en antesala de la democracia cristiana; en otros marchó aparte y, en los tiempos más difíciles, se contagió a veces con alguna venatura socialista, cuando no marxista; en otros siguió fiel al primer diseño, aunque los efectivos, con el paso de los años, fueron disminuyendo.

Una de las principales tareas de las organizaciones religiosas, en un sentido amplio que incluye cualquier modo asociativo, es la del mantenimiento de la presencia cristiana: procurar que el pueblo cristiano tenga, mantenga y sostenga su relación con Dios, base y fundamento de cualquier otra cosa. Esa tarea es lo ordinario en los centenares de miles de parroquias europeas, sean católicas, ortodoxas o protestantes. Es lo que se encuentra el cristiano común cuando el domingo acude a misa o al servicio religioso. Es probable que la *gestión* de esta tarea básica sea a veces algo rutinario, poco decidido, con demasiada atención a la opinión pública dominante. En una época presuntamente científica y técnica, pero llena de prejuicios y cada vez más dada a prácticas irracionales, la predicación y otras formas de difusión de la fe deberían ser algo sereno, ferviente y lúcido, con razones y con convicciones. No seguir adelante como si no ocurriera nada. Es preciso describir la situación en su justa medida y proponer los medios, sobrenaturales y naturales, para remediarla. Ésta es la tarea primaria que, bien llevada, tendría repercusiones inmediatas en el clima religioso europeo.

La variedad de organizaciones con fines espirituales es inmensa, sobre todo en el catolicismo. Desde el monaquismo a órdenes y congregaciones a lo largo de los siglos, casi todos con una importante presencia también en los tiempos recientes.

En el siglo XX continúa esta muestra de vitalidad. Hoy está difundido por todo el mundo el *Opus Dei,* con unos 85.000 miembros. Fue fundado en 1928 por San Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975). Después de varias aprobaciones eclesiásticas, fue erigido en 1982 como prelatura personal, organización dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia y compuesta por sacerdotes y seglares con un fin específico. En el caso del *Opus Dei*, con una espiritualidad propia, ese fin es la búsqueda de la santidad en el propio trabajo, como cristianos corrientes, en cualquier lugar de la sociedad civil.

También del siglo XX son varios movimientos apostólicos, unas veces claramente diferenciados de las órdenes y congregaciones religiosas y otras en coordinación con ellas, todos con una tarea de revitalización de la práctica religiosa y de la misión cristiana. Se cuentan por centenares, algunos aún desarrollando la etapa inicial y otros consolidados en muchos países, de acuerdo con la naturaleza universal de la Iglesia. Así, por ejemplo, el movimiento de los *Focolares*, fundado en 1943 por la italiana Clara Lubich, reconocido en 1990 por el Vaticano como asociación de fieles, con una variedad de iniciativas. O la congregación de los *Legionarios de Cristo*, fundados en 1941 por el mexicano Marcial Maciel, que anima el movimiento de apostolado de los laicos, *Regnum Christi*. O *Comunión y Liberación*, una fundación de los años sesenta, iniciativa del sacerdote italiano Luigi Giussani, difundida hoy por casi ochenta países, con especial hincapié en una seria formación cultural humana y teológica de sus miembros. O el movimiento de *Renovación Carismática Católica*, grupos de oración y comunidades, sin una jerarquía interna, aunque animada desde el principio, en los años sesenta, por la norteamericana Patti Gallagher Mansfield. Fruto de la espontaneidad y del entusiasmo cristiano,

este movimiento se ha extendido también por muchos países. O el *Movimiento de Schoenstatt*, fundado en 1918 en Alemania, centrado en la Madre de Dios, venerada en numerosos santuarios que se convierten en centros de renovación de vida cristiana y de educación en la fe. O el *Camino Neocatecumenal,* fundado por el español José Gómez de Argüello en los años sesenta, que en más de cien países trabaja por la renovación espiritual de las parroquias, a través de pequeñas comunidades —más de 15.000 al principio del siglo XXI—, muy activas, animando también la creación de seminarios y promoviendo el trabajo de misiones, encomendadas muchas veces a familias enteras.

Cualquiera de éstas y otras muchas organizaciones religiosas cumple una función decisiva en la traducción práctica de la fe, atrayendo a los cristianos más activos, a quienes no se limitan a cumplir. Con ser tantas, no son aún suficientes. No sólo hay sitio para todos, sino que queda mucho espacio libre para trabajar.

Iniciativas personales

En el actual ambiente cultural europeo, donde la palabra más *sagrada* parece ser *pluralismo*, no resulta fácil la trascendencia pública de las organizaciones religiosas. Enseguida surge la acusación de *confesionalismo*, como si el laicismo no fuera también una estricta «confesión» de incredulidad. De ahí la importancia de las iniciativas personales, ciudadanas, civiles, respondiendo en primera persona y firmando con el propio nombre, de cristianos más convencidos de su fe que otros lo están de su agnosticismo, de su materialismo o de su cinismo.

Por todo lo anterior, es claro que las iniciativas cruciales no están tanto, como suele pensarse, en el ámbito de la política, donde, además, suele haber poco margen de actuación, sino en el de la opinión pública. En democracia es la opinión pública, *lo que piensa la gente*, lo que acaba prevaleciendo.

Se vota lo que se piensa. Es preciso crear productos mediáticos de calidad capaces de ganarse un público, que en gran parte es, al menos nominalmente, cristiano. Público que quizá abandonaría el fácil consumo de productos de prensa, radio o televisión que se caracterizan por una decidida oposición, no ya a determinadas ideas políticas (cada uno es libre de pensar lo que quiera en este ámbito) sino a lo fundamental cristiano. Ejemplos los hay continuamente: ataques velados al Papa, presentación deformada y calumniosa de las organizaciones religiosas, propaganda y promoción gratuitas (por ejemplo, en España) de cualquier otra religión que no sea el catolicismo...

Estas iniciativas personales son especialmente cruciales en aquellas personas que, por su profesión, tienen que tratar con grupos más o menos numerosos de personas y transmitirles algo: los profesionales de los medios de comunicación y los profesores en cualquier nivel de la enseñanza. Se comprende la importancia del tema de la enseñanza de la religión en los colegios, suponiendo que se cuenta con profesores que enseñan religión y no otra cosa. Una indeclinable exigencia del laicismo es que, en la escuela pública, no se ha de dar ningún contenido religioso. Se suele argumentar que eso se debe a la pluralidad existente de credos religiosos, pero la argumentación no se sostiene, porque el razonamiento legítimo debe llevar a defender el derecho de los creyentes de *cada credo* a recibir enseñanza de su *propia* religión. En la escuela pública se han de dar todas las enseñanzas útiles para el futuro ciudadano adulto: científica, literaria, social, viaria, sanitaria, higiénica, sexual, de la convivencia. ¿Por qué precisamente la única que se debe excluir es la religiosa? Todo lo beneficioso debe transmitirse en la educación escolar, en su nivel propio. Si no se quiere enseñar religión es quizá, y en realidad eso es el laicismo, porque se piensa que toda religión, cualquier religión es algo nocivo para el hombre. Ya se vio cómo esa idea aparece al final del XVIII. El laicismo nace de ahí, y con coherencia: si se sostiene que la religión es nociva, se trabajará, directa o indirectamente, a favor de su desaparición.

Existe una condición, que no es una profesión, y cuya importancia sumada es superior a cualquier otra influencia: la de madre o padre. Se puede decir que, además del querer de Dios, la persistencia de la creencia religiosa en Europa se debe, en grandísima parte, a la fe de las madres y al apoyo, menos visible, pero no menos real, de los padres. No tiene, por eso, nada de extraño que quienes tienen interés en descristianizar el mundo empiecen por presentar una imagen «moderna» de mujer (liberada de todo lo antiguo, promiscua, egocéntrica...) que dará como consecuencia, en la mayoría de los casos, una madre, sí, pero una de esas madres que ya no enseñan a rezar a los hijos. Gran error de estas madres, porque el amor a los padres encuentra su fundamento amplio y profundo en el amor a Dios.

EPÍLOGO

EL AIRE DE ESTE TIEMPO

Es probable que a una parte de los europeos no les importe que Europa no se caracterice ya por su temple cristiano. Pero es posible que la mayoría desee que ese nervio de lo cristiano esté más presente y se convierta, con la metáfora del Evangelio, en levadura en medio de la masa.

Estas tareas históricas de revitalización de una creencia no se dan sin esfuerzo. Hace falta una decidida actuación, constante y sostenida. Pero, además, y esto es hoy esencial, *hay que saber dar con el enfoque, la presentación, el estilo, el aire, el modo de estos tiempos.*

Siempre será un enigma cómo la forma (el enfoque, la presentación, el estilo, el tono, el aire, el modo...) influye en la transmisión de los contenidos. Un enigma porque ese tono, estilo, aire, modo es algo, en principio formal, neutro, y aparece como una obra común, anónima, y casi de repente. De un modo semejante a como cambia el tiempo climático, de pronto, el estilo, el tono, el modo, el aire de los tiempos históricos es *otro* y deja obsoletos estilos anteriores, de tal modo que, aunque los contenidos sean los mismos, transmitidos fuera del aire del tiempo, resultan casi *inaudibles.* Siento no poder ser más preciso pero es que ese *aire del tiempo* es algo tenue, aunque fuerte; impalpable a veces, pero resistente. No se aviene a explicaciones sólo racionales y ni siquiera a dilucidaciones históricas. Es la intuición la que sabe que ha cambiado el aire, el tono, el estilo...

La difusión y transmisión de los contenidos cristianos a lo largo de la historia europea es algo que se supo hacer, en cada época, aunque con sus más y sus menos, acertando casi siempre en el estilo, el tono, el aire, el modo... Cada época logró dar con los hombres y mujeres cristianos adecuados. San León Magno, el que detuvo a Atila, o Clodoveo o Recaredo eran forma y fondo de esa primera época medieval. Y lo mismo puede decirse de Carlomagno. O de los cruzados, lanzados a una empresa típica del estilo ya algo *renacentista* de la época. Los humanistas cristianos (Erasmo, Moro, Vives) son también una sola cosa con su tiempo. Como los artistas barrocos. Como los poetas románticos.

¿Dónde están los hombres y mujeres europeos consentáneos a nuestro tiempo? Pero, ¿cuál es el modo, el aire, el estilo de esta época en la que vivimos? *El estilo dominante es el de una generalizada ansia de bienestar material en paz, a cualquier precio, de ausencia de problemas por el procedimiento de no querer verlos.* El deseo de paz es algo constante y común en la humanidad, en cualquier época. Pero ahora el estilo es el disfrute en paz y con la mayor seguridad, del bienestar material. Es, en definitiva, un estilo muy en consonancia con la psicología de una población con importantes fallas en su renovación y, por eso, envejecida. En consecuencia, molestan el fanatismo, el belicismo y la intolerancia, pero no como consecuencia de una profundización en las ideas, sino en lo que tienen de estridentes y de causantes de problemas.

Una cosa es el estilo, el modo, el aire, y otra las acciones concretas, las influencias, la indoctrinación, las propagandas que se dan ahora como en cualquier otra época. Hay en Europa una intensa actividad de propaganda y difusión de ideologías y formas de pensar no cristianas que usan como vehículo el estilo actual, indirecto, de ansia de paz, de tolerancia. Si se responde a eso con un estilo directo, de cruzada, se les hace el favor de un gol en propia puerta, pues aprovecharán eso para «confirmarse» en la crítica, muy a favor de corriente, políticamente correcta, del «fanatismo confesional». Pero es que ponerse en contra del que está en contra (aunque lo disimule),

no sirve de mucho, además de no ser el estilo *pluralista* de esta época. Ese pluralismo es, muchas veces, un dato de hecho, pero, incluso cuando no lo es, el pluralismo se ve como ideal: de ahí la retórica en la defensa de todas las minorías, y eso hasta el punto de practicar políticas de *discriminación positiva* de las minorías, aun a costa de discriminar negativamente a la mayoría. Con una gota de humor grueso me decía un amigo al que le costaba encontrar trabajo, que le gustaría ser inmigrante, de etnia africana y homosexual, porque las diferentes administraciones se pelearían por solucionarle su problema, con el apoyo de media docena de oenegés. (Se equivocaba, porque una cosa es la retórica de la ayuda y otra la ayuda efectiva).

Si se analiza de cerca la práctica del proclamado respeto del pluralismo, se verá que esconde no pocos rasgos de intolerancia. Por ejemplo, se excluye, en nombre del pluralismo, que alguien pueda tener una opinión clara y segura o pensar que ha dado con una verdad estable. Es lo curioso de este *pluralismo impuesto*. Es lo que Benedicto XVI ha llamado «la dictadura del relativismo». Se exige que se piense que *cualquier opción* es tan buena como cualquier otra; se exige que ninguna pueda defenderse como la mejor *sino todas como las mejores*. Se olvida así lo que enseña una lógica elemental: *mejor* es un término comparativo y entre varios no todos pueden ser los mejores. No se tiene en cuenta lo que puede haber enseñado la historia y lo que exigiría una inteligente preparación del futuro. Se atiende sólo a lo que se va dando, que es también la lógica de los omnipresentes y poderosos medios de información, que necesitan temas, problemas, opiniones para la edición de *cada día*, importándoles poco o nada el estudio sostenido de las cuestiones o su tratamiento profundo y esmerado. Todo sería relativo, menos naturalmente la libertad de información —pequeño dios que los medios adoran interesadamente— o perder las conquistas del pluralismo, que es una especie de absoluto.

En este estilo de pensar, con ese modo, ese aire, cualquier enfrentamiento resulta contraproducente. De ahí la importancia

de un antiguo consejo, que está en San Pablo, pero también en todos los que han pensado con profundidad sobre el hombre: *ahogar el mal en abundancia de bien*. O, con el estilo de hoy, no hablar ni siquiera de *ahogar*, ni siquiera de *ahogar el mal*, sino simplemente *abundar en el bien*. Esto quiere decir, entre otras cosas, que no es bueno, nunca, atacar a las personas, sean quienes sean, hayan hecho lo que hayan hecho. Se señalará, en su caso, la maldad de la acción, pero nunca con odio para los que la cometen. Es la antigua y básica y humana distinción entre el *error* y el *errante*, con aquella también proverbial expresión de «se dice el pecado, pero no el pecador».

Abundar en el bien sólo es posible cuando se está plenamente convencido de que nadie es nadie para condenar a nadie, porque «quien esté sin pecado, que tire la primera piedra» y de que la eficacia del bien es mucho mayor que la del mal. Hay que tener la dignidad de seguir manteniendo lo que se cree justo en conciencia, aunque el ambiente esté en contra. Si la fe es viva, se aprende a mirar las situaciones históricas con la perspectiva que da tener presente la eternidad.

La fe cristiana sigue arraigada en la cultura europea. Para su reflorecimiento sólo se necesita que, olvidando polémicas estériles y batallas de palabras, millones de personas concretas pongan en acto millones de actuaciones cristianas. Como escribió Schiller: «El mundo gusta de engrandecer el brillo efímero/ y de arrojar al polvo lo que es grande./ Pero no temas: existen aún hermosos corazones/ que arden por lo alto y por lo noble».

LIBROS DE BOLSILLO RIALP
Selección de títulos:

11. RAFAEL GAMBRA: *Historia sencilla de la Filosofía.* (Vigesimoquinta edición.)
48. ANDRÉ FROSSARD: *Dios existe. Yo me lo encontré.* (Vigesimoprimera edición.)
59. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia de España moderna y contemporánea.* (Decimosexta edición.)
71. JESÚS URTEAGA-MANUEL AGUADO: *Siempre alegres para hacer felices a los demás.* (Decimoctava edición.)
77. CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años.* (Decimonovena edición.)
79. ANTONIO MILLÁN-PUELLES: *Universidad y sociedad.*
91. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Rilke, Pound, Neruda. Tres claves de la poesía contemporánea.*
96. PETER BERGLAR: *Metternich. Conductor de Europa.*
101. ÁLVARO D'ORS: *Nuevos papeles del oficio universitario.*
105. LUIS JIMÉNEZ MARTOS: *Tientos de los toros y su gente.*
110. CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *De la Andalucía islámica a la de hoy.* (Segunda edición.).
117. FEDERICO DELCLAUX: *El silencio creador.* (Cuarta edición.)
124. WILLIAM J. WEST: *Opus Dei: ficción y realidad.* (Tercera edición.)
125. RENÉ LAURENTIN: *Apariciones actuales de la Virgen María.* (Segunda edición.)
132. FEDERICO DELCLAUX: *Antología de poemas a la Virgen.*
133. S. L. JAKI, C. SÁNCHEZ DEL RÍO, J. A. JANIK, JULIO A. GONZALO y MARIANO ARTIGAS: *Física y religión en perspectiva.*
134. HERVÉ PASQUA: *Opinión y verdad.*
136. PIER LUIGI ZAMPETTI: *La profecía de Fátima.*
137. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *¿Entiendes a tus hijos?* (Segunda edición revisada.)
138. ALEJANDRO LLANO, JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA, RAFAEL RUBIO DE URQUÍA, PEDRO ANTONIO URBINA, RICARDO YEPES y otros: *Breve diagnóstico de la cultura española.*
139. PASCAL FONTAINE y HENRI MALOSSE: *Las instituciones europeas.*
142. VARIOS AUTORES: *Medio siglo de Adonais.*
143. GERARDO DIEGO: *Gerardo Diego y Adonais.*
144. ANDRÉ FROSSARD: *Los grandes pastores. Abraham, Moisés, Jesucristo, San Pablo, Marx, Bernardette.*

145. SERGIO COTTA: *¿Qué es el derecho?* (Tercera edición.)
146. RICARDO YEPES STORK: *Entender el mundo de hoy.* (Cuarta edición.)
147. FEDERICO SUÁREZ: *Santiago Masarnau y las Conferencias de San Vicente de Paúl.*
148. MARIO CLAVELL: *Saber hablar.* (Segunda edición.)
149. PEDRO BETETA: *Una visita de Dios. Juan Pablo II consuela a los que sufren.* Prólogo del Cardenal ÁNGEL SUQUÍA. (Quinta edición.)
150. JULIÁN HERRANZ: *Atajos del silencio.* (Segunda edición).
151. JOSEPH RATZINGER: *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista.* (Quinta edición.)
152. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Libro de la Pasión.* (Tercera edición).
153. ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Ética y realismo.* (Segunda edición.)
154. MIGUEL ÁNGEL GARRIDO: *Crítica literaria. La doctrina de Lucien Goldmann.*
155. VITTORIO POSSENTI: *Dios y el mal.*
156. JOSÉ ORLANDIS: *Historia breve del cristianismo.* (Sexta edición.)
157. BEATRIZ COMELLA: *La Inquisición española.* (Cuarta edición.)
158. JUAN LUIS LORDA: *La señal de la cruz. Meditaciones sobre el Via Crucis.*
159. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia breve del mundo contemporáneo.* (Cuarta edición.)
160. RICARDO MORENO: *Historia breve del Universo.*
161. AURORA BERNAL: *Movimientos feministas y cristianismo.*
162. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Ética empresarial. Teoría y casos.* (Tercera edición.)
163. JOSÉ MARÍA BARRIO MAESTRE: *Los límites de la libertad.*
164. ANÓNIMO: *El Purgatorio. Una revelación particular.* (Cuarta edición.)
165. CARLOS CARDONA: *Aforismos.* Selección de Carlos Pujol.
166. PEDRO BRUNORI: *La Iglesia Católica. Fundamentos, personas, instituciones.*
167. JOSÉ ORLANDIS: *La vida cristiana en el siglo XXI.*
168. JOSÉ MORALES: *El Islam.* (Tercera edición.)
169. RAFAEL DE LOS RÍOS: *Cuando el mundo gira enamorado.* (Quinta edición.)
170. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Josemaría Escrivá como escritor.*
171. VITTORIO POSSENTI: *Filosofía y revelación.*
172. CORNELIO FABRO: *El temple de un Padre de la Iglesia.*
173. BEATRIZ COMELLA: *Ernestina de Champourcin, del exilio a Dios.*
174. JOSÉ MARÍA BARRIO: *Cerco a la ciudad.*
175. ÁNGEL CABRERO: *Vivir sin Dios.*
176. JOSÉ MORALES: *El valor distinto de las religiones.*
177. JESÚS ORTIZ LÓPEZ: *La Iglesia que desea Juan Pablo II.*
178. TOMÁS MELENDO: *Josemaría Escrivá y la familia.*
179. NANI LEÓN DE MOLINA: *Dibujando una realidad.*
180. AUGUSTIN y JOSEPH LÉMANN: *La asamblea que condenó a Jesucristo.*

181. FRANCISCO UGARTE: *Del resentimiento al perdón.*
182. FRANCISCO MARTÍ GILABERT: *Carlos III y la política religiosa.*
183. JOSÉ RAMÓN GARITAGOITIA EGUÍA: *Juan Pablo II y Europa.*
184. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Elogio de la bondad.*
185. ANTONIO R. RUBIO PLO: *Vidas romanas.*
186. JOSÉ MARÍA PARDO SÁENZ: *Bioética práctica al alcance de todos.*
187. ISABELLE DE MÉZERAC: *Un hijo para la eternidad.*
188. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia breve del mundo reciente.*
189. BLANCA CASTILLA DE CORTÁZAR: *¿Fue creado el varón antes que la mujer?*
190. M.ª MERCEDES ÁLVAREZ PÉREZ: *Cómo sacar partido a la televisión.*
191. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Breve historia de la cultura europea.*

«La actual fase de construcción de una cierta unidad de Europa, cuando sea vista con la suficiente perspectiva, aparecerá como un momento más de una larga y tormentosa historia. Pero si algo destaca actualmente por encima de todo, es que la prosperidad económica y los avances sociales y políticos coexisten con una progresiva anemia espiritual.

No siempre ha sido así. Es más: casi nunca ha sido así. (...) No es inútil, por eso, recorrer, aunque sea de forma breve, la historia de la cultura europea, porque muchas potencialidades siguen latentes.

Sin caer en el narcisismo, no se puede negar que Europa ha sido durante muchos siglos tierra de los principales sabios, de grandes artistas, de inventivos científicos, de santos. Una tierra donde la creatividad y la imaginación han fecundado todos los aspectos de la cultura. Esa fuerza le ha venido a Europa de la vitalidad de su espíritu.

Este libro recorre el pasado, para conocer mejor el presente, que es el tejido del futuro» (Del *Prólogo* del autor).

RAFAEL GÓMEZ PÉREZ, profesor de Antropología, doctor en Filosofía y en Derecho, ha publicado más de setenta libros, entre ellos: *Memoria del futuro; Introducción a la ética social; Memorias del Sur; Historia básica de la filosofía; Problemas morales de la existencia humana,* y *Elogio de la bondad.*

CREATIVE COMMONS

ISBN 84-321-3558-5

9 788432 135583